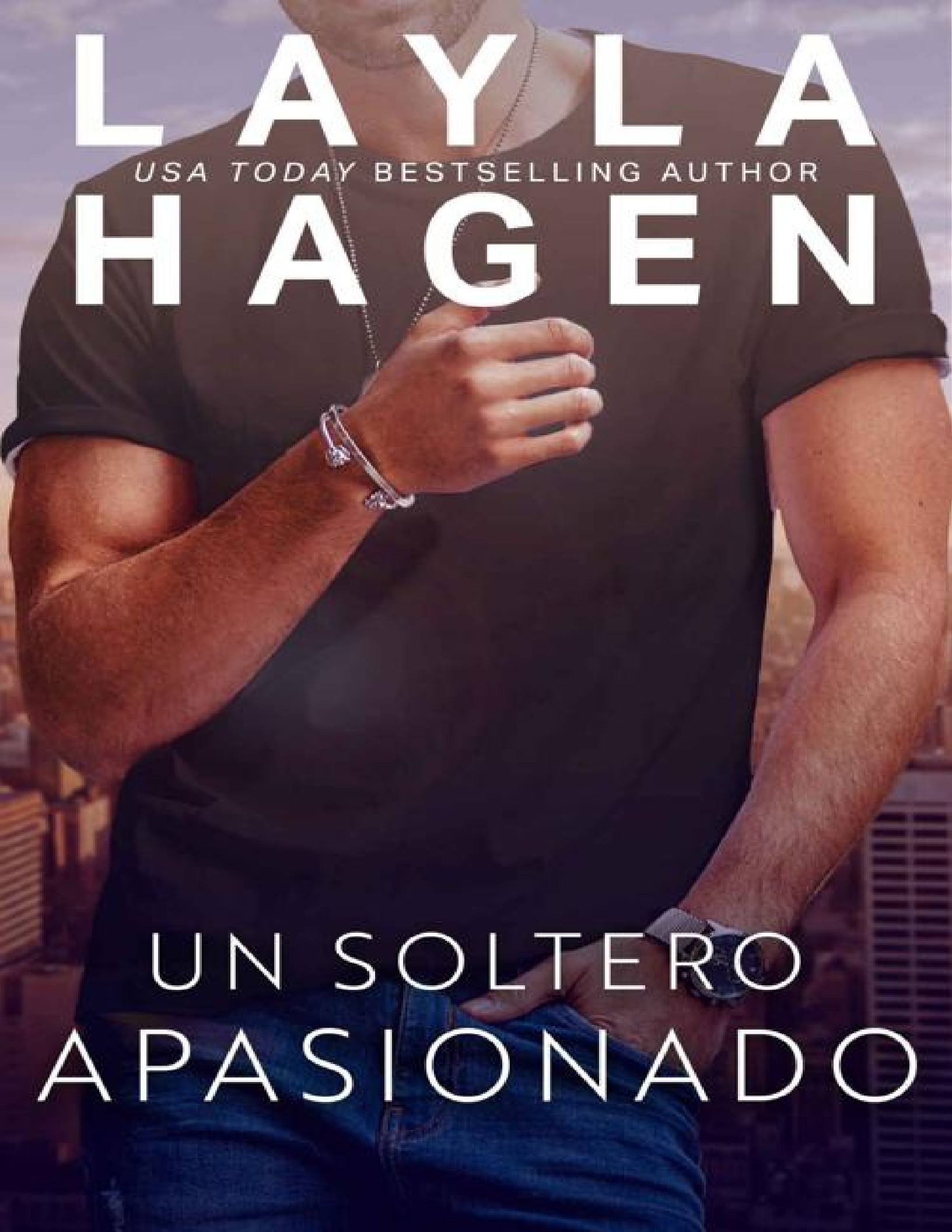




LAYLA

USA TODAY BESTSELLING AUTHOR

HAGEN

UN SOLTERO
APASIONADO

Un soltero apasionado

Brayden & Isabelle

Layla Hagen

Un soltero apasionado

Copyright ©2024 Layla Hagen

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro de cualquier forma o medio electrónico o mecánico, incluyendo sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin permiso escrito y expreso del autor, excepto para el uso de citas breves en evaluaciones del libro. Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, negocios, lugares, eventos e incidentes son producto de la imaginación de la autora o se usan de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, o hechos reales es pura coincidencia.

Traducido por Well Read Translations

Tabla de Contenido

[Derechos de Autor](#)

[Capítulo Uno](#)

[Capítulo Dos](#)

[Capítulo Tres](#)

[Capítulo Cuatro](#)

[Capítulo Cinco](#)

[Capítulo Seis](#)

[Capítulo Siete](#)

[Capítulo Ocho](#)

[Capítulo Nueve](#)

[Capítulo Diez](#)

[Capítulo Once](#)

[Capítulo Doce](#)

[Capítulo Trece](#)

[Capítulo Catorce](#)

[Capítulo Quince](#)

[Capítulo Dieciséis](#)

[Capítulo Diecisiete](#)

[Capítulo Dieciocho](#)

[Capítulo Diecinueve](#)

[Capítulo Veinte](#)

[Capítulo Veintiuno](#)

[Capítulo Veintidós](#)

[Capítulo Veintitrés](#)

[Capítulo Veinticuatro](#)

[Capítulo Veinticinco](#)

[Capítulo Veintiséis](#)

[Capítulo Veintisiete](#)

[Capítulo Veintiocho](#)

[Capítulo Veintinueve](#)

[Epílogo](#)

Capítulo Uno

Brayden

Sasha nos había convocado a la sala de reuniones de las oficinas de la discográfica en Manhattan, lo cual era una clara señal de que hablaba en serio. Únicamente acudíamos allí por tres razones: cuando un álbum no alcanzaba las expectativas, al incorporar a alguien nuevo al equipo... o para que nos echaran la bronca. Nuestro equipo estaba completo, pero el nuevo disco apenas había salido, y Sasha me había confiado que los ejecutivos de la discográfica no parecían contentos con las ventas. Los chicos también lo sabían. Thomas, Lars, Harvey y yo estábamos muy unidos. Habíamos formado GreenFire doce años antes, cuando no éramos más que un grupillo de universitarios de primer año de la Universidad de Nueva York, unidos por nuestra pasión por la música. Cuatro años más tarde, lo petamos en la escena internacional. Desde entonces lideramos las listas de éxitos tanto en los Estados Unidos como en el extranjero.

Había sido como viajar en una montaña rusa. Solíamos confiar en lo que Sasha decía, porque era nuestra representante y siempre velaba por nosotros. Después de haber sido traicionados en el pasado, aprendimos a valorar el hecho de tener a alguien que realmente protegiera nuestros intereses.

Hacía un buen tiempo que no visitábamos la sala de reuniones. Nuestra rutina transcurría principalmente en la casa de campo, donde hacíamos de todo: ensayar, entrenar, organizar fiestas... Volver a aquel edificio, cerca de Central Park, generaba cierta inquietud tanto a mí como a los chicos.

Sasha nos condujo por la puerta trasera, como de costumbre, y luego directamente hacia el interior de un ascensor que nos llevó enseguida a la undécima planta. La discográfica solo ocupaba tres plantas; el resto del edificio albergaba despachos de diversos tipos. No sabía cómo lo conseguía, pero nunca nos topábamos con ninguna otra persona durante nuestras visitas. Claro que, por precaución, siempre nos acompañaba un equipo de seguridad. Ese día, Damien, el guardaespaldas de turno, se quedó en la puerta de la sala de reuniones.

—Como ya le he comentado a Brayden, los ejecutivos creen que las ventas deberían ser mejores —comenzó Sasha.

En ese momento, nos encontrábamos sentados alrededor de una gran mesa de nogal en la sala de reuniones, que tenía una espectacular vista del Central Park. Sasha, con su cabello rubio recogido en una tirante coleta y sus gafas de montura negra, siempre aparentaba tener más años. Sin embargo, tenía la misma edad que yo; treinta años.

No éramos una pandilla fácil de manejar. Lars era el más impulsivo del grupo, aunque Harvey le equilibraba bastante. Thomas solía ser tan impulsivo como Lars, pero desde que se casó cinco años atrás, estaba más tranquilo.

—Saquemos otro *single*, entonces. Para darle algo más a la gente —sugerí. Hasta ese momento solo habíamos sacado tres.

—No, no creen que eso vaya a ayudar. Creen que vuestra imagen como banda tiene que cambiar un poco. Tenéis que establecer un vínculo más cercano con los fans.

Lars levantó una ceja.

—¿Por qué?

Sasha se acomodó el cuello de la camisa.

—Bueno, según el estudio realizado entre vuestros seguidores, apunta a que se sienten desconectados de vosotros como banda. Vivimos en la era de la comunicación, donde todo el mundo publica constantemente sobre su vida. Eso es lo que esperan vuestros fans.

—Pero cuidamos mucho nuestra privacidad —dije en tono comedido. Siempre habíamos sido diferentes de los demás grupos de rock: nada de drogas ni escándalos. En el apogeo de nuestra fama, todo el mundo quería sacar tajada de nosotros. Eso no nos gustaba, así que optamos por mantener un perfil bajo en lo que se refería a nuestra vida personal. Después de todo, lo único que les debíamos a nuestros fans era buena música.

—No hace falta que renunciéis a eso —nos aseguró.

—Entonces, ¿de qué manera podríamos establecer un vínculo más cercano con los fans?

Sasha tamborileó los dedos sobre la mesa:

—Aún no tenemos una respuesta clara. Pero le he pedido a una psicóloga muy cualificada que se una hoy a nosotros. No vamos a utilizar sus servicios de orientación, pero tiene mucha experiencia con respecto a la percepción del comportamiento. Pensé que podría ser más útil que una simple estrategia de relaciones públicas. Sin presiones, es solo un primer contacto.

Todos empezaron a protestar a la vez. Miré fijamente a Sasha, que me devolvió la mirada con su habitual gesto de “Tú mandas”.

—Pensamos que querrías que hiciéramos más apariciones —dijo Thomas, poniendo mis pensamientos en palabras.

—Esto será más útil. Voy a invitarla a pasar. —Se levantó de la silla y salió de la sala de reuniones. Me había dicho que quería probar algo fuera de lo común, pero no le había prestado atención. Necesitaba tiempo para procesarlo y luego poder convencer a los chicos. Ella siempre me llamaba la voz de la razón en el grupo, pero en ese instante estaba tan cabreado como los demás. Debía habernos avisado antes de lanzarnos una cosa así. Los chicos iban a destripar a cualquiera que entrara por aquella puerta.

Conociendo a Sasha, intuí que disponía de unos treinta segundos para intentar mantener el orden. Me coloqué frente a los chicos:

—Mantengamos la calma y escuchemos lo que tengan que decir.

—Sasha ha contratado a una niñera. Estoy lejos de estar tranquilo —dijo Harvey.

—No, ha contratado a una profesional —respondí con la mayor serenidad posible—. Sasha nunca nos ha aconsejado mal. Vamos a darle una oportunidad a esto, sea lo que sea.

Nadie se estaba tragando mi discurso. A decir verdad, yo tampoco. Era cierto que nunca nos había aconsejado mal, pero era la primera vez que decidía algo así sin discutirlo extensamente antes con nosotros, lo cual no me gustó en absoluto.

Me volví hacia la puerta cuando oí voces al otro lado. Sasha entró primero, seguida de una mujer con una larga melena que le llegaba a la cintura, de un rojo tan vibrante que fue lo único que pude ver durante unos segundos. Luego puse mi atención en el resto de su cuerpo. Observé sus labios, que eran muy carnosos y provocativos, como si estuviera siempre dispuesta a repartir descaro. Sus ojos eran enormes, marrones y tan expresivos que estaba seguro de que sería un libro abierto si mantuviéramos el contacto visual el tiempo suficiente, pero desvió rápido la mirada. Era tan pequeñita que estaba seguro que podía levantarla por encima del hombro con un brazo; era como una muñequita. Llevaba un vestido negro hasta las rodillas; unas largas mangas le cubrían los brazos, pero los hombros estaban al descubierto. Me dieron ganas de acercarme y tamborilear despacio los dedos sobre ellos, para ver su reacción.

—Chicos, os presento a Isabelle Gallagher. Isabelle, ellos son GreenFire. Thomas, Lars, Harvey... y Brayden. Perdóname... es culpa mía que todos te estén fulminando con la mirada. Esperaban otro tipo de reunión.

—Ah, bueno, entonces no soy la única que ha sido pillada por sorpresa por la descripción del trabajo —dijo Isabelle con una sonrisa pícaro. Había acertado al pensar que era descarada.

—Isabelle. Bienvenida. —Acercándome a ella, le tendí la mano. No solía estrecharle la mano a nadie, pero necesitaba una excusa para verla más de cerca. Tenía una belleza muy particular. La forma de sus ojos era hipnotizante. Estrechó brevemente mi mano.

—Encantada de conocerte, Brayden. Bueno, a todos. Me enteré de que iba a trabajar con vosotros apenas ayer.

—Eso aún está en el aire —comentó Lars desde detrás de mí.

Isabelle le dedicó una sonrisa cortés a Lars, pero sus ojos parpadearon con rapidez:

—Sí, eso parece. Hasta ahora, nunca he trabajado en contra de la voluntad de nadie, pero veamos qué podemos hacer.

—Si seguimos adelante con esto, no será contra nuestra voluntad —aseguré.

—Estupendo. Me facilitaría mucho el trabajo, gracias —respondió.

No recordaba la última vez que una mujer no se había cohibido delante de mí, o que estuviera ansiosa por conseguir un autógrafo de cualquiera de nosotros. Isabelle Gallagher simplemente parecía curiosa, lo que a su vez despertó mi interés. Le acerqué la silla que tenía al lado y le pedí que se sentara.

Procedió a tomar asiento, y cuando se inclinó hacia atrás, mis pulgares rozaron la suave piel de sus omóplatos. No pude evitar notar cómo inspiró con fuerza en ese instante.

Miré de manera fija a los demás mientras me sentaba y decidí tomar la iniciativa. Solo así podría mantenerlos a raya.

—Sasha, ¿por qué no nos cuentas cuál es la descripción del trabajo de Isabelle? No tuviste la oportunidad de explicarlo antes.

—Por supuesto. Básicamente nos va a orientar sobre la mejor forma de dar a vuestros fans lo que quieren, pero bajo vuestras condiciones. Los profesionales de las relaciones públicas suelen venirnos con listas de comprobación sobre lo que tenéis que hacer sin tener en cuenta vuestras personalidades. Quiero que Isabelle elabore un perfil psicológico de cada uno de vosotros junto con cómo os perciben los fans, cómo se relacionan con cada uno de vosotros. Como alguien que no conoce a GreenFire...

—Espera un momento. ¡¿Ni siquiera sabe quiénes somos?! —exclamó Lars.

—¡Lars! —dije en tono de advertencia—. Deja que Sasha continúe con su explicación.

Isabelle enderezó su postura.

—El anuncio de trabajo no mencionaba quiénes erais, probablemente para proteger vuestra intimidad. Me enteré del nombre de la banda apenas cuando recibí el *email* invitándome a esta reunión. Había oído de pasada el nombre de GreenFire antes, por supuesto, pero no puedo decir que esté familiarizada con vuestra música. Sin embargo, eso me va a permitir aportar una nueva perspectiva. —Agitó la mano como si no le pudiera importar menos nuestra música. En ese momento, pude sentir cómo aumentaba la ira del grupo. Por otro lado, lo único que yo quería hacer era reírme. Nunca había conocido a alguien que no se impresionara al conocernos. Me despertó el deseo de conocerla mejor. La confianza que tenía en sí misma era increíble.

—¿Y en qué consiste eso exactamente? —pregunté.

—Se reunirá con cada uno de vosotros por separado, y luego en grupo, para conoceros mejor. Intentará entender qué os motiva, qué es importante para vosotros...

—No tengo tiempo para esto, tío. —Thomas se levantó.

—¡Thomas, siéntate! —dije apretando los dientes.

Gruñó y miró a los demás, pidiéndoles con un gesto que le respaldaran, pero nadie lo hizo. De mala gana, volvió a tomar asiento.

—¿Y por qué no te encargas tú de hacerlo? —pregunté a Sasha.

—Porque no tengo su experiencia, y porque llevo mucho tiempo con vosotros. Tengo una percepción sesgada de lo que los fans esperan que sea GreenFire. Contar con la perspectiva de alguien externo no solo nos ayudará a mantener vuestra base de fans actual, sino también a captar la atención de nuevas audiencias.

En cierto modo tenía sentido, especialmente porque no habíamos hecho nada diferente desde que entramos en la escena musical, pero seguía sin entender por qué necesitábamos todo aquello. Podíamos manejarlo por nuestra cuenta... *o al menos eso me parecía.*

Sin embargo, quería averiguar hacia dónde nos llevaría todo aquel asunto. Aunque, por otro lado, era consciente de que no podía controlar el temperamento de los chicos durante mucho más tiempo. Éramos simplemente músicos; y ya teníamos gente encargada de gestionar el marketing, nuestra base de fans y todas las demás cosas de las que no queríamos ocuparnos.

Al mismo tiempo, no quería que Isabelle quedara atrapada en el fuego cruzado, así que me volví hacia ellos.

—Chicos, me quedaré aquí con Sasha e Isabelle para tratar los detalles. Si preferís volver a la casa de campo, podéis coger el coche. Paul puede venir a buscarme cuando hayamos terminado, y Sasha y yo os contaremos todo más tarde.

Salieron por la puerta en cuestión de segundos; no me sorprendió. Sasha se unió a ellos para acompañarlos al coche, así que me quedé a solas con Isabelle.

—Puedo mostrarte algunos trabajos que hice para otros clientes —dijo, sacando un iPad de su bolso. Me incliné hacia ella y observé la pantalla. Pude notar cómo volvió a inspirar con fuerza. Sus dedos temblaban ligeramente al seleccionar una carpeta titulada “Cartera de clientes”.

Era evidente que mi presencia la afectaba. ¿Acaso el hecho de sentirme triunfante me convertía en un capullo? Estaba acostumbrado a que las mujeres me desearan simplemente por ser el cantante de GreenFire. Era una de las razones por las cuales hacía años que no mantenía una relación seria. La fama y las relaciones no encajaban en absoluto. Lo había aprendido por las malas cuando la mujer que creía enamorada de mí me traicionó.

Pero Isabelle era diferente. No le importaba la banda, estaba reaccionando a *mí*, y eso resultaba reconfortante y auténtico. Era estimulante verla reaccionar de esa manera ante mi presencia.

—El nombre de la empresa está, por supuesto, difuminado debido a los acuerdos de confidencialidad que he firmado. Pero, como puedes ver, elaboré perfiles para sus clientes. — Señaló una diapositiva con cuatro imágenes de archivo y una serie de cualidades debajo de cada una—. Este proceso se utiliza con frecuencia en estudios de mercado. Debo confesar que es la primera vez que me piden hacer perfiles de los propios empresarios. Es un poco diferente.

—Isabelle, tengo una propuesta para ti —dije después de ver unas cuantas diapositivas.

Levantó la vista hacia mí:

—Te escucho.

—Esta noche iremos a jugar a los bolos con todo el equipo. Ven con nosotros.

—¿Para qué? —La forma en queladeó la cabeza casi hizo que me derrita.

—Porque eso me dará tiempo para hablar con los chicos. Tendrás una mejor idea de dónde te estás metiendo.

—Entiendo. Pues ya me he dado cuenta de que es una guarida de leones, y tú eres el líder. — Sonrió con suficiencia.

Quería besar esa boca tan descarada. Fijé la mirada en sus labios el tiempo suficiente para que se percatara. Los separó, y se humedeció el labio inferior.

—Suelen ser más amistosos que esto —afirmé, acercándome más hacia ella—. Ven con nosotros a la bolera. Te aseguro que valdrá la pena.

Levantó una ceja y se pasó la mano por su rojizo cabello. Me di cuenta de que estaba sopesando los pros y los contras. En el mejor de los casos, los chicos se mostrarían civilizados. En el peor, serían aún más repugnantes que en aquella reunión... Me vi obligado a mejorar la oferta.

—Te propongo un trato. Ven con nosotros esta noche y, al menos, podrás entrevistarme o lo que sea que necesites hacer.

Inclinó la cabeza, y aquella melena roja cayó en cascada sobre su hombro derecho. Era brillante y sedosa, quise saber de inmediato qué sentiría al enredarla entre mis dedos.

—Es una propuesta bastante aburrida —replicó.

Me eché a reír:

—Vale, entonces dime qué tienes en mente.

—Quiero hablar contigo, pero no por medio de algo tan complicado como una entrevista. Solo quiero hacerme una idea de todo y ver si este trabajo es adecuado para mí.

—¿Adecuado para ti? ¿Nos estás poniendo a prueba?

—No, de momento solo a ti. Los demás ni siquiera parecían querer mirarme.

—Me caes bien, Isabelle. En pocos minutos, nos has regañado más de lo que el resto ha hecho en años.

Parpadeó y su burlona sonrisa se fue desvaneciendo poco a poco.

—No te estoy echando la bronca. Perdona si ha parecido eso, pero soy autónoma y me encargo de todo yo, así que no acepto trabajos que puedan darme dolores de cabeza.

Fue entonces cuando me di cuenta de que esa era su forma de hacer las cosas: muy directa y honesta. No toleraba las tonterías ni las malas actitudes de nadie, ¿y por qué iba a proceder de otra manera? Para ella era un trabajo, su medio de vida. Estaba tan acostumbrado a que la gente nos adulase que aquello me pareció surrealista.

—Nadie te va a dar dolores de cabeza. Yo me ocuparé de eso.

Sus ojos se abrieron de par en par y un ligero rubor apareció en sus mejillas. Me produjo un inmenso placer haber conseguido ponerla nerviosa del mismo modo en que ella lo había hecho conmigo durante toda la mañana.

—Vale, iré con vosotros. —Pareció como si hubiera estado a punto de añadir algo más, pero en ese instante Sasha entró en la habitación.

—Siento haber tardado tanto —dijo. Probablemente se había llevado muchas críticas por parte de los chicos, pero Sasha era dura. Estaba seguro de que había aguantado bien.

—Tengo buenas noticias. He convencido a Isabelle para que nos acompañe a jugar a los bolos y a tomar algo —dije sin apartar los ojos de Isabelle. Ella permaneció en su sitio, inquieta.

—¡Genial! —exclamó Sasha—. Temía que los chicos te hubieran espantado.

—Brayden puede ser muy persuasivo —dijo Isabelle.

—Le aseguré que merecería la pena, y se lo demostraré.

Algo me decía que Isabelle Gallagher suponía un desafío distinto a todos los que había tenido en mi vida hasta entonces. Y me moría de ganas de acercarme a ella.

Capítulo Dos

Isabelle

—Aún no me puedo creer que por fin vivamos todos en la misma ciudad —les dije a mis hermanos mientras cogía un trozo de pizza caliente de la caja. Habíamos hablado de cenar juntos antes de quedar con GreenFire esa noche, así que no quise cancelar el plan, pero teníamos que darnos prisa—. Ahora puedo molestar y darte por saco en persona, no solo por teléfono.

Dylan me acercó a él para envolverme en un medio abrazo y luego besó mi cabeza:

—Tú nunca molestas.

Ian se echó a reír:

—Le recordaré lo que acaba de decir la próxima vez que se queje porque molestas demasiado.

—Sí, por favor. —Siempre había soñado con vivir en Nueva York. Nuestra hermana, Josie, se había mudado a la ciudad cuando aún estaba en el instituto, pero yo no lo hice hasta el año anterior. Por otro lado, Ian y Dylan se habían mudado de manera oficial tan solo una semana antes para abrir una filial de su empresa de *software*.

Nos encontrábamos reunidos alrededor de la mesa de la cocina de mi apartamento del Bronx, deleitándonos con tres pizzas. La mía y la de Ian eran de pepperoni, la de Dylan de salami, y tenían un aspecto delicioso.

—Quieres un trozo, ¿no? —preguntó entre risas.

Sonreí, asintiendo, y enseguida cogí una porción. ¡No podía creer que estuviéramos todos juntos! Bueno, Josie no se encontraba con nosotros, porque había dado a luz a la niña más tierna del mundo unas semanas antes. Sophie era absolutamente adorable, pero aun así intentaba por todos los medios no molestar a mi hermana con demasiadas llamadas o visitas. Las había visto la semana anterior en la celebración del 4 de julio en su casa, y aunque me habría encantado ver a Sophie a diario, sabía que ellos también necesitaban su espacio. Desde que me había mudado a Nueva York, protegía a mi hermana más que nunca, a pesar de que era mayor que yo. No tenía ni idea de si era porque ya era madre o porque habíamos pasado tantos años separadas, pero quería mimarla todo el tiempo, al igual que su marido, Hunter.

También estaba muy unida a la familia de Hunter, la pandilla Winchester. Sus primos se habían hecho muy buenos amigos míos: Skye, Tess, Ryker y en especial Cole, ya que estaba casado con mi mejor amiga, Laney. Todos me trataban como si fuera uno de los suyos, y estaba superagradecida por ello. Sin embargo, no podía negar que tener a mis propios hermanos en Nueva York conseguía alegrar mi corazón de una manera única.

No paraba de mirar la hora en el móvil, detalle que mis hermanos notaron al instante.

—Necesitas que nos vayamos, ¿verdad? —preguntó Dylan.

Esbocé una sonrisa de disculpa:

—Es que necesito algo de tiempo para prepararme.

—Menuda manera de hacernos sentir especiales —se burló Ian. Cuando sonreían, mis hermanos casi podían ser confundidos como gemelos. Ambos tenían el pelo rubio oscuro, aunque los ojos de Ian eran azules, a diferencia de los de Dylan y los míos, que eran de un profundo tono marrón oscuro.

—Aaay, no seas así. Sabéis que os quiero. Es solo que no quiero llegar tarde.

Terminamos de comer rápidamente y luego los acompañé hasta la puerta, abrazándolos con fuerza. Sí, era un poco zalamera, pero considerando que viví en Filadelfia y ellos en Washington

durante los años previos, estar en la misma ciudad en ese momento me hacía querer abrazarlos siempre que tuviera la oportunidad.

Si bien mi apartamento no era muy grande, resultaba acogedor. Todos los muebles provenían de mi antiguo piso compartido en Filadelfia. La mayoría de ellos eran de tonos blanco o negro y los había adquirido en IKEA. El sofá era azul oscuro, y tenía varias alfombras antiguas que hacían juego con ese color. En la pared donde se situaba la televisión, colgué tres óleos que compré a artistas callejeros. La serie se llamaba “Trío de Nueva York”, y retrataba el Empire State Building, el puente de Brooklyn y el árbol de Navidad del Rockefeller Center.

Nunca me había sentido sola en Nueva York, gracias a mi hermana y la extensa familia de su marido, ni siquiera antes de que Ian y Dylan se mudaran a la ciudad. Todos me acogieron, y en mis primeros meses allí, me visitaban constantemente o me invitaban a salir para que no me sintiera sola. Me consideraba afortunada por tenerlos a todos en mi vida.

Cuando se marcharon, me dirigí directo a mi dormitorio. *¿Qué debía ponerse una cuando quedaba con una banda de rock para jugar a los bolos?* Saqué mis conjuntos favoritos de “vestir para impresionar” antes de darme cuenta de que si optaba por cualquiera de ellos, haría el ridículo. Íbamos a jugar a los bolos, no era precisamente el lugar adecuado para ir vestida de cóctel y con tacones. Así que me decanté por unos vaqueros, bailarinas y una holgada camisa amarilla que dejaba un hombro al descubierto. Recogí mi pelo en una coleta para que no me estorbara al jugar y me puse unos aros enormes.

Ni siquiera estaba segura de si quería trabajar en aquel proyecto. Tenía muchos clientes a los que atendía en mi consulta privada, y también tenía un segundo empleo como guía turística una vez a la semana, lo que me mantenía muy ocupada. Al principio necesité aquel segundo trabajo porque tenía que consolidar mi negocio, y los *tours* habían resultado ser una forma fácil de ganar dinero. Si bien en ese momento ya contaba con muchos clientes, seguía haciendo las visitas turísticas porque quería tener una fuente de ingresos extra. Además, era muy divertido. Me encantaba explorar Nueva York, y había conocido a mucha gente interesante durante el año anterior; pasear por la ciudad me inspiraba. Siempre estaba buscando cosas nuevas para hacer y, de esa manera, salir de mi zona de confort. Estaba fascinada por esa característica de la ciudad: era el lugar perfecto para alguien como yo, que nunca acababa de encajar en ningún sitio.

Definitivamente, el proyecto de GreenFire me sacaría de mi zona de confort, y eso me entusiasmaba mucho. Tenía un máster en orientación, especializado en relaciones familiares, y otro en ciencias del comportamiento. Utilicé el segundo para realizar todo tipo de investigaciones y análisis del comportamiento para distintas empresas. Nunca había trabajado con un grupo de música, pero estaba claro que ellos no querían colaborar, y yo no quería perder el tiempo. Por otro lado, el increíblemente atractivo cantante principal no parecía tener ningún problema conmigo. Joder, ¡ese hombre debería llevar una señal de advertencia! ¡O diez! Me pareció guapísimo en las fotos que encontré tras buscar el grupo en Internet, pero en persona parecía de otro planeta. Todo, desde sus hipnotizantes ojos verdes hasta el pelo de la barbilla presagiaba problemas.

Problemas ardientes, pero problemas al fin.

Era tan intenso que incluso me costó establecer contacto visual. *Jamás* me había ocurrido algo así. Pero había tenido la extraña sensación de que podía leer mis pensamientos cada vez que nuestras miradas se cruzaban; y yo no estaba acostumbrada a eso. Normalmente era yo la que analizaba, interpretaba el lenguaje corporal y todas esas cosas. Tenía una fuerza increíble, de eso estaba segura. Me resultaba interesante observar cómo le escuchaban los otros miembros de la banda; si bien era evidente que no estaban de acuerdo, respetaban el criterio de Brayden.

Sin embargo, la realidad era que había cuatro chicos en la banda. Necesitaba que *todos* colaboraran, no solo uno. Así que, mientras me preparaba, también leí todos los artículos que pude encontrar sobre los integrantes de la banda, cualquier cosa que me diera alguna idea que pudiera utilizar para encontrar una manera de conectar con cada uno de los chicos.

Pedí un Uber para dirigirme a la ubicación del Upper East Side que Sasha me había pasado. Menos mal que ellos se hacían cargo del gasto, porque pillar un coche del Bronx a Manhattan me habría dejado temblando la cartera. En el trayecto, me dediqué a enviarle mensajes a mis hermanos y, de paso, aproveché para pedirle a Josie unas cuantas fotos de Sophie. ¡Estaba para comérsela!

Al poco tiempo, el coche se detuvo frente a un gran edificio. La entrada era una simple puerta negra que podría haber pasado desapercibida de no ser por los dos porteros que la flanqueaban.

Comprobaron mi documento y consultaron una lista antes de permitirme entrar. Sasha me había informado de antemano que solo dejaban entrar a las personas que figuraban en la lista de invitados. Después de profundizar en la investigación de la banda, me di cuenta de que eran extremadamente populares tanto en Estados Unidos como en el extranjero, lo que justificaba todo el despliegue de seguridad.

En el interior, se extendía un largo pasillo con espejos de marco plateado, separados por unos pocos metros entre sí. También había una recepcionista justo frente a una pequeña sala en uno de los lados, destinada para que los clientes pudieran dejar sus chaquetas. Aunque, como hacía calor fuera, yo no había llevado ninguna. Al final del pasillo, se ubicaba un bar junto a una docena de pistas de bolos. La sala era muy oscura, con luces que se proyectaban sobre cada pista. Me gustó el ambiente que creaban. Además, las paredes estaban decoradas con una mezcla ecléctica de fotografías.

A primera vista, el interior del bar parecía completamente vacío, pero entonces, vi a Sasha en el extremo más alejado, rodeado por un grupo numeroso de personas. No me podía creer que hubieran reservado el local exclusivamente para la banda y unos pocos invitados, pero tenía sentido, porque de lo contrario los fans hubieran acabado asediándolos.

Me preguntaba si pertenecer a la banda suponía tener una vida solitaria, ya que parecían estar un poco aislados del mundo. A mí me encantaba callejear, recorrer la ciudad a mi antojo. No podía imaginar lo que sentiría al no poder hacerlo. Además, noté la presencia de varios guardaespaldas, y reconocí a uno de ellos, ya que lo había visto esa misma mañana.

—¡Isabelle, has podido venir! —exclamó Sasha al verme—. Permíteme presentarte a todos. Este es el equipo que trabaja entre bastidores para la banda.

Acto seguido, me dijo cómo se llamaban. Les estreché la mano amablemente, sintiéndome observada en todo momento. Tras la última presentación, miré hacia atrás y allí estaba él, sentado en un taburete, con los ojos fijos en mí. Sentí que todo mi cuerpo ardía bajo la mirada de Brayden. ¿Por qué me afectaba así? Nunca nadie había revolucionado tanto mis hormonas como él.

En la sala de reuniones ya me había parecido intenso y dominante, pero allí, en aquel oscuro sitio, esa intensidad se magnificaba. Algo en su postura y en sus ojos, tan verdes como un jade, me hizo pensar que tenía un lado salvaje y que apenas conseguía mantenerlo bajo control.

Los otros chicos estaban sentados junto a él. Enderecé mi postura y me dirigí hacia ellos. Si al final de la velada no se sentían a gusto conmigo, rechazaría el trabajo y pasaría a otra cosa. Sería difícil renunciar a tanto dinero, pero no podía trabajar en condiciones poco propicias.

Brayden se levantó, regalándome una preciosa sonrisa al encontrarse conmigo a mitad de camino hacia la barra. Todo en él resultaba irresistible. A pesar de mi intento de contener el

impulso de mirarlo cuando nos conocimos esa mañana, noté que llevaba puesta la misma camisa.

Pero, en ese momento, mi resistencia cedió y no pude apartar la vista de él.

La tenue iluminación jugó a mi favor. Nadie podría saber dónde estaba mirando exactamente. ¿Acaso he mencionado ya que era absolutamente irresistible? Tenía un cuerpo atlético, con brazos musculosos y hombros anchos y robustos. La camisa le quedaba perfecta; era lo bastante ajustada como para destacar el considerable esfuerzo en su entrenamiento de abdominales. Desafortunadamente, no pude echar un vistazo a su trasero, pero estaba segura de que más tarde se me presentaría la oportunidad.

—Isabelle —dijo con naturalidad; acto seguido, se inclinó para besarme la mejilla, sorprendiéndome. Respiré hondo, abrumada por su mera presencia y el contacto de sus labios sobre mi piel. Acercó su boca a mi oído y susurró—: Los chicos han prometido portarse bien. No los presiones demasiado.

Se apartó, guiñándome un ojo.

—¿Y qué hay de ti? —bromeé—. ¿Puedo presionarte?

Las comisuras de sus labios se crisparon.

—Puedes intentarlo si quieres, pero mi reacción podría... sorprenderte.

Dios mío, ¡si hasta *sonaba* sexy y peligroso! Claro que, su voz era famosa por ese tono áspero y ronco, pero esas palabras, esa cautivadora advertencia, eran exclusivamente para mí...

Me condujo hasta los chicos, que se levantaron y me estrecharon la mano. Lo tomé como una buena señal.

—Bueno, que empiece el juego —dijo Lars en voz alta, dando palmas.

—¿Qué quieres beber? —me preguntó Brayden mientras Lars reunía a la tropa—. Hacen unos cócteles increíbles.

—¿Quieres emborracharme tan temprano?

—¿Con un cóctel?

—Soy pequeñita.

—Lo tendré en cuenta —afirmó otra vez con aquel tono sexy y peligroso, como si de algún modo pensara utilizar esa información contra mí.

—Me tomaré una cerveza para poder centrarme de lleno en mi tarea.

Sonreí y me volví hacia la barra, pidiendo una *Budweiser*.

—¿Cómo has conseguido que los chicos se comprometieran a portarse bien? —pregunté mientras el camarero me servía una cerveza de barril.

—Tengo mis trucos. Puedo ser muy persuasivo. —No tenía ninguna duda al respecto—. Nosotros siempre queremos lo mejor para la banda. Solo que no siempre estamos de acuerdo en qué es exactamente lo mejor.

—¿Y tú qué consideras que es lo mejor?

—Creo que es importante mantener contentos a nuestros fans. Se lo debemos, pero también queremos ser fieles a nosotros mismos. No cambiamos nuestra música según los caprichos de nuestros seguidores. Tampoco quiero que nos hagamos pasar por algo que no somos.

—Qué bien que penséis así. —Lo agradecí más de lo que él creía. No me gustaba la gente que fingía ser algo que no era solo por aparentar.

—Al principio pensamos que Sasha nos estaba pidiendo que fingiéramos un determinado tipo de imagen. Pero, en realidad, simplemente se estaba refiriendo a que teníamos que mostrar algo más de nosotros al público.

—¡Sí, exactamente!

—El problema es que no nos sentimos cómodos compartiendo información personal.

—Trabajaremos en encontrar un punto medio. Algo que no os importe compartir y que haga que los fans se sientan más conectados con vosotros. La cuestión es qué mostrar. —Entrecerré los ojos y ladeé la cabeza con aire juguetón mientras cogía el vaso de cerveza—. ¿Qué secretos escondes, Brayden?

Una sonrisa se dibujó en sus carnosos labios. A continuación, se inclinó un poco hacia mí:

—Dejaré que tú misma los descubras. Es mucho más divertido, ¿no crees? Y merece la pena.

—Humm, es cierto... —Me estaba comportando de manera pícaro y coqueta, y no tenía ni idea de cómo parar. Era imposible pensar con claridad cuando estaba tan cerca de mí.

—Al final de la noche, quiero que me digas lo que piensas.

—Eres bastante exigente, ¿no? —me burlé.

—Muy. —Su sonrisa se amplió al apartarse.

Vaya. Le sostuve la mirada a pesar de que la tensión entre nosotros aumentaba cada vez más. ¿Acaso él podría sentirlo también, o era una sensación mía? Su actitud mandona y coqueta era increíblemente atractiva. Nunca había conocido a nadie tan consciente de su propio *sex appeal*.

Estaba segura de que parte de ello se debía a su trabajo, y de que quizás a esas alturas ya estaba arraigado en su comportamiento; en la imagen de la banda. Por otro lado, pensé que algo de eso tenía que ser natural. Era magnético y me atraía. Tenía que andar con cuidado.

—Brayden, Isabelle, vamos. Empecemos —dijo Sasha desde uno de los pasillos.

Me di la vuelta de inmediato, avanzando en su dirección, mientras notaba la presencia de Brayden detrás de mí. Nos detuvimos frente a Sasha, y le dejé claro que no estaba dispuesta a jugar a los bolos, ya que se me daba terriblemente mal.

—No voy a jugar, solo a observar.

—Banda, comportaos —dijo Brayden en un tono que no admitía discusión. Luego, me pasó un brazo por los hombros y sus dedos rozaron mi descubierto omóplato. Mi piel se encendió justo en ese punto, y entonces el calor se extendió lentamente por todo mi cuerpo. De tal modo que mis pezones se erizaron y se me secó la garganta. Deseaba a aquel hombre.

No, no. Calma, chica.

Mi cuerpo no podía reaccionar así ante él. No era posible.

Sasha sonrió, evidentemente complacida de que Brayden estuviera de mi parte.

—Estupendo. Brayden, estoy en tu equipo, junto con Lars y Harvey —dijo.

Fue un alivio. Significaba que tendría mucho tiempo para hablar con Brayden cuando no fuera su turno. También podría observar a los demás y sacar más conclusiones. Había leído bastante sobre ellos aquel día.

Lo que sabía hasta ese momento era que Brayden tocaba el piano, Lars la guitarra, Thomas la batería y Harvey el violín, además de varios instrumentos más. Todos tenían treinta años y se habían conocido en una fiesta en la Universidad de Nueva York. Brayden, Lars y Harvey estaban entre los solteros más codiciados del país. Thomas también había estado en esa lista, hasta que se casó. Pero no era solo por su fama; eran guapísimos. Lars era alto, con profundos ojos azules y pelo negro azabache. Harvey tenía unos penetrantes ojos oscuros y el pelo rubio claro. Thomas era el más bajo del grupo, pero aun así seguía siendo más alto que yo. Todos tenían una buena estatura, y estaba claro que hacían ejercicio con regularidad.

Brayden y yo nos sentamos en un sofá un poco alejado del resto del grupo.

—¿Qué es lo que más te gusta de esta vida? —pregunté.

Respondió sin vacilar:

—La música. Dejaría todo lo demás si pudiera. No me gustan las apariciones públicas.

—¿Y los conciertos?

—Me gusta actuar, pero las giras en sí son increíblemente intensas. Requieren mucha concentración. No tengo tiempo para ninguna distracción durante ese tiempo.

—Parece agotador. —Estaba memorizando cada detalle. No quería escribirlo todo, pues resultaría demasiado formal.

—Lo es, pero forma parte del trabajo. ¿A ti qué te hizo convertirte en psicóloga?

Aunque aquello se trataba de mi trabajo y no de mí, pensé que podría tranquilizarle si le contestaba. Si mantenía la conversación más informal y relajada, quizás podría averiguar más cosas sobre él y la banda.

—Ni idea. De alguna manera siempre supe que esto era lo que quería hacer, desde que era una niña. Siempre jugaba a ponerme en el papel de psicóloga de la familia, intentando descifrar lo que tramaban mis hermanos, basándome en el lenguaje corporal y demás. —Era cierto. Dylan e Ian solían enfadarse conmigo por intentar intervenir entre ellos y nuestros padres cuando discutían; normalmente solo conseguía empeorar las cosas. Mis hermanos eran bastante astutos para librarse de los problemas, y yo arruiné accidentalmente sus planes en más de una ocasión. Recordé aquello con una sonrisa.

—¿Cuántos hermanos tienes?

—Tres. Dos hermanos y una hermana. Mi hermana vino a Nueva York cuando yo aún estaba en el instituto, y los chicos hicieron piña. Pero yo estaba decidida a participar en sus juegos y aventuras. ¿Tú tienes hermanos?

No había encontrado mucha información sobre su familia, pero dada su fama, era de esperar. No había detalles personales que encontrar sobre ninguno de los miembros de la banda.

—Soy hijo único, pero los chicos son como mis hermanos.

Me reí:

—Lo he notado. Y a ti te toca el papel de hermano mayor, ¿no? ¿Mantener a todos bajo control?

—Podría decirse que sí.

—¿Siempre habéis estado así de unidos?

—En mi opinión, sí. —No se explayó, lo que me hizo pensar que me estaba evitando, hasta que me di cuenta de que estaba mirando la partida de bolos por encima de mi hombro.

—Es mi turno. ¿Me animas?

Se levantó del sofá y nos dirigimos hacia los demás:

—Sí, pero solo si ganas. No quiero que los chicos piensen que traigo mala suerte.

—Siempre gano —dijo, mostrando de nuevo aquel encanto masculino—. El secreto está en los movimientos. La posición es importante. Ya sabes a lo que me refiero...

Dejé de prestar atención al resto, porque mi mente ya estaba vagando por caminos peligrosos, imaginando todo tipo de posiciones que no tenían nada que ver con los bolos.

—Céntrate en animarme, Isabelle —susurró en mi oído, con un tono divertido. ¿Habría adivinado adónde había viajado mi mente?

—Lo intentaré.

—¿Sí?

—Sí. Veamos qué puedes hacer.

Falló estrepitosamente. La bola se desvió hacia la derecha, sin alcanzar ningún bolo.

Sasha nos miró y levantó un pulgar en señal de aprobación, sonriendo con aire optimista. Brayden también estaba esbozando una sonrisa, pero había algo sexy en ella. Una corriente de calor atravesó mi cuerpo. Al no poder mantener el contacto visual con él, aparté la mirada.

Después de aquella escena, Brayden volvió a centrarse en el partido, y decidí no presionarle con más preguntas. Eso sí, me pidió que volviera a animarle cuando fuera su turno. Una vez más, las bolas cayeron en la cuneta. Volvió a perder.

Me dirigí a uno de los bancos, necesitaba un respiro. El exceso de testosterona me estaba afectando.

Para mi sorpresa, Lars se sentó a mi lado.

—Invitarte aquí fue la mejor idea que pudo tener Brayden —declaró, sonriendo.

Me hizo sospechar y tuve que preguntar:

—¿Por qué estás tan contento?

—Porque es la primera vez que Brayden pierde, y tengo que agradeceréte. Lleva años presumiendo de ser imbatible. Voy a recordarle lo de esta noche cada vez que pueda.

—¡Oye, qué cruel! Pero yo haría exactamente lo mismo. —Me reí entre dientes.

—¿De verdad?

—¡Claro! Mis hermanos no dejaban de jactarse de que nunca perdían en las cartas, así que empecé a invitar a casa a amigos que fueran mejores para que los vencieran.

Lars echó la cabeza hacia atrás, riendo:

—Me caes bien, Isabelle.

Me lo tomé como una señal de que al menos estaba considerando la idea de colaborar. Estaba segura de que, si la mitad de la banda estaba de mi parte, los demás acabarían sumándose a la idea.

A medida que avanzaba la noche, la tarea se volvía más tentadora. Era muy diferente de lo que solía hacer. Los clientes corporativos para los que había trabajado me pedían sobre todo que elaborara perfiles psicológicos de sus compradores, lo cual era algo rutinario. Y en mi consulta, mis pacientes se desahogaban sobre las dificultades de su vida, ya fuera un divorcio, problemas de pareja, un cambio de carrera y ese tipo de cuestiones. Trabajar con la banda en el sentido que Sasha esperaba requeriría un conjunto de habilidades totalmente distinto, aplicado de forma divertida y creativa.

—¡Me toca a mí! —exclamó Lars, poniéndose en pie de un salto—. Deséame suerte.

—No puedo hacerlo. Estoy animando a Brayden, ¿recuerdas?

Se dio un golpecito en la sien antes de señalarme:

—Y ayudándole a perder. Es una noche *fantástica*.

Me partí de risa viendo cómo los chicos se vacilaban mutuamente. Me preguntaba cuánto de aquel lado alegre y competitivo conocían sus fans. Podría ver algunas de sus entrevistas para poder hacerme una idea.

Como iba a tardar un rato en llegar el turno de Brayden, me dirigí al bar, optando esa vez por pedir un cóctel.

—Creía que eras pequeñita —comentó Brayden desde detrás de mí mientras el camarero iba a por más hielo.

Le miré de reojo:

—Es verdad. Pero le he pedido al camarero que prepare algo que no tenga mucho alcohol. Tengo que celebrarlo: Lars ya no me considera una enemiga mortal. —Sonreí, hipnotizada por sus ojos verdes.

—¿Por qué?

—Porque cree que te traigo mala suerte.

—Siempre ha sabido ver el lado bueno de las cosas.

—¿Así que es el optimista del grupo? —pregunté.

—Nunca lo había pensado así.

—Intento hacerme una idea de la dinámica del grupo.

—¿Qué has averiguado hasta ahora?

Me pasé dos dedos por la boca, como si estuviera cerrando una cremallera:

—No. No diré nada hasta que tenga más información. No quisiera sacar conclusiones equivocadas.

—Sería una pena, ¿verdad? —preguntó con una sonrisa seductora y apoyó un codo en la encimera, observándome atentamente—. Eres un rompecabezas, Isabelle. Disfrutaré descifrándote.

Tragué con fuerza, apartando la mirada:

—¿Quién dice que aceptaré el trabajo?

—Ambos sabemos que lo harás.

—Así que eres exigente y presumido.

—¿Esa es tu conclusión oficial?

—No. De momento son solo observaciones no oficiales.

—Estoy deseando que me cuentes más cosas.

Llegué a casa poco después de medianoche y me fui directamente a la cama, sin molestarme siquiera en ducharme o desmaquillarme. ¡Menuda noche! El equipo de Brayden había perdido, y Lars me había empezado a caer bien. Todavía tenía mis dudas acerca de Thomas y Harvey; se mantenían distantes, así que no pude conocer más de ninguno de ellos.

Abrí la ventana para respirar un poco de aire fresco antes de meterme bajo las sábanas. Estaba agotada, pero de algún modo sabía que no podría dormirme rápidamente. Mi mente no paraba de pensar en todo lo sucedido hasta ese momento; era una locura pensar que existía la posibilidad de trabajar con esa banda tan popular; mis hermanos iban a flipar. Estaba intentando cerrar los ojos y respirar hondo para comenzar a adormecerme, justo cuando mi móvil vibró en la mesita de noche. Eché un vistazo para leer el mensaje.

Desconocido: ¿Has llegado bien a casa?

Era de un número que no había guardado.

Isabelle: ¿Quién eres?

La respuesta llegó inmediatamente:

Desconocido: Adivina ;)

Isabelle: ¿Brayden? ¿Cómo has conseguido mi número?

Brayden: Me lo ha dado Sasha.

Isabelle: Gracias por preocuparte. Ya estoy en casa, en la cama.

Brayden: No hemos podido terminar nuestra conversación.

Sonreí, con el teléfono en la mano, mientras volvía a meterme bajo las sábanas. Sabía que lo iba a reclamar, pero no tan rápido.

Isabelle: Necesito algo de tiempo para asimilar la información antes de decidir si acepto el trabajo.

No contestó, y pensé que lo dejaría estar... pero entonces me llamó.

Vacilé antes de contestar, porque por alguna extraña razón quería vestirme. Algo ridículo, ya que él no tenía manera de saber que estaba desnuda bajo las sábanas.

—Cuando dije más tiempo, no me refería a un minuto —bromeé.

—Bueno, no, pero supuse que necesitarías más información.

¿Cómo podía parecer aún más sexy por teléfono? No era justo.

—Es verdad, eso siempre es útil. Dame un momento, voy a cerrar la ventana. Esta noche las calles están especialmente ruidosas con todas las sirenas y el tráfico.

—¿Por qué te mudaste a Nueva York?

Me sorprendió la pregunta, pero no tuve inconveniente en responder:

—Me encanta la ciudad, siempre me ha gustado. Vengo de un pequeño pueblo de Montana y fui a la universidad en Filadelfia. Me quedé allí después de graduarme, pero siempre había deseado mudarme a Nueva York. Es el sueño de la mayoría de las personas que viven en un pueblo pequeño. Solíamos hacer mapas de los sueños en el colegio, y la mitad de la clase quería mudarse aquí. Tú también eres de un pueblo pequeño de Oregón, ¿verdad? Así que probablemente sepas de lo que hablo.

—Así es. Vine aquí para ir a la universidad. Al principio fue muy emocionante, pero cuando la banda se hizo conocida, las cosas cambiaron.

—Me lo imagino.

—¿Qué es lo que más te gusta de la ciudad?

—Bueno, a decir verdad, todo. Pero lo que más me gusta es que es un paraíso para los *foodies*. —Tess y Skye Winchester eran mis hermanas del alma en ese sentido. Habían compartido conmigo cuáles eran sus lugares favoritos para comer, lo cual me dio una buena referencia. A partir de ese momento, mi lista de restaurantes preferidos creció significativamente.

Bostecé y Brayden se rió suavemente:

—Ve a dormir, Isabelle. Podemos hablar mañana.

—Vale. Oye, me lo he pasado muy bien esta noche, pero tengo mis dudas sobre el trabajo. No me gusta meterme donde no me llaman.

—Pues hoy te he llamado, Isabelle... Buenas noches.

Capítulo Tres

Isabelle

A la mañana siguiente, recibí un correo electrónico de Sasha en el que me informaba de que toda la banda estaba dispuesta a darle una oportunidad a mi propuesta. Vaya, vaya... Me pregunté si Brayden había utilizado sus dotes de persuasión con sus compañeros, o si aquello había sido obra de Sasha.

También envió más información sobre el trabajo. Por desgracia, no tuve tiempo de echarle un vistazo porque tenía que atender a varios pacientes seguidos. Entonces, me di cuenta de que tendría que trabajar los fines de semana y por las tardes si aceptaba el encargo de GreenFire, porque de ninguna manera iba a dejar de atender a ninguno de mis pacientes. No podía hacerles eso. A la mayoría les costaba mucho abrirse y desarrollar confianza en alguien, y no quería que tuvieran que volver a pasar por eso con otro profesional. Eran demasiado importantes para mí como para permitir que eso ocurriera.

Mi consulta estaba situada en un rascacielos de Brooklyn, en la séptima planta. Era un bonito edificio con portero y zona de recepción. A pesar de tener cinco ascensores, estaban ocupados constantemente. Me encantaba mi lugar de trabajo. Tenía una pequeña sala de espera con dos sillas y una mesita con revistas. La consulta en sí era pequeña, tenía un escritorio y dos sillas antiguas frente a mí. La mía era de cuero y había colocado una lámpara de arco dorado junto a ella para iluminar el espacio.

No comprobé el teléfono durante las sesiones de la mañana, ya que pensaba ponerme al corriente de todo durante el almuerzo. Hice una pausa de quince minutos para comer rápidamente un bocadillo.

Mientras saboreaba uno de pastrami con pan de centeno que había comprado en la charcutería local y navegaba por el móvil, descubrí que tenía mensajes tanto de Sasha como de Brayden.

Sasha: Hazme saber si te gusta el proyecto. Nos gustaría ponerlo en marcha lo antes posible.

Brayden: ¿Ya te ha contactado Sasha?

Sonreí ante la pantalla y decidí contestar primero a Sasha. Hubiera preferido tener unos días para considerarlo, pero me di cuenta de que no querían esperar, y no iba a hacerles perder el tiempo.

Isabelle: Apenas he tenido tiempo de revisarlo, pero te aseguro que te responderé por la noche. Te lo prometo.

Luego, pulsé la conversación con Brayden.

Isabelle: Sí, me ha enviado un correo diciendo que la banda está dispuesta a trabajar conmigo. ¿Ha sido obra tuya?

Brayden: Obviamente.

Una risa escapó de mí mientras acercaba más el teléfono.

Isabelle: ¿Y por qué lo hiciste?

Brayden: Creo que la banda te necesita. Y será divertido para ti.

Yo también lo creía, y me hacía ilusión. En cuanto al tiempo, sería todo un reto, pero el proyecto me iba como anillo al dedo. Aun así, no quería darles una respuesta precipitada. Primero quería leer la información que me había enviado Sasha.

Isabelle: En cuanto tenga una decisión, se lo comunicaré a Sasha. Probablemente sea esta misma noche.

Brayden: Pero puedes decírmelo ahora.

Las comisuras de mis labios se inclinaron hacia arriba. Sin duda se le daba muy bien el flirteo, pero yo no me quedaba atrás.

Isabelle: ¿Y por qué iba a darte un trato especial?

Brayden: Porque Lars tenía razón... solo que no de la forma que él piensa. No perdí porque me trajeras mala suerte. Perdí porque estaba demasiado cautivado por ti.

Madre mía. No me esperaba *esa* respuesta. Experimenté una agradable vibración que recorrió todo mi cuerpo. Desde que me había mudado a Nueva York, mi vida sentimental se había ralentizado considerablemente. Al principio estaba demasiado ocupada para echarla de menos. Luego, durante los meses siguientes, había tenido unas cuantas citas, la mayoría con chicos que había conocido por Internet, pero nada resultó. Ninguno me hizo sentir ni el diez por ciento de lo que Brayden me hacía sentir. Ni siquiera era capaz de entender por qué me producía eso, pero sinceramente no pensaba hacerlo. Él y yo vivíamos en mundos diferentes, era muy consciente de ello. Aquellos mensajes coquetos no iban a llevarme a ninguna parte, pero estaba superdecidida a disfrutarlos mientras pudiera. Nunca había tenido una relación sólida, al menos no del tipo que tenían mamá y papá, o Josie y Hunter. Había salido con muchos tíos en Filadelfia, pero nunca había encontrado al indicado. Tampoco era que me preocupara, ocurriría cuando llegara el momento.

Brayden: Creo que merezco tener algo de información privilegiada.

Escribí y descarté dos respuestas antes de pulsar “Enviar”.

Isabelle: No lo creo. En todo caso, es Lars quien la merece.

Brayden: ¿Cómo es eso?

En ese momento, me estaba riendo tanto que incluso olvidé comer mi bocadillo.

Isabelle: Es lo más justo. Además, me gusta tomarte el pelo.

Brayden: Me he dado cuenta.

Isabelle: Oye, mi descanso está a punto de terminar. Te mantendré al corriente, pero nada de información privilegiada para ti.

Brayden: Ya veremos.

Riéndome, aparté el teléfono a un lado; de lo contrario, no podría terminar el bocadillo antes de que llegara el siguiente paciente.

Esa noche, mientras iba camino a casa, revisé el correo electrónico de Sasha y finalmente le confirmé que iba a aceptar el trabajo. Residía en el barrio de Parkchester, en el Bronx. Mi apartamento estaba en un precioso edificio de ladrillo rojo que tenía el encanto del viejo mundo.

Me preparé rápidamente una pizza congelada para cenar, ya que incluso los *foodies* necesitábamos ahorrar tiempo después de un largo día de trabajo. Para mi sorpresa, Sasha respondió a mi mensaje casi de inmediato.

Sasha: Perfecto. Te enviaré el contrato por email para que puedas firmarlo de manera electrónica. Me gustaría empezar cuanto antes. Uno de los chicos se ha ofrecido a pasar por tu consulta por la tarde para que puedas empezar con los perfiles psicológicos. ¿Cuándo te viene bien?

Vaya, qué eficiente.

Isabelle: Podría empezar mañana por la tarde.

Sasha: Genial.

Isabelle: ¿Y quién es el voluntario?

Estaba bastante segura de saber la respuesta, pero quería que ella me lo confirmara. Aun así, se me cortó la respiración cuando respondió.

Sasha: Brayden.

A la tarde siguiente, mientras terminaba la consulta con mi última paciente, me sentía algo nerviosa. Había anticipado que Brayden me enviaría un mensaje ese día, tal vez para hacer una broma o algo así, pero no se había comunicado conmigo en absoluto, lo que me generaba aún más ansiedad.

Sasha me había consultado si podía coordinar con la recepción del edificio para asegurarse de que Brayden no tuviera inconvenientes al subir, y yo le di luz verde.

Acompañé a la última paciente hasta la sala de espera y me quedé atónita cuando lo vi. Estaba de espaldas a nosotras, observando la foto del puente de Brooklyn. Llevaba puesta una gorra de béisbol; ¿sería para que nadie le reconociera? ¿Cuándo había entrado?

—Anna, nos vemos la próxima vez. Dale un beso a Lindsay de mi parte —dije. Anna era más familia que paciente, su hermano estaba casado con Skye Winchester. Se estaba recuperando de un divorcio complicado y me alegré de que se pusiera en contacto conmigo. Adoraba a su hija, Lindsay, y estaba deseando ayudarlas en todo lo que pudiera.

—Se lo daré. Gracias, Isabelle. Siempre haces que me sienta a gusto, eres una buena amiga.

Abrí la puerta y Brayden permaneció de espaldas a mí mientras Anna salía y la cerraba tras de sí. Luego, se dio la vuelta, se quitó la gorra y dirigió su mirada hacia mí.

Dios mío.

—Oye, ¿cómo has entrado? —pregunté.

—Sasha se puso en contacto con el personal de recepción y me dieron el código de tu puerta.

—¿Nadie te reconoció?

—No, me hicieron pasar por la puerta trasera.

—¿Y en el ascensor?

Las comisuras de sus labios se crisparon.

—He subido por las escaleras.

—Vaya, son siete plantas.

—¡Y que lo digas! También ha venido mi guardaespaldas; está al otro lado de la puerta.

Era surrealista tenerlo allí. De alguna manera, tenía un encanto especial. Su presencia era arrebatadora, se desempeñaba con soltura tanto en un escenario como en la bolera.

—¿En qué área de la psicología te has especializado? —preguntó, mientras echaba un vistazo al lugar.

—No diría que estoy especializada en algo en particular, pero la realidad es que la mayoría de los pacientes acuden a mí para tratar conflictos en sus relaciones personales, ya sea con la familia, los amigos o la pareja. —Me miró con curiosidad, así que continué—: Me gradué en Psicología clínica.

—¿Y les das consejos?

—Intento ayudarlos a encontrar las respuestas por sí mismos. En el fondo, casi siempre las tienen, pero a veces nos resistimos a guiarnos por nuestra intuición.

Curvó los labios hacia arriba:

—Es verdad. ¿Por qué lo hacemos?

Me encogí de hombros, desconcertada por la forma en que me miraba.

—Por varias razones. A veces, hacer lo que queremos implicaría un gran cambio. En la mayoría de los casos, no estamos preparados para ir en busca de lo que queremos.

Su sonrisa se hizo más pronunciada y... ¡joder, me estaba matando con su mirada!

—¿Tienes pareja? —preguntó.

—No.

—¿Por qué no?

—Bueno, resulta que el mundo de las citas en Nueva York no es para los débiles de corazón.

—Así que tienes citas —afirmó en un tono que denotaba su desagrado.

—Sí. ¿Por qué pones ese tono tan acusador, Don Estrella del Rock? Según la prensa del corazón, eres todo un ligón en serie.

—Ahora mismo, no. —Me observaba con tal intensidad que hizo que mis piernas flaquearan—. ¿Y tú?

Me di la vuelta y me puse a apilar los folletos que estaban sobre la mesa de la entrada.

—¿Por qué lo preguntas? —indagué. Sentí el calor de su cuerpo detrás de mí mientras se acercaba.

—¿De verdad no te has dado cuenta?

Volví a darme la vuelta, intentando leerle bien, pero me resultó imposible. Todo mi cuerpo permanecía en alerta y mi mente estaba completamente nublada.

—¿Quieres que vayamos a cenar a algún sitio? No hace falta que nos quedemos en la consulta para que realice el perfil. Hay muchos lugares bonitos por aquí que podrían gustarte.

Su sonrisa se atenuó:

—¿Qué tal si pedimos a domicilio? Casi nunca voy a lugares con los que Sasha no haya contactado de antemano. Los fans suelen abalanzarse sobre mí. No es una experiencia agradable, ni siquiera con un guardaespaldas cerca.

—¡Vaya, tienes razón! Buscaremos alguno que haga envíos a domicilio. —Saqué el móvil y abrí mi aplicación favorita, ajustando los filtros a la zona de Brooklyn en la que nos encontrábamos antes de entregarle el teléfono.

—Toma, he hecho pedidos a la mayoría de estos. Son todos muy buenos.

—¿Ese es tu veredicto oficial como *foodie*?

—Sí.

Mientras comprobaba los menús en mi móvil, no pude evitar preguntarle:

—¿No te resulta extraño vivir en esa burbuja?

—¿Burbuja? —Frunció el ceño—. Bueno, supongo que podría llamarse así... Es la única vida que he conocido en los últimos diez años. Me he acostumbrado a ella. Eso no quiere decir que no haga cosas espontáneas, solo que prefiero asegurarme de que no haya problemas.

—Ni siquiera puedo imaginar cómo sería eso. Me gusta tener la libertad de ir donde quiero y cuando quiero —dije riendo—. En fin... ¿Has decidido qué quieres comer?

—Sí. Quiero uno de cada. —Señaló tres de los menús degustación.

—Parece que alguien tiene mucha hambre —bromeé mientras terminaba de hacer el pedido. Por el rabillo del ojo, le vi inclinarse hacia mí, y entonces su colonia invadió mis sentidos.

—Sí, pero es más por la compañía que por la comida...

¿Estaba tonteando? ¿O simplemente le apetecía tener compañía porque llevaba una vida aislada? Pasando la lengua por mis labios, me centré en la pantalla, finalizando el pedido en un restaurante tailandés.

—Ya está, llegará dentro de veinte minutos —dije—. Te va a gustar. Se lo recomiendo a todo el mundo en mis *tours*.

—¿Qué *tours*?

—También soy guía turística una vez a la semana.

—¿Y eso?

—Cuando me mudé a Nueva York, no tenía muchos pacientes, así que necesitaba ganar algo extra. Ahora mi agenda está hasta arriba, pero me sigue gustando hacer *tours*. Conozco a mucha gente interesante, y cada vez que estoy con un grupo, veo Nueva York desde una perspectiva diferente.

—Eres flipante.

—Me alegro que pienses eso. —Le invité a pasar al interior de la consulta, porque allí había un poco más de espacio para que ambos pudiéramos relajarnos y sentarnos—. ¿Quieres que empecemos con la elaboración del perfil?

—Claro. —Parecía completamente a gusto. Se hundió en la silla y apoyó una pierna encima de la otra.

—Por cierto, Sasha insiste en utilizar ese término, pero básicamente se trata de elaborar una lista de lo que te gusta y lo que no. Nada tan complejo como lo que verías en un programa policíaco de la tele. —Sonrió, y casi olvidé lo que iba a decir—. Es una herramienta para ayudarnos a decidir qué podrías compartir con los fans que no te incomodara y que, al mismo tiempo, ellos apreciaran. Pero tiene que ser auténtico. Los fans pueden percibir cuando compartes cosas porque sí, o cuando les muestras algo con lo que te sientes cómodo o te apasiona.

—Me parece bien.

Nos sentamos en el mismo lado del escritorio, algo que me gustaba porque, a veces, sentarse en lados opuestos resultaba demasiado formal. Quería que mis pacientes se sintieran a gusto. Repasamos la lista de preguntas mientras yo tomaba notas en mi iPad. Cuando iba por la mitad, llegó nuestro pedido y nos tomamos un breve descanso.

Después de poner la comida sobre el escritorio, comimos tranquilos, saboreándolo todo.

—¡Me flipa la comida tailandesa! —exclamé.

—A mí también. Mi madre piensa que estoy loco. No le gusta nada que sea picante, pero creo que esto podría gustarle. Lo tendré en cuenta para su próxima visita.

—¿Dónde viven tus padres?

—En mi pueblo, Blue Falls, en Oregón —dijo Brayden.

—¿Vienen a menudo a la ciudad?

—Una o dos veces al año. Mis primas, Janna y Donna, me visitan más seguido. Nos criamos juntos, son prácticamente como mis hermanas. Aunque es probable que este año los vea menos a todos.

—¿Por la gira?

—Sí. Y los meses previos a la gira también son intensos. Pero mi familia me apoya. ¡Son mis mayores fans! —exclamó.

Sonreí, encantada por ver cómo cambiaba su expresión cuando hablaba de ellos:

—Bueno, cuando vengan de visita, asegúrate de pedir también *curry panang*. Van a flipar. Es el mejor que he probado. Ahora que lo pienso, les he enviado tantos clientes que debería pedirles un descuento especial.

Le añadí curry rojo al arroz antes de probar una cucharada.

—¿De dónde sacas tiempo para ser guía turística?

—Fácil, solo organizo mi agenda de manera que todo encaje. —Al levantar la vista, me sobresalté al notar que tenía la mirada fija clavada en mí. Una oleada de calor recorrió mi cuerpo

y tuve que bajar la vista hacia mi caja de comida, moviéndome con inquietud en el asiento—. Hablando de giras, he investigado en Internet. Te espera un año tremendo, setenta conciertos en once meses.

—Sí, va a ser una locura.

GreenFire empezaba la gira a principios de octubre. Iban a actuar por todo el mundo, aunque casi el setenta y cinco por ciento de sus presentaciones eran en Estados Unidos.

—No lo disfrutas tanto, ¿verdad?

Suspiró:

—Me gusta actuar en el escenario. Es una experiencia completamente distinta a grabar en el estudio. Es como si la música cobrara vida. Pero no me gusta toda la atención de la prensa y los fans.

—He tomado nota de eso. Espera, déjame añadir...

—No, mejor volvamos a ese asunto más tarde. Háblame más de ti mientras comemos.

—¿Por qué?

Las comisuras de sus labios se inclinaron hacia arriba:

—Me has hecho perder el partido, ¿recuerdas? Estás en deuda conmigo. Y quiero saber más de ti.

Mi ritmo cardíaco se aceleró.

—Aún sigues con eso, ¿eh?

—Apenas he empezado.

Brayden

Su pasión por la vida era adictiva. Quería inclinarme y darle un fuerte y profundo beso, saborear su boca... todo de ella.

Se iluminó al hablar de sus visitas guiadas. Éramos muy diferentes. A Isabelle le encantaba estar rodeada de gente, y a mí no. Pero, sobre todo, disfrutaba de la libertad de deambular por donde quisiera, cuando quisiera. Pensé que si formara parte de mi vida, todo eso cambiaría. No podía pedirselo, por más fuerte que fuera mi deseo.

—¿En qué estás pensando? —preguntó.

—No creo que te convenga saberlo.

Ella levantó una ceja:

—Pero quiero saberlo, en serio.

Me incliné más hacia ella:

—Estaba reflexionando sobre lo diferente que es mi vida en comparación con la tuya. En que no puedo darte lo que necesitas y en lo mucho que sigo deseándote a pesar de todo eso.

Tragó saliva y sus ojos se abrieron de par en par.

—¿Ves? —bromeé.

Se relamió los labios y bajó la mirada hacia su recipiente de comida vacío, como si estuviera pensando que, si mantenía el contacto visual, podría ceder a lo que le pidiera.

Mientras tanto, yo aguantaba a duras penas la tentación de apartarle el pelo y besarle el cuello.

—Volvamos a la lista de preguntas —sugirió.

Apenas pude contenerme de acercarme más a ella:

—Vale.

—Sasha no me ha comentado nada más sobre las citas con el resto de los chicos.

—Hemos estado discutiéndolo, y probablemente sea mejor que te pases por la casa de campo cuando tengas tiempo. Podemos adaptarnos a tu agenda.

—¿Por la casa de campo?

—Es donde pasamos la mayor parte del tiempo, ensayando o disfrutando de los ratos libres.

—Vale, déjame consultar mi agenda. —Revisó su iPad—. Podría ir mañana. ¿Está en Manhattan?

—No, está fuera de la ciudad, en Tarrytown. Se tarda media hora en coche. Enviaré a un chófer para que te recoja y te traiga a casa después. Es más fácil.

—Vale.

Acto seguido, volvió a sacar la lista de preguntas y decidí no insistir más.

Al menos, no esa noche.

Salí de su consulta una hora más tarde y me dirigí directamente a casa. Mi chófer, Paul, me recogió, y el guardaespaldas que me acompañaba aquel día nos siguió en un coche aparte. Vivía en un ático con vistas a Central Park. Era un edificio residencial con servicio de conserjería, por lo que nadie podía subir sin avisar.

No podía conciliar el sueño, así que me dirigí directamente a mi sala de ensayo, equipada con aislantes acústicos. Aunque teníamos una sala mucho más grande en la casa de campo, también había querido tener una en mi ático. A veces, las ideas para nuevas canciones surgían en los

momentos más inesperados y, tener una sala dedicada a mis proyectos creativos me ayudaba a encontrar el estado de ánimo adecuado. Mayormente, me dedicaba a escribir canciones, pero por si acaso, había insonorizado la habitación para las raras ocasiones en que también me apetecía tocar el piano.

Me senté en la cómoda silla y coloqué el portátil sobre mi regazo. La música siempre había corrido por mis venas. Mi madre solía decir que ella era la razón de ello, ya que me había animado constantemente durante mi infancia. Incluso de adulto, nos conectábamos a través de ese arte, aunque siempre acompañado de una pizca de diversión.

“Niño, ¿cuándo vas a escribir una letra que resulte agradable para los oídos de una madre?”, decía a menudo.

Siempre me hacía reír, porque la respuesta era “Nunca”. Nuestras canciones eran crudas y sin filtro, lo que significaba incluir palabrotas cuando la canción lo requería. La compañía discográfica me había criticado mucho por ello, pero yo no cedía. El arte era el arte, y me negaba a cambiarlo para ahorrar dolores de cabeza a los *DJs* de la radio.

Garabateé unas cuantas palabras al azar en la hoja en blanco. Siempre empezaba así, y luego, poco a poco, veía la conexión entre ellas y deducía el tema de la canción.

Más de una vez me habían preguntado de dónde sacaba las ideas, y mi respuesta no había cambiado en años: No las sacaba de ningún lado. Las canciones se me *revelaban* solas.

Siempre había tenido claro que quería crear música, de la misma manera que Isabelle siempre había sabido que quería ser psicóloga. Entonces, la aguerrida pelirroja se apoderó inmediatamente de mi mente. Era tan distinta a todas las mujeres que había conocido, y eso me resultó tan estimulante que no pude evitar desear conocerla mejor. En aquella tarde de bolos, prácticamente no pude apartarme de ella, sobre todo porque sentí que estaba super a gusto conmigo. Sin duda, había una atracción entre nosotros, una conexión que nunca había experimentado antes, y quería explorarla. Quería capturar aquella descarada boca y recorrerla por completo hasta hacerla estremecer.

Estaba acostumbrado a atraer la atención de las mujeres. Era parte del trabajo, y a decir verdad, todo era superficial y me cansaba enseguida. Pero lo que pasaba con Isabelle era diferente; sentía que ella podía verme a mí, a Brayden Clarke, el hombre, no al cantante de GreenFire. Parecía auténtica.

Pasé la mitad de la noche en mi sala de ensayos, lo cual hizo que a la mañana siguiente estuviera completamente exhausto, pero no importaba. Tenía el comienzo de una canción increíble, todo gracias a Isabelle.

Era viernes, lo que significaba que debía llamar a mis padres. Siempre charlábamos los viernes por la mañana, a menos que hubiera actuado la noche anterior. Ellos tenían campos de trigo en Oregón, y su vida no había cambiado desde que yo era niño. Giraba en torno al ciclo de la naturaleza, y lógicamente, solían estar más ocupados durante la época de las cosechas. Resultaba reconfortante saber que algunas cosas no habían cambiado.

Me serví un tazón de cereales y llamé por FaceTime, ya que a ellos les gustaba verme.

—Hijo, ¿nos oyes? —dijo papá, casi a gritos. Siempre intentaba mantenerlos al corriente de los últimos avances de la tecnología telefónica, pero era difícil que le pillaran el truco.

—¡Podemos verte! —exclamó mamá. Siempre hablaban así, como si, cuanto más lejos estuviera yo, más alto tenían que hablar.

—Puedo veros y oíros —aseguré.

Charlamos unos diez minutos antes de que me comunicaran de que *tenían* planes.

—Vamos a ir a la fiesta de la calabaza en *The Barn* —dijo papá.

Aquel lugar había sido el epicentro de mi infancia. Todo lo que pasaba en nuestro pequeño pueblo tenía lugar en *The Barn*. Habían pasado años desde la última vez que estuve en casa. De repente, la pregunta de Isabelle surgió en mi mente.

“¿No te resulta extraño vivir en esa burbuja?”

Lo cierto era que no me molestaba; uno se acostumbraba tanto a vivir entre rejas que a veces ya ni las veía.

Contar con un equipo de seguridad siempre había sido una medida de precaución imprescindible, porque habíamos pasado por unas cuantas situaciones desagradables cuando saltamos a la fama. En una ocasión, unos fans habían entrado en mi habitación de hotel y en mi antiguo apartamento. Me acosaron incluso en una ocasión en la que fui de visita a casa de mis padres. Del mismo modo, más de una vez lograron burlar a mis guardaespaldas y, en su desesperación por alcanzarme, llegaron al extremo de arrancarme la camisa. La frase “Lo quieren todo de nosotros” a veces era brutalmente literal.

Durante años, me había conformado con tener cada movimiento meticulosamente planeado, asegurándome de que todo estuviera bajo control. Siempre consideré que eso formaba parte del trabajo y lo acepté sin reservas.

Sin embargo, por primera vez, me encontraba cuestionando mi estilo de vida, y era consciente de que todo se debía a Isabelle.

Capítulo Cuatro

Brayden

La casa de campo se convirtió en nuestra base de operaciones. A pesar de que cada uno de nosotros tenía su propia residencia en la ciudad y otras en diferentes partes del país, todos disponíamos de una habitación, o mejor dicho, de un espacio en esa casa. Era el lugar donde llevábamos a cabo todo tipo de actividades, desde ensayos hasta comidas, además de disfrutar de algunos momentos de desconexión. La adquirimos después de que nuestro primer álbum alcanzara el estatus de disco de platino, no solo como una recompensa para nosotros mismos, sino también porque la atención de la prensa y los fans se había vuelto incontrolable. Situada en Tarrytown, junto al río Hudson, aquella enorme casa contaba con veinte dormitorios y tres salones separados, ofreciendo un espacio más que suficiente. El jardín que la rodeaba era inmenso y estaba lleno de una exuberante vegetación, y la vista del río brindaba paz y tranquilidad. El exterior estaba construido enteramente de piedra gris, y el tejado era de color blanco. La propiedad había pertenecido a una de las familias más ricas de Estados Unidos.

Se trataba de una casa con un estilo de principios de siglo, y aunque mantuvimos su fachada original, realizamos numerosas modificaciones en su interior. Redefinimos el propósito de las habitaciones, derribando paredes y remodelándolas para adaptarlas a nuestras necesidades. También construimos una piscina y saunas en el sótano. En la primera planta, había salas de ocio: una mesa de billar y dardos, un cine, una pista de baile y una sala de videojuegos. La zona de ensayo de la banda ocupaba la segunda planta. Instalamos material de aislamiento en todas las salas para que cada miembro pudiera ensayar individualmente en las más pequeñas o juntos en la sala más amplia. Además, contábamos con un estudio de grabación de última generación. Aunque las grabaciones oficiales de los discos tenían lugar en el estudio de la discográfica, nos encantaba tocar en la casa de campo. Para nosotros, la mejor manera de evaluar una canción era grabarla y luego escucharla; mientras tocábamos, estábamos demasiado inmersos en la interpretación como para tener un panorama completo de la creación.

Aquel día lo dedicaríamos a practicar. Como ya habíamos grabado el disco, debíamos prepararnos para la próxima gira. Además, tenía una sorpresa para los chicos.

—Tengo algo nuevo —anuncié una vez que habíamos terminado de ensayar.

—Venga, tío. ¿Acabamos de grabar y ya quieres ponernos a trabajar en algo nuevo? —preguntó Harvey mientras se pasaba una mano por el pelo.

Lars estaba bastante callado, lo que significaba que aún no había tomado suficiente café. Era muy obstinado. Thomas me tendió una mano. Saqué el papel arrugado de mi bolsillo trasero y se lo entregué.

—Me gustan las líneas —dijo pausadamente—. Pero, tío, tienes que aprender a escribir mejor o empezar a utilizar papel pautado de una vez por todas. —Frunció el ceño al mirar la hoja—. ¡No se entiende nada!

Harvey se la arrebató de la mano, examinándola. Se le daba mucho mejor interpretar mis garabatos. Colocó el papel en el soporte que tenía delante y empezó a rasguear la guitarra. Mi mente se sumergió de inmediato en un espacio creativo. Prácticamente podía oír la parte de la letra que me faltaba en mi cabeza, y visualizar los acordes que no había podido descifrar en casa, como si estuvieran flotando delante de mis ojos y lo único que tuviera que hacer fuera plasmarlos.

Thomas me tendió un papel pautado y, al instante, escribí los acordes y la letra. Harvey siguió tocando hasta que se le acabó el material, y después volvió a empezar, consciente de que

necesitaba seguir escuchando la canción para mantenerme en ese modo creativo. Así era como fluía mi proceso artístico.

No tenía ni idea de cuánto tiempo había pasado cuando terminé, pero mis dedos estaban entumecidos de tanto apretar el bolígrafo y la muñeca un poco rígida. La giré para aflojarla y me enderecé.

Lars extendió la mano para coger el papel:

—La letra es buena. Muy buena. ¿Cómo has...?

Un golpe en la puerta nos interrumpió. Enseguida, Sasha la abrió y asomó la cabeza:

—¡Chicos, ha llegado Isabelle! —exclamó.

Miré a los demás, levantando una ceja.

Lars alzó las manos en señal de defensa:

—Seguiremos adelante con el plan de Sasha, ¿vale? Isabelle mola. —Desde que había perdido de manera tan catastrófica en los bolos, su nivel de aceptación hacia ella había subido como la espuma.

Bajamos a la sala principal. El espacio era tan amplio que seguramente había sido un salón de baile en otra época. Isabelle nos esperaba en el sofá de uno de los rincones.

Apartó la mirada en cuanto nuestros ojos se encontraron. Me gustó, ya que eso indicaba que no era el único que percibía esa intensa energía entre nosotros.

—No puedo creer que llaméis casa de campo a este lugar. ¡Es una mansión!

Sonreí:

—Sí, pensamos que sería divertido ponerle un apodo. Bueno, ¿cuál es el plan?

—Es sencillo —explicó—. Hablaré con cada uno de vosotros por separado sobre las cosas que os gustan y las que no, y luego os sugeriré temas para vídeos en directo en Facebook y otras redes sociales. He revisado vídeos antiguos en YouTube y he leído los comentarios para tomar nota de las reacciones de la gente y las cosas que más desean ver. También he elaborado algunas estadísticas basadas en esos comentarios para que podamos centrarnos en lo que realmente funcione.

—Isabelle, me caes bien —afirmó Lars—. Vas al grano. Temía que nos hicieras perder horas de nuestra vida con esto.

—¿Siempre eres así de sarcástico?

—Sí —declaró estoicamente Lars.

Isabelle le entrecerró los ojos:

—No, solo te caigo bien porque *crees* que Brayden perdió por mi culpa.

Lars sonrió:

—Esa es la razón principal, lo admito. A propósito, mañana por la noche daré una fiesta aquí. Es mi cumpleaños. Puede que surja la oportunidad de jugar algunos partidos. ¿Te apetece unirse a nosotros y ayudar a Brayden a perder otra vez?

Isabelle rió sutilmente, echando un rápido vistazo a cada miembro del grupo. Seguía evitando mi mirada:

—Quizás esta vez te anime a ti, Lars —bromeó.

—¡Ja! No. Ni se te ocurra, o te desinvito.

—¡Ajá! Es demasiado tarde para eso. Bueno, volvamos al trabajo. Como decía, sugiero hablar con cada uno de vosotros individualmente. Brayden ya pasó por mi consulta y repasamos todas las preguntas. Lars, ¿quieres ser el primero?

—Claro, ¿por qué no?

Regresé a la sala de ensayo con Harvey y Thomas mientras esperábamos. Cuando Lars terminó, se unió a nosotros, y entonces fue Harvey quien fue a hablar con Isabelle. Thomas quedó para el final. Normalmente, no tenía problemas para concentrarme al cien por cien en la música, pero en ese momento no dejaba de pensar en Isabelle. No quería arriesgarme a que se fuera sin volver a verla, así que cuando Thomas me envió un mensaje diciendo que su entrevista había terminado, bajé.

Thomas me dio unas palmaditas en la espalda mientras volvía a subir para reunirse con los chicos. Isabelle estaba sola en el salón, sentada en el sofá y tecleando en su iPad.

Giró la cabeza e inmediatamente se sentó más erguida al verme. Luego sonrió y volvió a centrarse en el iPad.

—¿Vas a estar todo el rato evitando mirarme? Así la fiesta va a ser incómoda...

Suspiró:

—No, pero si no hago contacto visual, es más fácil resistir toda esa sensualidad que desprendes. De lo contrario, podría dejarme llevar y sucumbir a esta loca atracción.

Me estaba matando. El hecho de que no se anduviera con rodeos y que siempre dijera lo que pensaba no dejaba de cautivarme.

Entonces, me senté en el reposabrazos, a su lado:

—Quizás eso sea justamente lo que quiero.

Levantó la vista y sacudió la cabeza:

—Me gustaría hacer un recorrido por la casa. ¿Estaré en lo cierto al pensar que te ofrecerás como voluntario?

Me incliné aún más:

—Claro que estás en lo cierto.

Se aclaró la garganta y se puso en pie.

—Vale, pues vamos.

Me levanté despacio, sonriendo.

—¿Crees que si estamos en movimiento no puedo tontear contigo?

Sacudiendo la cabeza, me dio un ligero codazo:

—Puedes tontear todo lo que quieras, Señor Estrella del Rock. No cederé a tus encantos. Ni siquiera esa irresistible sonrisa conseguirá hacerme sucumbir ante ellos.

Me eché a reír. Sin duda era muy especial.

—Vamos. Tontea y enséñame la vivienda, quiero explorar bien este lugar. Es superinteresante, y creo que a los fans les encantaría ver algunas partes de ella.

—Siempre y cuando no entremos en el terreno de los *reality shows*.

Ella agitó la mano:

—Para nada. Solo darles un pequeño vistazo para que puedan conectar más con vosotros.

Le abrí la puerta y ella salió primero. Caminé a su lado, haciendo un gran esfuerzo por no tocarla, ni siquiera la parte baja de la espalda o el brazo; instintivamente sabía que no podría resistirme a besarla si llegaba a tocarla.

Ver la casa desde su perspectiva fue fascinante. Se quedó hipnotizada con todas las salas de ocio, en especial con la mesa de billar y el cine.

—¿Te gustaría ver también las salas de ensayo?

—Pues claro. Creo que a los fans es lo que más les gustaría ver.

La seguí mientras subíamos la escalera hasta el último nivel. Joder, su culo me estaba volviendo loco. Llevaba unos vaqueros de tiro bajo y caminaba con un sutil balanceo de caderas.

—¿Brayden? ¿Me estás escuchando?

Miró hacia atrás, levantando una ceja. Me había pillado *in fraganti*.

Me encogí de hombros, mostrándole una de mis características sonrisas, de esas que resultaban irresistibles. Ella señaló mis ojos con un dedo antes de bajarlo lentamente hasta mi boca.

—Vale, he cambiado de opinión. No quiero nada de flirteo.

—¿Y eso por qué? —Subí otro escalón, quedando a su altura.

—Porque podría darme la vuelta y lanzarme sobre ti.

Nunca había conocido a una mujer tan descarada.

—Por mí, no hay problema —aseguré—. Te garantizo que puedo subirte por estas escaleras fácilmente.

Pensé que eso la haría sonrojarse. En cambio, me apretó el bíceps derecho con el pulgar y el índice, y luego hizo lo mismo con el izquierdo.

—Sí, parecen sólidos como una roca.

Guiñándome un ojo, se dio la vuelta y subió las escaleras más deprisa que antes.

Sonriendo, la seguí.

Se tomó su tiempo para examinar cada una de las habitaciones, especialmente la principal, y se dirigió directo a mi piano, dando una vuelta alrededor y tocando el borde. «Me encantaría posarla sobre él, desnudarla y hundirme dentro de ella». Una imagen vívida apareció en mi mente y tuve que hacer un gran esfuerzo para concentrarme en sus palabras.

—Creo que si grabáis algún *clip* vuestro ensayando o simplemente pasando el rato en esta sala, a los fans les encantará. Diría que empecéis solo haciendo eso, y luego vemos si conviene hacer otra cosa o no, dependiendo de la reacción del público.

—Me parece bien.

Algo en mi tono debió de indicarle que mi mente estaba dispersa, porque se giró hacia mí.

Sus ojos se abrieron de par en par, pero no dijo nada. Tal vez había captado que estábamos andando por el filo de la navaja. No era solo la atracción física lo que dificultaba contenerme. Me encantaba hablar con ella de casi todo.

—Quizás no debería haber venido después de todo. —Su voz temblaba ligeramente.

Ni siquiera me importaba la maldita fiesta. Mi único propósito era encontrar una excusa para pasar más tiempo con ella, pero no quería que hiciera nada con lo que no se sintiera cómoda.

—Tú decides, Isabelle. Comprendo que quieras poner distancia entre nosotros. Pero espero de verdad verte en la fiesta.

Había deseo en sus ojos, y yo mantuve los míos en los suyos para que supiera exactamente cuáles eran mis intenciones. Entonces preguntó:

—Pero, ¿quién sabe cómo pueden resultar las cosas?

Cuando contesté, mi voz era un susurro:

—Sí. ¿Quién sabe?

Me estaba volviendo loco por ella.

Capítulo Cinco

Isabelle

Mimar a mis hermanos era uno de los mayores placeres de mi vida. Como era lógico, en ocasiones interpretaban que “mimar” era como una forma de “regañar”, pero no teníamos por qué estar de acuerdo en todo, ¿verdad? Al fin y al cabo, ellos eran igual de “cariñosos”, por lo que no tenían motivos para reprochármelo.

—¿En serio vais a recogerme? Vaya, cómo me cosentís... —dije cuando ambos aparecieron en mi puerta el sábado siguiente por la mañana.

Teníamos planeado ir a desayunar a un lugar que estaba cerca de la casa de Josie y Hunter. Nuestra hermana había dado a luz cinco semanas antes, e insistió en que quedáramos en algún sitio que no fuera su casa, ya que se sentía un poco encerrada.

Optamos por desayunar en *The Bakery*, uno de los lugares de moda cerca de su casa. Ya habíamos ido justo después de que abrieran el mes anterior, y Josie expresó inmediatamente su deseo de volver. Enseguida el restaurante se convirtió en un éxito así que las colas eran largas. Por suerte, yo conocía a uno de los camareros, Cooper. Era guía turístico en la misma agencia de viajes donde yo trabajaba, y se encargó amablemente de asegurarnos una mesa. Aunque no estaba cien por ciento segura, tenía la impresión de que podía estar interesado en mí.

Envié un mensaje a Josie para informarle que ya habíamos llegado, mientras mi amigo Cooper nos conducía a nuestra mesa.

Observé a mis hermanos mientras nos sentábamos y noté que estaban bastante ocupados examinando a Cooper. Apenas pude contener la risa.

—¿Estás saliendo con él? —preguntó Dylan una vez que Cooper estuvo lo bastante lejos como para no escucharnos.

—No. Lo conozco de la agencia de viajes. Somos amigos.

—Ajá, vaaale. —Ian parecía poco convencido.

Dylan se enderezó en la silla y mantuvo la mirada fija en Cooper cuando volvió para tomar nuestro pedido. Hablaba con frases cortas y un tono entrecortado. Había entrado en lo que yo llamaba “modo de intimidación alfa”.

Ian negó con la cabeza, evidenciando que le costaba tanto reprimir la risa como a mí. Aproveché para pedir algo para Josie, ya que me había respondido diciendo que llegaría unos minutos más tarde y que estaba muriéndose de hambre.

—Chicos, dejad en paz al pobre Cooper. No estoy interesada en él a nivel romántico —aclaré cuando volvimos a quedarnos solos.

—Oye, yo no he hecho nada —se defendió Ian—. El neandertal de la familia es Dylan.

Me pregunté qué harían si les dijera quién me interesaba realmente. Estaba segura de que Ian también entraría en el mismo modo de inmediato. Aunque le gustaba decir que era Dylan quien tenía todos los genes neandertales, contaba con suficientes pruebas para demostrar lo contrario.

Ian bostezó.

—¿Otra vez trasnochando? —le pregunté—. ¿Trabajo o ligoteo?

—No ha sido por el trabajo —respondió Dylan por él.

—Vale, entonces prefiero no saber los detalles, hermano querido. Bueno, espera, solo uno. ¿Dylan también salió contigo?

Dylan levantó una ceja:

—¿Por qué piensas eso?

—No sé. Quizás puedas volver a la acción con Ian como compinche.

Dylan me fulminó con la mirada:

—No necesito un compinche.

Ian se rió:

—Siempre dice lo mismo. Personalmente, creo que tiene miedo de que le robe sus conquistas.

—¡Ja! Como si eso hubiera ocurrido alguna vez —replicó Dylan.

—No, no creo que eso vaya a ocurrir —interrumpí—. Pero Dylan es un lobo solitario. Siempre le ha gustado hacer las cosas por su cuenta, sin decírnoslo siquiera.

—Sí, no me vendría mal pedir algún que otro consejo de vez en cuando. Para evitar dispararme en el pie, como hice con Lina.

Me enderecé en mi asiento. Fue una respuesta inesperada. Dylan había mantenido una relación de muchos años con Lina antes de que ella le rompiera inesperadamente el corazón. A diferencia de Ian, que siempre había insistido en que sería soltero de por vida, Dylan solo empezó a decirlo tras la ruptura. Sin embargo, nunca nos dio ningún detalle. Llevaba meses instándolo a que se sincerara, si no era con nosotros, al menos con alguien en quien confiara. No quería ser insistente, pero si algo había aprendido en mi carrera de Psicología, era que la mejor manera de lidiar con las experiencias y emociones negativas era hablar o escribir sobre ellas. A veces, era necesario sacar lo malo para dar espacio a las emociones positivas y, de esa manera, permitir que llenaran nuestras vidas de felicidad.

¿Acaso había decidido, por fin, seguir mi consejo?

Ian y yo intercambiamos una mirada. Parecía tan sorprendido como yo. Sin embargo, no presioné, temiendo que Dylan volviera a levantar su muro de hielo a su alrededor.

—Le pedí que se casara conmigo. Me dijo que no estaba preparada. Que no estaba segura de querer pasar su vida conmigo.

¡Mierda!

—¡Joder! —exclamó Ian, reflejando lo que yo pensaba. Pero algo en su expresión también me decía que eso no le había pillado por sorpresa. ¿Se habría enterado por otras fuentes?

—Lo siento mucho, Dylan —expresé con franqueza—. Pero... sinceramente, no sé qué consejo podríamos haberte dado. Si después de tantos años juntos no estaba segura, no es culpa tuya. Y tampoco significa que no puedas encontrar la felicidad con otra persona.

Dylan resopló:

—Eso no va a ocurrir. Estoy disfrutando de la soltería.

Si hubiera visto a Lina, le hubiera echado una buena bronca. Cerré los puños bajo la mesa, tratando de ocultar mi frustración a Dylan. Sí, el gen neandertal *era* definitivamente un rasgo muy arraigado en nuestra familia.

Josie llegó con Sophie y, al instante, mi corazón estalló de alegría. ¡Era tan pequeñita y rosada! Josie la llevaba en un cabestrillo, lo que solo dejaba ver su diminuta nariz, así como sus pequeñas manitas y piececitos.

Josie se había cortado el pelo en un corte recto justo antes de dar a luz, pero ya le había crecido un poco. El peinado le sentaba de maravilla; los mechones castaños enmarcaban su rostro a la perfección.

—¡Dios mío, es monísima! —exclamé. Quería cogerla en brazos, pero me aterrorizaban los bebés cuando eran tan pequeños. Parecían tan frágiles...

Ian parecía compartir mi opinión, pero Dylan era valiente. Incluso había tomado en brazos a la pequeña Sophie en el hospital justo después de su nacimiento.

—Hermana, ¿estás segura de que puedes salir a pasear con una bebé tan pequeña como Sophie? —preguntó Dylan con voz preocupada.

—Por supuesto, lo he consultado con el médico. De todos modos, duerme la mayor parte del tiempo. Al menos durante el día. Las noches son más complicadas.

Nuestro camarero trajo la comida enseguida.

Esa vez no era Cooper. Al parecer, mis hermanos habían logrado intimidarle.

Intenté imaginar cómo reaccionaría Brayden si mis hermanos le dieran el mismo trato, y tenía la certeza de que no se intimidaría lo más mínimo.

—¡Me muero de hambre! —exclamó Josie—. Pero bueno, últimamente siempre tengo hambre. Y no paro de tener antojos imposibles. Por suerte para mí, mi marido tiene éxito en todo lo que se propone.

—¿Como daros a ti y a Sophie absolutamente todo lo que queráis? —pregunté.

—Exacto.

—¡Me encantaría tener un hombre así!

Habíamos pedido *omelettes* de champiñones, puré de aguacate con tomate, pasta de judías negras y huevos *Benedict*. El lugar elaboraba su propio pan, y los aromas de nueces y pasas me hacían la boca agua.

—¿Por qué estáis los dos mirando con tanta atención hacia allí? —preguntó Josie a Ian y Dylan.

—Nuestro camarero está interesado en Isabelle. Así que nosotros estamos interesados en él —dijo Dylan con total naturalidad.

—O mejor dicho, nuestro antiguo camarero. Parece que ahora nos está evitando —añadió Ian.

Josie se detuvo mientras cortaba la *omelette*.

—Dios mío, cuánta testosterona —comentó.

—Y eso que ahora la han reducido un poco. Cuando yo estaba en el instituto era mucho peor —expliqué. Josie era mayor que nosotros, y se había trasladado a Nueva York a un internado cuando estaba en el instituto. Aunque nos visitaba a menudo, se había perdido muchas cosas, como la sobreprotección de Ian y Dylan hacia mí.

—Pero creo que estamos entrando en una nueva era en la que estos tíos canalizarán parte de sus instintos protectores hacia Sophie —dije.

Ian se rió:

—Eso no significa que no podamos molestaros a vosotras también.

Sonreí y me serví unos huevos *Benedict* del plato de Ian.

—¡Oye, no me robes la comida!

—Venganza por ser un pesado —bromeé.

Dylan y Josie empezaron a reírse y, unos segundos después, Ian y yo también nos unimos a ellos.

Me transportó a esos desayunos en casa de nuestros padres cuando éramos niños. Siempre organizábamos sesiones de risas, algo que yo insistía en hacer porque había leído en una revista que la risa tenía un efecto terapéutico. Desde pequeña ya era un poco mandona.

—¿En qué andáis todos? —preguntó Josie.

—En lo de siempre —respondió Ian—. Empresarios de éxito de día, y rompecorazones de noche.

Dylan hizo una mueca de disgusto:

—Rompecorazones, ¿en serio?

Ian puso los ojos en blanco:

—Venga tío, relájate.

—Pues yo estoy trabajando en un proyecto nuevo muy divertido —anuncié—, con la banda GreenFire. Quieren que haga un perfil psicológico de ellos y de sus fans para ver cuál es la mejor forma de captar la atención de su mercado.

—¡Joder! —exclamó Ian—. ¡Menudo proyecto!

—Son una gran banda —dijo Dylan.

Mis dos hermanos eran muy fans de ellos.

Josie batió las pestañas.

—¿Cuándo me los podrás presentar?

—No creo que pueda. Me hicieron firmar un acuerdo de confidencialidad, pero les dije que tenía que contárselo a mi familia.

Josie entrecerró los ojos y supe enseguida que estaba empezando a atar cabos. Aunque era abogada, mi hermana también podría haber tenido mucho éxito como detective.

—Espera... ¿La fiesta a la que vas a ir esta noche la organizan ellos?

Asentí, emocionada. Al final había decidido ir, y después de buscar en mi armario un atuendo adecuado, me di cuenta de que necesitaba algo nuevo. Así que esa mañana envié un mensaje al grupo de chicas. Josie había aceptado encantada ir de compras conmigo, al igual que Tess y Skye, primas de su marido y mejores amigas de Josie. Laney, mi mejor amiga, también iría.

—¿Y estás segura de que no puedes colarme? —Josie seguía batiendo las pestañas.

Solté una risita:

—¿Tú y Sophie?

—Vaya, es verdad, ahora soy madre. Se supone que tengo que ser seria y adulta. —Aunque lo había dicho como si fuera una molestia, la sonrisa de su cara la delataba y, además, yo sabía que le encantaba ser madre.

Entonces, como en otras ocasiones, me pregunté si alguna vez tendría la misma suerte...

Después de desayunar, Josie y yo nos dirigimos al Soho. Habíamos quedado delante de la tienda de lencería de Tess y Skye. Ambas nos estaban esperando fuera. Tess llevaba un vestido de tenis blanco, con el pelo peinado con un estilo *boho-chic* que mezclaba mechones rubios y castaños. Skye llevaba el pelo moreno recogido en una coleta. También estaba con su hijo, quien dormía plácidamente en su cochecito. Laney fue la última en unirse a nosotras y, al llegar, repartió panecillos a todo el grupo. Mi mejor amiga era residente de cirugía y estaba casada con Cole, el hermano de Tess y Skye. Era viuda cuando lo conoció, y a menudo había percibido la tristeza de su pasado en ella, acechándola como una sombra.

Agradecía no haber visto esa sombra desde que Cole entró en su vida.

—Los compré por el camino. Solo dos al principio, pero estaban tan ricos que volví a por más —exclamó Laney, echándose un mechón de su lacio pelo castaño por detrás del hombro.

—¡Dame, dame! —exclamó Tess, y luego le dio un bocado—. ¡Vaya! ¿Dónde has comprado esto? ¡Está buenísimo!

Laney señaló una pequeña tienda *pop-up* justo al final de la calle, y Tess asintió entusiasmada.

El ambiente era relajado y feliz. Me encantaba ver a mis amigos y familiares tan felices.

Qué afortunados éramos todos: la familia lo era todo para nosotros. Lo que me hizo pensar en mis pacientes. Si al salir de mi consulta eran un poco más felices, consideraba que mi trabajo

estaba bien hecho. Siempre les decía que no podía ayudarles a resolver todos sus problemas ni a tener todas las respuestas, pero sí podía ayudarles a centrarse en las cosas buenas de su vida.

—Bueno, Isabelle, ¿cuál es el motivo de este paseo de compras? —preguntó Tess.

Moví las cejas de arriba abajo:

—Es para una fiesta con una banda de rock, y nada de lo que tengo se ajusta a la ocasión.

Skye se rió:

—Cariño, bastaba con decir que simplemente tenías ganas de ir de compras.

—Vale. Tienes toda la razón. Necesitaba una excusa para mi sentimiento de culpa.

Tenía más ropa de la necesaria, pero las cosas bonitas me hacían feliz.

Skye dijo:

—Podemos probar suerte en la *boutique* que han abierto justo enfrente. Tienen conjuntos muy exclusivos.

Todas asintieron, excepto Tess, que me miraba con un gesto interrogador. No dijo nada, pero estaba segura de que me estaba analizando.

Skye nos condujo a una pequeña tienda llamada *Le Fleur*. En la puerta de entrada figuraban los nombres de distintos diseñadores franceses escritos en letra cursiva blanca. Nunca había oído hablar de ninguno de ellos. Aunque los precios no eran baratos, los conjuntos eran distintos de los que encontraba en Nordstrom Rack y Macy's. Me llamó la atención un vestido beige de lino y algodón, con un cinturón de cuero de madera en el centro. No tenía ni idea de que existiera el cuero de madera.

—¿Qué es lo que estás buscando exactamente? —preguntó Tess.

Miré hacia atrás y sonreí. Todas las chicas ya estaban eligiendo cosas para ellas.

—No lo tengo muy claro. Algo informal que pueda ponerme en distintas ocasiones. La única regla es que tengo que lucir guapísima con lo que me ponga.

—Por cierto, ¿te ha llamado la atención alguno de los chicos?

Me di la vuelta rápidamente:

—¿Cómo te has dado cuenta?

Todas las chicas me estaban mirando.

Tess sonrió con orgullo:

—Instinto.

Laney hizo pucheros.

—¿Cómo es que se han dado cuenta? Eres mi mejor amiga.

—No seas tan dura contigo misma, Laney. Crecí en una familia numerosa. Captar las señales no verbales era una necesidad vital —dijo Tess con naturalidad.

—Pero soy tu hermana, y ni siquiera yo pude notarlo. —Josie parecía atónita.

—Puede que haya puesto cara de póquer porque Dylan e Ian estaban con nosotras. Es la costumbre. Ni siquiera lo hago de manera consciente.

—Bueno, pero... ¿quién es? —preguntó Josie.

Apreté los labios y negué con la cabeza.

—No, no. Decir su nombre en voz alta hará que parezca más real.

Puede que no dijera su nombre en voz alta, pero lo cierto era que tenía a Brayden en mente. Disfrutaba de nuestro coqueteo descarado, pero temía que esa noche se convirtiera en algo más. Realmente no creía que pudiera resistirme a estar cerca de él y no actuar en función de aquella loca atracción, incluso a sabiendas de que nuestras vidas eran demasiado diferentes como para que pudiéramos siquiera plantearnos salir juntos. Además, su gira iba a empezar en tan solo unos meses. No podía entregarle mi corazón. De lo contrario, ¿qué haría después?

Cuando entré en el probador para probarme la ropa, comprobé el móvil y se me revolvió el estómago. ¡Tenía un mensaje de Brayden!

Brayden: Mis fuentes me dicen que has confirmado tu presencia.

Isabelle: ¿Sasha me ha vuelto a delatar?

Le había enviado un mensaje esa mañana.

Brayden: Por supuesto.

Brayden: Enviaré un coche a por ti. Además, hoy tendremos más guardias de seguridad. Nuestros conductores saben cómo entrar, y estarás más cómoda.

Isabelle: Vaya, vale. Gracias.

Podía pedir un Uber, pero si quería tratarme como a una princesa, no iba a negarme.

Brayden: Tengo muchas ganas de verte.

Isabelle: ¿Solo ver, o coquetear hasta hacerme perder las bragas?

Brayden: Las dos cosas.

Me apoyé en el espejo del probador, sonriendo.

Isabelle: Que empiece el juego, Señor Estrella del Rock.

Como era evidente, ni siquiera podía comportarme cuando nos mandábamos mensajes.

Entonces, ¿cómo demonios iba a comportarme cuando volviera a verle?

Capítulo Seis

Isabelle

Cuando me monté en la parte trasera del BMW negro que Brayden envió recogerme, me sentí como si fuera de la realeza.

Vestida con mi nuevo atuendo, no podía contener mi inquietud en el asiento mientras el coche avanzaba. El coche olía ligeramente a sándalo, al igual que Brayden. ¿Sería ese su vehículo personal con chófer? Recordé que mencionó que prefería que lo llevaran a todas partes, así que todo apuntaba a que sí.

Esa mañana le había comprado un regalo a Lars y no podía esperar para ver su reacción al abrirlo.

Durante el trayecto hacia la casa de campo, decidí revisar la aplicación de Facebook en mi móvil. Resultó que ese día, la banda había publicado su primer vídeo en directo, y como era el cumpleaños de Lars, fue él quien habló en el vídeo. Habían grabado en la sala de ensayo, en la que Lars hizo un pequeño recorrido, explicando que pasaban allí un par de días a la semana. Hice un rápido repaso a los comentarios, intentando medir las reacciones. Había acertado: los fans estaban extasiados por poder echar un pequeño vistazo a la vida cotidiana de su grupo favorito. A continuación, Lars se dirigió a la cocina para mostrarles el espacio donde solían desayunar, mencionando que el yogur o los cereales eran sus opciones favoritas por las mañanas.

Varios seguidores comentaron que desayunaban lo mismo y luego preguntaron qué solían comer los demás miembros de la banda.

Eso era exactamente lo que esperaba conseguir: ofrecer a los fans algo con lo que pudieran identificarse.

Deslizándome por la pantalla, esbocé una sonrisa al ver las preguntas triviales de la sección de comentarios. Los seguidores ansiaban detalles mundanos, desde conocer las películas que veía el grupo hasta descubrir si solían pedir comida a domicilio con frecuencia. Eso era una buena señal, muy buena. Esperaba que la discográfica también lo percibiera de esa manera.

El coche se detuvo frente a las puertas, donde había dos guardias de seguridad. Todas mis terminaciones nerviosas se activaron. ¡Habíamos llegado a la casa de campo! Las puertas se abrieron y avanzamos por el camino. Recordé que la última vez no había coches frente a la propiedad, pero en ese momento conté doce. Estaban aparcados junto al bien cuidado césped.

—Gracias —le dije al conductor, quien simplemente se limitó a saludarme asintiendo a través del retrovisor.

Al salir del vehículo, me encaminé con piernas temblorosas hacia la puerta de entrada, que se encontraba entreabierta. Saludé con la cabeza a los dos guardias apostados a ambos lados. A través de la puerta se filtraban la música y las voces. La casa de campo era realmente increíble. Aún no había tenido oportunidad de explorar el enorme jardín que se abría hacia el río Hudson. Grandes árboles viejos delimitaban la propiedad y hacían que fuera imposible espiar el interior.

Cuando empujé la puerta para abrirla, me sorprendió ver que solo había unas pocas personas en el vestíbulo, ninguna de ellas perteneciente a la banda.

Me dirigí al salón sin molestarme en quitarme los zapatos, ya que nadie más lo había hecho. Además, mis altísimos tacones eran una parte esencial del conjunto. El vestido beige era discreto, pero mis zapatos eran unos *peep toes* de cuero negro con tiras que se entrecruzaban por mi pierna hasta la mitad del tobillo. Eran sexys, igual que el esmalte rojo que me llevaba en las uñas de los pies.

Había un montón de gente en la sala, por lo que me dirigí de inmediato al bufé. Al acercarme a la mesa, mi estómago rugió. Había de todo, desde guacamole hasta ensalada de tabulé y salmón ahumado. Me acerqué directamente a la vajilla y serví un poco de tabulé en mi plato.

—Parece que alguien está contenta —murmuró una voz increíblemente seductora a mi espalda.

Todo mi cuerpo vibraba mientras me giraba lentamente. Brayden estaba de pie a pocos metros, observándome de manera descarada. Sus ojos se abrieron de par en par al bajar la mirada hacia mis zapatos, soltando un fuerte suspiro. Cuando volvió a mirar hacia arriba, noté que sus pupilas estaban ligeramente dilatadas.

Me relamí los labios y levanté mi plato.

—La comida está buenísima.

—Me aseguré de incluir algo de tu lista de restaurantes.

Mis ojos se abrieron de par en par:

—¿Por qué?

—Quería asegurarme que la *foodie* que tenemos entre nosotros estuviera contenta. —Las comisuras de sus labios se crisparon. Sostenía su mirada en mí, como si estuviera haciendo un gran esfuerzo por resistir la tentación de volver a admirar mis zapatos. En ese momento, me sentí completamente desnuda.

—¿Dónde está el cumpleaños? —pregunté.

—Ven conmigo. Te llevaré hasta él.

Decidí llevarme la comida. Mientras caminábamos, el brazo de Brayden rozó el mío varias veces, enviando un cálido cosquilleo por todo mi cuerpo. Me condujo a otra habitación que aún no había explorado. Era una especie de sala de estar adicional, con estanterías repletas de libros en una pared y cómodos sillones repartidos por todo el lugar.

Lars estaba rodeado por un grupo numeroso y, cuando nos vio llegar, nos guiñó un ojo.

—¡Tengo un regalo para ti! —anuncié, rebuscando en mi pequeño bolso con una mano y sacando un libro de mi autor de misterio favorito.

Los ojos de Lars se abrieron de par en par:

—¡Vaya! ¿Me has traído un regalo?

—¡Pues claro! Para eso están los cumpleaños.

Brayden parecía tan sorprendido como Lars, lo que me hizo pensar que no estaban acostumbrados a ese tipo de gestos.

—Además, quiero agradarte por algo más que por traerle mala suerte a Brayden —añadí, guiñándole un ojo.

Lars se rió y procedió a presentarme al resto de la gente. Mientras continuábamos con las rondas de saludos, Brayden me tocó suavemente la parte baja de la espalda. Ni siquiera me esforcé por recordar los nombres de todos. Una rubia en particular me llamó la atención, porque me miró con desdén cuando Brayden nos presentó. Desde luego, no parecía gustarle la forma en que me tocaba la espalda. Yo, en cambio, lo estaba disfrutando muchísimo.

Después de haberme presentado a un montón de personas más, se excusó diciendo que tenía que atender a unos invitados.

Regresé al bufé, volviendo a llenar mi plato. La rubia de la nariz respingona apareció mientras me servía una Coca-Cola.

—Así que... ¿de dónde conoces a Brayden? —preguntó sin tocar la comida.

—Estoy trabajando en algunas cuestiones de consultoría junto con Sasha, su agente.

—Sé quién es Sasha —dijo con displicencia—. ¿Pasas mucho tiempo con ellos?

—¿En calidad de qué haces esa pregunta?

—Soy amiga de Brayden.

—No lo parecía —desafié. Leí sus intenciones; estaba intentando intimidarme por alguna razón, y no iba a tolerarlo—. Apenas te miró.

Se enfureció y comenzó a parpadear rápidamente. *¿Nadie había intentado derribarla de su pedestal antes? Me ofrecía voluntaria para el trabajo.*

Siempre concedía a todo el mundo el beneficio de la duda —era un efecto residual de mi profesión—, pero *no* toleraba a la gente mezquina. Aquella mujer tenía que saber que de ninguna manera iba a conseguir intimidarme.

—¿Sabes quién soy?

—No, y tampoco me interesa.

Se quedó boquiabierta. Me encogí de hombros y volví mi atención al bufé. Por el rabillo del ojo, la vi darse la vuelta y marcharse.

Por supuesto, tras su marcha, no pude evitar preguntarme quién era exactamente. No me importaba mucho su trabajo, pero ¿era realmente amiga de Brayden? ¿O una amiga con derecho a roce? Intenté convencerme a mí misma de que no importaba... pero sí que lo hacía.

¿Dónde estaba Brayden? No tuve ocasión de buscarle, ya que Lars me apartó a un lado, preguntándome si había podido ver el vídeo.

—Sí, lo he visto, me ha gustado mucho. Y he echado un vistazo a los comentarios: creo que era exactamente lo que pedían los fans. Le daré cuarenta y ocho horas para reunir más comentarios, y luego enviaré mis observaciones a Sasha.

—Vale. Me sentí bien haciéndolo. Fue como compartir algo personal, pero sin sobreexponerse.

—Me alegro de que te sintieras a gusto.

Lars sonrió ampliamente:

—No puedo creer que fuéramos tan duros contigo aquel primer día. No eres una de esas chaladas que intenta convencernos de que vendamos nuestra alma a la prensa o a la cadena de televisión que más ofrezca por un programa de telerrealidad.

Mis ojos se desorbitaron.

—¿Por qué esperarías algo así?

—Por experiencia.

—Ya veo. Me alegro de no estar más en tu lista negra. Oye, ¿quién es esa chica? —Señalé a la rubia molesta.

—Lilian. Es promotora de conciertos. Es la quinta vez que colabora con nosotros. Eso sí, parece más interesada en Brayden que en la banda.

Se me revolvió el estómago.

—Por cierto, ¿sabes dónde está? Hace rato que no le veo.

Lars levantó una ceja y yo sonreí nerviosa. ¿Acaso podía percibir que había algo entre nosotros?

—Probablemente se está escondiendo en algún sitio. No le gustan mucho las fiestas. Oye, tengo que volver con mis invitados. ¿Podrás apañártelas sola?

—Sí, claro.

Sin embargo, en cuanto se alejó, le envié un mensaje a Brayden.

Isabelle: Se rumorea que te estás escondiendo de la fiesta.

Brayden: He tenido un golpe de inspiración. Me encantaría que vinieras.

Me relamí los labios, preguntándome si estaba jugando con fuego. Sentía como si estuviéramos al borde del abismo y pudiéramos caer en cualquier momento.

Isabelle: ¿Dónde estás?

Brayden: En mi sala de ensayo.

Vacilé, permitiendo que mis dedos se posaran sobre la pantalla del teléfono sin pulsarla para responder.

Mi corazón latía deprisa, y aún más deprisa cuando me envió otro mensaje.

Brayden: La cantaré solo para ti.

Isabelle: Eso es lo que yo llamo un soborno eficaz.

Nadie me prestó atención mientras seguía sus indicaciones y ascendía por las escaleras. Me agarré a la barandilla, avanzando con cautela, como si estuviera en una misión secreta. Incluso cuando la música del piso de abajo se desvaneció y me acerqué a la sala de ensayos, no pude oír nada del interior. El aislamiento era fantástico.

Al llegar justo frente a la puerta, comencé a escuchar el piano. No tenía sentido llamar, ya que él sabía que era yo. Abrí la puerta y le observé en silencio.

Brayden estaba de espaldas a mí, sus manos danzaban casi etéreas sobre el piano. Sentí como si estuviera presenciando algo íntimo.

—Pasa —dijo, sobresaltándome. Estaba segura de que no me había oído entrar, pero hice lo que me pidió y me adentré en la habitación.

Advertí que tenía unos cuantos aperitivos dispuestos en una mesa junto al piano, además de una botella de vino. Mi atención volvió a centrarse en él cuando empezó a tocar de nuevo. Era una imagen increíble. Desprendía pura pasión. ¡Ver cómo movía aquellos musculosos brazos sobre el teclado resultaba increíblemente sexy! Incluso su espalda era atractiva. Permanecí unos metros detrás de él, sin atreverme a hacer ningún movimiento. ¿Y si perturbaba a su musa creativa? No tenía ni idea de cómo funcionaba ese proceso, pero no quería arriesgarme a distraerle.

Una vez que terminó, se giró hacia mí y se enderezó.

—¿Qué te ha parecido?

—Es preciosa. ¿Es del nuevo disco?

—No, es algo que se me ocurrió esta noche. Aún no tengo la letra, solo un ritmo y unos compases generales. Todavía le falta mucho por pulir.

—¿En serio? Ni lo he notado. Ha sonado muy bien.

Me miró fijamente sin responder.

—¿Tienes tu propia minifiesta? —pregunté, señalando la mesa con aperitivos.

—Se podría decir que sí. No me gustan las multitudes. Ni las fiestas. Por lo general, solo me quedo para dar la bienvenida a la gente. Esta vez, de hecho, he aguantado más de lo habitual.

—¿Porque es el cumpleaños de Lars?

—Por ti.

Me relamí los labios y aparté la mirada. No tenía ni idea de qué responder a eso, así que simplemente sonreí y me dirigí a ver qué clase de aperitivos había. En ese instante, noté que se colocaba justo a mi lado. Estaba lo bastante cerca como para que su brazo casi rozara el mío, y me sentía muy sensible al calor de su cuerpo.

—Gracias por subir —dijo en voz baja.

—Es que tú sí que sabes cómo convencer a una chica...

—¿Ah, sí?

En ese momento se acercó aún más. Ya ni siquiera fingía interesarme por los aperitivos. Esperé sus siguientes palabras con la respiración contenida.

—Sigo intentando convencerme de que puedo estar cerca de ti y no querer más, pero la verdad es que no puedo. Me gustas, Isabelle. La forma en que siempre dices lo que piensas. Tu entusiasmo por la vida. Lo apasionada que eres con todo lo que haces. Que hagas las cosas a tu manera... —Hizo una pausa, tomando aire antes de añadir—: Me gusta cómo me miras.

—¿Cómo? —susurré.

—Tienes la capacidad de verme a *mí*, no solo a la estrella de rock.

A esas alturas ya estaba justo detrás de mí, con una mano en la cintura y la boca en mi oreja. Rozó el lóbulo de mi oreja con sus labios y mis sentidos estallaron. Se me puso la piel de gallina en todo el cuerpo: en los brazos, en el cuello, en el vientre e incluso entre mis muslos.

Me pasó los dedos por la piel sensibilizada de los brazos y tragó saliva. Me dio un beso bajo la oreja y jadeé ante la descarga de placer que me invadió.

—Isabelle. —Su voz era apenas un gemido. Me apretó la cintura con más fuerza antes de darme la vuelta muy despacio. Me besó desde la oreja hasta la comisura de mis labios, pasando por la mandíbula. Todo mi cuerpo temblaba ligeramente. Quería que me besara, aunque sabía que no podíamos volver atrás una vez que hubiéramos cruzado ese límite. No debía desearle, pero le deseaba.

Desplazaba su boca lentamente sobre la mía, tan lento que me estaba volviendo loca. Era hiperconsciente de cada fracción de centímetro en que nuestras bocas se tocaban. Separó mis labios con los suyos con la misma lentitud. Estaba completamente perdida en su beso, en la forma en que me saboreaba. Su sabor era increíble. Profundizó el beso y me exploró con más urgencia.

Subió las manos desde mi cintura hasta mis hombros, para luego volver a bajar, esa vez agarrándome del culo mientras me apretaba contra él. Cuando sentí su erección presionando contra mi centro, mis piernas flaquearon. Entonces, el beso se volvió feroz y salvaje.

Nos desplazamos por la sala. No estaba segura de hacia dónde nos dirigíamos hasta que sentí la pared contra mi espalda.

Gruñendo, Brayden me besó el cuello, apartándome el pelo. Me levantó el vestido con una mano, tocándome la parte exterior del muslo hasta llegar a la cadera, y luego lo dejó caer del todo. A continuación, apoyó la cabeza en la curva de mi cuello, probablemente intentando recuperar la compostura. Sin embargo, estaba acabando con la mía, ya que la sensación de su cálido aliento sobre mi piel era una auténtica tortura.

—Sabes increíble —dijo en un gruñido.

—Me estás volviendo loca.

Se irguió, observándome atentamente.

—No más que tú a mí, Isabelle.

Había algo especial en aquel hombre; era como un imán, no podía separarme de él. Era consciente de que era una locura; sinceramente, ¿qué posibles consecuencias podría haber? Él, una estrella del rock; yo, una psicóloga. Pero, ¿realmente importaba eso? Después de todo, podría pasármelo bien por un tiempo.

«Isabelle, es hora de que dejes la cautela a un lado», pensé.

Desplazó el pulgar sobre mi boca, como si de repente sintiera que tenía vía libre para tocarme y besarme. Estaba en lo cierto. Dado que ya habíamos cruzado ese límite, sería más fácil seguir sobrepasándolo.

Sin embargo, no tuvimos la oportunidad de continuar, ya que alguien llamó a la puerta y nos interrumpió.

—Brayden, baja, tío. Van a traer mi tarta y me gustaría que estuviera toda la banda.

—Salvada por la tarta —susurré.

Brayden me sonrió.

Le señalé con el dedo.

—¿A qué viene esa mirada?

—No creo que quieras saberlo.

—Haz la prueba.

—Desde que llegaste, he estado fantaseando con que me envuelves con tus piernas, llevando solo tus tacones. Ahora sigo teniendo la misma fantasía, pero además imagino que estás cubierta de nata y que yo estoy a punto de lamerla directamente de tu cuerpo.

Madre mía. Me aclaré la garganta:

—¿Bajamos?

—¿Demasiados detalles?

—Demasiados. Lo peor es que ahora mi imaginación está sumando aún más detalles a esa idea. —Moví las cejas de arriba abajo.

Exhaló con fuerza mientras sus pupilas se dilataban. Siempre había sido fogosa, pero Brayden sacaba aún más ese lado de mí.

—Nunca haces las cosas fáciles, ¿verdad?

—No es mi típico *modus operandi* —admití—. Aunque ahora solo estaba intentando provocarte.

Sonrió, retrocedió un paso y señaló la puerta.

—Después de ti.

—¿A quién se le ocurre servir la tarta tan temprano? —pregunté mientras bajábamos la escalera.

—Es idea de Lars. Dice que luego la gente va demasiado borracha, y tiene razón.

Todos los presentes se habían reunido en el salón principal, donde estaba el bufé. Lars me tendió una copa de champán. Brayden asentía y sonreía a todo el mundo, con aquel increíble encanto que le caracterizaba. El único momento en que parecía atenuarlo era cuando estábamos solos. Ansiaba más momentos así: puros y sinceros. También anhelaba más de aquellos exquisitos besos, pero todos los instintos me advertían que me mantuviera alejada.

Lilian me estaba fulminando con la mirada. Me sentí extrañamente orgullosa y le dirigí una sonrisa con un aire de suficiencia.

Unos minutos después, Thomas entró con la tarta. Parecía más bien una tarta nupcial, con tres pisos y figuritas de la banda encima. También tenía millones de velas.

—Amigos, no contéis las velas —dijo Lars en voz alta—. No tenéis por qué saber cuántos años tengo.

Todos se rieron antes de empezar a cantar el “Cumpleaños feliz”. La multitud se agrupó en un semicírculo frente a él. Lars deslizó una mano por su cabello negro, dándole un toque de pulcritud. Vestía una camisa azul que resaltaba sus ojos. Estaba muy elegante. A su lado, Harvey no podía tener un aspecto más diferente, con su cabello rubio claro despeinado y una camiseta desgastada. Thomas se situaba como un punto intermedio entre los dos, vestido con una camisa negra abotonada y unos vaqueros desgastados.

¿Dónde estaba Brayden? ¿Acaso se había marchado?

Un segundo después, me di cuenta de que se encontraba a mi lado. Sonreí y recibí a cambio una de esas sonrisas auténticas y preciosas que solo compartía cuando estábamos solos. Aquel gesto era solo para mí. Ni siquiera importaba que estuviéramos rodeados de un montón de gente. En ese momento, todo parecía desvanecerse... al menos hasta que comenzaron a aplaudir cuando terminaron de cantar.

Lars sopló las velas y todos se pusieron en fila para la tarta. Me apresuré a coger un plato de papel, pero antes de que pudiera dar un bocado, Brayden susurró en mi oído:

—No comas tarta. Nos vamos mañana y quiero pasar unas horas más contigo.

—¿A dónde vais? —pregunté. Se me hizo un nudo en el estómago. Sasha no lo había mencionado, y yo quería averiguar más detalles sobre la banda.

—A Nashville. Es un lugar clave para crear expectación en torno a los nuevos álbumes.

—¿Cuándo volvéis?

—El viernes.

No podía librarme de la sensación de decepción, por más irracional que fuera.

Y aunque había planeado aprovechar al máximo la velada, nunca tuvimos la oportunidad de hacerlo.

Después de comer la tarta, Lars pidió a todos que fuéramos a la planta de ocio.

—Me gustaría que todo el mundo jugara una ronda de dardos. Sí, eso te incluye a ti, Brayden. Nada de escaparte a la sala de ensayo.

La expresión de la cara de Brayden no tenía precio. Estaba claro que no quería reprender a Lars en su cumpleaños, pero la idea de pasar la noche rodeado de invitados no le entusiasmaba en absoluto. Así que, me propuse hacer que la situación fuera lo más agradable posible para él.

—Vamos, únete. No seas aguafiestas. Seré tu animadora personal de nuevo.

Brayden sonrió.

—Entonces, me están forzando a jugar a los dardos y encima voy a perder, ¿verdad? ¿Cómo puedo resistirme a eso?

—Buen punto, ¿cómo puedes rechazar una oferta así? —bromeé.

Lars me guiñó un ojo y Brayden se rió, sacudiendo la cabeza mientras todos seguíamos a Lars escaleras arriba.

Durante toda la noche, sentí una conexión especial con Brayden, incluso en la enorme sala de dardos. Era como si nuestro beso hubiera generado una conexión física entre nosotros. Cada vez que nuestras miradas se encontraban, no podía evitar sonreír. Sentía mariposas en el estómago.

Ni siquiera tuvimos la oportunidad de estar a solas el resto de la noche, pero no me cabía duda de que, en cuanto volviera de Nashville, cualquier cosa podría suceder...

Capítulo Siete

Isabelle

Como había llegado a casa de la fiesta a las tres de la mañana, me pasé la mitad del domingo durmiendo. Cuando me desperté, tenía mensajes de Josie, Tess y Skye. Puse la almohada en una posición cómoda y los leí tumbada en la cama. Planeaba hacer el vago todo el día.

Josie: ¿Qué tal la fiesta? ¡Necesito detalles! Por favor.

Tess: ¿Puedes contarnos quién es tu chico ahora?

Skye: He indagado un poco sobre la banda. Es Brayden, ¿verdad?

Maldita sea, Skye me conocía bien.

Sonriendo, hice un grupo, añadiendo a todas las chicas, y lo llamé “El Club de las Cotillas”.

Isabelle: Ya que todas preguntáis por lo mismo, tengamos un grupo.

Josie: ¡Genial!

Además, vi que también tenía un mensaje de Brayden. Lo había enviado la noche anterior a última hora.

Brayden: ¿Llegaste bien a casa?

Me resultaba entrañable que siempre lo comprobara dos veces.

Isabelle: Perdona, me quedé dormida enseguida y acabo de despertarme.

Brayden: Me lo imaginaba.

Isabelle: ¿Ya estás en Nashville?

Me llamó al segundo siguiente y, casi de manera inconsciente, puse una mano en mi barriga, apenas capaz de contener mi alegría.

—Sí. Ya tenemos concertada una entrevista en la radio. Empieza dentro de diez minutos. Luego tenemos una sesión de fotos.

—Pobre de ti. Yo planeo hacer el vago todo el día.

—Me encantaría hacer el vago contigo.

—Brayden...

—Espera, no digas nada más. Hablaremos cuando vuelva, ¿vale? En persona.

Sonreí, tamborileando con los dedos sobre mi estómago. No estaba dispuesta a dar por terminado ese tonto en el que estábamos metidos, así que dije:

—Vale.

—Tengo que irme. Solo quería oír tu voz.

Maldita sea. Si planeaba decirme ese tipo de cosas cuando nos viéramos, estaba perdida.

En cuanto terminó la llamada, eché un vistazo a la pantalla. “El Club de las Cotillas” rebosaba de mensajes.

Era hora de poner al día a mis chicas.

Mi domingo de flojera resultó ser exactamente lo que necesitaba para recargar energías, pero a la mañana siguiente apenas conseguí arrastrarme fuera de la cama. En general, los lunes se me hacían un poco pesados. Cogí una taza del aparador en la que ponía “Otro lunes fabuloso” y la llené de café caliente. Apoyada en la encimera de la cocina, comprobé el móvil. Tenía un mensaje de Brayden.

Brayden: Tengo una idea.

Isabelle: Madre mía, ¿tan temprano? Apenas estoy dando un sorbo a mi primer café.

Brayden: Qué bueno.

Me reí entre dientes.

Isabelle: ¿De verdad piensas que hablar conmigo un lunes por la mañana, antes incluso de que haya terminado de tomar mi primera taza de café, es una buena idea? Se llevará una desagradable sorpresa, señor. Necesito al menos dos para dejar de estar de mal humor.

Brayden: Entonces esperaré hasta que te hayas tomado dos.

Sonreí a mi teléfono, ansiosa por saber qué quería decirme. Tardé cinco minutos en beberme los dos cafés. Nunca lo había hecho tan rápido, y me hizo gracia que esperara a que lo hiciera.

Isabelle: He terminado.

Brayden: Parece que alguien tiene prisa.

Isabelle: Me has despertado la curiosidad.

Brayden: Sasha ha programado una reunión contigo el viernes. Después de eso, te quiero solo para mí.

Una ola de calor recorrió mi cuerpo y se me pegó la lengua al paladar. Quería decir que sí. Tenía muchas ganas, pero ¿era una buena idea? Me reí de mi estupidez. ¿Por qué le daba tantas vueltas al asunto? Era solo un flirteo inofensivo. Y unos cuantos besos ardientes.

Isabelle: ¿Por qué?

Brayden: Ya sabes por qué. ¿Puedo llamarte o ya estás en una sesión?

Isabelle: No, pero se me hace tarde. Tengo que salir en unos minutos.

Brayden: ¿Qué horario tienes?

Isabelle: Tengo sesiones seguidas de nueve de la mañana a seis de la tarde. ¿Podemos hablar después?

Brayden: A esa hora estaré en los programas de entrevistas. ¿Temprano por la mañana?

Isabelle: ¿A la hora que me despierto con el café? Te gusta vivir al límite.

Brayden: Siempre.

Isabelle: Vale. Pero a partir de mañana, ¿no? Hoy ya se me ha hecho tarde.

Brayden: Mañana.

Sonreí, me apresuré a ir al baño y me arreglé en un tiempo récord. De camino a mi consulta en Brooklyn, me dolía la cabeza. Ocurría a menudo porque a mediados de julio en Nueva York había una humedad horrible y el aire acondicionado del metro estaba helado. El lado bueno fue que Brayden me envió unos cuantos mensajes más. El único inconveniente de la ubicación de mi apartamento era que el trayecto al trabajo era larguísimo, pero merecía la pena porque el alquiler no era para nada caro.

Me sentí como si estuviera de nuevo en el instituto durante el resto del día, esperando a que el chico que me gustaba me enviara un mensaje. Revisaba mi móvil constantemente, aunque procuraba ser discreta durante las sesiones con los pacientes: solo revisaba mi *smartwatch* para ver si había notificaciones de mensajes. Si recibía un mensaje, me emocionaba tanto leerlo que perdía por completo el hilo de lo que estaba diciendo el paciente. Si no lo recibía, me preguntaba qué estaría tramando. Y eso tenía que acabar, porque les estaba haciendo un flaco favor a mis pacientes.

El martes, me desperté con una solución en mente: dejaría tanto mi móvil como mi *smartwatch* en el bolso. Sin embargo, en ese momento solo tenía a Brayden en la cabeza. Habíamos quedado en hablar a las siete y media.

Después del segundo café, tomé una foto y se la envié con el mensaje “Estoy lista”.

Me acomodé en mi mullido sofá, con la mirada fija en el teléfono. Una amplia sonrisa iluminó mi rostro al ver que la pantalla se encendía, revelando su nombre.

—Qué puntual —bromeé.

—No quiero perder ni un minuto.

—¿Cómo es que te levantas tan temprano?

—Tenemos una rutina de gimnasio.

—Me encantaría ver eso.

Joder, ¿lo había dicho en voz alta?

Brayden soltó una risita.

—Será un placer darte un espectáculo privado.

Gruñí.

—Quizás deberíamos replantearnos esto de hablar por la mañana. Temprano tengo aún menos filtro.

—Eso me gusta.

Conversamos sobre todo, desde qué estaba desayunando hasta su plan para el día. Antes de darme cuenta, ya era hora de irme.

—Quiero oír tu voz esta noche. Hablemos después de mi aparición en televisión —dijo—. Esto no ha sido suficiente.

—Vale —susurré, sabiendo que estaría esperando la llamada ansiosamente durante todo el día.

Durante cada descanso, me dirigía corriendo al armario donde guardaba mi bolso, revisando tanto mi reloj como mi teléfono para ver si tenía algún mensaje.

Estaba tan emocionada que ni siquiera podía expresarlo con palabras, sobre todo porque no habíamos abordado el tema más incómodo. Ni él ni yo lo habíamos mencionado, pero disfrutaba demasiado hablando con Brayden. Quizás, si lográbamos dejar de lado ese coqueteo para cuando regresara, podríamos comportarnos.

A la hora del almuerzo, Sasha me envió un mensaje preguntándome si podía quedar con ella para tomar algo después del trabajo para discutir los siguientes pasos. Acepté porque no tenía planes.

El día anterior, habían hecho otro vídeo en directo en Facebook desde Nashville y, luego de revisar los comentarios, quería examinarlos con ella. Además, el programa de entrevistas en el que participaron se transmitió en YouTube, así que también leí los comentarios en esa plataforma. No resultaron tan esclarecedores como los de Facebook, ya que el grupo no tenía control sobre el contenido.

Me reuní con Sasha en el vestíbulo del hotel The Plaza, en pleno Manhattan. Aunque conocía el edificio gracias a mis visitas guiadas y lo había visto en películas como *Solo en casa 2* y *Sexo en Nueva York*, nunca antes había estado dentro. Cada rincón estaba adornado con alfombras suntuosas de felpa, arañas de cristal y detalles dorados. El lugar irradiaba un lujo de época.

Sasha lucía un espectacular vestido de cóctel negro. Anteriormente, solo la había visto con ropa de oficina, así que me llamó la atención lo encantadora que estaba esa noche. Como aquella mañana no había querido cambiarme en mi consulta, opté por un atuendo informal y *chic*: un vestido rojo hasta la rodilla con un pronunciado escote en V. Mi parte favorita era el cinturón negro que realzaba la cintura.

Para mayor tranquilidad, dejé el móvil en el bolso en modo silencio, evitando así la tentación de revisar si había algún mensaje. Desconocía qué pensaría ella sobre lo que estaba pasando entre Brayden y yo, y consideré que no sería lógico abordar el tema hasta tener una comprensión clara de la situación.

—¿Por qué no has viajado con la banda? —pregunté después de que el camarero nos trajera los cacahuets y los menús.

—Afortunadamente, no siempre viajo con ellos. ¡Dios mío, sería tan agotador! No me necesitan de forma presencial. Siempre estoy disponible por teléfono de todos modos. Viajaré con ellos durante la primera parte de su gira, pero no los acompaño siempre. A ver, enséñame qué tienes antes de empezar con los cócteles.

—Claro. —Saqué el iPad del bolso y, como era de esperar, no pude resistirme y también consulté mi teléfono. Se me revolvió el estómago. No tenía ningún mensaje nuevo. Entonces recordé que había empezado el programa de entrevistas. Dios mío, me estaba volviendo loca.

Le mostré a Sasha el perfil psicológico que había elaborado sobre la banda y sus fans, destacando lo que tenían en común. También hice una lista de temas que podían tratar en sus vídeos en directo o incluso en entrevistas, si el presentador estaba dispuesto a colaborar. Todo estaba pensado para llenar el vacío que la discográfica había identificado: los fans querían detalles personales del grupo en lugar de ser bombardeados con material promocional. Estaba segura de que, si respondían bien a esta estrategia de comunicación, las ventas aumentarían. Además, podrían llegar a un público nuevo: consumidores más jóvenes que pasaban todo su tiempo en las redes sociales y no solían mostrarse receptivos a los anuncios convencionales.

—¡Vaya, esto es fantástico! —exclamó Sasha—. Siempre se me olvida preguntártelo.

—Pensé que podría ser útil.

Me encantaba ofrecer un plan factible a mis clientes corporativos, y en ese caso era fácil. Siempre había preferido las instrucciones concretas a las ambiguas o poco claras.

—¿Sabes? Estaba un poco inquieta cuando se me ocurrió la idea, pero me alegro mucho de haber seguido ese instinto.

—Yo también. Es con diferencia el proyecto más emocionante que he realizado en mucho tiempo.

—Me alegra oírlo. ¿Quieres pasarte por la casa de campo el viernes por la tarde, cuando aterricen? Podrías hablar de ello con los chicos. Seguro que les encantaría oírlo de tu boca.

Esperaba que mi cara de póquer fuera suficiente para que no se diera cuenta de que ya sabía de su llegada, gracias a Brayden, por supuesto.

—Claro.

—Genial. Y ahora, no hablemos más de la banda. Te he invitado para darte las gracias por haber aceptado el proyecto. Yo invito a los cócteles.

—Muy generoso por tu parte. Gracias.

Acabamos pidiendo vino blanco en lugar de cócteles, además de una tabla de quesos para acompañarlo, para no beber con el estómago vacío. Sasha me caía muy bien; era divertida y despreocupada.

—Tuvimos mucha suerte de que le cayeras bien a Brayden enseguida. Si no, no habría sido posible convencer a los demás.

—Me he dado cuenta. Le escuchan.

—Siempre ha estado al mando, al menos desde que estoy con ellos. Es más fácil tratar con Thomas desde que se ha casado. Antes era un poco loco, pero ahora se ha calmado y se está

adaptando a la vida familiar. Me gustaría que el resto de los chicos encontraran a alguien, pero no creo que eso vaya a ocurrir pronto.

—¿Por qué? —Intenté no parecer demasiado curiosa.

—Todos están disfrutando demasiado de la soltería. Y Brayden especialmente es muy cauteloso después de cómo resultó su última relación seria.

Me mordí el labio para no preguntar más. No quería que Sasha sospechara.

—Ha sido muy reservado desde entonces. Ni siquiera sé dónde vive, salvo por la casa de campo. Nunca he estado en su propiedad.

Hablamos un poco de nuestras familias mientras devorábamos el queso. Ella era neoyorquina de nacimiento y toda su familia residía en la ciudad. Me puse melancólica cuando le hablé de la vida de mis padres, allí en Montana.

Alrededor de las nueve, noté que Sasha no paraba de comprobar su reloj. Insistí tanto que al final me dijo que su marido había prometido recogerla de camino a casa.

—Ve, de verdad. No hay problema.

—¿Estás segura?

—Sí. Voy a quedarme aquí un rato más, a disfrutar de las vistas. Y terminar el vino. —Ya iba por la segunda copa y necesitaba seguir relajándome.

—Vale, pero tenemos que repetirlo pronto.

—Claro.

Una sonrisa se dibujó en mis labios cuando se marchó. Esperaba que no se diera cuenta de que me había encantado que acertara nuestra reunión, porque tenía una cita telefónica con cierta sexy estrella del rock media hora más tarde. Aún no tenía claro cómo me las apañaría para escabullirme hasta que ella me contó sus planes. No me hubiera gustado posponer la llamada: ansiaba oír su voz.

¡Maldita sea! ¿De verdad había creído que íbamos a poder dejar de lado el flirteo? Eso iba a ser imposible.

Brayden

Los programas nocturnos eran mis favoritos. Los presentadores buscaban entretener al público con una combinación de humor y música. Rara vez nos ponían en un aprieto con preguntas molestas, y eso era algo que valoraba. Al concluir la emisión, un coche nos recogió en el estudio.

—Vayamos a tomar algo al bar de siempre —sugirió Lars. Se refería a un bar cercano al hotel con un amplio salón que solíamos alquilar estábamos en Nashville. Normalmente, después de un programa, me apetecían unas copas, pero la llamada con Isabelle estaba programada en unos quince minutos y no iba a perdérmela.

—Id vosotros. Dejadme en el hotel.

Lars levantó una ceja:

—¿Estás enfermo?

—Vete a la mierda.

Levantó las manos en fingida defensa:

—Jamás has rechazado la idea de salir de copas e ir a ligar.

—No me apetece —dije.

Harvey ladeó la cabeza, entrecerrando los ojos.

—Está claro que le pasa algo. ¿Pero... qué?

Thomas sonrió con suficiencia:

—Conozco las señales. No te apetece las copas nocturnas ni ligar con mujeres. Estás saliendo con alguien y no nos lo has contado.

Lars gruñó:

—¡Mierda! No necesitamos perder más miembros de la banda a manos de la felicidad conyugal. No te ofendas, tío. Me alegro por ti, pero espero que Harvey y Brayden no quieran seguir tus pasos.

—Lars, deja de darme la lata —dije con calma.

Se pasó una mano por el pelo, con una expresión de perplejidad.

—Vaya, Thomas tiene razón, ¿no? ¿Quién es?

Me deslicé por la mampara divisora hacia el conductor, indicándole que pasara por el hotel antes de llevar al grupo al bar.

Lars seguía mirándome expectante. No dije nada. No quería que trataran a Isabelle de forma diferente y, además, no tenía ni idea de lo que pasaba entre nosotros de todos modos. Lo único que sabía era que llevaba todo el día esperando esa llamada.

Lars aún parecía un poco desconcertado cuando salí del coche al llegar a la entrada trasera del hotel. La expresión en su rostro me resultaba casi cómica.

Crecí con padres que se mantuvieron leales el uno al otro desde que se habían conocido. Eran el ejemplo perfecto de felicidad conyugal y siempre insistían en que la vida era mejor cuando tenías una pareja a tu lado. Sin embargo, esa no había sido mi experiencia. En mi caso, fue más fácil construir un muro entre el resto del mundo y yo. Nunca quise permitir que nadie se acercara, hasta que conocí a Isabelle.

Era una mujer auténtica. Charlar con ella era como hablar con una vieja amiga que me caía muy bien. Su sencillez destacaba, sin importarle mi fama ni nada de eso; realmente le gustaba por lo que yo era. Además, era guapa, su pelirroja cabellera era preciosa y su sonrisa despertaba sensaciones inexplicables en mí. Isabelle era única y me moría de ganas de conocerla más, de estar con ella.

La entrada trasera estaba vacía, aunque probablemente podría haber utilizado la entrada principal, ya que el vestíbulo no estaría abarrotado a esas horas de la noche. Aun así, prefería no arriesgarme. La probabilidad de que me reconocieran era mayor en Nashville, donde prácticamente todos tenían algún vínculo con la industria musical a través de algún pariente.

Llegué a mi habitación con unos minutos de margen. Me acomodé en el sillón de cuero marrón junto a la ventana y llamé a Isabelle cinco minutos antes de la hora pactada.

—Hola, guapo —respondió ella.

Sonreí de inmediato al oír su voz.

—Isabelle.

—Para que lo sepas, estoy en el bar del Plaza, así que no hagas que me ruborice ni nada por el estilo.

—Haré lo que pueda.

Se rió.

—No, no lo harás. Lo sé por tu voz.

—¿Qué haces allí?

—Quedé con Sasha para tomar unas copas, y se alargó más de lo que pensaba.

—¿Está ahí todavía?

—No, ya se ha ido. No quería marcharme y arriesgarme a no llegar a casa a tiempo.

Me alegró que esperara nuestra llamada tanto como yo.

—No sabía que habíais quedado esta noche.

—Fue espontáneo. Hablamos un poco sobre la respuesta a los vídeos en directo de Facebook y luego sobre ti.

—¿De mí? ¿Qué ha dicho?

—Es secreto. —Soltó una carcajada, y el sonido me provocó una oleada de calor que sentí por debajo del cinturón.

—Dí-me-lo.

—¿Qué mandón!

No tenía ni idea de *cuán* mandón quería ponerme con ella. Le diría exactamente dónde y cómo la querría. Recorrería su cuerpo con mi boca. Me empalmaba solo de imaginar sus reacciones, la forma en que se abriría para mí. La llevaría al límite, hasta hacerla suplicar por más. Después, le daría un orgasmo antes de volver a empezar.

—Siempre.

—¿Estás familiarizado con la frase “No acepto órdenes, apenas acato sugerencias”?

Estaba seguro de que no mentía. Lo había percibido en ella desde el día en que nos conocimos.

—Disfrutarías mucho siguiendo a las mías. Te lo garantizo.

—Ay, Brayden, Brayden, Brayden. ¿Qué voy a hacer contigo?

—Tienes tiempo hasta el viernes para decidir. Pero ahora, ¿por qué no me cuentas sobre tu día?

—Bueno, tuve una sesión detrás de otra. En mi descanso para comer, intenté conseguir una reserva en el restaurante chino favorito de mis hermanos para celebrar un gran negocio que han cerrado, pero estaban completos hasta el verano. Quiero sorprenderlos, así que volveré a intentarlo mañana.

—¿Qué restaurante? Puedo ayudarte con eso.

—¿Cómo?

—No quiero parecer engreído, pero puedo conseguirlo. —Quería hacerla feliz, y aquello era importante para ella.

—Sería genial, de verdad. Gracias. No quiero que se pierda esta oportunidad de celebrarlo.

—Considéralo hecho. Te conseguiré una mesa para mañana.

—Dios mío, ¿hablas en serio? ¡Es increíble! Te enviaré un mensaje con el nombre y el número. Estoy segura de que les encantará; se pondrán muy contentos. Suelen sorprenderme con cosas todo el tiempo, así que me muero de ganas de poder devolverles el gesto esta vez.

Oír la emoción en la voz de Isabelle me produjo sensaciones especiales. Esa noche le pediría a Paul que se encargara del asunto. No solo era mi chófer, sino también mi asistente.

—¿Con qué cosas te sorprenden tus hermanos?

—Bueno, cuando me mudé a Nueva York, vinieron a ayudarme con la mudanza y demás. En ese momento vivían en Washington. Y ahora suelen llevarme a cenar, o se pasan por mi apartamento para ver si necesito algo. Son dos excelentes hermanos.

—Eso parece. Escucharte me hace echar de menos a mi familia.

Hablar con Isabelle me resultaba honesto y puro de una manera que pocas cosas me parecían en mi entorno. La gente rara vez me hablaba de cuestiones personales. Siempre era sobre música o fiestas o sobre cómo sacar provecho de mi imagen.

—¿Puedo preguntarte algo? —susurró.

—Adelante.

—Sasha me comentó que tuviste una relación que no acabó bien hace unos años. No quise preguntarle más detalles porque no me parecía bien, pero...

Me enderecé en el asiento, sorprendida de que Sasha lo hubiera mencionado. No le gustaban los cotilleos.

—Fue cuando empezamos como banda. Salía con Kate, que resultó que solo quería vender un vídeo sexual nuestro.

—¡Joder!

—Sí.

—Lo siento. Menuda locura.

Aquella experiencia no hizo más que reforzar mi creencia de que las relaciones no merecían la pena.

—Fue hace mucho tiempo, pero me ha dejado un sabor agrio en la boca.

—Ni que lo digas.

—Mis padres no pueden entender por qué sigo soltero. Llevan tanto tiempo casados que no entienden por qué alguien querría otra cosa.

Isabelle se rió:

—Los míos son iguales. No entienden por qué no nos enamoramos todos y les damos un montón de nietos. Creo que es algo generacional. Y también tiene que ver con la dinámica de los pueblos pequeños, que es un poco diferente. Ellos han... No, yo no he pedido otra copa. —Cambió de tono de manera repentina, claramente dirigiéndose a otra persona.

—No, la ha enviado el caballero que está en la barra —dijo una voz femenina.

Mis dedos se quedaron inmóviles en el reposabrazos. Agarré el teléfono con más firmeza.

—Gracias, pero no puedo aceptarla. Por favor, devuélvela —dijo Isabelle. Tras unos segundos, dijo—: Perdona, ya estoy.

—Lo he oído. —No tenía derecho a pedírselo, pero quería tener la exclusividad que a una pareja le correspondía—. Sé que el sábado no hablamos de nosotros, pero te pido que no salgas con nadie más hasta que yo regrese.

—No tenía intención de hacerlo.

Expulsé un largo suspiro y me relajé un poco en el sillón. La simple idea de que otro tipo la mirara era más que suficiente para desatar un nudo en mi estómago. No me lo podía creer. Normalmente, no era para nada territorial y rara vez experimentaba celos.

Hasta que conocí a Isabelle.

Capítulo Ocho

Isabelle

El resto de la semana fue bastante agitada. El miércoles por la mañana me quedé dormida, por lo que no había hablado con Brayden. Sin embargo, él cumplió su promesa y *me* llamaron del restaurante para decirme que habían reservado una mesa para cuatro. Estaba tan contenta que, si Brayden hubiera estado delante de mí, le habría dado un tremendo beso. No podía creer que fuera tan considerado.

Dylan e Ian estaban tan contentos con nuestra cena que ni siquiera me preguntaron cómo había conseguido una reserva tan rápido. Estuvimos fuera hasta tarde, así que, por supuesto, también me quedé dormida a la mañana siguiente.

Isabelle: *¿Hablamos esta tarde? Lo siento muchísimo.*

Brayden: *Iremos a tomar unas copas con el equipo del programa de entrevistas, así que probablemente mañana por la mañana estaré desaparecido para el mundo. Pero por la noche, después de quitarnos de encima los asuntos de la banda, podremos estar solos tú y yo.*

Tragué con fuerza, mirando fijamente el mensaje. “*Solos tú y yo*”. Ay, Brayden, Brayden. *¿Qué me estaba haciendo aquel hombre?*

El viernes, al llegar a la casa de campo, estaba un poco inquieta. Había trazado un plan para la banda, y no estaba segura de que estuvieran de acuerdo. Pero ése no era el único motivo por el que estaba en vilo. Iba a ver a Brayden después de toda una semana, y había un pequeño contratiempo en mis planes nocturnos.

Al salir del coche, hice un movimiento circular con mis hombros y me pasé las palmas de las manos por los muslos para alisarme el vestido antes de llamar a la puerta principal.

La banda había aterrizado dos horas antes, y Sasha pensó que sería bueno que vieran cuál era mi plan antes de grabar su próximo directo del día siguiente en Facebook.

Fue Brayden quien abrió la puerta. Se me cortó la respiración al verle. Tenía el pelo ligeramente húmedo y despeinado, con los rizos revueltos. Estaba claro que acababa de ducharse; la camisa de lino que llevaba se adhería a su torso en ciertos lugares donde aún no se había secado del todo.

—¡Hola! —Mi voz sonaba un tanto aguda, muy rara. Me aclaré la garganta, pero no estaba segura de qué decir a continuación. ¿Cómo podía estar pasándome eso? No era nuestro primer encuentro... pero *era* la primera vez que le veía después de que me dijera descaradamente que no saliera con nadie más.

—Isabelle, pasa. —Sonrió como si supiera exactamente lo que pasaba por mi cabeza.

Al entrar, mi brazo casi rozó su torso. Percibí su aroma a jabón.

—¿Qué tal el vuelo? —pregunté, logrando por fin recomponerme.

—Sin sobresaltos, a diferencia de lo que fue el aterrizaje en el aeropuerto John F. Kennedy.

—Vaya.

—Un fan nos reconoció y luego la cosa fue a más, pero los de seguridad consiguieron sacarnos. Los chicos bajarán dentro de unos minutos. ¿Quieres beber algo?

—Claro, un poco de agua.

Me condujo a la zona del bar, en el salón secundario. Parecía extrañamente vacía sin invitados, o al menos sin la banda. En ese momento, era muy consciente de que estaba

completamente sola con Brayden en aquel enorme espacio. Me sirvió agua en un vaso y me lo deslizó por encima de la barra.

Colocando mi bolso encima de la misma, saqué mi iPad. Brayden desapareció de mi campo de visión, y entonces noté que se acercaba por detrás. Respiré hondo cuando lo sentí justo a mi espalda. Nuestros cuerpos no estaban en contacto, pero era imposible no percibir su calor.

—¿Has pensado qué quieres que hagamos esta noche? —preguntó.

Me di la vuelta despacio.

—Hablando de eso... Una paciente me ha pedido una sesión de urgencia esta tarde. Su marido se marchó sin más, y no tengo el valor para rechazarla.

La expresión de Brayden se suavizó:

—Eres una persona increíble, Isabelle. Mándame un mensaje cuando acabes.

—¿En serio?

—No pensaste que me rendiría, ¿verdad? Sé que mi vida es complicada, Isabelle. Pero no puedo dejar de pensar en ti. Incluso cuando escribo música. En especial en ese momento.

—¿Soy tu musa? —pregunté en tono burlón, percatándome de que mis nervios se habían calmado un poco.

—Sí, de hecho, lo eres.

Estaba a centímetros de mí. Me relamí los labios, incapaz de moverme de mi sitio. De todas maneras, no quería hacerlo. Le deseaba.

Puse una mano sobre su pecho y rocé el botón superior de su camisa con el pulgar.

Capturó mi boca y me dio un apasionado beso; salvaje e increíblemente exquisito. Me mordió con suavidad el labio inferior antes de pasar la punta de su lengua por el superior. Al instante, una inesperada ola de placer me hizo vibrar, debilitando mis piernas. Me agarré a sus hombros, al menos al principio, pero luego bajé las manos por todo su torso; ansiaba tocarlo. Cuanto más le exploraba, más ávida de él me volvía. Tenía los abdominales duros como piedras, tal como me los había imaginado. Palpé el contorno de cada uno de ellos antes de seguir bajando con las manos hasta llegar a la parte superior de la V, que desaparecía dentro de sus vaqueros. Pasé los dedos por cada lado, deteniéndome en la cintura. La necesidad de tocar más partes de su cuerpo me hacía temblar, pero no podíamos cruzar esa línea. No en ese lugar, no en ese momento.

Sin embargo, no podía evitar seguir desafiando esos límites, así que metí un poco los pulgares por debajo de la pretina. Brayden gimió contra mi boca, profundizando el beso. Introdujo sus dedos en mi cabello e inclinó mi cabeza ligeramente hacia atrás. Su otra mano cubrió la mía, impidiendo que siguiera traspasando aquel límite. A continuación, deslizó una mano hacia abajo por mi espalda, me tocó el culo y me apretó contra él. Jadeé y me di cuenta de por qué no quería que siguiera provocándole. Estaba empalmado. Su autocontrol ya estaba pendiendo de un hilo.

Me apretó aún más contra él, hasta que su erección ejerció presión sobre mi clítoris. Me empapé las bragas y me atravesó una nueva oleada de placer, aún más intensa que la anterior. Mi cuerpo era como una masilla en sus manos. Cada sensación se intensificaba: el contacto de sus labios sobre los míos, sus pectorales contra mis pechos, su erección contra mi punto sensible...

Dejó de besarme de manera tan abrupta que me sobresalté y parpadeé con rapidez. Tenía los párpados ligeramente entrecerrados y las pupilas dilatadas. Fue entonces cuando oí voces que se acercaban y me di cuenta de que estaban llegando el resto de los chicos. Me toqué los labios con dos dedos, preguntándome si estarían hinchados. Capté la media sonrisa de Brayden mientras se posicionaba de nuevo detrás de la barra.

—¿Qué haces? —susurré.

Se rió entre dientes:

—Estoy intentando que se me baje la erección aquí detrás de la barra.

Se me calentaron las mejillas. Me llevé una mano al cuello, moderando mis expresiones, esperando que nadie se diera cuenta.

—Isabelle, ¿cuándo has llegado? —preguntó Lars.

—Hace unos minutos.

—¿Brayden ha cuidado bien de ti?

Esperaba con toda mi alma que mi rubor no se hiciera más evidente.

—Sí.

Por el rabillo del ojo, vi que Brayden se apartaba para ocultar una sonrisa.

—Quiero enseñaros el plan que he ideado. Es más bien una guía. Creo que estáis haciendo un gran trabajo por vuestra cuenta, pero Sasha insistió en que sería útil tener algunos consejos por escrito.

—Pues oigámoslo —dijo Thomas.

—No quiero quitaros mucho tiempo. De todos modos, he quedado con un paciente más tarde, así que no puedo extenderme demasiado.

Acto seguido, nos trasladamos todos al sofá, incluido Brayden. Seguía tan nerviosa por nuestro beso que, a pesar de que él no estaba sentado a mi lado, todo mi cuerpo vibraba. Sin embargo, podía sentir su mirada fija en mí.

—Creo que un directo de Facebook a la semana está bien por ahora. Cuando empiece la temporada de conciertos, probablemente sería mejor hacer dos, pero sé que es una época muy ajetreada, así que iremos decidiendo sobre la marcha. Lo importante es que os resulte divertido, que os salga natural. Si os resulta incómodo, puedo aseguráros que el espectador lo notará. Ciertas señales del lenguaje corporal son obvias incluso para el ojo no entrenado.

Eché un rápido vistazo al grupo, comprobando si me seguían, antes de volver a centrarme en el iPad.

—He creado una lista con algunas ideas, basadas en lo que los fans pidieron en los comentarios. Mencionaron algunas cosas que les gustaría ver. Depende de vosotros, obviamente, pero pensé que sería útil saberlo. Quizá pueda suscitar otras ideas.

Pasé a la diapositiva de sugerencias.

—¿A la gente le interesa nuestra rutina de gimnasio? —preguntó Lars con incredulidad.

Me reí entre dientes.

—Estáis todos buenísimos. Es normal que quieran saber cómo os mantenéis en forma.

Brayden emitió un sonido extraño. Nadie pareció oírlo excepto yo. Cuando le miré a los ojos, me sorprendió la intensidad de su expresión.

¿Estaba celoso? Joder, era solo un comentario. ¿Acaso el hecho de que lo disfrutara un poco me convertía en una mala persona? Sonreí. Él levantó una ceja, y yo sonreí aún más, encogiéndome de hombros.

Repasamos toda la lista rápidamente. No paraba de mirar la hora, porque no quería llegar tarde a la consulta.

—Vale, chicos. Lo siento, pero tengo que irme. Creo que tenéis suficiente información para vuestro próximo vídeo. Si os surge cualquier duda, podéis llamarme.

—No hará falta —dijo Harvey.

—Te acompañaré a la salida —ofreció Brayden. Colocó su mano en la parte baja de la espalda y me condujo hasta la puerta principal. El calor se extendió a través de mí desde el punto

de contacto.

—¿A qué hora terminas? —preguntó.

—En unas dos horas, creo.

—Te esperaré delante de tu edificio en un coche.

—Oh, vaya. Vale. ¿Quieres asegurarte de que no me escape?

—Exacto. —Me apartó un mechón de pelo de la cara y me miró directo a los ojos—. Y el resto de la noche será solo para nosotros.

Mi paciente, Elsa, estaba hecha polvo. Lamentablemente, en esa instancia no podía ofrecerle más que pañuelos y consuelo. En momentos así, cualquier consejo era inútil. Necesitaba desahogarse, y me reconfortaba ver que se sentía lo suficientemente segura como para hacerlo conmigo.

—Eres genial, Isabelle. Gracias por dedicarme tiempo un viernes por la noche.

—Puedes contar conmigo siempre, Elsa.

—Ni siquiera sé qué hacer. No quiero llorar a moco tendido todo el fin de semana.

—A veces hay que desahogarse. Pero puedo ofrecerte la opción de hacer un diario, ¿te gustaría? Así podrías escribir todo lo que sientes, arrancar la página y deshacerte de ella. Eso ayuda mucho.

—Me encantaría.

Abrí el cajón inferior de mi escritorio, donde guardaba los papeles y las carpetas para los diarios. Los había personalizado de acuerdo a las necesidades de cada paciente. Había impreso numerosas citas motivadoras. Después de seleccionar alrededor de una docena, las pegué con esmero en las hojas que colocaría en cada carpeta.

—Ya está. Todo listo —anuncié.

—Gracias, Isabelle. No sabes lo que me alegro de haberte encontrado. —Sonrió, frotándose los ojos mientras dejaba el diario en su bolso.

Sentí un gran dolor en el corazón mientras la conducía a la puerta. Sabía que le tomaría mucho tiempo recuperarse.

Una vez quedé sola en la consulta, recordé que Brayden me estaba esperando abajo, y una alegría increíble llenó mi pecho. Me apliqué rápidamente un toque de rímel y sombra de ojos, dejando mis labios al natural.

Se me aceleró el pulso al salir del edificio. El BMW negro estaba aparcado en la zona de carga y descarga. Bajando la ventanilla tintada, me sonrió. No tenía ni idea de lo que me depararía esa noche, pero estaba dispuesta a aceptarlo todo. Abrió la puerta y se desplazó sobre el asiento trasero para hacerme un hueco.

—¿Qué quieres hacer? —preguntó una vez estuve a su lado, con la puerta cerrada.

—Podríamos ir a mi casa.

Asintió.

—Dile tu dirección a Paul.

Paul era el mismo que me había llevado a la fiesta de Lars. Le di mi dirección y el coche avanzó a toda marcha.

Parecía un poco surrealista estar sentada junto a Brayden. No dijo absolutamente nada por el camino, lo que solo contribuyó a que la tensión entre nosotros fuera más palpable. Sentía que me observaba, y el peso de la conversación que íbamos a tener llenaba el aire. Cada vez que miraba de reojo, lo encontraba con la vista clavada en mí. No paraba de buscar contacto conmigo, rozándome el antebrazo con la mano, entrelazando nuestros dedos...

Aunque había una distancia considerable entre mi consulta de Brooklyn y mi apartamento del Bronx, estaba tan perdida en sus encantadoras caricias que apenas percibía el paso del tiempo.

Me sobresalté cuando Paul anunció:

—Ya hemos llegado.

—Vaya, gracias. —De repente me invadieron los nervios, sobre todo cuando Brayden se puso una gorra.

—¿Nos sigue un guardaespaldas en otro coche o algo parecido? —pregunté. Recordé que una vez mencionó que los de seguridad no viajaban en el mismo coche que él.

—Nah, solo le pido a Sasha un equipo de seguridad cuando estoy en lugares concurridos. Esta zona es residencial, mayormente. Llamaría la atención.

Le conduje por los estrechos callejones entre los edificios hasta llegar al mío. Para mi alivio, no nos cruzamos con nadie que nos molestara. Optamos por subir las escaleras hacia mi casa, ya que rara vez las utilizaba nadie, y abrí la puerta con la mayor rapidez posible.

No conseguí relajarme del todo hasta que estuvimos dentro.

—Creía que no ibas a ninguna parte sin que Sasha te despejara el camino primero.

Me dedicó una sonrisa arrolladora, se quitó la gorra y la colocó sobre mi recibidor plateado.

—Así es, pero como dijiste, no iba a dejarte escapar esta noche.

Le devolví la sonrisa mientras jugueteaba con mis pulgares.

—¿Qué tal la sesión? —preguntó.

—Muy triste, pero creo que logré ayudarla.

—Es increíble la manera en que te preocupas por todos, desde tus hermanos hasta tus pacientes. Es una de las cosas que más admiro de ti.

—¿En serio?

—Sí, mucho. Sobre todo lo que haces por tus pacientes, ya que son prácticamente desconocidos.

—Bueno, en cierto modo, se convierten en amigos. Al menos me gusta creer que es así, aunque quizás sea un sentimiento unilateral. Quiero decir, ellos no saben nada de mí, mientras que yo conozco la historia de sus vidas.

—¿No se vuelve una carga demasiado pesada? Escuchar los problemas de todo el mundo.

—Por lo general, consigo separar las cosas. Además, siempre me reconforta pensar que desahogarse les hace bien. —Me encantaba que hiciera preguntas sobre mi trabajo. Mis citas anteriores ponían los ojos en blanco o intentaban cambiar de tema cada vez que hablaba de mis pacientes, pero Brayden parecía realmente interesado—. Pero hoy estoy un poco triste, no puedo negarlo.

Puso sus manos sobre mis hombros y frotó la base de mi cuello con sus pulgares. Un intenso calor se apoderó de mí y se me cortó la respiración.

—Quizás pueda ayudarte con eso.

—Mmm, no lo dudo.

De repente me sentí un poco nerviosa.

—¿Qué estamos haciendo, Brayden? —susurré.

—No lo sé. —Acarició mi mejilla con su mano.

—Es decir, tu gira empieza solo en un par de meses.

—Pero eso no significa que ahora no podamos disfrutar el uno del otro.

—Sin ninguna presión —continué.

—Sé que dije que no puedo darte todo lo que necesitas, pero puedo hacerte muy feliz, Isabelle.

Al instante, mi corazón se desbocó. Siempre disfrutaba vivir el presente sin pensar demasiado en el futuro, y sus palabras tenían el poder de hacerme sentir como si me fuera a desmayar. Tenía más preguntas, pero en ese momento ninguna parecía lo bastante importante. Lo único que quería era que me besara, así que me puse de puntillas y fundí mi boca con la suya.

Capítulo Nueve

Brayden

Su sabor era adictivo. Me encantaban los sonidos que emitía, la forma en que respondía ante mí. Acerqué su cuerpo curvilíneo hacia el mío y casi me volví loco. Acaricié su cintura antes de descender hacia sus caderas, hasta que mis dedos rozaron la banda elástica de sus bragas por encima del vestido. Suspiró suavemente cuando moví los dedos a lo largo de aquel borde, desde sus caderas hasta el centro de su espalda. Presioné aquella pequeña curva de su espalda con mi mano. Quería que sintiera cuánto la deseaba y lo excitado que estaba. La besé por el cuello y mordí ligeramente el vértice de su hombro.

—Te deseo, Isabelle. —Pronuncié contra su piel, subiéndole el vestido por el muslo—. Te necesito.

Cuando llegué a su piel descubierta, no pude evitar emitir un pequeño gruñido. Isabelle gimió y empujó sus caderas contra mí. No podía contenerme más; necesitaba explorarla de todas las formas posibles. Quería besarla de manera ardiente y profunda, sentir cómo su cuerpo desnudo se derretía ante mí.

Retrocedí unos centímetros y noté que tenía los párpados entrecerrados y sus labios hinchados por el beso. Estaba determinado a hacerla mía. Le subí el vestido hasta la cintura y se lo quité por encima de la cabeza.

—Joder... —Llevaba un conjunto de sujetador y bragas que solo podía describirse como irresistible. Un encaje negro cubría su pálida piel. Era precioso, pero la quería completamente desnuda.

Un segundo después, me di cuenta de que no estaba compuesto solamente de sujetador y bragas. Era un conjunto unido por tiras de tela a los lados y en la espalda.

—¿Cómo se quita esto? —pregunté. Incluso para mis propios oídos, sonaba desesperado, pero realmente lo estaba y no tenía intención de ocultarlo.

—Botones —susurró Isabelle. Conté unos cinco a cada lado. Eran diminutos, cubiertos en seda o algún material similar que no dejaba de escurrirse bajo mis dedos. ¿Por qué alguien fabricaría algo tan sexy y a la vez tan difícil de quitar? No tenía sentido. Finalmente, pude desabrochar todos los botones de su lado derecho antes de pasar al izquierdo. A pesar de querer desnudarla, disfruté durante el proceso. Por su lado, Isabelle se retorció cada vez más de placer.

Cuando terminé, la agarré por la cadera y la giré para que quedara de espaldas a mí. Sus nalgas eran muy tentadoras, tan redondas y turgentes. Una ancha tira de encaje le cubría la raja. Le pasé los dedos por encima antes de empezar a desabrocharle los botones de la espalda.

—Isabelle, este conjunto o como se llame es sexy de cojones, pero estos botones me están matando.

—Quería volverte loco —confesó.

—Lo haces todos los días.

—Quería volverte loco *de remate*—susurró.

—¿Así que has elegido ponerte esto a propósito?

Se encogió de hombros de manera juguetona.

—Tal vez. Tardé un millón de años en ponérmelo, y lo único en lo que pensaba era en cómo me iba a sentir cuando me lo quitaras.

Me incliné hacia ella, besándole el hombro, dibujando círculos con el índice alrededor del último botón. No lo había abierto a propósito, quería provocarla un poco más.

—¿Y qué se siente? —pregunté.

—Me he empapado hasta las bragas.

Un gemido salió de mi pecho. A esas alturas era el instinto el que me impulsaba. Quería enterrarme profundamente dentro de ella. Le quité la lencería de un tirón, olvidando que aún le quedaba un botón. La tela se rasgó e Isabelle jadeó.

La giré y capturé su boca. Quería adueñarme de todos sus sonidos de placer, enterrarme de manera tan profunda en su interior que siguiera sintiéndome cuando ya no estuviera allí con ella. Quería conquistarla, adueñarme de ella, complacerla de todas las formas posibles.

Sin dejar de besarla, la conduje hacia atrás hasta que quedó apoyada contra la pared. Sus manos se movieron rápidamente, desabrochándome el cinturón y la cremallera de los vaqueros. Me bajó los pantalones y los calzoncillos hasta dejarlos por debajo de la línea de mis nalgas. Agarrándome la polla, la apretó contra sí de modo que la cabeza presionara su vientre y mis huevos quedaran en contacto con su coño.

Mi respiración se entrecortaba. Todo era muy intenso.

—¡Isabelle, joder!

Revisé mi bolsillo trasero, donde había metido la cartera y guardado el preservativo. Después de sacarlo, me bajé los pantalones y los bóxers del todo, quitándomelos de una patada. Nos adentramos en su apartamento hasta llegar a la cocina. Se relamió los labios, mirándome con los ojos llenos de lujuria.

—Quiero quitarte la camisa —dijo.

Levanté los brazos, disfrutando de la sensación de sus suaves manos subiendo por los costados de mi torso, levantando la prenda. En ese momento, mi polla estaba ejerciendo presión contra su entrada. Empecé a moverme lentamente hacia delante y hacia atrás, perdiendo la cabeza cuando noté lo mojada que estaba. Coloqué el preservativo sobre la encimera de la cocina y coloqué a Isabelle sobre el mueble. Ella dio un pequeño grito y abrió ampliamente los ojos al tiempo que se apoyaba en las palmas de las manos para recuperar el equilibrio.

Le abrí las piernas y sus ojos se abrieron aún más. Deslicé mi dedo desde su ombligo hasta su clítoris, y luego descendí aún más, hasta su entrada. Ella gimió y separó los muslos para dejarme más espacio. Se le erizó la piel desde el vientre hasta el coño. Tenía el pelo alborotado alrededor de los hombros, era tan largo que casi rozaba sus pezones.

Inclinándome hacia ella, aparté sus pelirrojos mechones y acerqué la punta de la lengua a su pezón. Apretó los muslos contra mis costados, como si hubiera sentido mi lamida entre sus piernas.

—¡Brayden! Por favor...

—Voy a hacer que te corras con mi boca, Isabelle. Luego te daré mi polla. Abre las piernas.

Exhaló con fuerza, moviendo los muslos. Había afirmado que no seguía órdenes ni sugerencias, pero me obedecía con gusto, e iba a recompensarla por ello. La besé entre los pechos, bajé en línea recta hasta el ombligo y le metí dos dedos.

Jadeó, moviendo las caderas hacia delante y hacia atrás. Cuando introduje su clítoris en mi boca, explotó y todo su cuerpo reaccionó. Levantó una pierna, arqueó la espalda y soltó un gemido profundo y gutural.

—¡Brayden, Brayden! Oh...

Soplé sobre su sensibilizado clítoris y luego presioné la lengua contra él, enroscando los dedos en su interior. Pude notar cómo se agitaba y, a los pocos segundos, todo su cuerpo se tensó.

Centrarme en su placer me ayudaba a olvidarme de mis propias necesidades, al menos en ese preciso momento. Estaba demasiado absorto en ella como para pensar en mí mismo. Sus

gemidos llenaban la habitación, volviéndome loco. Cuando explotó justo en mi lengua, me agarré la polla, apretándola con fuerza, conteniendo mi propio placer. Joder, era un espectáculo, deshaciéndose de esa manera sobre la encimera, con los codos temblorosos y casi cediendo mientras echaba la cabeza hacia atrás.

Me puse el condón rápidamente. Agarrándola por el culo, la acerqué hasta el borde de la encimera antes de levantarla en brazos. Se aferró a mis hombros, pero sus piernas cayeron lánguidas a mis costados. Todo su cuerpo temblaba. Quería sentir cada vibración, oír cada jadeo. Mi polla estaba en contacto con su piel y no podía aguantar más, ni siquiera a que llegáramos a una superficie plana y cómoda. La bajé sobre mi miembro. Isabelle jadeó y me apretó los hombros con más fuerza. El placer me atravesó por completo con una intensidad estremecedora. Mis piernas estuvieron a punto de ceder.

—¡Joooooder!

—Brayden, oooh... —Su voz era apenas un susurro. Palpitaba a mi alrededor, apretándome la polla, con la cabeza apoyada en mi hombro.

—Bésame —dije.

Levantó despacio la cabeza y su sonrisa, colmada de satisfacción, lo que me llenó de orgullo. Iba a hacer que aquella mujer se volviera loca por mí. Sus labios eran suaves pero desesperados, y me besó como yo quería: apasionadamente. Me lamió el labio superior, mordiéndome la lengua en plan juguetón. Me agaché en el suelo y la tumbé de espaldas sobre la alfombra. A continuación, me coloqué sobre ella, sin querer salirme ni un segundo.

Sus labios se curvaron. Incluso con los ojos entrecerrados, supe que quería provocarme.

—Señor Clarke, ¿me va a hacer suya aquí, en medio de mi salón?

¡Siempre tan descarada!

—Podemos ir a tu dormitorio si quieres. —Amagué con deslizarme fuera de ella, retrocediendo solo unos centímetros antes de que ella apretara sus muslos contra los míos, deteniéndome.

—¡No!

Besé la comisura de su boca y susurré:

—Estás tan desesperada como yo.

No dijo nada, solo se limitó a mover las caderas hacia delante y hacia atrás, provocando que yo me introdujera más profundamente, lo que hizo que mi mente quedara casi en blanco. Dejé de pensar en cualquier otra cosa que no fuera proporcionarle placer y perseguir el mío. Me encantaba estar en contacto con su cuerpo. Las primeras embestidas fueron lentas. Luego, mientras gemía, aumenté el ritmo.

Infinitas oleadas de placer recorrieron mi organismo, partiendo del punto en el que estábamos enlazados. Me apoyé en un antebrazo y miré hacia abajo, contemplando cómo mi polla se deslizaba dentro y fuera de ella.

—¡Joooooder! —La escena no hizo más que intensificar la sensación de placer.

Me impulsé sobre las rodillas, ralentizando mis movimientos, agarrando sus caderas cuando ella intentaba impulsarse sobre los talones para moverse más deprisa. Quería prolongar el acto todo lo posible, así que necesitaba ir a mi ritmo. Verla hacer pucheros de protesta socavó mi determinación, así que decidí pasar el pulgar por su clítoris con movimientos pausados. Su vientre se tensaba con cada pasada. Comenzó a inspirar con más fuerza que antes, como si el placer fuera cada vez más intenso. Una profunda sensación de calor crecía en mi interior a medida que mi orgasmo aumentaba lentamente. Isabelle cerró con firmeza los ojos, gritando con

cada embestida, con cada caricia en su punto sensible. Estaba cerca, pero yo no quería que se corriera, aún no.

Saqué mi miembro poco a poco. Soltó un jadeo y parpadeó mientras la ponía a cuatro patas. Miró hacia atrás y empujó su culo contra mí.

Le devolví el beso, palmeando sus nalgas, sonriendo contra su piel cuando gruñó en señal de protesta. Empujé mis caderas hacia delante, frotando la punta de mi pene contra su clítoris. Todo su cuerpo se estremeció. Arañó la alfombra y su espalda se arqueó de placer. A continuación, un sonido gutural llenó la habitación y, al segundo siguiente, me deslicé dentro de ella. Si hubiéramos estado en una cama, estaba seguro de que ella habría estrujado las sábanas y tal vez mordido una almohada. Apoyé una mano en su espalda, necesitaba mantenerla en el ángulo correcto mientras accedía y salía. Quería alcanzar su punto G en todo momento, proporcionarle todo el placer posible.

—¡Joder! —Mi visión se fue nublando a medida que el calor subía por mi columna vertebral. Me incliné hacia delante, apoyando la frente en su espalda. Luego, con una mano, la agarré por la cintura y llevé la otra a su clítoris. Mis embestidas eran enérgicas e implacables. El esfuerzo lo estaban haciendo mis muslos, y ya empezaban a fatigarse. «¡Maldita sea, eso no!», pensé. No pararía hasta haberle sacado hasta la última gota de placer a Isabelle.

Cuando su vagina se contrajo con fuerza alrededor de mi polla, no pude contener más mi clímax. Me invadió en oleadas de placer, apoderándose de todo mi cuerpo hasta que apenas pude respirar. Todos mis músculos ardieron y se entumecieron al mismo tiempo.

Sentí que Isabelle estaba llegando al orgasmo junto conmigo, ya que sus músculos internos se tensaron aún más. Llevó una mano hacia atrás y me clavó las uñas en el muslo. Su grito llenó la habitación. Gemí, apretando con más fuerza su cintura, antes de que mi cuerpo se relajara poco a poco y ralentizara el ritmo de mis embestidas.

Isabelle se incorporó sobre sus rodillas y apoyó la nuca en mi hombro. Joder, estaba preciosa entregándose de esa manera. Tomé su rostro entre mis manos, lo giré hacia mí y le di un largo y profundo beso. Su respiración aún era agitada. Un ligero temblor sacudía su cuerpo. En ese momento, mis embestidas eran más cortas, apenas me movía unos centímetros hacia delante y hacia atrás. Mi pelvis rozaba sus nalgas en cada movimiento.

Al cabo de unos minutos, mis latidos recuperaron un ritmo normal y ya no me ardían los muslos. Me retiré, besando el hombro de Isabelle.

—No, ¿por qué te quitas? —protestó—. Vuelve dentro.

Me reí entre dientes.

—Tengo que deshacerme del condón.

Nos levantamos de la alfombra e Isabelle me acompañó al cuarto de baño, donde nos aseamos.

—Uf, qué pequeño es este sitio —dijo después de que chocáramos por segunda vez. Solo había un lavabo y una estrecha ducha.

Sonreí.

—No me importa. Es la excusa perfecta para tocarte... sin querer, por supuesto.

Isabelle se rió y desvió la mirada hacia su trasero. Le estaba acariciando una nalga.

—¿Desde cuándo necesitas una excusa? —dijo con tono provocador.

Moví las cejas en respuesta.

—Venga, salgamos de aquí antes de que nos hagamos daño. Creo que me he quemado con la alfombra —dijo con una sonrisa mientras pasaba su mano por su muslo.

De vuelta en el salón, eché un vistazo al lugar y esboqué una sonrisa. Nuestra ropa estaba tirada por todas partes. En la alfombra aún quedaban huellas de nuestras rodillas, junto con algunas marcas que daban la impresión de que Isabelle la hubiera arañado.

La sorprendí mirándome por el rabillo del ojo, con un ligero rubor en sus mejillas.

—Mi chica salvaje —bromeé mientras recogía mi ropa del suelo y me la ponía. Isabelle aún estaba desnuda.

—¡Espera, déjame hacerlo a mí! —exclamó después de que me hubiera subido la cremallera de los vaqueros. Cogió mi camisa y alisó unas cuantas arrugas antes de deslizarla por mis brazos.

—¿Por qué?

—Para poder hacer esto.

Me besó a lo largo del brazo derecho antes de cubrirlo con la tela. Luego hizo lo mismo con el izquierdo.

—Llevo soñando con explorar estos brazos desde que te vi tocar el piano en la fiesta.

—¿Solo los brazos?

También besó mis pectorales, trazando una línea recta desde la base de mi cuello hacia la parte inferior de mi torso.

Cuando estuvo justo debajo de mi ombligo, gemí, ya semiempalmado otra vez.

Isabelle levantó la vista y sonrió.

—Alguien está feliz.

—Muy feliz.

La levanté, dándole un apasionado beso, y apreté sus turgentes pechos contra mi cuerpo. Sus pezones se convirtieron en guijarros. No pude resistirme y agarré su trasero con ambas manos para atraerla aún más hacia mí. Me había ganado el derecho a tocarla y explorarla. Era mía.

Entonces, suspiró contra mi boca y se puso de puntillas y, finalmente, separé mis labios de los suyos, mirándola directo a los ojos.

—¿Vas a ponerte algo de ropa? —pregunté.

—No —respondió con aire inocente—. ¿Qué vas a hacer al respecto?

—Espera y verás. —Besé la punta de su nariz. Me resultaba sencillo abrirme y ser yo mismo con Isabelle. Su sonrisa fácil y su calidez conseguían desarmarme de un modo que no podía comprender, pero no quería luchar contra ello.

Sus manos recorrieron todo mi cuerpo cuando nos tumbamos en el sofá.

—Me haces cosquillas —dije entre risitas.

—¿Ah, sí? Entonces seguiré un poco más.

Agarré sus muñecas e hizo pucheros.

—Oye, no había terminado.

—Lo sé, es que no me gusta que tengas ventaja... Esto me gusta más —expliqué. Sujeté sus muñecas con una mano y deslicé la otra por sus caderas hasta llegar a su cintura. Cuando mi pulgar rozó el dorso de su pecho, Isabelle se retorció de placer, contoneándose justo sobre mi polla. La ráfaga de deleite fue tan inesperada como intensa. Gruñí.

—Si vas a acariciarme, hazlo bien.

—Aún no te estoy acariciando, Isabelle. Cuando lo haga, lo sabrás.

—¿Y qué es lo que estás tramando ahora? —desafió—. ¿Presionas tu cuerpo contra el mío solo porque sí? ¿Qué secretos escondes? —Una sonrisa socarrona se dibujó en su rostro.

—Si te lo cuento, no sería secreto, ¿verdad?

—Bueno, yo no soy tan reservada como tú. Sé lo que quiero y no tengo ningún problema en reconocerlo. —No dejó de besar mi pecho mientras hablaba—. Apuesto a que puedo hacer que

reveles los tuyos en menos que canta un gallo.

—Hablando de secretos... ¿Cómo prefieres que se lo contemos a los chicos? Puedo encargarme de decírselo, o podemos hacerlo juntos —sugerí.

Sus ojos se abrieron de par en par.

—Vaya... no había pensado en eso.

—Tengo la intención de pasar todo el tiempo posible contigo hasta que empiece la gira, así que nada de esconderse. Eres mía. Quiero que todos lo sepan.

Sus labios se curvaron en una amplia sonrisa.

—Vale. Bueno, tú conoces mejor a los chicos, así que tú decides. Aunque no puedo creer que ya quieras correr ese riesgo.

Quería hacer mucho más que eso, pero por algo tenía que empezar...

Capítulo Diez

Isabelle

La oportunidad de contárselo a la banda surgió una semana después, cuando Sasha me pidió que pasara por la casa de campo y supervisara su vídeo en directo. Ella se había encargado del grabado anteriormente el sábado y no estaba satisfecha con los resultados.

Brayden y yo fuimos por separado para no escandalizar a los chicos de inmediato, aunque sospechaba que Lars nos había descubierto. Llegué más tarde y los esperé en la zona del bar del salón. Sin embargo, no estuve sola mucho tiempo. Brayden se unió a mí unos minutos después, completamente solo.

No lo habíamos planeado todo paso a paso, por lo que asumí que nos comportaríamos adecuadamente hasta que lo anunciáramos a todos. Estaba *muy* equivocada. En ese momento, se puso frente a mí y colocó sus manos en mi cintura.

—¿Qué haces? —susurré.

—Besarte. He echado de menos esta boca tan descarada.

Sonreí. Se había presentado en mi consulta todas las tardes con Paul y esperaba por mí en el coche, así que no sabía si intentaba engatusarme o lo decía en serio.

—Ya veo.

Entonces, fundió su boca con la mía en un profundo y lento beso. Al instante, una descarga de energía me atravesó, encendiendo mis terminaciones nerviosas. Me puse de puntillas, mientras una inesperada oleada de placer recorría todo mi cuerpo.

Gimió, profundizando aún más el beso. Me tambaleé hacia atrás y tuve que estirar mis brazos a tientas hasta topar con una pared a mi espalda.

—Mmm... vaya beso —murmuré sobre su boca—. ¿Hay alguna razón especial por la que haya sido tan apasionado como para que necesitara una pared para sujetarme?

Sonrió sin despegar sus labios de los míos.

—Es para que me de suerte.

Y entonces, volvió a besarme, explorando mi boca de nuevo y recorriendo mi cuerpo con sus manos. Mi piel ardía ante su contacto.

—¿Y ese para qué era?

—Para tener aún más buena suerte.

—¿Cuánta suerte necesitas para grabar un vídeo en directo? —bromeé.

—Mucha.

Me reí, apretándome contra él. Brayden soltó un gruñido.

—¿Qué haces? —preguntó.

—Vaya, ¿esto no cuenta como traer más suerte?

—Mujer, ¿estás intentando hacer que grabe un directo empalmado?

—No, no. Eso está reservado para mí. Nadie más puede verte. Soy muy posesiva.

Presionó la comisura de mis labios con el pulgar.

—Así me gusta. Yo también, Isabelle. Yo también.

Mientras relamía mis labios, comprobé el reloj que había detrás de él y me sobresalté.

—¡Brayden, tienes que salir en directo dentro de cinco minutos! Venga, vamos a buscar a los chicos.

Al final, nos vimos obligados a llevarlos a rastras desde la sala de ensayos hasta el salón principal. Me senté en el enorme sofá frente al comedor, donde los chicos se encontraban charlando frente a la cámara.

El plan era sencillo. Cada uno de ellos compartiría lo que los inspiraba a componer música, no solo para aquel álbum, sino en general. Mi tarea consistía en supervisar los comentarios en tiempo real, anotar lo que generaba interés entre el público y comunicárselo a los chicos mostrándoles palabras clave escritas en hojas de papel que sostenía para que pudieran verlas. Como estábamos a finales de julio y sus conciertos empezarían en octubre, algunas preguntas se centraban en los eventos futuros.

Los estaban grabando con un teléfono que habían colocado en un soporte sobre la mesita de café frente a su sofá. Yo seguía el hilo de comentarios desde mi iPad, que tenía a mi lado.

El objetivo era que el vídeo resultara lo más natural posible, pero los chicos no habían querido arriesgarse a divagar sobre cosas que no interesaban a sus fans.

Lars fue el primero en hablar y se mostró muy cómodo frente a la cámara. Todo comenzó bastante tranquilo, dado que hasta entonces no se habían unido muchos fans, por lo que no había demasiados comentarios que leer.

Después de Lars, fue el turno de Brayden, quien resultó mucho más natural, tanto que parecía como si estuviéramos manteniendo una conversación entre nosotros. Los chicos no cambiaron de asiento, lo único que hicieron fue ajustar el ángulo del móvil.

—Siempre he dicho que la música simplemente llega a mí, y es cierto. Pero a veces conocemos a personas nuevas que nos inspiran de una manera que nunca imaginamos. Creo con absoluta firmeza que mi música es el producto de todo lo que ocurre a mi alrededor. De todas las personas que conozco.

Me quedé de piedra. En ese instante, no estaba segura de si se dirigía a la cámara o a mí. Por unos segundos, perdí la noción de lo que debía estar haciendo. Luego, volví a enfocarme en el hilo de comentarios y lancé miradas furtivas a Brayden desde detrás de la cámara, incapaz de ocultar mi sonrisa; pero él no dejaba de mirarme.

A esas alturas, ya había una cantidad considerable de comentarios para revisar, así que decidí anotar solo los tres primeros, sosteniendo la hoja de papel para que él pudiera verlos.

Cada vez que me miraba, sentía que me ruborizaba. *Dios, ¿qué me estaba pasando? ¿Se estarían dando cuenta los chicos?* Brayden, por supuesto, lo notó. Había un brillo juguetón en sus ojos que claramente era solo para mí, no me cabía duda.

¡Era tremendo! Incluso cuando estaba trabajando, lograba hacer que perdiera el hilo por completo.

Decidí no volver a mirarlo mientras los demás hablaban a la cámara. Sin embargo, podía *sentir* su mirada fija en mí. No tenía ni idea de cómo era posible, pero parecía como si una fuerza magnética me envolviera.

Entonces, decidí centrarme en la pantalla hasta que la banda se despidió.

—¡Me lo he pasado muy bien! —exclamó Lars—. Isabelle, lo haces mucho mejor que Sasha. Sería genial que pudieras moderar más vídeos de la banda.

—Sí, es verdad, Isabelle. Deberías hacerlo más a menudo —dijo Brayden, mostrando una sonrisa cautivadora.

—Voy a buscar algún aperitivo de la cocina —anunció Lars—. ¿A alguien le apetece algo?

Thomas y Harvey se fueron con él, pero Brayden no se movió de su sitio.

Una vez que estuvimos solos, se dirigió directamente hacia mí.

Le señalé con el dedo:

—Señor Clarke, se está portando mal.

—¿Y qué vas a hacer al respecto?

—No lo sé, pero tengo varias cosas en mente. No te gustará ninguna de ellas.

Si acaso, su sonrisa se volvió aún más arrogante.

—A juzgar por cómo te sonrojas por mí, creo que sí me gustarán.

Apoyó una mano firmemente en mi cintura mientras la otra se deslizaba de arriba abajo por mi torso.

—Lo que dije en el vídeo iba en serio, Isabelle. Conocerme ha cambiado algo en mí.

—Y ahora estás intentando que me derrita.

—Hago lo que puedo. —Sonriendo, me tocó los labios con los dedos, inclinándose hacia mí. Su intención era clara.

—¿Vas a robarme otro beso? ¿Con qué motivo? Y no digas para que te de buena suerte.

—Ya se me ocurrirá alguna razón... después de saciarme de ti. —Sus ojos brillaban mientras presionaba más mis labios y me agarraba por la cintura, acercándose hacia mí. Apenas había rozado sus labios con los míos cuando oí la voz de Lars.

—¡Mierda!

Hice un gesto de disgusto y me giré inmediatamente hacia donde provenía la voz. Lars no había vuelto solo. Todos los miembros de la banda estaban allí. Se quedaron boquiabiertos.

Brayden pasó un brazo por mis hombros.

—Sí, lo que veis. Y no pienso tolerar que nadie nos la dé.

—Espera un momento —intervino Lars—. ¿Cuánto tiempo lleva pasando esto? Ya me pareció que pasaba algo la noche de la fiesta. Dime que no tuvisteis sexo en nuestra sala de ensayo. Sabes que está prohibido. Incluso en la tuya.

Gruñí.

—¿Qué parte de “que nadie nos la dé” no has entendido? —replicó Brayden.

Harvey levantó las manos:

—Oye, que el chaval solo te ha hecho una pregunta. Y en cuanto a vuestra relación, a mí no me molesta.

—A nadie le molesta—dijeron Lars y Thomas al mismo tiempo.

Sentía que mis mejillas se calentaban por momentos. Pero también me sentí aliviada de que los chicos se mostraran tan tolerantes ante la situación.

—¿Sasha ya lo sabe? —preguntó Harvey.

Brayden negó con la cabeza.

—Todavía no.

Lars frunció el ceño:

—Isabelle, tendrás que estar preparada para lidiar con cualquier periodista que se te acerque. ¿Cuentas con algún sistema de seguridad?

—No necesito nada de eso —contesté.

Brayden se quedó en silencio. Levanté la vista hacia él.

—Me sentiría mucho más tranquilo si tuvieras un sistema de alarma en tu consulta y también en tu apartamento.

—Pero hay un portero en la entrada del edificio de mi consulta, y estoy en la séptima planta. Además, tampoco vivo en la planta baja. Allí no tengo portero, pero ¿cómo podría entrar alguien en el edificio?

—La prensa sabe cómo conseguir lo que quiere. Los fans también pueden ser creativos.

—Nadie se va a interesar por mí —insistí.

Brayden me acarició la mejilla con el dorso de los dedos.

—Nunca se puede saber con seguridad. Me sentiría mucho más tranquilo si instalaras una alarma.

—Bueno, vale. Hablaré con mis hermanos. Ellos se encargaron de instalar la de mi piso de Filadelfia, así que seguro que me echarán una mano.

—Me parece bien.

Sonreí.

—Ya me estoy imaginando sus reacciones cuando les diga que necesito instalar una alarma a causa del chico con el que salgo. Seguro que querrán conocerte para someterte al tercer grado.

—Pareces encantada con eso.

—¿Quién? ¿Yo? —Intenté bajar el tono de mi sonrisa sin éxito—. Para nada. Pero estoy recordando lo mucho que les salió el papel de hermano cuando pensaron que un tío en un restaurante andaba tras de mí. Esto será muy divertido.

Brayden frunció el ceño.

—¿Qué tío? ¿Qué restaurante?

Apenas pude contener una sonrisa.

—¿Eso es lo que te preocupa?

—Sí.

—Pues me corrijo. Creo que os llevaréis bien. Quizás demasiado bien.

Capítulo Once

Isabelle

Ian y Dylan planeaban visitar mi apartamento el lunes por la tarde. Solo les mencioné que quería instalar un sistema de alarma. Llevaban tanto tiempo insistiéndome con eso que ni siquiera preguntaron qué me había hecho cambiar de opinión. No tenían ni idea de que estaban a punto de llevarse una pequeña sorpresa...

Brayden había hablado con Sasha el sábado anterior, contándole lo nuestro, y ella ya me había enviado por correo electrónico una lista de cosas con las que debía tener cuidado, como los *paparazzi*, junto con una lista de respuestas estándar que debía repetir como un loro si me pillaban desprevenida. Todo era un tanto surrealista.

En ese momento, Brayden estaba observando la puerta de mi casa, explicándome los tipos de sistemas de alarma que podrían funcionar. Le tomé la mano, coloqué una palma en su mejilla y giré su cara hacia mí.

—No, no quiero verte tan serio y preocupado. Eso es cosa de mis hermanos. Exijo un beso.

—¿Lo exiges?

Asentí con entusiasmo:

—Sí, para la buena suerte.

—¿Suerte para qué?

—No lo sé. Estoy segura que la necesitas, solo que aún no lo sabes.

Brayden echó la cabeza hacia atrás, riendo. Me puse de puntillas y le besé la nuez y la barbilla. Al segundo siguiente, capturó mi boca con un beso. Apoyé las palmas de las manos en sus hombros y apreté los muslos. Ya sentía un profundo palpar. Gruñí, empujando mis caderas hacia él. Una sensación de calor recorrió mi cuerpo como un reguero de pólvora, partiendo desde mi centro.

Llevó una mano a la parte baja de mi espalda y deslizó los dedos por debajo de la cintura de mis vaqueros. Solo me rozó la piel, pero fue suficiente para que mis sentidos se agudizaran. Todos y cada uno de sus besos eran increíbles.

Mis piernas cedieron ligeramente, pero Brayden me sostuvo.

—Háblame de tus hermanos.

—Bueno, llevaban unos años con la empresa de *software*. Tenían su sede en Washington y les iba bien allí. Algunos de sus clientes también tienen filiales en Nueva York, así que decidieron trasladarse aquí y expandir un poco el negocio. Los quiero mucho a los dos, y estoy muy contenta de que ahora vivamos todos en la misma ciudad.

Brayden me miró con calidez y me acercó a él:

—Haces que eche de menos a mi familia y a mi pueblo. Hace años que no voy.

—¿Por qué?

—Es más fácil protegerlos si vienen a verme aquí, pero la verdad es que echo mucho de menos ir a casa.

Su rostro se entristeció durante unos segundos, y eso no me gustó nada. Me encantaba ver aquel brillo de picardía en sus ojos, así que me propuse traerlo de vuelta.

Sin embargo, no tuve tiempo de hacer nada al respecto, porque justo en ese momento sonó el timbre. Antes de abrir la puerta, miré por la mirilla y pude confirmar que habían llegado mis hermanos.

—¡Qué tal, herm...! —empezó a decir Ian, pero se detuvo bruscamente al notar la presencia de Brayden.

—Pasad. Ian, Dylan, os presento a Brayden —dije cuando entraron y cerré la puerta.

—Ya lo sabemos —dijo Ian—. Soy muy fan de la banda.

Para entonces, Dylan ya nos estaba mirando con desconfianza.

—Un momento... Josie había comentado que estabas saliendo con alguien, pero que no podía decir nada más...

Mi hermana solía ser muy buena guardando secretos, pero aseguraba que la privación del sueño a causa de la maternidad la estaba convirtiendo en presa fácil de mis hermanos en los últimos tiempos. Prácticamente podía ver los engranajes de la mente de Dylan trabajando mientras intentaba descifrar lo que ocurría.

—¿Estáis saliendo? —preguntó finalmente.

En lugar de responder, Brayden me atrajo hacia él y me dio un beso en la cabeza.

Ian dio una palmada al aire y esbozó una sonrisa.

—¡Joder, no me lo puedo creer! Tío, soy fan desde hace años. Creo que no tengo nada para que me firmes...

Empezó a buscar en los bolsillos de sus vaqueros, y lo mismo hizo Dylan.

Se me pusieron los ojos como platos. No esperaba que mis hermanos dejaran salir a sus *fanboys* interiores. Al menos no antes de que le dieran una especie de charla de hermanos.

Alejándome de Brayden, llevé las manos a mis caderas y aclaré mi garganta.

—Lleváis toda la vida mirando mal a todos los tíos que *creíais* que estaban en mi radar, ¿y ahora buscáis bolis para que os firme?

Ian sonrió:

—Ya habrá tiempo para eso, hermanita. Tenemos que conseguir su autógrafo mientras estemos en términos amistosos.

Dylan le dio un codazo a Ian, esbozando una sonrisa de suficiencia:

—No hables de más. Arruinarás el objetivo.

Brayden se echó a reír cuando se dio cuenta de que mis hermanos no tenían ningún boli:

—¿Qué tal si empezamos a conocernos ahora y luego os envío algunas cosas firmadas?

Entonces, les estrechó la mano. Dylan le miró directamente a los ojos:

—Bueno, en ese caso, no olvides que te estamos vigilando. Ni se te ocurra jugar con Isabelle.

—Menos mal, ya era hora. Creía que me estabais vendiendo por un autógrafo —bromeé—. ¿Empezamos?

Mis hermanos asintieron. Dylan sacó un iPad e Ian comprobó la puerta y las ventanas, pero dado que ya lo habían hecho cuando me mudé inicialmente a aquel piso, no les llevó mucho tiempo.

Cuando al fin nos sentamos todos en el sofá del salón, quedé situada entre mis hermanos. Brayden tomó asiento al otro lado de Ian.

—Como no hay cableado integrado para los sensores de puertas y ventanas, tendremos que utilizar sensores inalámbricos —explicó Ian mientras Dylan me enseñaba una foto del sistema.

—¿Por qué en las ventanas también? Estoy en la segunda planta. No creo que alguien pueda entrar por allí. ¿Por qué no solo en la puerta?

—Porque hará que el apartamento sea más seguro, y no molestan para nada. Ni siquiera los notarás.

Brayden se acercó a la ventana, echando un vistazo al exterior.

—Técnicamente, alguien podría llegar a tu terraza si trepa por el árbol de enfrente.

Pasé una mano por mi pelo, mirándolos a los tres:

—¿No os parece un poco exagerado?

Tres pares de ojos me miraron en evidente desacuerdo.

Me reí, levantando las manos en el aire.

—Vale, vale. Poned sensores por todas partes. Sois igualitos, no me lo puedo creer.

Mis hermanos rieron entre dientes. Brayden sonrió.

—Brayden, tienes mi apoyo solo porque nunca hemos podido convencer a Isabelle de que instale un sistema de alarma aquí —dijo Dylan.

Puse los ojos en blanco, me levanté y me dirigí a la cocina.

—Creo que es un jaleo innecesario. Además, nunca entraron a robar en mi casa cuando vivía en Filadelfia, donde también me obligasteis a instalar una alarma.

—Quizás fue gracias a la alarma... —dijo Dylan.

—¿Cuándo podéis empezar? —preguntó Brayden.

—Me encargaré de ello la semana que viene —dijo Ian. Dándole un codazo a Dylan, preguntó—: ¿Te puedes creer que por fin somos los primeros en tener información privilegiada? Josie aún no sabe que es él.

—Humm... siento desilusionaros, chicos, pero ella *ya* lo sabe. Y también Tess, Skye y Laney.

Ian parpadeó:

—Así que básicamente se lo has contado a todo el mundo menos a nosotros...

—Fue sin querer, se me escapó. —Batí las pestañas y les di un beso en la mejilla a cada uno tras acompañarlos a la puerta—. Os aseguro que os sigo queriendo infinito.

—Cree que puede librarse de esto con zalamerías... —dijo Ian.

Dylan se encogió de hombros.

—Siempre hace lo mismo. Pero no nos olvidaremos de esto.

—Aaay, no seáis así. Os prometo que la próxima vez os lo contaré *antes* que a Josie. Por cierto, ¿sabéis si mamá y papá han decidido cuándo van a venir a la fiesta de Sophie? —pregunté.

Josie había dado a luz dos semanas antes de la fecha prevista. Habíamos programado el *baby shower* una semana antes de la fecha inicial. Mamá había manifestado que en su lugar quería una fiesta de bienvenida para Sophie, cosa que ocurriría en las dos semanas siguientes.

—Hablé con ellos ayer. Cogerán un vuelo el viernes para estar bien descansados el sábado —comentó Dylan.

Di una palmada al aire:

—¡Me muero de ganas de verlos! Mamá no va a parar de hablar de Sophie.

Dylan se rió entre dientes:

—Preferiría mil veces eso a las charlas interminables sobre bodas.

No podía culparle, especialmente después de enterarme de lo que realmente había sucedido con Lina. En nuestras últimas reuniones con los Winchester, pasábamos la mayor parte del tiempo hablando de bodas, más que nada porque la de Tess estaba a la vuelta de la esquina.

Una vez que se marcharon, volví a centrarme en Brayden, quien seguía revisando las ventanas de mi salón.

Me puse de puntillas e intenté besarle en la mejilla, pero él volvió la cabeza y susurró contra mis labios:

—Ven a mi casa esta noche.

Mis ojos se abrieron de par en par. Recordaba que Sasha había dicho de manera contundente que ni siquiera ella había estado allí.

—¿Para quedarme a dormir? —bromeé.

—Entre otras cosas. —Entrecerró los ojos con picardía.

—¿Cómo qué? —Me contoneé contra él, provocándole.

Apretó aún más su boca contra la mía.

—Ya verás.

Retrocedí un paso, fingiendo desconfianza:

—No me estás vendiendo muy bien el plan. Necesito algo que me haga ilusión.

Movió las cejas de arriba abajo:

—¿Además de verme desnudo?

—Vale, ya me has convencido.

Se rió y me dio un pico:

—Venga, vamos. Tengo una sorpresa para ti.

Capítulo Doce

Brayden

—No puedo creer que hayan dejado el local abierto hasta tan tarde solo porque tú se lo pediste —dijo Isabelle mientras se relamía los dedos tras terminar la hamburguesa. Aún le quedaban patatas fritas. Nos encontrábamos en la isla de mi cocina, comiendo directamente de las cajas de comida para llevar. Había llamado a la hamburguesería que me había recomendado la semana pasada, y no me costó mucho convencerlos de que permanecieran abiertos una hora más.

—Sé cómo hacer que la gente haga lo que quiero.

—¿Los has sobornado con entradas para un concierto, un autógrafo o algo así?

Me coloqué detrás de ella, rodeando su cintura con un brazo.

—Tal vez.

Acto seguido, aparté su pelo hacia un lado y besé su cuello.

—Oiga, señor, no vaya a distraerme de mis patatas fritas o perderá todos los puntos que ha ganado al hacer todo esto posible.

—No creo que eso sea cierto —bromeé. No podía saciarme de ella, me fascinaba observar cómo inspiraba, cómo todo su cuerpo se tensaba ante mi contacto.

Ella suspiró:

—No, no lo es, tienes razón. Pero quiero terminarlas y, sinceramente, me ha costado centrarme en ellas. Estaba más tentada a lanzarme sobre ti, lo cual es mucho decir. Ya sabes lo que dicen, a veces las mujeres preferimos la comida a los tíos...

Me eché a reír, mordiéndole ligeramente el cuello:

—¿Así que me pones por debajo de las patatas fritas? Tú sí que sabes hacerme sentir especial.

Se rió entre dientes:

—No, todo lo contrario. Mira, incluso compartiré mis patatas fritas contigo si quieres.

—Puedes comértelas todas.

—Ahora me gustas aún más.

Devoró las últimas rápidamente, como si temiera que pudiera cambiar de opinión.

A continuación, limpió sus manos en el lavabo antes de volverse hacia mí con un encantador brillo en los ojos.

—Háblame más de tus hermanos. Solo tu hermana está casada, ¿verdad? —dije. Quería saberlo todo sobre ella.

—Sí. Josie es una abogada increíble, aunque ahora se está tomando un descanso tras dar a luz. Mis hermanos están solteros. Los dos dicen que quieren estar solteros para siempre.

—¿Y no te lo crees?

—Sí, les creo. O sea, sabía que Ian sería un eterno soltero incluso antes de saber lo que significaba esa palabra. Pero Dylan siempre ha sido diferente. No mostró sarcasmo hacia las relaciones hasta hace poco.

—¿Pero qué pasó?

—Le propuso matrimonio a su novia de toda la vida y ella le dijo que no estaba segura de querer casarse, así que básicamente le rechazó.

—Vaya mierda.

—Sí, lo fue. Apenas fue capaz de contárnoslo a Ian y a mí. De hecho, creo que es la primera vez que lo cuenta. Aún está dolido, y me encantaría poder ayudarle.

Podía percibir lo mucho que se preocupaba por sus hermanos, y eso me conmovió profundamente. Nunca antes había conocido a alguien con tanta voluntad de ayudar a los demás.

Su trabajo no era solo un trabajo para ella. Se preocupaba de verdad por sus pacientes, como si fueran sus amigos. Era tan diferente a lo que yo estaba acostumbrado que realmente me costaba asimilarlo. Era una persona auténtica y real y, en parte, incluso muy diferente a mí. Yo había tardado dos años en confiar en Sasha, y aun así nunca había estado en mi casa. El ático era mi espacio privado, el lugar donde recargaba energías, lejos de todo el mundo, y sin embargo quería que Isabelle estuviera allí conmigo.

—¿En qué estás pensando? —preguntó.

—En que eres la primera persona fuera de mis padres y los chicos que ha estado aquí.

Isabelle abrió ampliamente los ojos. Echó un vistazo a su alrededor y luego volvió a mirarme.

—¿Nunca traes gente aquí?

—No, es... mi espacio.

Volvió a centrarse en mí, sonriendo.

—Entonces, ¿por qué me has invitado?

—Porque me gusta pasar tiempo contigo, Isabelle. Quiero que formes parte de mi vida.

—Vaya, ya estás otra vez. ¿Acaso quieres que me desmaye? Se te da muy bien.

Besé la punta de su nariz y la envolví en un abrazo por la espalda. Las conversaciones sobre la vida privada de su hermano habían despertado mi curiosidad acerca de la suya. No estaba seguro de querer indagar, teniendo en cuenta lo celoso que me ponía cada vez que mencionaba a un tío. Pero me ganó la curiosidad.

—Ya hemos hablado de mi pasado sentimental. ¿Qué hay del tuyo?

Se echó hacia atrás y levantó la vista, sorprendida:

—Mi última relación seria fue en Filadelfia, pero terminó unos dos años antes de que me mudara. Salí con un chico llamado Jake durante casi un año antes de darme cuenta de que yo no le gustaba como creía. —Su mirada se opacó durante unos segundos, pero luego sacudió la cabeza, sonriendo—. En fin, desde entonces, solo he tenido citas sin compromiso. ¿Quieres que te cuente más detalles?

—Ni uno solo más —gruñí. *Joder, ¿por qué tenía que ser tan posesivo?*

Isabelle sonrió:

—Me lo imaginaba. —Desvió la mirada, claramente deseosa de cambiar de tema—. Así que soy una de las pocas a las que permites entrar en tu guarida, ¿eh?

—Es curioso, mi madre también la llama así.

—¿Te visitan a menudo?

—Cada pocos meses. Tenían planeado venir el mes que viene, pero cambiaron de idea. Se acerca el sesenta y cinco cumpleaños de mi madre, y dice que planear la fiesta le está llevando mucho tiempo.

—Ah, ¿va a celebrarlo por todo lo alto, entonces?

—Eso parece. Ojalá pudiera ir.

—¿Por qué no puedes?

—La última vez que volví a casa, tuvimos un incidente con la prensa. No fue para nada agradable. No quiero arriesgarme a arruinar su fiesta de cumpleaños.

Me miró en silencio durante unos instantes, mientras apretaba ligeramente los labios.

—¿Acaso eso lo ha mencionado tu madre?

—Qué va. Dijo que se alegraría si iba.

—¿Sabes? No creo que eso signifique que no sea consciente de ese riesgo. Estoy segura de que, al margen de lo que pueda pasar, se muere de ganas por verte.

Fruncí el ceño, considerando sus palabras.

—Puedo ver cómo está trabajando esta cabecita —dijo, dándome golpecitos en la sien—. ¿Acaso le estoy dando ideas peligrosas, Señor Estrella del Rock?

—Muy peligrosas.

—Genial, eso significa que estoy haciendo bien mi trabajo. ¿Quieres enseñarme el ático?

—Claro. ¿Ya has terminado de comer?

Señaló los envoltorios vacíos:

—¿A ti qué te parece?

Tomándola de la mano, recorrí con ella todas las habitaciones, comenzando por la de invitados, que estaba vacía. De camino al dormitorio principal, pasamos por mi sala de ensayo, que estaba justo al lado.

Isabelle abrió la puerta y echó un vistazo al interior.

—Vaya, no me habías dicho que también tenías un piano aquí.

—Claro, es donde escribo la mayor parte de mis composiciones.

Isabelle entró, deslizando sus dedos por el marco de madera.

—Es un poco diferente al de la casa de campo.

—Así es.

Puse mis manos a sus lados, la levanté y la senté encima del piano. Apretó los tobillos a mi alrededor, tirando de mi camisa para acercarme más. Acerqué mi boca a la suya, deseando devorarla allí mismo, sobre el instrumento. Subí el vestido por sus piernas y ella se retorció, dejándome espacio suficiente para deslizar la prenda por encima del culo y dejarlo a la altura de su cintura.

—He estado deseando hacerte mía en el piano desde la fiesta de Lars. —Hablé contra sus labios mientras le quitaba por completo el vestido.

Sonrió:

—Las grandes mentes piensan igual. Me preguntaba cómo podríamos saltarnos la regla de Lars... pero aquí tienes tu propio piano. Muy práctico.

Capturé su boca, llevándola hasta el borde del piano, y ella abrió más las piernas, dándome espacio suficiente para explorarla todo lo que quisiera.

—También te follaré en el piano de la casa de campo. Te voy a follar en todas partes. —Mi voz era gruesa y áspera. Quería explorarla por completo, enterrarme tan profundamente dentro de ella que ni siquiera pudiera respirar a causa del intenso placer.

Se apoyó sobre sus codos, con las piernas abiertas. Le toqué el coño por encima de la tela. Isabelle era muy receptiva, y eso me encantaba de ella. Echó la cabeza hacia atrás, apretando los muslos, intentando controlar su deseo. Levanté una ceja y volví a separarlos. Vi cómo se relamía los labios antes de tragar con fuerza. Estaba guapísima en bragas rojas, totalmente abierta sobre mi piano. Un atisbo de vulnerabilidad apareció en sus ojos, y me acerqué, inclinándome sobre ella y fundiendo mi boca con la suya. Le di un largo y profundo beso, hasta hacerla estremecer.

—¿Quieres que cante algo solo para ti? —susurré contra su boca. Sabía que le gustaría y tenía la insaciable necesidad de hacerla feliz.

Una sonrisa se fue dibujando lentamente en su rostro mientras asentía. Di un paso atrás y me senté delante de las teclas. Quería enseñarle todo lo que era importante para mí. Me gustaba dejarla entrar, parecía como si las cosas estuvieran destinadas a ser así.

Pero de repente una pregunta empezó a revolotear en mi mente: ¿Cómo narices iba a hacer para estar sin ella una vez que comenzara la gira?

Capítulo Trece

Brayden

A la mañana siguiente, me desperté con el ruido de alguien que se movía cerca de mí. Abrí los ojos y me moví hacia al otro lado de la cama. Estaba vacía.

—¿Isabelle? —pregunté con voz ronca, mientras buscaba por la habitación.

Se asomó por el cuarto de baño.

—Vaya, te has despertado. —Salió corriendo hacia mí y se metió en la cama—. ¿Te he despertado yo? Perdona. He intentado no hacer ruido.

Ya se había puesto el vestido del día anterior. Se sentó a horcajadas sobre mí, pasó las palmas de sus manos por mi pecho y luego dibujó el mismo camino con su boca.

Solté un pequeño gruñido mientras sujetaba sus caderas:

—¿Qué estás tramando?

—Simplemente intento disfrutar de ti antes de irme.

Dios, la adoraba. No pude evitar soltar otro gruñido; ella sabía exactamente cómo llevarme a su terreno.

Sonrió con suficiencia:

—Ya veo. Lo único que obtengo son gimoteos y esa mirada intensa que te caracteriza. ¿Es demasiado temprano para jugar un poco?

Continuó trazando con besos una línea a lo largo de mis abdominales, bajó hasta mi ombligo y luego volvió a subir.

—¿Qué hora es? —pregunté.

—Las siete.

Volví a gruñir, apartándola con suavidad:

—No soy una persona mañanera.

—Ya lo he notado. Pensaba salir sin despertarte porque parecías profundamente dormido.

Deslicé mis manos suavemente arriba y abajo por sus piernas. Mis pulgares rozaron la sensible piel del interior de sus muslos y, al instante, ella se contoneó sobre mi polla.

—Me retracto. Se te da *bien* esto de seducir, incluso estando medio dormido.

—¿Bien? Se me da de maravilla.

Antes de que tuviera oportunidad de responder, la derribé hacia un lado. Se desplomó sobre el colchón con una carcajada, apoyando su cabeza sobre una almohada.

—No te vayas —dije.

Hizo pucheros:

—No tengo opción. Mi primer paciente llega dentro de una hora.

—Lo de anoche no fue suficiente, necesito más de ti. —La coloqué bajo mi cuerpo y sonreí contra su hombro al ver con qué facilidad cedía ante mí. Quería quedarse tanto como yo deseaba que lo hiciera.

—Casi puedo percibir tu sonrisa. ¿Por qué tan presumida? —susurró.

—Porque no te estás resistiendo mucho.

—Bueno, aún estás a tiempo de demostrar lo maravillosos que son tus dotes de seducción por la mañana. No sería justo privarte de esa oportunidad.

Me reí mientras la besaba en el cuello, deslizando la tela de su vestido con mi mano hasta llegar a su piel.

—Vale, vale. Tú ganas. No hace falta que me pongas cachonda, o llegaré tarde a ver a mi paciente.

No estaba preparado para dejarla levantarse de la cama, y mucho menos para que abandonara el ático, pero respetaba su agenda. Estaba tan acostumbrado al estilo de vida de los músicos que la idea de tener un horario de trabajo estricto todos los días me resultaba extraña. Aunque el calendario de conciertos era brutalmente intenso, el resto del tiempo era dentro de todo bastante relajado. Me aseguraba de pasar suficientes horas ensayando con los chicos, pero por lo demás, contaba con bastante tiempo libre.

Me puse una camiseta y unos bóxers y me lavé los dientes rápidamente antes de acompañarla a la puerta.

—¿Quieres un café antes de irte? —pregunté.

—No, ya se me ha hecho muy tarde.

—Vale, hablaré con el conserje para preguntar si la zona está despejada. Te llevará Paul.

Los ojos de Isabelle se abrieron de par en par cuando pulsé el botón que me conectaba con él.

—Buenos días, Edward. ¿Todo tranquilo abajo?

No necesité decirle mi nombre. Podía ver en su teléfono de dónde procedía la llamada.

—Buenos días. Tenemos a mucha gente de la prensa congregada frente al edificio. Parece que ahora mismo están llegando más. De momento, no creo que deba salir. También hay personas delante del *parking*.

Maldije, negando con la cabeza. Isabelle frunció el ceño.

—Gracias, avísame cuando se vayan —dije.

—Lo haré, señor.

Pulsé el botón para desconectar la llamada.

Isabelle se mordió el labio inferior.

—Vale... esto sí que no me lo esperaba. ¿Por qué crees que están abajo?

—No lo sé. Hablaré con Sasha a ver qué sabe. ¿Hay alguna forma de que puedas reprogramar tu primera cita, al menos?

—No, no quiero hacerlo. Siempre espera con mucha ilusión nuestras sesiones semanales. Quizás pueda hacer una sesión *online* desde mi teléfono, lo hemos hecho antes cuando ella no tenía mucha disponibilidad y no podía venir a mi consulta. Le enviaré un mensaje.

Sacó el teléfono del bolso y tecleó rápidamente.

Estaba cabreado. Tenía la esperanza de que los medios de comunicación se mantuvieran al margen de mi vida hasta que empezaran los conciertos, que era cuando normalmente se disparaba su interés por mi vida privada. Quería pasar más tiempo con Isabelle antes de que aquel lado loco de mi vida la ahuyentara.

—Vale, ha aceptado, aún no ha salido de casa, pero sería mejor si tuviera mi portátil. Tengo un archivo para cada paciente, y me gusta revisarlo antes de empezar cada sesión y añadir notas durante o después de la misma.

—Le pediré a Paul que te lo traiga.

Isabelle se animó:

—¿De verdad? Está en mi consulta, sobre el escritorio. Tengo la llave conmigo. ¿Puede subir?

—Sí.

—Espera, acabo de acordarme. Mis hermanos tienen una copia. Podría pedírsela a ellos, si te resulta más fácil.

—Yo lo coordinaré todo. ¿Cuándo tienes tu segunda cita?

—Diez minutos después de que termine la primera, así que dentro de una hora y cuarenta y cinco minutos.

—Me encargaré de que tengas tu portátil para entonces —prometí.

—Perfecto. Entonces haré la primera desde mi teléfono. —Eché un vistazo alrededor del salón y señaló una esquina del sofá—. Reclamo ese rincón como mi lugar de trabajo.

—Lo que la dama desee.

Batió las pestañas:

—Me gusta cómo suena eso.

Agarré sus caderas por detrás y caminamos juntos hacia el sofá.

—Sé que es un poco egoísta, pero me alegro de que no puedas irte —admití.

Se rió y ladeó la cabeza, dejando su cuello al descubierto. Besé la suave piel de aquella zona hasta que se estremeció entre mis brazos.

—Está mal admitirlo, pero a mí también me gusta —susurró. Cuando llegamos al sofá, se dio la vuelta, apartándose con un dedo.

—No des rienda suelta a esas maravillosas habilidades de seducción. Necesito tener la mente despejada para la sesión.

—¿Ahora estás de acuerdo en que son maravillosas?

Se encogió de hombros, sonriendo de manera juguetona.

—Es que no quería admitirlo tan rápido. Podría hacerte creer que tienes mucho, mucho poder sobre mí.

Agarrándola por la cintura, la apreté contra mi torso. Besé su labio inferior, moviéndome lentamente de un lado a otro de su boca, saboreándola. El vello de sus brazos se erizó.

Me incliné hacia un lado, rozando el lóbulo de su oreja con mis labios.

—Creo que ya he demostrado mi punto —susurré antes de plantarle un beso rápido en el cuello.

—¡No, para nada!

—¿Necesitas más pruebas?

—Muchas más, pero ahora no. Tengo que tener la mente despejada para la sesión, ¿recuerdas?

—Vagamente.

Se acomodó en una esquina del sofá con las piernas recogidas.

—No me lo vas a poner fácil para trabajar, ¿verdad?

—Me has calado mal. Quiero que seas productiva. —Quería que no se fuera nunca del ático, pero no lo dije en voz alta. Parecía una locura incluso en mi propia mente, pero ese era el efecto que Isabelle tenía sobre mí. Me hacía desear locuras que antes ni siquiera me había planteado—. Pero ya que estás aquí, voy a mimarte todo el día.

—Uuuh, eso parece peligroso.

Le llevé una taza de café, pero en cuanto empezó su llamada, me trasladé al dormitorio para brindarle privacidad con su paciente. Cogí el teléfono de la sala de ensayos, donde siempre lo dejaba por las noches, y vi que tenía un mensaje de Sasha que me había mandado a las seis de la mañana.

Sasha: Cuidado, la prensa se ha enterado de que estás saliendo con alguien. Te han fotografiado con Isabelle saliendo de la casa de campo. No se ve su cara en la foto, así que aún no saben su identidad, ¡pero esto va a traer cola seguramente!

Maldije, apretando con fuerza el teléfono. Tenía que hablar con Isabelle, pero primero llamé a Paul para organizar la recogida de su portátil. Él ya estaba en la zona, esperando para llevarla, así que recogió las llaves y, unos minutos después, el plan ya estaba en marcha. Isabelle podría contar con su portátil en una hora.

La cuestión era cuánto tiempo iba a tardar la prensa en aburrirse y marcharse. Había experimentado de todo, desde permanecer dos o tres horas hasta quedarse un día y una noche completa frente a mi edificio.

Había pasado mucho tiempo desde la última vez que me habían fotografiado con alguien. Los medios de comunicación estaban ávidos de noticias, y se trataba de una historia nueva, así que la paga era grande. ¡*Maldita sea!* Todo aquello era exactamente lo que haría que la gente hiciera fotos. Por desgracia, sabía cómo funcionaban las cosas: no tenía la menor duda de que seguirían merodeando durante algún tiempo.

Hice unas cuantas llamadas, primero a Sasha y luego a los chicos, para poder hacerme una mejor idea de la situación. Ninguno de mis compañeros de banda tenía miembros de la prensa fuera de sus casas. Sasha estaba intentando rastrear todas las fotos para ver si había alguna que revelara la identidad de Isabelle. Los tabloides no siempre publicaban su mejor foto desde el principio. Querían crear expectación antes de ir a por todas, lo que hacía que la gente siguiera comprando.

Quería estar preparado para cualquier escenario, proteger a Isabelle como pudiera. Thomas fue el más comprensivo con la situación y una gran ayuda.

—Amigo, esto puede volverse incómodo, sobre todo para Isabelle. A Cami la volvieron loca. Lo recordaba muy bien. Estuvieron a punto de separarse por ello.

—Estoy tratando de mantener la calma.

—Si te sirve de ayuda, Cami podría hablar con Isabelle y darle algunos consejos. La situación es casi la misma, ya que Cami no era tan conocida en los medios de comunicación.

“Casi” era la palabra clave. Unos años antes, Cami había sido presentadora de un programa de televisión, así que conocía de qué iba la cosa.

—¿Crees que no le importará? Se lo agradecería mucho, y creo que a Isabelle le parecerá bien. Es una buena idea. Gracias, tío.

Tras terminar la conversación, me duché y luego pasé un rato en la sala de ensayos para matar la media hora siguiente. Esperé a entrar en la sala hasta que ya no oí la voz de Isabelle, lo que significaba que había finalizado la sesión.

—Hola, guapo —susurró cuando entré en la habitación—. ¿Qué noticias tienes para mí?

—Paul está de camino con tu portátil. ¿Existe la posibilidad de que hoy hagas todas las sesiones *online*?

—¿Crees que los periodistas estarán ahí todo el día?

Me senté a su lado en el sofá y coloqué sus pies sobre mi regazo.

—No lo sé. Probablemente no. Pero es una buena excusa para tenerte aquí todo el día.

Una sonrisa se dibujó en su rostro:

—Eres terrible.

La atraje hacia mí hasta que tanto sus muslos como su culo estuvieron apoyados en mi regazo. Se dio la vuelta con torpeza, intentando apoyar las rodillas a los lados de mis piernas, pero perdió el equilibrio y estuvo a punto de caer hacia atrás. La sujeté poniéndole una mano en la cintura y la otra en la espalda.

Sonrió tímidamente y me abrazó con fuerza.

—Ups.

—Te he atrapado.

—Eres mi héroe. —Sonriendo, se contoneó en mi regazo—. Mi travieso héroe.

—¿Por qué travieso?

Bajó su mirada hacia su culo. Había deslizado las manos hasta allí sin darme cuenta.

—Solo intento mantenerte a salvo —insistí, tratando de mantener la voz firme.

Entrecerró los ojos:

—Sí, claro...

—No me has respondido sobre las sesiones. ¿Puedes hacerlas desde aquí?

—Bueno, como hoy no tengo ninguna sesión con pacientes nuevos, creo que no habrá problema. Me pondré en contacto con cada uno de ellos y veré si les parece bien hacerlas *online*.

—¿Crees que algunos no querrán?

—Bueno, si no consiguen tener privacidad, puede que la cancelen, pero no creo que lo hagan. La mayoría de los pacientes que vienen durante el día son autónomos o trabajan desde casa, así que tienen flexibilidad. Y los que vienen de su lugar de trabajo, por la tarde, pueden regresar a sus casas en lugar de ir a mi consulta.

Asentí, aliviado. En realidad, solo había estado bromeando a medias sobre la razón por la que no quería que se marchara.

Podía mantenerla a salvo en el ático. Nadie podía subir sin mi permiso. Quería que se quedara hasta que supiéramos con seguridad si la prensa había conseguido fotos que pudieran utilizar para identificarla.

—Pues entonces, decisión tomada —concluí.

Levantó un dedo:

—No tan rápido. Tengo algunas condiciones. En primer lugar, quiero que me mimes con un delicioso almuerzo. Y si me quedo aquí el tiempo suficiente, también con una buena cena. ¡Ah! Y con uno o dos masajes de pies entre medias.

Me reí, besándole la barbilla:

—¿Seguro que no te olvidas de nada?

—Humm... Puede que sí, pero no estoy segura de qué.

Seguí besándola, subiendo hasta su mejilla.

—Estaré encantado de enseñártelo.

Soltó una risita cuando la incliné hacia atrás, besándola lentamente por el cuello. Solo nos quedaban unos minutos hasta que empezara su siguiente sesión, y pensaba aprovecharlos al máximo.

Nunca me había gustado tener a nadie en casa. Desde que tenía uso de razón, el ático siempre fue el refugio al que iba para estar solo.

Sin embargo, en ese momento... lo único que deseaba era que ella se quedara.

Las llamadas con sus pacientes se prolongaron hasta bien entrada la tarde. Se trasladó al dormitorio para la última, buscando completo silencio. Mientras esperaba a que terminara, yo había pedido comida y puesto la mesa.

Finalmente, se unió a mí en el salón a las siete y media.

—¡Mmm, huele delicioso! —exclamó—. ¿Es *bruschetta*?

—Sí. He pedido en mi restaurante italiano favorito.

Echó un vistazo a la mesa e hizo pucheros:

—¿No hay pizza?

—No, no sabe tan bien cuando no está recién salida del horno. Pero créeme, la *bruschetta* y la pasta están buenísimas.

—Confío en tu paladar, guapo.

Ladeó la cabeza de un lado a otro. Le acerqué una silla y, después de que se sentara, le di un masaje en el cuello y los hombros.

Suspiró, inclinando la cabeza hacia atrás, y luego dirigió su mirada hacia mí:

—Se te da muy bien esto. Me gustaría que siguieras, pero también me muero de hambre.

Le di un beso rápido antes de sentarme en mi silla, frente a ella.

—Comamos y luego podrás pedir más de todo lo que quieras.

Sonrió de oreja a oreja.

—¿Cómo es posible que me esté pasando todo esto? Me siento como en un sueño. Me has estado mimando todo el día, y ahora propones mimarme aún más.

—Es que quiero verte feliz.

—Pues créeme que lo estoy. También estoy agotada, pero aún me queda una cosa por hacer. Tengo que comprobar la lista de cosas pendientes de mi madre para la fiesta de Sophie. Espero que no se me olvide.

—Sophie es tu sobrina, ¿verdad? —pregunté.

Ella asintió, dando un bocado a una *bruschetta*. Cerró los ojos y movió ligeramente la cabeza en señal de placer.

—¿Qué tipo de fiesta es? —pregunté una vez que se la terminó.

—Humm... una *baby shower* posparto, supongo. No juzgues.

—No lo estoy haciendo.

—Veo que estás intentando contener una sonrisa.

—Sí, pero no os estoy juzgando. Simplemente pienso que tu familia es única.

—La verdad es que sí. —Se rió y, mientras disfrutábamos de la pasta, me habló animadamente sobre la fiesta. Su rostro se iluminó al describir los preparativos—. Así que no hay mucho que hacer, ya que habrá un servicio de *catering* en la fiesta, pero mi madre quiere asegurarse de que la decoración sea perfecta. Tengo que averiguar sobre unos globos que encargué hace tiempo y luego hablar con ella para comentarle los avances. Si no, estará intranquila.

Estaba fascinado por aquella mujer. Se encontraba agotada después de un largo día, pero aun así quería comprobar algunos detalles para asegurarse de que su madre estuviera contenta.

—¿Te gustan las fiestas en casa? —pregunté.

—A mí sí, especialmente cuando la comida es de mis restaurantes favoritos. Pero también disfruto de las celebraciones fuera.

—Entonces, te gusta celebrar y punto —dije con tono de broma.

—Exacto. —Sonrió—. Oye, tengo una idea. ¿Te gustaría venir conmigo a la fiesta? Será dentro de dos semanas, el sábado. Seguramente será una locura, pero creo que te divertirás. Además, ayudará a que mi madre no esté tan centrada en Josie.

—Ya veo. ¿Así que quieres que vaya como distracción?

—No *solo* como una distracción.

Me reí y hundí mi cabeza en su cuello. Normalmente le pedía a Sasha que comprobara de manera minuciosa la seguridad antes de aceptar cualquier invitación, pero en ese instante ni siquiera dudé en responder. Además, estaba tomando notas mentales de las cosas que a Isabelle le gustaban en una fiesta para utilizarlas más adelante. Quería toda la información posible para consentir a mi mujer.

—¿Cómo voy a rechazar una invitación tan sincera?

Capítulo Catorce

Isabelle

—Creo que esto no ha sido una muy buena idea —murmuré. Estábamos rodeados de toda mi familia, además de los Winchester y, por supuesto, Hunter, el marido de Josie. La fiesta fue un éxito, y Sophie estaba disfrutando como nunca de ser el centro de atención.

Como había predicho, mi madre inicialmente se ocupó de mimar a Sophie, pero en ese momento su atención se había centrado por completo en Brayden. Mi padre era un poco más reservado, pero solo un poco. No les había dicho a mis padres que lo mío con Brayden era algo temporal y que el reloj se detendría cuando empezara su gira de conciertos. Era algo en lo que no quería pensar demasiado porque ya tenía mis temores al respecto. De hecho, no se lo había confiado a nadie, principalmente porque no quería expresarlo en voz alta.

Para mi asombro, Brayden parecía estar bastante relajado. Sasha había comprobado minuciosamente el perímetro para asegurarse de que no hubiera periodistas en los alrededores de la casa de Josie y Hunter. Aunque estábamos seguros de que no los habría. Se habían presentado tres días seguidos en los alrededores de su ático, pero luego desaparecieron. No era que agradeciera la presencia de la prensa, pero eso me dio una buena razón para pasar allí tres días encerrada con Brayden.

Sin embargo, las dos semanas anteriores habían sido un poco raras. Era estresante estar siempre vigilando nuestras espaldas, y Brayden se ponía tenso cada vez que Sasha llamaba. Pero hasta ese momento, parecía que los periodistas no tenían más fotos de nosotros, en concreto ninguna en la que se viera mi cara. Aun así, no había vuelto a la casa de campo, ya que era obvio que estaban acechando el lugar.

No queríamos tentarlos luego que habían abandonado el ático de Brayden, así que pasábamos todas las noches en mi pequeño apartamento. Los chicos habían empezado a grabar vídeos en directo por separado, y estaban haciendo un gran trabajo por su cuenta. Mi misión con ellos había terminado oficialmente, ya que lo único que habían necesitado era que les proporcionara un plan de acción.

Todo era paz en casa de Josie y Hunter. El salón estaba decorado con globos rosas y guirnaldas brillantes. Habían añadido más sillones para la fiesta, pero muchos de nosotros estábamos de pie y dando vueltas por el lugar para poder ponernos al día con todo el mundo, lo cual, dada la cantidad de gente que había, parecía una tarea imposible. Skye había ido con su marido, Rob, y su hijo, que estaba intentando reventar un globo con sus manos. Tess y su prometido se encontraban en plena conversación con Laney y Cole. Seguramente estaban hablando de sus bodas, que se celebrarían pronto. Ryker y su mujer, Heather, estaban liadísimos, ocupándose de su bebé recién nacido y su hija mayor, Avery. Tener a todo el mundo en un mismo lugar me alegraba el corazón, sobre todo reencontrarme con mis padres. Habían volado la noche anterior y se iban a quedar unos días más. Sentía un inmenso respeto por ellos, por la forma en que se querían y por todos los valores que nos habían inculcado.

Mientras mis padres seguían sentados con Brayden, fui en dirección a Ian y Dylan, que estaban en el lado opuesto del salón.

—Oíd, chicos, ¿podríais echar una mano a Brayden? —pregunté.

Ambos miraron hacia el sofá que había junto a la chimenea, donde estaban sentados los tres.

—Ni de coña. Mamá tiene su típica expresión dura. Es mejor que caiga Brayden antes que nosotros —dijo Ian.

Dylan se rió entre dientes.

—Venga, hermano. Hagamos un favor a nuestra hermana. Se nos da mejor evadir las preguntas de mamá.

—Gracias, *Dylan*. —Acentué su nombre, frunciendo el ceño hacia Ian—. Me alegro de poder contar con un hermano al menos.

Ian se burló:

—Oye, puedes contar conmigo también. Es que, por una vez en la vida, estaba disfrutando de no estar en el radar de mamá.

Dylan lo fulminó con la mirada y luego los tres nos dirigimos hacia donde se encontraban Brayden y mis padres. Entre la multitud de adultos y niños que había alrededor, el bullicio era tan ensordecedor que no pude oír lo que decían hasta que nos encontramos justo frente a ellos.

—Oh, ¿alguna vez te ha contado Isabelle la historia de la excursión...?

Intercambié una mirada de alarma con Ian y Dylan.

—Mamá, no es el momento de sacar a relucir la tradición de avergonzar a Isabelle — interrumpió Dylan.

—Ahuyentaste al menos a tres novios en el instituto con esas historias —añadí.

—Eso no es verdad —replicó mamá.

—Sí que lo es —insistió Ian.

Mamá miró en dirección a mi padre:

—¿Tú no piensas apoyarme?

Mi padre esbozó una sonrisa idéntica a la de Ian:

—Es que tienen razón.

—Pues a mí no me importa —dijo Brayden—. Cuanto más sepa, mejor.

Miré a mis hermanos.

—¡Ayuda! No sabe dónde se está metiendo.

—No podemos ayudar a un hombre que no quiere ser ayudado —dijo Ian con fingida seriedad.

Dylan me sonrió:

—Pero no puedes decir que no lo hemos intentado.

Entrecerré los ojos:

—¿Eso es lo mejor que podéis hacer, de verdad?

El tintineo de las copas los salvó de tener que responder. Josie anunció que podíamos ir todos a por algo para picar. La encimera estaba repleta de opciones, desde minibocadillos hasta exquisitos *brownies*. Para mi alivio, mis padres tenían hambre. Brayden también se levantó y me pasó un brazo por encima de los hombros. Sin embargo, decidimos quedarnos en nuestro sitio, ya que todo el mundo se había apresurado a ir a la cocina y se formó una larga cola para servirse la comida.

—¿Por qué estás tan tensa? —preguntó.

—Bueno, lo de siempre... tratando de manejar momentos incómodos con mis padres y todo eso...

Sonriendo, me besó la frente:

—Tu madre te estaba tomando el pelo. Me preguntaba por mis padres y, cuando llegaste tú, cambió de tema.

Me quedé boquiabierta:

—No me lo puedo creer. Cada vez se le da mejor trolearme.

—Ya veo de dónde sacas tu descaro. —Se rió entre dientes, pero detecté una ligera arruga en su frente.

—¿En qué piensas?

—No paro de pensar en el cumpleaños de mi madre.

—¿La peligrosa idea que te di sigue rondando tu cabeza?

Asintió:

—Estar aquí contigo y con tu familia está haciendo que me replantee algunas cosas. Sé que mi madre se alegraría mucho si fuera.

—No la conozco, pero sin duda lo estaría. ¿Cuándo es la fiesta?

—El próximo fin de semana. —Pasó la punta de su nariz por mi sien—. ¿Tienes planes?

Mi corazón se aceleró:

—No, ¿por qué?

Se apartó un poco y me miró directo a los ojos:

—Ven conmigo.

—¿Hablas en serio? —Por mucho que quisiera ir, no dejaba de tratarse de un gran paso.

«*Isabelle, deja de hacer algo de la nada*», pensé.

—Sí. Estarán encantados de conocerte. Además, quiero que estés allí. Quiero enseñarte dónde crecí.

¡*Dios mío!* Me sentí tan aturdida que apenas pude contener la sonrisa. En algún lugar del fondo de mi mente, tenía un poco de miedo de lo mucho que se estaban entrelazando nuestras vidas, pero estaba demasiado feliz para pensar tanto en ello.

—¡Claro que me apunto! —confirmé.

Sus párpados se arrugaron en los costados, como solía suceder siempre que esbozaba una sonrisa sincera.

Estuve en las nubes durante el resto del día. La celebración se extendió hasta las primeras horas de la tarde, porque con tantos niños era imposible quedarse despiertos hasta más tarde. Si no dormían la siesta, se ponían de mal humor. Sin embargo, a mí me vino bien, ya que un colega de la agencia de turismo me había pedido que lo sustituyera aquel día. Se había enfermado y no quería que se cancelara la excursión.

A Brayden no le hizo mucha gracia, ya que esperaba pasar todo el fin de semana juntos, pero iba a estar fuera solo unas horas. Después de la visita, tenía planeado pasar por mi consulta para recoger material y preparar un nuevo diario para un paciente.

Me dirigí directamente al centro de Manhattan, donde un autobús me esperaba. Repasé mentalmente los aspectos más destacados de la visita, muy entusiasmada.

Quizás era un poco tonto emocionarme tanto con el *tour*, dado que ya lo había hecho tantas veces antes, pero simplemente me encantaba. Cuando subí al vehículo, la gente ya se encontraba ahí.

—¡He llegado! Perdonad el retraso —anuncié al entrar—. Hola a todos, soy Isabelle. ¿Qué tal una breve ronda de presentaciones? Solo decidme vuestro nombre y de dónde sois. Ah, y por favor, avisadnos si tenéis frío. Aunque estemos en la tercera semana de agosto, la humedad sigue siendo alta, y los neoyorquinos tienden a compensarlo subiendo mucho el aire acondicionado.

Conté veinte personas en el grupo, lo que suponía un buen bote al final. Aquel día había una mezcla internacional, con turistas de Australia, Japón, Italia, Francia y Portugal. También había dos estudiantes universitarias de Boston que habían venido a la ciudad para una escapada de fin de semana. Una de ellas me miraba con una expresión extraña, como si intentara averiguar algo.

—Bien, atención, vamos a empezar. ¿Alguien reconoce este edificio de apartamentos?

—*Friends* —respondió la multitud al unísono.

—Correcto. —Sonreí mientras el autobús avanzaba a trompicones. Señalé varios puntos donde se habían rodado películas y series a ambos lados de las distintas calles. Era increíble la cantidad de producciones que se grababan en la ciudad.

Todos estaban prestando atención, excepto las estudiantes, que estaban mirando el móvil con las cabezas juntas. Mi propio teléfono había vibrado en mi bolso unas cuantas veces. Al principio lo ignoré, pero a la tercera vez que vibró, lo saqué, le eché un rápido vistazo y comprobé que tenía un mensaje de Brayden.

Brayden: ¡Llámame en cuanto puedas!

También tenía dos llamadas perdidas suyas, así que tenía que ser urgente, pero no podía interrumpir la visita, no después de llegar tarde. De inmediato, le envié un mensaje de texto.

Isabelle: ¡Estoy haciendo el *tour*, no puedo llamar ahora! ¿Qué ha pasado?

Volví a meter el móvil en mi bolso y me centré en el grupo. Habíamos llegado a mi parte favorita, el hotel The Plaza, que había aparecido en muchas películas a lo largo de los años.

Fue entonces cuando, al detenerse el autobús en un semáforo en rojo, las estudiantes se acercaron a mí.

—Eres tú, ¿verdad?

—¿A qué os referís? —pregunté.

—Estás saliendo con Brayden.

Me quedé completamente desconcertada, sin saber cómo reaccionar. La rubia giró el teléfono hacia mí. En la pantalla, había una foto mía y de Brayden tomada ese mismo día. Era innegable que se trataba de mí. Mi cara era claramente visible. Entonces, supuse que era de eso de lo que Brayden había querido hablarme.

—Sí, soy yo —dije con una sonrisa. ¿Qué otra cosa podía decir?

—¡Dios mío! ¿Puedes conseguirnos su autógrafo? ¿Podemos hacernos una foto con él después del *tour*?

¿Qué?

—No —respondí mirándolas, aún confundida. En ese momento, el resto del grupo desvió su atención hacia mí.

—¿Sales con Brayden Clarke? ¿La estrella del rock? —preguntó una de las turistas francesas.

Asentí, mirando hacia todas partes. Intenté desesperadamente recordar la lista de frases de Sasha para decir a la prensa en caso de que me cogieran por sorpresa. Aquellas habrían sido útiles en esa situación, pero mi mente estaba completamente en blanco.

—Vale, como os estaba diciendo sobre el Plaza. Apareció en...

—¿Podemos pedirle un autógrafo? —preguntó la misma chica francesa.

Joder.

—No, lo siento mucho, estoy aquí para hacer la visita guiada —dije con firmeza—. Eso es todo. Por favor, no me hagáis preguntas personales.

Las universitarias pusieron los ojos en blanco. Me puse de espaldas a ellas y empecé a hablar de *Solo en casa 2*, que filmó escenas allí. Tuve que detenerme cuando los murmullos del grupo aumentaron lo suficiente como para que resultara obvio que no me estaban prestando atención. Giré un poco la cabeza para mirar hacia atrás y vi que se estaban pasando un móvil susurrando el nombre de Brayden. La única que parecía desinteresada por el cotilleo era la pareja de Japón.

No tenía ni idea de cómo reaccionar. Rápidamente, le envié un mensaje a Brayden.

Isabelle: Una de las turistas me ha enseñado la foto. Me han hecho un montón de preguntas. Los he ignorado, pero no está sirviendo de mucho.

Me aclaré la garganta:

—Atención, ¿podemos centrarnos en la visita? Aún tenemos que ver algunos lugares emblemáticos.

La pareja japonesa asintió, al igual que algunos otros. Las estudiantes guardaron el teléfono a regañadientes, y finalmente les conté la escena que se había rodado en aquel lugar.

La siguiente interrupción se produjo unos minutos después.

—¿Cuánto tiempo llevas saliendo con él? —preguntó la estudiante rubia—. ¿Está tan bueno en la vida real?

Pude notar que tanto la pareja japonesa como la italiana estaban cada vez más frustradas. Quería acallar las preguntas personales, pero sin ser grosera.

Relamiendo mi labio inferior, me encogí de hombros:

—No me siento cómoda hablando de mi vida personal. Por favor, ¿podemos limitarnos a hacer preguntas relacionadas con el *tour*?

Las dos horas siguientes fueron muy incómodas, porque cada dos por tres alguien me preguntaba por Brayden. ¿Acaso pensaban que, si seguían insistiendo, cedería?

Sabía que no iba a recibir muchas propinas. Por un lado, estaba decepcionando a los turistas que estaban realmente interesados; por el otro, no estaba complaciendo a los que querían saber de Brayden. A decir verdad, era una situación muy frustrante. Me encantaba aquel trabajo, pero en ese momento quería ponerle fin.

Cuando llegamos al último punto, Washington Square Park, que todo el mundo reconoció por *Glee* y *Cuando Harry encontró a Sally*, estaba realmente agotada.

—Bueno, esto es todo. Gracias por acompañarme hoy. —Intenté parecer profesional y feliz, pero no me sentía así en absoluto.

Las propinas no fueron nada del otro mundo, pero al menos se había acabado. En cuanto bajé del autobús y me alejé del grupo, saqué mi botella de agua y bebí un muy necesario trago. No había bebido casi nada durante la excursión, solo lo suficiente para evitar que se me secaran la boca y la garganta. Además, no me parecía apropiado parar para ir al baño en una excursión de dos horas.

Saqué el teléfono para llamar a Brayden, pero me había quedado sin batería.

Vaya. Aquel no era mi día de suerte.

Solté un suspiro y compré unas patatas fritas rizadas en un puesto que vendía perritos calientes y hamburguesas antes de dirigirme a la estación de metro. Estaban absolutamente deliciosas. Me encantaban todas las opciones de comida para llevar que ofrecía Nueva York. Aunque algunos de los *food trucks* vendían cosas horribles, otros eran auténticas joyas gastronómicas. Tenía tanta hambre que me comí las patatas fritas incluso antes de llegar a la estación de metro. Durante el trayecto hacia mi consulta, no paraba de preguntarme qué pasaría a continuación.

Para mi asombro, al acercarme noté que había un grupo de personas delante del edificio. ¿*Qué estaba pasando?* Un segundo después, me percaté de que la mayoría de ellos llevaban cámaras en la mano.

Tragué saliva con fuerza y paré en el acto. Mi corazón comenzó a latir a toda velocidad. ¿Eran periodistas? ¿Me estaba volviendo paranoica? Mis fotos habían aparecido aquella tarde; ¿Sería posible que hubieran averiguado mi dirección tan rápido?

Se me revolvió el estómago. Claro que era posible. Si buscabas mi nombre en Google, aparecía la página web de mi emprendimiento, y la dirección figuraba en la página de inicio. Me

mordí el interior de la mejilla mientras intentaba que se me ocurriera una idea.

Fue entonces cuando un BMW negro que me resultaba familiar se detuvo en mi calle, junto a mí. Paul estaba al volante y Brayden en el asiento trasero. Mi corazón se aceleró de nuevo. Cuando el coche aminoró la marcha delante de mí y se abrió la puerta trasera, entré de un salto y cerré la puerta tras de mí.

—Cariño, ¿estás bien? —preguntó Brayden. Estaba girado hacia mí, con la mano en el muslo y mirándome fijamente. Paul ya había avanzado a toda velocidad, dejando mi consulta y todo lo que me rodeaba atrás.

Asentí, mordiéndome el labio inferior.

—¿Cómo es posible que estés aquí?

—Me dijiste que irías a tu consulta después del *tour*, ¿recuerdas?

—Ah, es verdad. La batería de mi móvil murió. Por eso no te llamé.

—Me imaginé que era por algo así. Llevamos media hora dando vueltas alrededor de tu manzana. Me sorprende que ninguno de los periodistas se haya dado cuenta.

No me lo podía creer. ¿Llevaba media hora buscándome?

—¿Y ahora qué hacemos? —pregunté—. ¿A dónde vamos?

—Tenemos dos opciones. A un hotel o a tu apartamento. Hay unos cuantos periodistas fuera de mi ático y en la casa de campo.

—Entonces vayamos a mi apartamento.

Mordiéndome el labio, volví la mirada hacia atrás, aunque el edificio ya estaba fuera del alcance de mi vista.

—¿Crees que podré ver pacientes en mi consulta el lunes? —pregunté al cabo de un rato.

—No lo sé —dijo Brayden. Su tono era peligrosamente calmo.

Frunciendo el ceño, observé su lenguaje corporal. Tenía el pelo alborotado, como si hubiera pasado repetidamente los dedos por él. Sus hombros parecían rígidos. Había estado tan alterada por la presencia de la prensa delante del edificio que no me había centrado en él.

—¿Qué pasa? —pregunté.

Sacudió la cabeza, entrelazando sus dedos con los míos. Probablemente no quería hablar delante de Paul.

Los dos permanecemos en silencio hasta que entramos en mi apartamento.

Le miré fijamente.

—¿Brayden?

—Siento todo esto. Nunca quise que pasara algo así.

Me encogí de hombros, mordiéndome el labio.

—Bueno, sabíamos que estábamos corriendo ese riesgo, ¿no?

Me agarró la cabeza con ambas manos y me besó la frente.

—Cuidaré de ti, ¿vale? No quiero que te preocupes por nada.

—No estoy preocupada —dije con sinceridad—. Estoy pensando en la logística. Pediré por Internet lo que necesito para hacer los diarios. Con la entrega urgente, probablemente reciba todo el lunes. Y ahora, ¿cuál es el siguiente paso?

—Creo que deberías evitar ir a tu consulta durante unos días.

Me aparté, mirándole directo a los ojos, decidida a hacerle sonreír.

—¿Eso significa que te quedarás conmigo? No me importaría disfrutar unos días del tratamiento a lo Brayden Clarke.

Por fin, su expresión cambió y las comisuras de sus labios se levantaron.

—Claro, ¡cuenta con ello!

—Genial. —Besé su cuello, luego su mejilla, y finalmente le di un rápido pico.

—Isabelle, ¿cómo consigues que me vuelva tan loco por ti todo el tiempo?

—No lo sé. Es algo natural —dije.

Agarrándome de las caderas, me llevó al interior del apartamento, cubriéndome de besos el cuello y después los hombros.

—Dime lo que quieres y lo haré realidad. —Mordió ligeramente mi hombro.

Solté una risita.

—Tranquilo, Señor Estrella del Rock. Todavía quedan muchos días por delante.

—Tengo un montón de ideas, Isabelle. No te preocupes por eso.

El domingo, mis padres pasaron a desayunar antes de irse, y pude observar cómo sucumbían al encanto de Brayden a cada minuto que pasaba. No podía culparlos, la verdad. El hombre era encantador al doscientos por ciento.

Después de que se marcharan, decidimos quedarnos en mi apartamento. Dado que las fotos se habían tomado frente a su ático, estaba claro que seguiría siendo objeto de vigilancia. Mientras tanto, Sasha nos mantenía al corriente de la situación, enviándonos actualizaciones varias veces al día.

La prensa acabó siendo un incordio durante toda la semana, especialmente después de que el grupo lanzara un nuevo éxito el martes siguiente, lo que, por supuesto, solo sirvió para atraer aún más la atención de todos. Envié un correo electrónico a mi agencia de turismo, comunicándoles que me retiraba de mi trabajo secundario como guía; no quería que se repitiera lo de la vez anterior, aunque no les revelé detalles al respecto.

La transición de estar de un lado a otro de la ciudad a pasar el día entero dentro del apartamento era un poco extraña, pero tenía *muchas* ventajas.

Brayden definitivamente era capaz de hacerme sentir como una princesa. No solo parecía tener todos mis restaurantes favoritos en marcación rápida, sino que además no dejaba de mimarme durante mis descansos. Pasé a realizar la mayoría de mis sesiones de manera *online* y pedí a mis tres nuevos pacientes que tuviéramos la primera entrevista en mi apartamento. No les di ninguna razón en particular, y afortunadamente, no pareció molestarles mi petición, lo cual agradecí.

—Para cuando regresemos de Oregón, se habrán calmado —aseguró Brayden el viernes, antes de irnos al aeropuerto. Solo íbamos a pasar allí el fin de semana, así que no estaba segura de que eso fuera a cambiar mucho las cosas, pero quizás tuviera razón.

Le había pedido al vecino de al lado de mi consulta que vigilara la situación afuera, y me confirmó que había menos periodistas que unos días antes. No tenía ni idea de cómo manejar toda la situación, ni de si las cosas cambiarían cuando Brayden se marchara a su gira mundial. Se me encogió el corazón al pensarlo, pero no dejé que eso eclipsara mi felicidad.

Sabía cómo funcionaban las cosas, así que no era de extrañar que lo nuestro pudiera ser un fracaso, pero no quería pensar en ello en aquel momento.

—¿En qué estás pensando? —preguntó.

Sonreí con timidez, sin querer estropear las buenas vibras que teníamos. Le rodeé el cuello con los brazos, me puse de puntillas y besé su barbilla.

—Te encantaría saberlo, ¿no? —dije en tono desenfadado, aunque en realidad no creía que quisiera.

Capítulo Quince

Brayden

—Vaya, ¡esta casa es preciosa! —exclamó Isabelle cuando bajamos del taxi frente a la casa de mis padres. Tenía el mismo aspecto que cuando yo era pequeño: fachada de madera pintada de blanco y un amplio porche envolvente donde había pasado muchas tardes escribiendo canciones cuando estaba en el instituto. Mi madre solía llevarme bocadillos de vez en cuando y, si estaba tocando o escribiendo algo, ni siquiera se molestaba en avisarme para que entrara a cenar.

Siempre había sido quien más me había apoyado. Me alegré mucho de haber podido coger un vuelo hasta allí para celebrar su cumpleaños. Significaría mucho para ella. También estaba muy agradecido a Isabelle, ya que, de no haber sido por ella, yo no hubiera estado presente.

—Es un buen acto el tuyo, hijo —dijo Harry. Nos había recogido en el aeropuerto. Desde que tenía memoria, había sido taxista. Me alegraba de que no hubiera cambiado, pese a que la plataforma de Uber se había hecho muy fuerte en nuestro pequeño pueblo. En ese momento tendría unos setenta años, pero insistía en que no tenía nada que hacer en casa.

—Que tengas un buen día, Harry.

Sasha había contratado a una empresa de seguridad local para que nos acompañara, por lo que su coche estaba justo detrás del taxi. Podríamos haberles pedido que nos llevaran hasta la casa de mis padres, pero preferí que Harry ganara algo de dinero.

Dejé tanto mi pequeña maleta como la enorme de Isabelle en el porche antes de llamar a la puerta principal.

Mi sonrisa se hizo más amplia cuando oí pasos en el interior.

A continuación, mi madre abrió la puerta.

—¡Dios mío, no me lo puedo creer!

La abracé con fuerza. Apenas notó la presencia de Isabelle a mi lado mientras me besaba la mejilla.

—Y has traído a Isabelle. Jana ha estado pendiente de los tabloides, por supuesto, y nos ha mantenido informados.

Habían publicado algo así como una biografía de Isabelle, y yo había movido todos los hilos posibles para que no averiguaran su dirección personal.

Los ojos de Isabelle se abrieron de par en par.

—Hola, Sra. Clarke. Encantada de conocerla.

—¡Y yo de conocerte ti! Llámame Esther.

Acto seguido, mi madre también abrazó a Isabelle, que le devolvió el abrazo sin vacilar.

—Jana es mi prima —informé a Isabelle.

—Mark —dijo mi madre en voz alta—, ven a la entrada. ¡Rápido!

—¿Has recibido otro envío? —preguntó mi padre desde la parte trasera de la casa.

—No, no. Que vengas. Ya verás.

Mi padre corrió en nuestra dirección y, al vernos a Isabelle y a mí, echó la cabeza hacia atrás en señal de sorpresa.

Le estreché la mano y luego le di uno de esos abrazos varoniles que me había enseñado de niño. Vaya, había echado mucho de menos a mis padres. Mi padre me soltó y luego centró toda su atención en Isabelle.

—Mamá, papá, Isabelle y yo estamos saliendo desde hace un tiempo. Ella fue quien me convenció de coger un vuelo hasta aquí.

Mamá esbozó una amplia sonrisa.

—¿Habéis comido algo ya? Papá estaba a punto de empezar la barbacoa.

Isabelle se rió:

—Hemos comido ya, pero nunca rechazaría una barbacoa.

—¡Perfecto! —exclamó papá—. Volveré fuera y me pondré a ello.

Mamá miró hacia la planta superior, entrecerrando los ojos.

—Dormiréis en la habitación de invitados. He montado un espacio para yoga en tu antiguo cuarto, Brayden. De todas formas, solo tenías aquella pequeña cama. ¿Queréis subir directamente y ponerlos cómodos mientras papá y yo terminamos de preparar la comida?

—Claro. Traeré las maletas. No hace falta que subas, mamá. Sé dónde está el dormitorio de invitados —dijo guiñándole un ojo.

—Bueno, eso espero. Tampoco ha pasado tanto tiempo —dijo mamá, dirigiéndose a la cocina.

Abrí la puerta principal y cogí las maletas.

—Ve tú primero. Es la habitación de la izquierda —dijo a Isabelle.

Prácticamente subió corriendo las escaleras. Estaba muy animada.

Echó un vistazo al lugar con curiosidad, riéndose de las fotos que cubrían las paredes de la escalera, en las cuales mis padres habían plasmado toda mi infancia. Cada imagen contaba una historia, desde cuando aprendí a montar en bicicleta hasta mi graduación en el instituto. La más reciente era de la última vez que había estado en casa. Llevaba el pelo largo, casi por la mandíbula, reflejando mi aspecto de ese momento tras haber estado fuera durante mucho tiempo.

—Vaya, es muy acogedor —comentó Isabelle cuando entró en la habitación de invitados. Apenas había dejado las maletas cuando oí que alguien subía las escaleras.

—Olvidé que no sabes dónde están las toallas —dijo mi madre, casi sin aliento. Al instante, echó un vistazo al interior de la habitación—. Y no hay gel de ducha en el baño, pero te traeré uno del nuestro.

—Gracias, mamá —dije. Cuando ya no estaba al alcance de mi vista, me volví hacia Isabelle—. Nunca la había visto tan nerviosa.

—Bueno... no te esperaba, y aún estaba demasiado sorprendida como para pensar en cómo organizar todo. Está entrando en modo madre. La mía hace lo mismo cuando estoy en casa.

Decidimos no deshacer las maletas y bajar de inmediato. Mis padres nos estaban esperando al pie de la escalera.

—Mamá, papá, os prohíbo que contéis historias raras —dije, suponiendo que no tardarían mucho en hacerlo.

Papá me dio una palmadita en el hombro:

—Hijo, puede que seas famoso y adulto, pero si quiero compartir historias con esta jovencita, lo haré, es mi derecho de padre.

Isabelle sonrió:

—Así es. Estoy con usted en eso, señor Clarke. Es una prerrogativa de hermanos y padres.

—¿Pero tú de qué lado estás? —pregunté.

—¿A ti qué te parece? —respondió Isabelle, moviendo las pestañas—. Además, gracias a mi madre, ya tienes suficiente información privilegiada. Ahora me toca a mí.

Me gustaba ver a Isabelle interactuar con mis padres. Lo hacía con naturalidad y parecía contenta de estar allí. No era algo que me sorprendiera, más que nada después de verla con su familia; a Isabelle le encantaba la gente en general y era un ser humano bondadoso.

Mamá dio una palmada:

—Venga, vamos a terminar de preparar la comida.

Nos condujo por la parte de atrás, hasta la cocina de verano. Mis padres la habían construido cuando yo estaba en el instituto, y prácticamente pasaba allí todos los meses cálidos. Se encontraba bajo un cenador blanco. Los electrodomésticos y la parrilla estaban en una esquina, mientras que la mesa con seis sillas se encontraba en la otra, junto a un banco de trabajo y algunos armarios.

Mi madre dividió inmediatamente las tareas. Papá se encargaría de encender el fuego mientras ella sazónaba la carne. A mí me asignaron la tarea de preparar la ensalada, mientras que Isabelle se encargaría de poner la mesa. Esa siempre había sido una regla de oro en casa: “Nadie puede holgazanear”.

—Bueno, Esther, necesito escuchar historias embarazosas —dijo Isabelle—. Preferiblemente del instituto.

—Vaya, yo no sé tantas. Pero sus primas podrán contarte varias. Son buenas chicas y se pasaban todo el rato juntos cuando eran niños. Estarán aquí para el almuerzo. —Dirigió la mirada hacia mí y añadió—. Tienen muchas ganas de verte.

—¿Cuándo les has dicho que estaba aquí?

—En cuanto llegaste. Todos te hemos echado de menos. Se enfadarían conmigo si no se lo dijera.

—Es verdad —reconocí, volviéndome hacia Isabelle—. Jana y Donna te caerán genial.

—Qué ganas de conocerlas. Ya entiendo por qué hay tanta comida.

Me reí entre dientes.

—No, es que mis padres siempre cocinan al menos el doble de lo necesario.

—Oye, nunca se sabe quién puede venir a comer. No estaría bien no estar preparados —replicó mamá.

—Aquí somos muy hospitalarios —añadió mi padre.

Jana y Donna llegaron unos veinte minutos después. Eran primas mías por parte de mi madre y se parecían mucho a ella: pelo castaño oscuro y unos vivaces ojos azules. Donna era más alta que Jana, lo cual había molestado a Jana desde que éramos niños, ya que era mayor que ella. De pequeños, la gente solía pensar que éramos hermanos, y no siempre les corregíamos.

Donna me abrazó de inmediato, casi estrangulándome de la emoción:

—¡Te hemos echado de menos!

—No puedes haberme echado tanto de menos. Estuviste en Nueva York en marzo.

Echándose hacia atrás, me dio un puñetazo en el antebrazo.

—Oye, al menos podrías disimular un poco y fingir que nos has echado de menos.

—Eso, acabas de llegar, no puedes empezar a tratarnos mal desde ya —añadió Jana.

Levanté las manos en señal de defensa:

—Solo estoy diciendo la verdad. Oye, quiero presentaros a alguien.

Se volvieron hacia Isabelle al mismo tiempo.

—¡Isabelle Gallagher! —exclamó Jana—. Psicóloga, guía turística y *foodie*.

Isabelle inclinó la cabeza hacia atrás mientras estrechaba la mano de ambas.

—Encantada de conocerlos. ¿De dónde habéis sacado toda esa información?

—Bueno, las fotos llevaban tu nombre... y luego *stalkeamos* tus perfiles de LinkedIn y Facebook —dijo Jana con orgullo—. Ah, y de Instagram también.

Donna me estaba fulminando con la mirada:

—Sí, esperábamos que nuestro querido primo llamara y nos hablara de ti, pero como no nos contó nada, tuvimos que encargarnos de hacerlo por nuestra cuenta.

—Nunca vais a aprender a meteros en vuestros propios asuntos, ¿verdad? —bromeé.

Donna puso los ojos en blanco:

—Jamás.

Jana echó un vistazo a su alrededor:

—Vale, seguiremos dándole la lata más tarde. ¿Qué podemos hacer para ayudar? La parrilla huele como si la carne estuviera casi lista.

Mi padre agitó la mano:

—Sentaos todos. Pondré la carne y el queso en platos y los llevaré a la mesa.

Unos minutos después, nuestros platos estaban repletos de comida. Desde el primer bocado de filete, me sentí transportado a los días de mi infancia. Mis padres habían utilizado el mismo condimento de siempre. Había olvidado lo delicioso que sabía.

—Entonces, nuestra tarea para la fiesta de esta noche es recoger una caja de adornos de la tienda. ¿Quieres acompañarnos, Isabelle? Podemos enseñarte el pueblo —dijo Donna.

—Solo si prometéis contarme todas los trapos sucios sobre Brayden. He oído por ahí que vosotras sois las informantes perfectas para ello.

—¡Y que lo digas! —exclamó Jana con orgullo—. ¿Quién te lo ha dicho?

—Y no solo eso, mamá también os ha llamado “niñas buenas”... —añadí, conteniendo la risa a duras penas.

Donna se quedó boquiabierta mirando a mi madre.

—Esther, no recuerdo que nos alabaras cuando éramos niñas. Siempre nos llamabas engendros del demonio.

—Vosotros tres me volvíais loca y, encima, cierta persona no paraba de ayudaros a conseguirlo. —Miró fijamente a papá, que se encogió de hombros.

—Los niños son niños. Y han salido bien.

—Eso es cierto —confirmó mi madre.

Donna me miró moviendo las cejas.

—Tenemos muchas historias sobre él.

—Yo también iré —dije con calma.

—No, no lo harás —intervino mi padre—. La carpa no se montará sola.

—Joder, dime que no es la misma lona vieja de cuando era niño.

—Es una carpa preciosa —dijo mamá.

La tienda Blue Falls tenía dos carpas para fiestas disponibles para alquilar. Ya eran viejas y grises incluso cuando yo era niño.

—Espera... ¿Quién iba a ayudarte si yo no venía? —pregunté.

—Jerry y Hank —contestó papá, refiriéndose a los maridos de mis primas—. Van a echarnos una mano de todos modos.

Capté la mirada de Isabelle y me guiñó un ojo. Encajaba perfectamente con nosotros y no parecía pensar que ayudar fuera algo indigno, ni tampoco le importaba que mis padres llevaran una vida sencilla. Le estaba muy agradecido por convencerme de que asistiera al cumpleaños de mi madre. De alguna manera, era capaz de hacer que me tomara las cosas con más calma y disfrutara más de la vida. Me hacía feliz.

¿Qué narices iba a hacer cuando ya no estuviera a mi lado?

Capítulo Dieciséis

Isabelle

—¡Este pueblo es encantador! —exclamé un rato después mientras Donna, Jana y yo nos dirigíamos a la tienda. Íbamos en la camioneta Chevrolet roja de Donna, conduciendo por Main Street, donde se podía encontrar de todo, desde una peluquería hasta una farmacia o una tienda Goodwill. Como era de esperar, el vehículo de la empresa de seguridad contratada por Sasha nos seguía de cerca. En mi opinión, no era necesario, pero parecía dejar más tranquilo a Brayden.

Los edificios eran todos de madera, pintados de distintos colores. Había pedido sentarme en el asiento del acompañante en cuanto había visto la camioneta. Jana iba sentada en el de atrás.

—Jana y yo estudiamos en Boston, pero volvimos a casa después de licenciarnos —dijo Donna—. Soy programadora, así que puedo trabajar desde cualquier lugar del mundo.

—Y yo soy profesora de química. Siempre me hizo mucha ilusión volver para enseñar en el instituto local. Somos chicas de pueblo de pies a cabeza.

—Os entiendo —dije—. Yo crecí en Montana, en un pueblecito aún más pequeño que Blue Falls. Aunque nunca he pensado en volver. Disfruto yendo a visitar a mis padres, pero nada más. Me gustan las grandes ciudades. Vivía en Filadelfia antes de mudarme a Nueva York.

—Lo sabemos —dijo Jana—. Lo hemos visto todo en tu perfil de LinkedIn.

—Perdona si te resulta raro. Queríamos saber más de ti —dijo Donna.

Donna detuvo la camioneta delante de una casita rosa con tejado negro y un letrero con la inscripción “Blue Falls”. La tienda era muy bonita y pintoresca, pero la entrada principal estaba cerrada y había un cartel colgado en ella: “Cerrado para comer”. Desafortunadamente, no especificaba a qué hora regresarían. Junto a la puerta, había tres cajas enormes con el rótulo “Artículos para fiestas”.

Sonreí. Cosas como esas solo se veían en los pueblos pequeños. Donna, Jana y yo cogimos una caja cada una y las llevamos a la parte trasera de la camioneta. Por suerte, no nos costó mucho transportarlas.

—¿Hay algo más que tengamos que recoger? —pregunté.

Donna negó con la cabeza:

—No, Esther compró la tarta esta mañana, pero podemos comprar algo de helado. Para tener energía mientras colocamos la decoración... —dijo mientras me guiñaba un ojo.

—No diré nunca que no a un helado —declaré.

Charlamos sobre nuestros sabores favoritos, y entonces Jana señaló con el pulgar hacia atrás, por encima de su hombro.

—Iré rápido a la panadería y cogeré unas tarrinas de Ben & Jerry’s. Vosotras esperad aquí.

Donna y yo cerramos la parte trasera de la camioneta y subimos a los asientos delanteros.

—Bueno, volviendo al tema, ¿cuándo os vais a animar a contarme esas traviesas historias sobre Brayden? Creo que el viaje de vuelta será nuestra última oportunidad.

—Tienes razón. Pero esperemos a que venga Jana, estoy segura de que querrá participar.

Cinco minutos después, estábamos de camino a casa. Cada una había abierto una pequeña tarrina de Ben & Jerry’s y ya estábamos disfrutando de ellas con las cucharitas de plástico que Jana había conseguido en la panadería.

—Así que estábamos literalmente aterrorizando a nuestros vecinos. ¿Has visto esos típicos disfraces de Halloween con los que la gente se asusta? A veces nos los poníamos solo para eso

—dijo Donna.

—Al principio no era muy popular en el instituto, pero luego pegó un estirón y, como su habilidad con la guitarra era increíble, de repente todo el mundo empezó a querer salir con él —añadió Jana.

—¿Por casualidad tenéis fotos tuyas de antes de ese estirón? —pregunté.

Donna asintió.

—Pues claro. ¿Por qué?

—Nunca se sabe cuándo una podría necesitar material para extorsionar.

—Bueno, no tengo ninguna en el móvil, pero te conseguiré alguna —aseguró Donna.

—Genial, seguro que me será de utilidad. Más que nada por si en algún momento necesita que le animen. O como recordatorio para que no se tome todo tan a la tremenda —dije.

—Hace un tiempo nos comentó que había algunos periodistas fisgoneando por ahí.

Asentí, suspirando.

—Sí, ha sido un poco raro. Incluso tuve que interrumpir mi actividad de guía turística durante un tiempo. O sea... No es que *tuve* la obligación de hacerlo. De hecho, la agencia quiere que continúe, más que nada porque los turistas comenzaron a pedir ser asignados a mi grupo después de que la prensa publicara mi nombre. Estaba en medio de una visita guiada cuando salieron las primeras fotos, al menos aquellas en las que se me reconocía. Me sentí muy incómoda porque la gente no paraba de mirarme y hacerme preguntas personales.

—Vaya mierda —murmuró Donna—. Debió ser muy incómodo.

—No me puedo creer que él haya venido —añadió Jana.

—¿Por qué no? —pregunté.

—La última vez que vino, la cosa se desmadró. Fue en el apogeo de su fama, cuando habían lanzado uno de sus éxitos —dijo Donna.

Jana se aproximó hasta el borde de su asiento.

—Fuimos a la tienda a pillar algo de comida y nos siguió un grupo enorme de gente. Era una locura. Cuando vieron a Brayden, empezaron literalmente a atropellarse unos a otros para llegar hasta él.

Donna tamborileó con los dedos sobre el volante.

—Creo que se siente culpable por ello, probablemente piensa que nos pone en peligro si viene aquí. —Me miró de reojo, y esbozó una sonrisa—. Así que gracias por convencerle de venir al cumpleaños de Esther.

—Vaya... ¿cómo lo...?

—¿Sabemos? —preguntó Donna—. Es solo una suposición. Está claro que le haces bien. Quién sabe, a lo mejor hasta le convences de que venga a casa por Navidad.

Se me revolvió el estómago:

—No creo que eso vaya a ocurrir. Quiero decir, hemos acordado que solo nos veríamos hasta que empezara su gira mundial. —Era la primera vez que lo decía en voz alta, y sentí un vacío tremendo.

Jana sonrió:

—Por la forma en que te mira, no creo que vaya a dejarte marchar tan fácilmente.

Le devolví la sonrisa, pero no respondí. Me llevé una mano al vientre, intentando hacer desaparecer aquella sensación de vacío.

Cuando volvimos a la casa, encontramos a todo el mundo en una zona del jardín en la que no había reparado cuando llegamos. Brayden, su padre y otros dos chicos estaban colocando unos postes. Una lona gris colgaba entre dos de ellos.

—Me llamo Jerry —dijo uno de los hombres cuando nos acercamos al grupo. El otro se presentó como Hank.

—Chicas, ¿vais a ayudar u os vais a quedar ahí mirándonos? —preguntó Brayden.

—¡Miraremos! —exclamó Donna.

—Me apunto a ese plan —añadí. Ver a Brayden flexionar esos preciosos músculos mientras trabajaban en la tienda solo hizo que aquel día fuera aún más increíble. Y además había helado. Era un día glorioso.

Los chicos nos miraron con mala cara, pero yo me lo estaba pasando en grande.

—¿No os sentís culpables? —dijo Brayden con tono burlón.

—En absoluto. No podemos empezar a decorar antes de que la carpa esté lista. Y no necesitas que te ayudemos con la carpa. Ya sabes lo que dicen, muchas manos en un plato... —Mi voz rezumaba descaro.

Donna y Jana asintieron en señal de aprobación.

Después de terminar de comer nuestro helado mientras veíamos trabajar a los hombres, procedimos a sacar las cajas de la camioneta. La carpa aún no estaba lista, pero si no empezábamos a colocar los adornos, no llegaríamos a tiempo para la fiesta. Esther también se unió a nosotras, pero más que nada para darnos indicaciones.

La decoración constaba de ristras de luces, globos verdes y algunos accesorios para las fotos. También había un fotomatón muy chulo que había que montar desde cero. No estaba segura de poder hacerlo. Llevaba toda la vida confiando con total desfachatez en mis hermanos para ese tipo de cosas. Me habían ayudado a montar mis muebles de IKEA cuando me mudé a mi primer apartamento en Filadelfia, y luego otra vez cuando me trasladé a Nueva York. Las instrucciones me resultaban incomprensibles, pero en aquel caso se trataba básicamente de montar una estructura de cartón. Eché un vistazo a mi alrededor para ver si podía convencer a alguien para que me ayudara, pero estaban todos ocupados.

«*Vamos, Isabelle, tú puedes hacerlo*», pensé.

Diez minutos más tarde, estaba sudando la gota gorda y prácticamente convencida de que lo había montado todo al revés.

—Parece que necesitas ayuda —susurró Brayden a mi derecha, sobresaltándome. Había estado tan concentrada en las instrucciones que no le había oído acercarse.

—Sí, creo que he seguido mal algunos pasos —susurré.

Revisó las instrucciones y examinó los paneles de cartón que yo había encajado. Las comisuras de sus labios se inclinaron hacia arriba.

Le señalé con el dedo.

—Oye, no te burles de mí.

Me besó rápidamente el cuello antes de enderezarse de nuevo y mirarme directo a los ojos.

—¿O qué?

—O... te arrepentirás.

Mi tono no fue muy amenazador, pero en mi defensa debía decir que, cuando me miraba con aquellos preciosos ojos de esa manera, apenas si podía mantener la cordura. Me merecía una medalla solo por eso.

—¿Ah, sí? ¿Y si te cojo en brazos y te llevo lejos de aquí? Así podré demostrarte exactamente lo poco arrepentido que estoy.

—¿Y qué clase de excusa te inventarías para salirte con la tuya?

—Aún no conoces a mi familia. Los Clarke no necesitamos inventar excusas.

Se inclinó unos centímetros hacia delante, y el aroma de su colonia me embriagó.

—¿Es el chico de pueblo que llevas dentro?

—Exacto.

Sonriendo, le guiñé un ojo.

—Me gusta. Y, por supuesto, eres libre de mostrarme ese lado tuyo con *todo lujo* de detalles... en cuanto acabemos con este fotomatón.

Volví a enfocarme en las instrucciones, pero casi pude sentir cómo Brayden se colocaba justo detrás de mí, acercando su boca a mi oreja.

—Eso no te llevará nada de tiempo. Y luego te demostraré todo lo que el chico de pueblo puede hacer contigo.

La piel de mis brazos se erizó. Dios mío, su voz era tan sexy.

Nos pusimos a trabajar en el fotomatón y, bajo su dirección, conseguí no meter más la pata. Tenía razón, era fácil de montar. Sin embargo, cuando lo terminamos, Esther me pidió que colgara los globos por todo el perímetro mientras ella y Brayden se dedicaban a colgar las ristras de luces.

Terminé veinte minutos después y fui a la cocina a por algo de beber. Tenía la garganta seca.

En ese momento, Esther estaba en la cocina y me sirvió un vaso de agua, añadiendo una rodaja de pepino y dos rodajas de naranja.

—¿Es realmente necesaria la carpa? —pregunté después de beberme el agua de un trago—. Hace un tiempo estupendo.

—Ya, lo que pasa es que hemos tenido un par de años en los que pasamos de sol a lluvia en menos de una hora, y nos vimos obligados a trasladar la fiesta al interior. Estaremos más tranquilos si montamos la carpa.

—Tienes razón. No había pensado en eso.

Esther se acercó a mí, me pasó un brazo por los hombros y me sonrió.

—Gracias por traer a mi hijo a casa. He echado de menos tenerlo aquí. Es tan cabezota a veces...

—¿Qué pasa, mamá? —La voz de Brayden retumbó detrás de nosotras—. ¿Tú también estás hablando mal de mí?

Esther me soltó y ambas nos giramos.

—No, tu madre me estaba dando unos consejos geniales —dije, manteniendo la barbilla alta. Brayden me clavó la mirada y sonrió con picardía:

—Mamá, quiero enseñarle la casa a Isabelle antes de la fiesta. ¿Necesitas que haga algo más antes?

—No, no. Chicos, id a divertirlos. Ya no queda nada por hacer.

¿Había llegado el momento en el que el chico de pueblo tendría la oportunidad de demostrar lo que podía hacer? Por la intensa mirada de sus ojos, la respuesta era un rotundo sí.

Esther regresó al jardín, llevando bebidas para todos en una bandeja.

Cuando nos quedamos solos, me cogió de la mano y me llevó hacia la entrada principal.

—¿A dónde vamos? —pregunté.

—Quiero enseñarte el lugar. Aún no has visto la parte del campo. Tenemos unos campos enormes detrás de la casa.

—Vaya. ¿Los que vi por la ventana de arriba?

—Sí.

—Vale, sé que parecerá una tontería, pero no me había percatado de que eran parte de tu propiedad. ¿Iremos acompañados por el equipo de seguridad?

—No, nos quedamos dentro de los límites de la propiedad. Ellos se están encargando de vigilar el perímetro.

Salimos por la puerta principal y luego pasamos por un estrecho camino entre la casa y la valla que se abría hacia un maizal. Se extendía tanto que no podía ver lo que había al otro lado.

—¿Quieres ver dónde escribí mi primera canción? Parte de ella se convirtió en la letra de nuestro primer éxito.

—Claro, enseñámelo todo.

Cogiéndome de la mano, me condujo por el sendero que serpenteaba entre los tallos de maíz. Todo aquello era nuevo para mí. De niña también había pasado la mayor parte del tiempo al aire libre, pero solo teníamos bosques de abetos cerca de casa.

—Antes había dos granjas separadas. Mis padres eran vecinos de niños. Después de casarse, derribaron la valla que separaba las propiedades.

—¿De vecinos a novios? ¡Qué romántico! —dije—. Parecen muy felices.

—Lo son. Siempre han tenido un matrimonio fuerte, lleno de respeto. Son grandes personas y siempre me han apoyado. Nunca les molestó que dedicara tanto tiempo a mi música en vez de colaborar con las tareas de la casa.

Me gustó oír la emoción que había en su voz. Parecía realmente feliz recordando y compartiendo todo aquello conmigo. Era una parte de sí mismo que no revelaba al público, pero que quería que yo conociera. ¡Me hizo sentir muy feliz!

Al continuar caminando, divisamos un granero y nos dirigimos hacia él.

—Este era mi “refugio”. No lo usábamos mucho, así que pasaba mucho tiempo solo aquí.

Nos detuvimos frente a la puerta, la abrió, y nos invadió un intenso olor a heno proveniente del interior. Había varias pilas a nuestro alrededor, pero la mayor parte del granero estaba vacío. Supuse que estaría repleto hacia el final del verano.

—Por cierto... me ha contado un pajarito que tocabas la guitarra. ¿Por qué te pasaste al piano?

—Me la regaló mi tío y enseguida le cogí el gusto. Fue una forma estupenda de explorar la música. Más tarde, en mi primer año en la Universidad de Nueva York, probé un piano. Fue amor a primera vista.

—¿Por qué te pareció tan diferente?

—Porque cuando estoy sentado al piano, el mundo que me rodea desaparece. Es como un ruido de fondo. Incluso en los conciertos. De hecho, especialmente en los conciertos.

—Ya veo, eso explica por qué estás sentado al piano el noventa y nueve por ciento del tiempo durante los conciertos.

Me agarró por los hombros y me hizo girar para que estuviéramos cara a cara.

—Creía que no los habías visto.

Sonreí de manera socarrona.

—No cuando te conocí, pero luego me fui poniendo al corriente. Sobre todo durante la semana que estuviste en Nashville. Hice una maratón de conciertos. Estás guapísimo cuando estás tocando piano. Aunque, he de decir que Lars no se queda atrás con su guitarra.

—No intentes ponerme celoso.

Mi sonrisa se volvió más pícaro.

—No era mi intención... pero veo que estás celoso en serio.

—Al parecer, contigo no puedo evitarlo. —Me miró fijamente—. Gracias por convencerme de venir aquí. Y por acompañarme.

Le rodeé el cuello con los brazos y me puse de puntillas.

—Es un placer. Me gusta mucho tu familia. Son muy amables y divertidos.

—Les caes bien.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque me lo han dicho sin rodeos. Mi padre me ha dejado claro que no debo cagarla. Rara vez habla en serio, así que sé que lo dice muy en serio.

—Ahora tengo aún más razones para que me gusten tus padres. —Le di un pico y me contoneé contra él, decidida a provocarle un poco—. Bueno, señor... estamos en un granero, y usted ha alardeado mucho con eso de ser un chico de pueblo. ¿Qué tal si me lo demuestra?

Capítulo Diecisiete

Brayden

—Te lo demostraré.

La llevé más adentro del granero y tracé una línea de besos desde su sien hasta su mejilla y luego hacia abajo, por su cuello.

Se echó a reír y estuvo a punto de perder el equilibrio, pero la sujeté firmemente por la cintura.

—Oye, ¿puedes enseñarme también lo que hay más allá del granero?

—Más tarde —gruñí.

No esperaba que Isabelle no solo se adaptara tan bien a mi antigua vida, sino que la adoptara con tanta naturalidad, haciendo buenas migas con mis primas y estrechando lazos con mi madre. Había mantenido esa faceta de mi vida tan privada para que la prensa no acosara a mi familia, que no estaba acostumbrado a compartirla con nadie. Quería enseñárselo todo a Isabelle, y no solo porque no quisiera ocultarle nada: era un verdadero placer experimentar las cosas a través de sus reacciones. Era como redescubrir una parte de mí mismo.

Suspiró, metiendo sus manos bajo mi camisa. Su intención era clara, quería arrancármela.

Me aparté y le sonreí. Llevaba todo el día deseando besarla y explorarla, pero había tenido que contenerme. Había reprimido toda esa necesidad y en ese momento estaba al límite.

Me quité la camisa e Isabelle me miró lentamente de arriba abajo.

—Estamos rodeados de heno y tú estás sin camisa. No hay nada más campestre que esto, ¿verdad? —bromeó.

Me eché a reír.

—Es cierto. Te quiero desnuda. Completamente desnuda.

Tragó saliva con dificultad, recorriendo todo el lugar con su mirada.

—¿Aquí?

—Sí, aquí. —Acorté la distancia que nos separaba e, inclinando la cabeza, capturé su boca, dándole un fuerte y profundo beso. Luego la agarré por las caderas y la atraje hacia mí, apretándola contra mi erección. Ella gimió y bajó una de sus manos, desabrochando el botón de mis vaqueros. Acto seguido, metió la mano por dentro de mis vaqueros y bóxers y me tocó la polla.

—Isabelle —dije, impulsado puramente por el instinto. Le subí el vestido hasta quitárselo por encima de la cabeza. Joder, me encantaba verla así, únicamente en lencería, esperando a que le hiciera lo que quisiera.

Y lo que yo quería era hacer que se corriera.

La besé en línea recta desde su hombro hasta su cuello al mismo tiempo que movía los dedos por el borde de sus bragas. Me gustaba provocarla y, de esa manera, ir aumentando lentamente la expectación. Su respiración era frenética, sus manos recorrían desesperadamente mi pecho. Cada vez que quería meterme una mano en los pantalones, la detenía.

—Quiero que te corras tú primero. Luego podrás tocarme todo lo que quieras, Isabelle.

Jadeó, balanceando sus caderas contra las mías. Un leve rubor se extendió por su cuello. Le separé las piernas con la rodilla y pasé mis dedos sobre la tela que cubría su coño. La besé con fuerza, moviendo la lengua y los dedos al mismo ritmo. Cuanto más la tocaba, más impaciente se ponía, y cuando se empapó las bragas, se volvió completamente salvaje. Tomó el control del beso y de su placer, restregándose contra mi mano a su propio ritmo.

Me excitaba tanto que sentía que mis pantalones estaban a punto de estallar. Noté cómo su cuerpo se tensaba y supe que estaba cada vez más cerca del clímax. Metí la mano en sus bragas y toqué su piel. Le temblaron las piernas y extendió una mano hacia atrás, como si buscara algo a lo que agarrarse para estabilizarse. La llevé hacia atrás, hasta el poste de madera más cercano, sujetándola con firmeza por la cintura. Quería que solo se centrara en su placer. Acaricié su clítoris despacio y en círculos, disfrutando de la forma en que su cuerpo se balanceaba de un lado a otro, desde los talones hasta los pies.

Y entonces estalló, gimiendo contra mi boca. Su espalda se arqueó y sus piernas se debilitaron. Me encantaba verla entregarse por completo al placer. No sabía si mirarla o tomar acción para saborearla. Se estremeció entre mis brazos, gimiendo, hasta que su cuerpo volvió a relajarse. Me besó el pecho y luego descendió aún más. Agarré el poste con una mano, observándola. Cuando llegó a mi ombligo, levantó la vista con una sonrisa.

—Tienes un excelente autocontrol. Te mereces un premio.

—Estoy de acuerdo.

Me bajó los pantalones y luego los bóxers y me los quité al instante. Recorrió las líneas de mis oblicuos con los pulgares y luego con la lengua. Mi polla estaba presionada contra su cuello, y ese contacto piel con piel me estaba volviendo loco.

Isabelle me miró y lamió la punta de mi erección antes de rodearla con su boca. Movié su cabeza hacia delante y hacia atrás, haciéndome enloquecer aún más. El placer palpitaba en mi interior, alterando todos mis sentidos. Mis pensamientos eran un torbellino, pero destacaba uno: Isabelle era toda mía.

Levantó la vista hacia mí, y ver la lujuria que había en sus ojos no hizo más que intensificar esa incontenible sensación de placer. Joder, todo era increíble. Estaba al límite, a punto de estallar.

Isabelle se echó hacia atrás y presionó su lengua contra el glande. Cuando una ola de placer atravesó mi cuerpo, me incliné hacia delante. Luego me besó a lo largo de mi torso hasta que estuvimos cara a cara. Dio un paso atrás, se desabrochó el sujetador y se bajó las bragas, contoneando su culo para provocarme. Apenas pude acordarme de llevar protección, pero enseguida cogí la cartera. Estaba tan excitado que desenrollar el condón sobre mi erección casi me hacer perder el control.

Isabelle no dejaba de recorrer mi cuerpo: besó sensualmente mi brazo derecho, se dirigió hacia mi espalda y finalmente pasó al otro brazo. Me giré para que volviéramos a estar frente a frente. Con una mano, le agarré la nuca, inclinándola hacia atrás hasta que tuve todo el acceso que quería para besarla.

Con la otra mano, le agarré una nalga y la apreté contra mi polla. Ambos gemimos, mientras retrocedíamos a trompicones. Utilicé las dos manos para levantarla. Acto seguido, la apoyé contra la pared más cercana y la penetré hasta el fondo. La descarga de placer fue tal que mis piernas temblaron.

—¡Joooooooooder!

Inhalé por la nariz y exhalé por la boca, intentando contener el clímax un poco más. Me había llevado al límite con aquellos labios carnosos, pero quería que volviera a correrse antes de claudicar.

Moví las caderas a un ritmo implacable, besando su cuello, sus hombros y cada parte de ella que estaba a mi alcance. Quería poseer y explorar cada centímetro de su cuerpo. Bajó la mano para tocar su clítoris. Joder. Ya no podía resistirme al orgasmo.

Me moví aún más deprisa, con un desenfreno salvaje, piel con piel , mientras nuestros gemidos llenaban el espacio. Me corrí en cuanto sentí cómo se contraía, oyéndola gritar mi nombre.

Nunca había llegado al clímax con tanta intensidad. Se me nubló la vista y estaba sin aliento. Tanto mis pulmones como mis músculos estaban exhaustos. Bajé a Isabelle hasta ponerla de pie, manteniendo una mano firme alrededor de su cintura. Necesitaba unos minutos para recuperar la compostura. Oírla reír suavemente contra mi pecho me hizo sonreír.

—Estamos hechos un desastre —susurró, levantando la vista. Nos encontrábamos bañados de sudor y completamente agotados—. Señor Clarke, no creí que tuviera el valor de profanar así este lugar.

Pasé el pulgar por su labio inferior antes de deslizar la yema dentro de su boca.

—No tienes ni idea de cuántos lugares más quiero profanar contigo.

Echó la cabeza hacia atrás, señalándome.

—Nada de momentos eróticos en la sala de ensayo de la casa de campo.

Moví las cejas.

—Ya veremos. Tengo algunos ases en la manga.

Entre risas, empezó a vestirse. Yo todavía no me había quitado el condón. Me quedé observándola, deleitándome con la vista.

—¿Vas a volver a casa así? —preguntó una vez que terminó de cambiarse, con una sonrisa socarrona—. Eso sí que dará que hablar.

—Siempre tan descarada.

Se contoneó, pasándose una mano por el pelo.

—Resulta que ahora soy más descarada que de costumbre, cortesía del exquisito orgasmo que me acabas de dar.

—Dos orgasmos.

—Aaah, ¿así que llevas la cuenta? Muy bien.

Acaricié su cuello, trazando el contorno de su mandíbula con el índice.

—Venga, vístete. —Su tono tenía un toque de advertencia con un toque de humor.

—¿Por qué? ¿Temes que lleguemos a tres? —bromeé.

Ella ladeó la cabeza, entrecerrando los ojos.

—No... pero perderemos la cabeza y nos perderemos la fiesta.

Tenía razón. Yo no era de los que perdían la cabeza, pero Isabelle causaba ese efecto en mí.

Me vestí rápidamente y nos pusimos en marcha.

—Me siento como una adolescente colándose de vuelta a casa —susurró unos minutos después, mientras nos acercábamos a la vivienda.

—No tenemos por qué colarnos.

—Humm... es evidente que estamos sudados, y creo que cualquiera puede deducir que no es por hacer *hot yoga* o una carrera. Así que sí, tenemos que hacerlo.

Era un buen punto. Por suerte, todo el mundo estaba en el jardín trasero, de modo que pudimos entrar por la puerta principal sin cruzarnos con nadie.

—Duchémonos juntos. Ahorraremos tiempo —dije.

Se rió.

—Qué manera más creativa de decir que quieres volver a tener sexo.

La atraje hacia mí, pellizcándole el culo.

—Isabelle, no voy a negar que tengo pensado profanar la ducha contigo, pero cuando tenga el tiempo suficiente para disfrutarlo. Ahora llevamos demasiada prisa. Venga, desnúdate.

Volví a pellizcarle el culo, y ella me recompensó con una risita juguetona.

Verla quitarse la ropa me provocó una furiosa erección, pero estaba decidido a comportarme. Solo que la picarona no me lo estaba poniendo fácil. Una vez bajo el agua, se echó gel de ducha en las palmas de las manos, esparciéndolo por todo su cuerpo, solo para provocarme. Me hizo volver loco. La giré y le apliqué gel de ducha en la espalda. Me desvié un poco y volví a enjabonarle los pechos. Jadeó cuando pasé mis dedos alrededor de sus pezones y le apreté la polla contra las nalgas.

Perfecto. Ya estábamos los dos al límite.

Mi necesidad por aquella mujer era insaciable, pero teníamos una fiesta a la que asistir, así que me enjuagué el jabón y no hice más travesuras.

Isabelle hizo pucheros.

—No estás jugando limpio.

—Tú has sido la que me ha tentado, enjabonándote así.

Sus pucheros se transformaron en una sonrisa:

—Lo siento, no he podido evitarlo. Estás tan sexy cuando te excitas.

—Así que hoy no solo estás más descarada que de costumbre, sino también más insaciable. Lo tendré en cuenta.

—Es todo culpa tuya. —Se puso de puntillas, me dio un pico y retrocedió un gran paso.

—Venga, ahora a vestirnos, pero sin interrupciones. —Intentó sonar severa al pronunciar las tres últimas palabras, pero su sonrisa la delató.

Llevaba un vestido rosa vaporoso sin escote, pero tenía la mitad de la espalda al descubierto.

—Eres preciosa —dije.

Se sobresaltó, mirándose en el espejo de la puerta del tocador. Se estaba poniendo los pendientes y no me había visto acercarme.

—Gracias —dijo en voz baja. Sus mejillas se sonrojaron.

—¿Por qué siempre te sonrojas cuando te digo que eres preciosa?

Se encogió de hombros, tanteando su oreja con los dedos.

—Deja que te eche una mano —ofrecí—. No ves nada.

Momentos después, terminé de ponerle los pendientes. Me pareció tan íntimo hacer eso por ella, sentía que era tan real. El día entero había sido increíble.

—Vamos. Unámonos a la fiesta.

Me cogió de la mano y salimos fuera.

Cuando llegamos al jardín, vimos que muchos de los amigos de mis padres ya habían llegado. Mis padres debieron decirles que yo estaba presente, porque nadie se mostró sorprendido de verme, solo se alegraron.

Presenté a Isabelle a todo el mundo. Teníamos cuatro primas más por parte de papá, pero vivían en el pueblo de al lado, así que no estaba tan unido a ellas como a Donna y Jana. A propósito de ellas, ambas me miraban con una expresión que conocía de sobra...

Estaba seguro de que iban a querer saber más sobre mi relación con Isabelle, pero supuse que esperarían hasta el día siguiente.

Me había equivocado. Mi padre había comprado una segunda parrilla especialmente para la ocasión y, cuando me acerqué al artefacto con el único propósito de mantener la comida caliente, ambas me flanquearon.

—Primo querido, queremos saberlo todo sobre Isabelle —dijo Jana.

—Ahora mismo, antes de que vuelvas a Nueva York —añadió Donna.

—Sabéis que existen los teléfonos, ¿no? —bromeé.

—Sí, pero se nos da mucho mejor interrogarte en persona —dijo Jana con una sonrisa. Me dio un leve golpe con el hombro—. Venga, llenemos los platos y alejémonos de aquí, o vamos a oler a humo. Además, la gente podría darse cuenta de que estamos cotilleando.

—Vosotras estáis cotilleando —señalé. A continuación, nos servimos brochetas y verduras y nos apartamos de la parrilla.

Donna entrelazó un brazo con el mío:

—¡Qué va! Tú también estás a punto de hacerlo. Estás falto de práctica, pero vamos a recordarte cómo funcionan las cosas en esta familia.

Eché un vistazo a mi alrededor, buscando a Isabelle. La última vez que la había visto estaba hablando con mi padre. En ese momento estaba con mi madre y mi tía.

—Aaay, ¿sabes qué? No hace falta que digas nada. Mira lo embobado que estás, buscando a Isabelle —dijo Donna.

—Es mi invitada. Quiero asegurarme de que se lo está pasando bien.

—Claro, por eso la miras así. Es obvio que te importa —añadió Jana.

—Sí, y mucho —respondí.

Jana y Donna intercambiaron una mirada cómplice.

—¿Qué estáis tramando? —pregunté.

—Nada... es que... bueno, cuando salimos hoy con ella nos dio la impresión de que tú también le importas mucho a Isabelle. Por si te interesa.

—Claro que me interesa.

Donna sonrió:

—¿Has visto que sí te acuerdas de cómo cotillear? Menos mal...

—¿Qué ha dicho? —pregunté cuando ninguna de las dos dio más información.

—No es solo lo que ha dicho —dijo Jana—. La manera en que lo dijo también es importante. Con ojos soñadores y mucho... ¿corazón? No sé cómo explicarlo.

—Pues no estás siendo de mucha ayuda para nuestro gruñón y reservado primo.

Me detuve en el acto de clavar el tenedor en un pimiento asado:

—No soy ninguna de esas cosas.

—Humm, sí que lo eres —insistió Jana—. Siempre has sido así, pero más aún después de lo que pasó la última vez que estuviste aquí.

Frunciendo el ceño, consideré sus palabras.

—Solo hice lo que tenía que hacer.

Donna sonrió, comprensiva:

—Hace años que no vienes al pueblo, Brayden. Crees que el hecho de mantener a todo el mundo a distancia nos protege de algún modo.

—Pues sí —insistí.

—Las medidas de seguridad que has establecido cumplen muy bien su función —prosiguió—. Lo que sucedió la última vez fue algo que nos pilló por sorpresa, pero te echamos de menos, y creo que hablo en nombre de todos cuando digo que no nos importa tomar precauciones adicionales si eso significa pasar más tiempo contigo.

—Pero nos vemos a menudo, cuando me visitáis en Nueva York —repliqué, recordando el incidente ocurrido muchos años antes, cuando un grupo de fans me siguió hasta la propiedad. Vandalizaron la casa mientras dábamos un paseo a pie. Nunca había visto tan asustados a mis padres.

—Lo cual nos parece bien —dijo Jana—. Ya sabes que nos encanta la ciudad. Pero a Esther y a Mark no les gusta tanto salir de casa. No se sienten cómodos en Nueva York. Y tu madre

disfruta especialmente de tenerte aquí en su casa.

No dije nada. La verdad era que estaba tan desconcertado por aquella conversación que no sabía qué responder.

—Pero Isabelle está definitivamente colada por ti. Me cae bien. No la alejes, o cogeré un vuelo a Nueva York y te las tendrás que ver conmigo. Ya sabes lo dura que puedo llegar a ser.

—Vaya si lo sé... —dije con una sonrisa.

Instintivamente, la busqué con la mirada por el jardín. Estaba en la mesa de bebidas, llenando su vaso de limonada. Echó un vistazo hacia atrás, como si sintiera que la observaba, y le guiñó un ojo. Hizo un gesto de “ven aquí” con el dedo.

—Aaay, mírale, qué tierno —dijo Jana en un susurro fingido.

Las fulminé con la mirada antes de dirigirme a Isabelle. Dejé mi plato vacío en la mesa de las guarniciones para poder rodear su cintura con un brazo y besar su cuello.

—¿Cómo va todo? —pregunté—. ¿Alguien te ha vuelto loco ya?

—Para nada. Me han proporcionado mucha información confidencial. Es increíble.

—Define confidencial.

—¡Ja! Ni de coña.

—Isabelle...

—No uses esa voz sensual —me reprendió en un susurro—. Estamos en público.

—Pero me ayudará a conseguir lo que quiero.

Se dio la vuelta despacio, ladeando la cabeza de manera juguetona.

—Humm... no lo hará. Solo porque te lo tienes muy creído.

Me reí y volví a besarle el cuello.

—Entonces, ¿te lo estás pasando bien?

—Muy. La gente es una pasada.

Justo en ese momento mi madre anunció que íbamos a jugar a la mímica, algo que siempre hacíamos en su cumpleaños. Ya le habíamos entregado los regalos un rato antes. Yo le di una tarjeta regalo especial de un *spa*: tenía incluidos todos los servicios del centro.

—Es una tradición muy poco habitual. ¿Cómo comenzó? —preguntó Isabelle.

Todo el mundo se dirigió hacia el lado izquierdo del jardín, donde tendría lugar el juego. Isabelle y yo éramos los únicos que quedábamos en la mesa.

—¿De verdad quieres saberlo?

Sonrió:

—Sí, claro.

Nunca había conocido a una persona tan interesada en ese tipo de detalles.

—Cuando Jana tenía siete años, no paraba de jugar, ni siquiera cuando mi madre quería traer la tarta. Así que mamá sugirió que jugáramos todos juntos una partida antes de servirla. Todos nos divertimos tanto que volvimos a hacerlo al año siguiente, y con el tiempo se convirtió en una costumbre.

Se rió entre dientes, frotándose las palmas de las manos con entusiasmo.

—Vale, bueno, soy malísima jugando a las charadas. ¿Te unes a mi equipo y así me echas un cable?

Me incliné hacia delante hasta que nuestras narices casi se tocaron.

—Ni hablar, pagarás por ese “te crees demasiado seguro de ti mismo”.

—¿Estás diciendo que esta chica no merece ser rescatada? —Adoptó una pose sensual y contoneó su culo, provocándome.

Un sonido profundo reverberó en mi garganta.

Ella detuvo su movimiento.

—¡Vaya! ¿Eso te ha hecho gruñir? Qué fácil está la noche, Señor Clarke.

Parpadeé, confuso.

—¿Cómo es que un gruñido significa ser fácil?

—Bueno, tengo una escala. Un gemido significa que estás al límite. Un gruñido significa que estás a punto de encontrar una excusa para arrastrarme a un rincón oscuro y lanzarte sobre mí.

Me eché a reír, pero antes de que pudiera replicar, Jana nos llamó a todos a la parte del jardín donde íbamos a jugar.

—Ven aquí, pícara. Estaré en tu equipo y te salvaré el culo —dije, guiñándole un ojo.

Al tomarla de la mano, mientras nos uníamos al resto, noté que estaba esbozando una sonrisa de suficiencia. Las palabras de mis primas aún resonaban en mi mente. ¿De verdad me había alejado tanto? ¿Realmente había construido esa fortaleza a mi alrededor, como todos decían? No fue mi intención. Pero esa mujer tan luchadora por la que estaba perdidamente enamorado había derribado mis defensas por completo. No podía creer la suerte que tenía de tenerla en mi vida.

—Señor Clarke, me encanta esa sonrisa. —Señaló mi boca—. Pero después quiero que me cuente a qué se debe. Ahora necesito que se centre.

No pensaba decírselo hasta que regresáramos a Nueva York, porque había decidido hacer todo lo posible para mantener a Isabelle a mi lado. Solo necesitaba idear un buen plan.

Uno que no pudiera rechazar.

Capítulo Dieciocho

Isabelle

Volvimos a Nueva York el lunes siguiente por la mañana. Luego de haberle insistido mucho, Brayden me dejó en mi consulta. Por si acaso, Sasha inspeccionó el lugar y dijo que ya no parecía haber reporteros instalados allí. Si bien les había dicho a todos mis pacientes que aquel día haríamos las sesiones de manera *online*, quería echar un vistazo a la zona. Por suerte, no había periodistas delante de mi edificio.

—¿Ves? Sasha tenía razón. Ya no soy noticia —dije.

Brayden seguía con el ceño fruncido, escudriñando a su alrededor en todas direcciones.

—Venga, ¿por qué esa cara de pocos amigos? —Le di un pico, agarrándole la mandíbula. Le sostuve la mirada hasta que esbozó una sonrisa. Misión cumplida.

Al salir del coche, me dirigí directo al edificio. En el ascensor, me topé con algunos vecinos y los saludé con mucho entusiasmo. ¿Qué podía hacer si no? Después de un fin de semana como el que acababa de pasar, estaba en las nubes.

Dentro de mi consulta, me serví una taza de café. Mientras le daba un sorbo, recibí un mensaje de Josie.

Josie: Ni una palabra en todo el finde. No aguanto más el suspense. ¿CÓMO HA IDO?

Riéndome, dejé la taza de café y empecé a teclear con las dos manos.

Isabelle: ¿Qué tal si te lo cuento en persona?

Josie: ¡Guay!

Josie: No, espera. Cuéntame algún detalle AHORA.

Isabelle: ¿A qué vienen las mayúsculas?

Josie: Sophie no ha dormido bien esta última semana... así que yo tampoco.

Pobre hermana mía. Planeaba pasarme por su casa esa noche para llevarle su comida favorita. Aunque Hunter la estuviera cuidando, un rato de hermanas siempre venía bien.

Isabelle: Mi primera sesión empieza en cinco minutos. Te mando un mensaje en el próximo descanso.

Josie: Eres cruel :-(

Isabelle: Te quiero.

Me conecté al ordenador para la primera sesión, contenta de poder hacerlo desde la cómoda silla de mi escritorio. La paciente con la que hablaba estaba atravesando un duro divorcio, y se me partía el corazón por ella.

—Lilly, ¿te está ayudando el diario en algo?

—Cuando escribo en él, sí. Pero algunas mañanas se me olvida.

—¿Por qué no lo pones en tu mesilla de noche para que sea lo primero que veas cada mañana?

—Buena idea. Lo haré.

—Intenta llenar todas las secciones. Cuando llegues a la parte que te pregunta qué cosas te alegran, procura no apuntarlas sin más, sino imagínate haciéndolas. Te animará.

—Vale. Espero que no se me olvide.

Vi la expresión de preocupación en su rostro y decidí preguntarle:

—¿Quieres que te envíe un mensaje cada mañana, recordándotelo?

—Vaya, ¿en serio? No me gusta pedírtelo, pero quizás podemos hacerlo unos días hasta que se convierta en hábito. Gracias.

—No hay problema. Ya lo he apuntado.

—Estoy tan contenta de haberte encontrado, Isabelle. Me has ayudado a centrarme en mí misma. Paso la mayor parte del tiempo asegurándome de que esto no afecte tanto a los niños y casi nunca presto atención a mis sentimientos. Lo reprimo todo, y cada vez que veo a mi ex, acabo explotando de rabia.

—Todo lo que sientes es normal, Lilly. No seas tan dura contigo misma. Es doloroso, y lo estás haciendo lo mejor que puedes. Date tiempo. Sé comprensiva contigo misma.

Al final de la sesión, Lilly se mostraba un poco más optimista. Sabía que aún le quedaba un largo camino por recorrer hasta llegar a sentirse más feliz que triste de manera regular. Cada paciente era un mundo. Algunos apenas necesitaban unas cuantas sesiones, mientras que otros seguían en terapia durante años. Tenía tres sesiones *online* a la semana con pacientes que había empezado a ver varios años antes en Filadelfia. Nada me llenaba más de satisfacción que cuando uno de ellos decía que no necesitaba más sesiones. Eso significaba que había hecho bien mi trabajo y que, a esas alturas, eran más felices que cuando me buscaron por primera vez.

Al mirar el reloj, me di cuenta de que Lilly y yo nos habíamos pasado de tiempo y que mi siguiente sesión estaba a punto de empezar. Miré rápidamente por la ventana. No había periodistas afuera, así que envié un mensaje a los pacientes que tenía por la tarde, preguntándoles si preferían acudir a mi consulta para su sesión. Cuatro de los cinco que vería dijeron que querían asistir en persona.

Iba a ser un día largo, de esos en los que me costaría desconectar emocionalmente. Por lo general, hacía visitas guiadas los lunes por la tarde; era mi forma de despejar la cabeza de todo lo que mis pacientes compartían conmigo. Además de divertirme, me encantaba conocer gente nueva. La verdad era que ya los echaba de menos.

Pero, como siempre les decía a mis pacientes, todo dependía de cómo se miraran las cosas. Solo necesitaba encontrar algo más que me diera ese subidón y me cautivara por completo.

Brayden.

En los pocos minutos que tenía entre sesión y sesión, comprobé mi teléfono. El nuevo mensaje de Josie me hizo reír:

Josie: DÍMELO. No aguanto más el suspense.

También tenía uno de Brayden.

Brayden: ¿Cómo va el día? ¿Todavía cansada del vuelo?

Me encantaba que se preocupara por mí.

Al instante, apareció un tercer mensaje, de mi siguiente paciente, avisándome que llegaría unos minutos tarde. Decidí contestar primero a Josie.

Isabelle: Lo que viví en Oregón fue increíble, y Brayden me gusta aún más ahora.

Brayden: Me gusta lo que leo. Cuéntame más.

Fruncí el ceño, preguntándome a qué se refería.

¡Mierda! Sin querer, mandé el último mensaje a Brayden en lugar de a Josie.

Isabelle: Eso era para mi hermana.

Brayden: Yo también quiero que me cuentes más detalles.

Sonriendo, empecé a teclear, mientras ideaba la mejor manera de burlarme de él.

Isabelle: ¿Y crees que voy a darte la información tan fácilmente? No, señor. Tendrás que esforzarte por conseguirla.

Brayden: Y vaya si lo haré...

Mmm... En mi mente, lo leí con su exquisita voz.

Me relamí los labios y sacudí la cabeza. Era hora de trabajar. No podía dejar que los pensamientos sobre aquel hombre sexy me distrajeran.

Contesté a mi hermana contándole sobre el fin de semana, asegurándole de que esa vez se lo estaba enviando a ella.

Brayden: ¿A qué hora terminas hoy con las sesiones?

Isabelle: Probablemente pasadas las nueve.

Brayden: Aunque siempre está la opción de que vengas a mi casa y hacer las últimas desde aquí.

Isabelle: He movido los pacientes de la tarde a mi consulta :-(

Sonreí, imaginándome en su enorme sofá. Me daría masajes en los pies o en el cuello entre sesión y sesión. Seguro que también recibiría unos cuantos besos ardientes de su parte. Mis hombros se relajaron al instante.

Luego de que lo mencionara, me arrepentí un poco de haber movido las sesiones, pero hacerlo también me dio una sensación de normalidad. En cuanto Brayden empezara la gira, mi vida volvería a ser como antes.

Sentí una ligera opresión en el pecho y, por primera vez, admití para mis adentros que no quería que lo nuestro acabara cuando él se fuera. ¿Podríamos hacer que funcionara de algún modo?

¿Acaso él quería que fuera así?

Isabelle: Voy a guardar mi móvil. Está por comenzar mi próxima sesión.

Durante las tres horas siguientes, realicé sesiones consecutivas y solo me tomé un breve descanso para ir al baño. Normalmente nadie me enviaba mensajes de texto en horas de trabajo... pero eso era antes de empezar a salir con Brayden, quien parecía empeñado en distraerme. Sin embargo, sus coquetos mensajes eran un cambio bienvenido respecto a los problemas que iban descargando mis pacientes, así que ni siquiera intenté disuadirle. Más bien todo lo contrario.

Brayden: ¿En algún momento te tomarás un descanso más largo? Quiero llamarte.

Isabelle: ¿Por qué? ¿Quieres llevar tu flirteo al siguiente nivel?

Brayden: Me encanta hablar contigo. Siempre me alegras el día.

Isabelle: Me tomaré un descanso para comer entre las doce y la una. Si quieres puedes llamarme en ese horario.

A las once y cuarto, pedí una ensalada César a través de una aplicación de envío a domicilio. A medida que se acercaban las doce, un sentimiento de emoción empezó a bullir en mi interior, anticipando mi conversación con Brayden. Pero no solo se trataba de emoción; estaba segura de que sentía mariposas en el estómago, ¡y todo porque iba a oír su voz!

Al principio, aquella mañana había pensado almorzar fuera, porque me parecía que el aire estaba un poco menos húmedo, pero prefería estar dentro cuando hablaba con él. Además, lo del buen tiempo solo era producto de mi imaginación. Si bien era primero de septiembre, eso no significaba que la humedad bajara de repente.

El último fin de semana nos había acercado de un modo que jamás habría imaginado, y alrededor de las doce menos diez, me sentía realmente eufórica. Me entregaron la comida cinco minutos antes de la hora prevista para hablar con Brayden y, aunque me moría de hambre, tenía más ganas de hablar con él que de comer. Eso era algo sin precedentes para mí.

A las doce en punto, me llamaron de recepción. ¿Acaso el repartidor se había olvidado de algo? No había pedido nada más, pero a veces los restaurantes incluían algún detalle.

—El señor Clarke está aquí. ¿Te parece bien que suba? Está pidiendo el código de tu puerta.

¡Dios mío!

—Sí, claro.

En ese momento estaba aún más eufórica. Tardó un rato en subir, por lo que supuse que estaría usando las escaleras otra vez.

Abrí la puerta, sonriendo al ver que se había puesto su habitual gorra. Le seguían dos tipos que permanecieron delante de la puerta. Los guardaespaldas siempre cambiaban, lo que me había despistado al principio, pero Brayden me explicó que trabajaban con una empresa de seguridad externa que enviaba a quien estuviera disponible ese día.

Entró solo.

—¡Brayden! ¿Qué haces aquí? —pregunté después de cerrar la puerta, sonriendo tanto que sentía que la piel de mi cara estaba tirante.

Puso una bolsa delante de mí.

—He traído el almuerzo. Y a mí.

—¿Por qué no me has dicho que venías?

—Porque habría arruinado la sorpresa. Quería ver esa expresión en tu cara.

Sacudí ligeramente la cabeza, moderando mi sonrisa a la fuerza, intentando parecer seria. Luego, antes de preguntar, aclaré mi garganta:

—¿Qué mirada?

Brayden se rió entre dientes, apretándome la mandíbula.

—Eres demasiado adorable.

No pude seguir fingiendo, por supuesto. Mis labios volvieron a estirarse en una enorme sonrisa.

—Quería darte una sorpresa de verdad como la última vez, pero se negaron a darme el código.

—¿Cómo es que te lo dieron la última vez?

—Sasha habló con ellos, y se le dan muy bien estas cosas. Pero no le avisé que iba a venir hoy.

—Ya veo, estás siendo espontáneo de nuevo.

Dejó la bolsa sobre el mostrador circular de bienvenida antes de inclinarse hacia delante y fundir su boca con la mía. No fue solo un pico. Me exploró casi hasta el punto de hacer flaquear mis piernas y prácticamente estuve tironeándole de la camisa. Me costó mucho no meter las manos bajo la tela.

Un momento... Había hablado demasiado pronto. Una de mis manos ya estaba bajo su camisa. *¿Cómo había llegado hasta allí?*

Al retirarme, retiré la mano y sonreí con timidez. Brayden me guiñó un ojo.

—Lo siento... no sé cómo ha ocurrido.

—Tus juguetonas manos no me molestan.

Puse los ojos en blanco:

—Claro que no te molestan...

Cogí la bolsa de comida y la llevé a mi escritorio, caminando con un exagerado movimiento de caderas. No tenía ni idea de por qué quería provocarle. No podía evitarlo. Me pregunté cuánto tardaría en perder la compostura. ¿Cuándo terminaríamos de comer? ¿O tan pronto como nos sentáramos?

La respuesta: hasta llegar al escritorio. Presionó su pecho contra mi espalda y me lanzó una lluvia de besos por el cuello antes de hundir su cara en mi pelo. Volví a contonearme, pero él me detuvo rápidamente, agarrándome de las caderas.

—Isabelle, no hagas eso, o en vez de comer, te follaré sobre este escritorio.

—No me importaría.
Gruñó sobre mi pelo.
—No me tientes así.

Sonriendo, saqué los recipientes de comida de la bolsa. Estaba tan contenta de que estuviera allí, que no podía manifestarlo de ninguna manera que no fuera... abalanzándome sobre él. Había querido *verme* y pasar tiempo *conmigo* incluso después de haber estado juntos todo el fin de semana. Por el olor que desprendía, supe que había pedido patatas fritas con queso *cheddar* fundido por encima, y tal vez también con trufa. Otra de las cajas contenía hamburguesas. *Mmm*. Dejaría mi ensalada César para la cena.

—Oye, solo por saber, ¿piensas sorprenderme esta noche también? —pregunté.

—Sí. ¿Cómo lo has adivinado? Me resulta imposible estar lejos de ti, Isabelle.

Quería bailar de lo contenta que estaba, pero no podía porque me tenía atrapada, así que me contoneé un poco. Volvió a detenerme, agarrándome firmemente por las caderas. ¿Pero cómo se suponía que iba a expresar mi alegría? El movimiento era mi forma de expresarme, y aquel terrible hombre me estaba inmovilizando contra el borde del escritorio.

—Isabelle, sé que cuando empezamos a salir dijimos que nos lo tomaríamos con calma y que disfrutaríamos de lo que teníamos hasta que comenzara la gira de conciertos, pero no quiero dejarte marchar. Quiero que exploremos esto, que sigamos viéndonos.

Dios mío. No me esperaba escuchar esas palabras. Tenía la esperanza de que encontráramos una solución, pero hubiera sido una mentira no admitir que me aterrorizaba que nuestra relación se acabara cuando empezara la gira. Mi ritmo cardíaco se intensificó y mis hombros se pusieron rígidos.

—Di algo —susurró. Su voz estaba cargada de incertidumbre. Me giré despacio, mirándole fijamente—. ¿Qué es lo que sientes por mí?

—Que no quiero dejarte marchar en absoluto, pero no estoy segura de lo que pasará cuando empiece la gira.

Sujetó mi rostro con sus manos:

—Lo resolveremos, ¿vale? Estoy seguro. Pero primero tenemos que hacerlo público.

—¿Hacerlo público? —pregunté con lentitud.

—Sí. Si nos dejamos ver y fotografiar juntos a propósito, estaremos en una posición más favorable para influir en la narrativa que la prensa construye, ya que la información provendrá directamente de nosotros. Y cuando dejemos de intentar ocultarnos, perderán interés. No puedo explicarlo del todo, pero he visto cómo funciona.

—¿Crees que aparecerán más a menudo frente a mi consulta? Intento hacerme una idea de cuáles podrían ser las repercusiones.

—Es complicado preverlo. Creo que podrían estar vigilando el lugar durante un tiempo. Necesitarás contar con un equipo de seguridad, y me sentiría mucho más tranquilo si permitieras que Paul te llevara en coche a todos lados.

Asentí:

—Claro, me parece lo más sensato.

De todos modos, ya me había estado llevando a todas partes desde que se habían filtrado las primeras fotos. Sasha insistió en que no volviera a utilizar el transporte público, que optara siempre por Uber, y que le enviara todas las facturas. Sinceramente, no podía siquiera imaginar cuáles serían las repercusiones, pero sabía que tenía que prepararme para lo que viniera y estaba dispuesta a hacerlo. Haría cualquier cosa si eso significaba que podría tener a Brayden en mi vida.

—¿Cuándo crees que deberíamos hacerlo? —pregunté.

—He hablado con Sasha, y cree que la próxima fiesta para promocionar el lanzamiento del nuevo disco es una buena ocasión para que lo hagamos público.

—¿Crees que es el momento adecuado? —pregunté. Había mencionado la fiesta varias veces, pero yo no recordaba nada, salvo que tendría lugar el viernes siguiente.

Asintió:

—La prensa ya está especulando, así que será mejor que lo hagamos cuanto antes. Conociendo su forma de actuar, puede que te dejen en paz una vez sea oficial. Las especulaciones siempre atraen más atención que las declaraciones.

Su voz seguía teniendo un tono que no me gustaba, como si pensara que todo aquello no fuera lo que yo quería. ¿Pero cómo podía pensar eso?

Posé mis manos sobre sus hombros y le besé la comisura de los labios.

—Hagámoslo. ¿Acaso pretende presumir de mí, señor Clarke?

—Eso también. Pero quiero que todos sepan que eres mía.

—Ah, ya veo. Quieres reclamar tu derecho *públicamente*.

Un destello de deseo apareció en sus ojos.

—En público, en privado. De cualquier manera, y en cualquier lugar.

Deslizó sus dedos por mi boca antes de recorrer mi cuello.

—Ya lo pillo. Los dormitorios están muy pasados de moda, ¿verdad? Habiendo tantas salas de ensayo y graneros por explorar...

—Y no te olvides de los escritorios.

—¿Ah, sí? ¿Cuál? —pregunté con un falso tono de confusión.

Golpeó la superficie de madera junto a mi cadera.

—Está cambiándome, señor Clarke —dije en tono burlón—. Toda mi vida he seguido la filosofía de “mejor una buena comida que un tío”, y aquí estoy, derritiéndome por usted.

Me estaba enamorando de una estrella del rock.

Capítulo Diecinueve

Isabelle

Sasha insistió en la importancia de una preparación profesional para el evento, lo que me llevó a reprogramar las citas de mis pacientes. Cuando el equipo de especialistas llegó puntualmente a la una, la habitación que se le asignó a Brayden había sido transformada en todo un salón de belleza: ¡Peluqueros, maquilladoras y hasta una artista de uñas!

A decir verdad, al principio había asumido que simplemente me peinarían y maquillarían, pero no iba a negarme a que me mimaran. A lo largo del día, experimenté lo que parecía ser una transformación digna de esas historias de “patito feo a reina de la belleza” que solo se veían en las películas.

Me sentí un poco nerviosa por lo que me esperaba aquella noche. Aunque había asistido a eventos elegantes como las Galas de Baile organizadas por los Winchester con fines benéficos, sabía que esta ocasión sería diferente. En primer lugar, no había mucha prensa, y lo más significativo era que parecía que nadie se percataba de mi presencia.

—Oye, si Brayden quiere entrar, asegúrate de mantenerlo afuera, ¿vale? —pedí.

Toni, el peluquero, asintió con diligencia.

—Por supuesto. Solo podrá verte cuando estés lista.

Quería que estuviera bien alerta. Además, el efecto sorpresa solo funcionaba si la persona veía el resultado final, no los pasos intermedios.

Durante el proceso de embellecimiento, no dejé de enviarle mensajes a Josie. Mi hermana atravesaba una pequeña depresión debido a las dificultades para conciliar el sueño que Sophie y ella experimentaban en los últimos tiempos, y yo me sentía culpable por no poder dedicarle una tarde de chicas. Sin embargo, envié mensajes a Skye, Laney y Tess, cruzando los dedos para que alguna de ellas pudiera acompañar a Josie.

Estaba orgullosa de Brayden por haber abierto la puerta solo una vez durante mi masaje de noventa minutos, pero me sentía aún más orgullosa del equipo, que flanqueó la puerta para que no pudiera ver nada del interior.

—Esto es ridículo —murmuré.

Apenas conseguí reprimir una carcajada, que solo dejé escapar cuando se retiró y cerraron la puerta.

Una vez que Inna, la artista de uñas, terminó de desplegar su arte conmigo, le tocó el turno a Toni. Yo estaba sentada en la silla que habían llevado, y él no paraba de dar vueltas a mi alrededor, mirándome el pelo y la cara.

—¿Qué te parece un recogido? —preguntó.

—Prefiero dejármelo suelto.

Asintió.

—Vale. ¿Pelo liso con algunas ondas intercaladas para dar mayor fuerza y volumen?

—Sí, me encanta la idea.

—Enmarcará muy bien tu cara. Tienes una estructura ósea fantástica.

Toni me alisó hábilmente el pelo con un cepillo y luego utilizó rizadoros en algunos mechones para conseguir el efecto ondulado. Pulverizó una serie de productos durante cada paso y, al terminar, no podía creer lo brillante que me había quedado el cabello.

—¡Me flipa! —exclamé, mirándolo a través del espejo de la cómoda. Si no tardara dos horas en conseguir aquel resultado perfecto, cada tanto me lo haría yo misma, pero usar la plancha era más rápido.

—¡Es mi turno! —exclamó Diana, la maquilladora. Hasta ese momento, había permanecido en silencio, dedicada a inspeccionar detenidamente mi vestido. Me sentía muy orgullosa de esa prenda, ya que era, sin duda, la joya de mi armario. Pese a que lo había adquirido durante las rebajas en Nordstrom Rack, destacaba por su diseño excepcional. Confeccionado en pura seda negra, presentaba un favorecedor escote en forma de corazón que realzaba mi busto, y un elegante cinturón plateado justo debajo de los pechos. Resaltaba perfectamente mis curvas.

Sasha había elogiado a Diana como la mejor maquilladora con la que había trabajado a lo largo de los años, asegurando que su técnica era de otro planeta. Sobre la cama, un despliegue de sombras de ojos, brillos y siete tarros de cremas, acompañados por dos máscaras y un rizador de pestañas, me generaba cierta ansiedad.

—Diana, quiero seguir pareciendo yo misma —expresé.

—Por supuesto. No te preocupes, no me gustan las técnicas de contorneado que te hacen irreconocible. Eso no es maquillaje, es más bien llevar una máscara.

Sus palabras lograron convencerme así que, me dejé llevar mientras ella hacía su magia. Brayden intentó entrar una vez más, pero Toni lo echó fuera enseguida.

En cuanto cerró la puerta, mi móvil sonó en mi bolsillo. Sonreí, segura de que era de Brayden.

Diana me señaló.

—No sonrías, o estropearás el trabajo.

—Entendido, señora.

Brayden: ¿Qué está pasando ahí dentro?

Isabelle: Ya lo verás.

Brayden: Eso es lo que intento hacer y nadie me deja.

Isabelle: Mejor todavía. Verás el resultado final.

Brayden: ¿Tú les has dicho que no me dejen entrar?

Isabelle: Puede ser.

Podía imaginarme su reacción. Quizás incluso me recompensaría con un pequeño gruñido.

Después de eso, guardé el móvil, porque Diana me estaba fulminando con la mirada.

—Ahora soy toda tuya —prometí.

—Mejor así.

Cuarenta minutos más tarde, estaba lista y lucía absolutamente despampanante. Me hice un millón de *selfies* y se las envié a mi familia.

—¡Sasha tenía razón, eres increíble! —exclamé. El maquillaje de Diana era aún más sutil de lo que solía ser el mío, pero resaltaba mis ojos con la máscara tan expertamente aplicada y los tonos crema y dorado en los párpados. También aplicó tres tipos diferentes de base en mi mandíbula y pómulos, resaltando el contorno de manera excepcional. Quedé encantada con el resultado.

A petición mía, también me ayudaron a ponerme el vestido; no quería arriesgarme a estropear mi peinado o el maquillaje haciéndolo yo misma. Inna se encargó de subir la cremallera y ajustar las tiras de las sandalias plateadas a mis tobillos. Diana me dio pequeñas muestras de las bases de maquillaje que utilizaba, una barra de labios y la máscara de pestañas, indicando que estaban incluidas en el precio. Por suerte, cabían perfectamente en mi *clutch* plateado.

—Bueno, nuestro trabajo aquí ha terminado —dijo Toni—. Buena suerte esta noche. Estás fabulosa.

—Muchas gracias a todos. Estoy encantada con todo.

—Ese es nuestro cometido —dijo Inna—. Ha sido un placer.

A continuación, los acompañé hasta la puerta principal. Brayden estaba sentado en el sofá luciendo un traje gris oscuro y una camisa blanca. Pude notar que sus ojos se abrían de par en par al verme por primera vez.

Se unió a mí, despidiéndose del equipo. Tan pronto como se marcharon, sentí que el aire entre nosotros se volvía más denso. Él guardaba silencio, lo que contribuyó a aumentar la tensión aún más. Me giré despacio, mirándole directo a los ojos. El calor que emanaba de sus ojos era increíblemente encantador.

—Me has tenido esperando fuera todo el día. —Su tono era acusador.

Coloqué el *clutch* en la pequeña silla que había junto a la entrada.

—Así es.

—A propósito.

—Por supuesto.

Gruñó.

—¿Por qué?

—Para desencadenar esa reacción... —Apunté hacia sus ojos—. Una mirada superardiente. Esperaba ese gruñido también.

Me rodeó la cintura con un brazo, atrayéndome hacia él. Apoyé dos dedos en sus labios.

—Nada de besos —dije con pesar.

—¿Por qué no?

—Me vas a estropear el pintalabios.

—Me estás matando.

—Lo siento. —Hice pucheros para recalcar que lo decía en serio.

—Si sigues haciendo pucheros, te besaré de todos modos. —Pasó su pulgar por debajo del labio inferior. Apreté los muslos y exhalé con fuerza. Su boca se curvó, formando una sonrisa socarrona—. O mejor aún, tendremos sexo aquí mismo.

—¿Te perderías tu propia fiesta por mí?

—Haría mucho más que eso por ti.

—¿Por qué?

—Porque prefiero celebrarlo a solas contigo.

Mi sensual y enigmática estrella del rock estaba levantando muros una vez más. Puse las manos a ambos lados de su cuello.

—No va a ser posible. Tu banda te necesita, y tus fans también. —Retrocedí, observándolo con admiración de arriba a abajo—. Nunca te he visto con traje. Deberías llevarlos más a menudo. —Di una vuelta a su alrededor—. Sí, señor. Este pantalón realza ese culazo.

Riéndose, se dio la vuelta con rapidez, pero logré apartarme un poco de él. Logré pillarme por detrás, hundió la cabeza en mi pelo y besó uno de mis hombros. Los botones de su camisa presionaban mi espalda.

—¿Lista? —susurró.

—Creo que sí. Estoy un poco nerviosa.

—No te preocupes, lo disfrutarás. Cada vez que estés nerviosa, piensa en lo mucho que significas para mí. Te quiero, Isabelle.

Inspiré y me volví enseguida hacia él. Mi pulso se aceleró. En ese instante, noté que le había agarrado los hombros con fuerza, y entonces no pude evitar fundir mi boca con la suya. Necesitaba besarle y conectar con él. Gimió, tomó el control, inclinó mi cabeza hacia atrás con

una mano y apoyó la otra sobre mi descubierta espalda. Sentir las yemas de sus dedos contra mi piel me produjo una oleada de calor que me llenó de energía hasta los pies. No podía saciarme de él. La forma en que me besaba era simplemente adictiva. Cuanto más me daba, más deseaba.

Solo cuando hicimos una pausa para respirar me acordé de mi pintalabios. Mirándome la boca, Brayden se echó a reír.

—Oye, no te rías, o no te diré que yo también te quiero.

—¿De verdad no lo harás? —preguntó entre risas.

Me cubrí la boca para que no viera mi expresión.

—Sí, lo diré. Te quiero. Ahora deja de reírte.

No lo hizo, por supuesto.

Cogí el *clutch* y me dirigí hacia el baño de la habitación de invitados donde había estado antes con el equipo. Suspiré aliviada cuando me miré en el espejo. No parecía Ronald McDonald. La había liado, pero no era tan grave. Diana me había asegurado que era muy resistente, aunque en realidad no le había tomado en serio.

Estaba bastante segura de que, al eliminar las manchas que Brayden me dejó, también se había llevado consigo tres capas de base de maquillaje. Lo que no lograba discernir era si tenía la piel alrededor de la boca enrojecida por tanto frotar o porque aún quedaba un vestigio de pintalabios. Me reapliqué con cuidado la base de maquillaje alrededor de la boca y luego me pinté los labios. No quedó tan perfecto como cuando los pintó Diana, pero bastaría. No tenía desmaquillante. Lo había metido en el neceser que Peter había llevado junto con mis otras cosas al Waldorf Astoria. Íbamos a pasar la noche allí porque la banda anticipaba que los periodistas los esperarían frente a sus apartamentos después del evento, así que era una manera de evitar la locura.

Brayden me dedicó una enorme sonrisa cuando me uní a él, fijando su mirada en mi boca.

—Y decías que no podías besarme...

—Me has hecho perder la cabeza —admití.

—Lo sé.

—Oye, es lo que sucede cuando un hombre le declara su amor a una chica. No me juzgues.

—No te estoy juzgando. Creo que eres adorable.

Le señalé con un dedo tembloroso.

—No me hagas perder la cabeza otra vez.

—Estoy muy tentado de hacerlo.

—No, no. Nada de eso. Vámonos. —Intenté mantener mi determinación, pero mientras salíamos por la puerta del ático y nos acercábamos al ascensor, no pude evitar pensar en lo afortunada que era. Pero, ¿sería duradero lo nuestro? El mundo de Brayden era tan diferente del mío, y no estaba segura de si realmente me sentiría cómoda en él... o de si encajaría.

Capítulo Veinte

Isabelle

Veinte minutos después, Paul nos dejó en el recinto del Upper East Side, y mis nervios ya estaban totalmente fuera de control. Una alfombra roja se extendía desde el punto donde se detuvieron los coches hasta la entrada, rodeada por una gran multitud a ambos lados. A simple vista, distinguí periodistas a un lado, equipados con esas enormes y llamativas cámaras, mientras que al otro lado se encontraban los fans, sosteniendo ansiosamente sus teléfonos móviles.

Había llegado la hora de la verdad.

Como si percibiera mi aprensión, Brayden me apretó el brazo.

—Te quiero, preciosa. ¿Estás lista?

Mis hombros se relajaron un poco ante sus palabras. Asentí.

Brayden empujó la puerta para abrirla mientras la multitud gritaba su nombre. ¡*Dios mío!*

Salió primero, me cogió de la mano y me ayudó a salir también. La gente enloqueció. No entendía lo que decían, solo estaba concentrada en poner un pie delante del otro. Brayden me apretó la mano, sonriendo ampliamente, lo que a su vez me hizo sonreír a mí. De repente, con una sensación de timidez, me incliné hacia él. Decenas de flashes se dispararon a la vez.

Había guardias de seguridad apostados cada pocos metros a lo largo de la alfombra roja y un puñado más, sumados a la policía neoyorquina, alrededor de la entrada. Uno de ellos nos abrió la puerta.

Una vez dentro, mis oídos necesitaron unos segundos para procesar el cambio de volumen. La banda ya había llegado y estaba posando para los selectos periodistas que tenían acceso VIP.

La zona de la entrada era elegante, con enormes jarrones de flores en las esquinas. Me pregunté si serían hortensias. Las puertas dobles que daban a la sala principal, donde se celebraría la fiesta, estaban cerradas. La banda se encontraba en una pequeña isla elevada con un fondo blanco. Sasha estaba al pie de la misma, detrás de los fotógrafos. Llevaba el pelo recogido en una trenza, que contrastaba perfectamente con su glamuroso vestido dorado y sus tacones negros de tiras. Junto a ella estaba Cami, la mujer de Thomas. Brayden me había sugerido que podía hablar con ella sobre cómo gestionar todas las nuevas experiencias, pero aún no habíamos tenido esa conversación.

Ella también lucía fabulosa, llevaba un vestido verde oscuro que rozaba el suelo. Su pelo negro estaba sujeto a un lado por un accesorio para el pelo en forma de almeja adornado con una enorme orquídea blanca.

Sasha se apresuró hacia nosotros.

—GQ está haciendo fotos ahora mismo. Todo el mundo ha estado preguntando por ti, Brayden. Primero, hazte fotos con la banda, luego algunas exclusivamente con Isabelle.

Brayden asintió, apretándome la mano antes de unirse a los chicos.

—¿Estás nerviosa? —preguntó Sasha cuando Cami también se integró a nosotras.

—Sí, muy.

Sasha me dedicó una sonrisa comprensiva.

—No es fácil, pero te prometo que la atención de la prensa acabará desapareciendo. Cami puede dar fe de ello.

Cami asintió:

—Es verdad. Cuando empecé a salir con Thomas, no me dejaban en paz. Era muy molesto y difícil. Pero al cabo de un tiempo dejaron de prestarme atención. Esta noche nos han hecho unas cuantas fotos, pero ya no somos noticia. Vosotros sí.

—La discográfica se lo ha currado con esta fiesta, ¿eh? —dije.

Sasha sonrió:

—Sí, las ventas han alcanzado la cifra que esperaban. Es difícil determinar si se debe a que los chicos están interactuando más con los fans, pero en cualquier caso, los ejecutivos de la discográfica están satisfechos.

Me reí con nerviosismo y eché un vistazo a mi alrededor. En el vestíbulo, varios periodistas con cámaras se encontraban presentes. Aunque llevaban etiquetas con sus nombres, estaban demasiado distantes para que pudiera leerlas.

Cuando los fotógrafos terminaron de hacer fotos con la banda, Brayden se acercó a mí. Sasha y Cami me desearon buena suerte antes de entrar en la sala principal. Brayden me rodeó la cintura con un brazo y me susurró al oído:

—Muéstrales un poco de tu descaro, cariño.

Me reí y sentí que mis hombros volvían a relajarse. Los minutos siguientes transcurrieron de forma tan vertiginosa como confusa mientras los periodistas lanzaban una pregunta tras otra a Brayden.

“¿Cuánto tiempo lleváis saliendo?”.

“¿Es cierto que ha conocido a tus padres?”.

“¿Tendremos que cubrir pronto vuestra boda?”.

Mi mente no paraba de dar vueltas, pero Brayden se mostró muy hábil y relajado. Me di cuenta de que solo respondía a las preguntas que le interesaban. A veces, los periodistas repetían las preguntas que él ignoraba, y él simplemente las pasaba por alto de nuevo.

—Vale, chicos, eso es todo. No habrá más comentarios de nuestra parte esta noche —dijo Brayden después de lo que parecieron horas. Aunque probablemente solo habían sido unos minutos.

Me condujo hacia la sala de fiestas, y a nuestras espaldas, aumentaba el bullicio con la llegada de más invitados.

El lugar no era lo que yo imaginaba. Por alguna razón, pensé que habría mesas y sillas, similares a las de una boda o gala. En su lugar, había sillones y sofás de cuero marrón distribuidos por la sala, con pequeñas mesas redondas a un lado o frente a ellos. Había cubos con botellas de Dom Perignon en casi todas las mesas, así como copas. Debido a la escasa iluminación, el espacio estaba bastante oscuro. El techo albergaba numerosos focos que proyectaban un tímido pero romántico resplandor sobre la sala. Parecían estrellas.

—Los periodistas no van a entrar aquí —dijo.

—¿Y eso?

—La gente se relaja más sabiendo que la fiesta es privada. En las primeras presentaciones, teníamos fotógrafos y periodistas presentes, lo cual no aportaba ningún beneficio significativo en cuanto a la cobertura que recibíamos. Además, irritaba a todo el mundo. Bueno, dime, ¿cómo te sientes?

—Como viviendo un cuento surrealista —admití.

Acercó su boca a mi oído:

—¿Y si lo convierto en algo real?

—¿Y cómo lo harías? Por tu voz, supongo que algo travieso.

—Muy travieso. —Me acarició la espalda de manera sensual.

—¡Brayden! —le advertí.

—¿Qué? Solo quiero complacerte. ¿Ves ese rincón? Detrás hay pasillos oscuros. Imagina todo lo que te haría allí... Te encantaría, y rogarías por más.

Al instante, un intenso calor se apoderó de mis mejillas. De hecho, sentí que toda mi cara estaba ardiendo. Pero me encantaban sus comentarios coquetos, tenían el inesperado efecto de aplacar mis nervios, y sospechaba que él ya se había dado cuenta, razón por la cual estaba aún más descarado que de costumbre.

Le di un ligero codazo, aún sonrojada:

—¡Oye! ¿Recuerdas el incidente del pintalabios? No me hagas perder la cabeza.

—Eso es exactamente lo que quiero. Eres maravillosa cuando te olvidas de todo excepto de mí.

Relamí mis labios, negando con la cabeza. Me guiñó un ojo, pero no dijo nada más, solo me condujo más hacia el interior de la sala.

Cuando llegaron los primeros invitados, Brayden se encargó de presentármelos. Hice el ridículo, quedándome completamente muda delante de algunas de mis estrellas favoritas. Pero luego empezaron a llegar todos en grupos más grandes, lo que hizo imposible poder saludarlos uno a uno.

Minutos después, Brayden me llevó a uno de los sofás y sirvió Dom Perignon para los dos. Brindamos antes de dar un sorbo.

—A ver si lo entiendo. La primera vez que te conocí me diste el coñazo, ¿pero hoy no dices ni pío cuando te presento a Hemsworth?

Sonreí.

—No te lo tomes como algo personal. A ti no te conocía. Y creía que ya habíamos coincidido en que no te estaba dando el coñazo.

—No, eso lo has dicho tú. Aún no estoy convencido de que sea verdad.

—No le daría el coñazo a alguien con quien quiero trabajar.

—Por supuesto que lo harías. Así es como le gusta hacer las cosas a usted, señorita Gallagher. Siempre con descaro. Excepto cuando se trata de Hemsworth.

Bueno, en eso tenía razón. Acababa de descubrir qué se requería para dejarme muda.

Batí mis pestañas, me acerqué hacia él y le susurré:

—Luego te compensaré. Te prometo que seré muy traviesa.

Soltó un leve gruñido, lo que me alegró la noche.

No estuvimos toda la noche juntos. Él se mezcló con sus amigos, mientras que yo me acerqué a los miembros de la banda y charlé con ellos, así como con Sasha y Cami.

—No te quita los ojos de encima —dijo Cami con aire compinche mientras permanecíamos de pie en una esquina de la sala, bebiendo más champán con la banda—. Le he estado observando. Ahora mismo te está mirando.

Giré un poco la cabeza y miré en dirección a Brayden. Tenía razón. Estaba conversando con alguien, pero su mirada estaba fija en mí. Me sonrojé y bajé la vista hacia mi copa. No tenía ni idea de cómo podía hacerme sentir que estábamos solos en aquella abarrotada sala con una simple mirada, pero lo consiguió.

Lars pasó su brazo por encima de mis hombros.

—Coincido. Siempre está hablando de ti o pensando en ti. Incluso mientras ensaya.

—¿Cómo sabes que piensa en mí? —pregunté.

—Tiene una especie de expresión vacía, como si estuviera perdido en sus pensamientos. —Lars imitó con humor la mirada que estaba describiendo.

Harvey asintió:

—Da miedo.

Thomas puso los ojos en blanco.

—Es normal. Lo bueno es que está aún más creativo que de costumbre. Lo que significa que ahora nos está tocando los huevos más que nunca, pero es por una buena causa. Normalmente, mientras nos preparamos para una gira, no tocamos ninguna canción nueva. Pero desde hace un tiempo está teniendo arrebatos creativos casi a diario, sobre todo después de que paséis la noche juntos, así que puedo suponer que existe una relación entre el buen sexo y la explosión de creatividad.

Me atraganté con el champán. No podía creer que lo hubiera dicho en voz alta.

—Lars —dijo Sasha con tono de advertencia.

—¿Qué? Solo hago bromas sexuales con la gente de nuestro círculo íntimo.

—Eso es verdad —añadió Harvey.

Me recuperé rápido y dije en tono juguetón:

—Vosotros sí que sabéis cómo hacer que una chica se sienta especial. —Levanté mi copa hacia ellos—. Hemos conseguido muchas cosas juntos. La primera vez que nos vimos, pensé que ibais a echarme.

Brindamos y, después, nos dispersamos. Se mezclaron entre la multitud y decidí comprobar cómo estaba Josie. Dirigiéndome hacia uno de los pasillos que, según Sasha, llevaba a una apacible habitación trasera, observé detenidamente a los recién llegados.

Para mi intenso disgusto, Lilian también estaba invitada aquella noche. Fue una de las últimas en llegar y se limitó a sonreírme sin siquiera saludarme. No importaba, no tenía intenciones de entablar una conversación con ella en absoluto. No la veía desde el cumpleaños de Lars, y no me interesaba lo más mínimo lo que pudiera tener que decir.

Sin embargo, era irritantemente atractiva. Llevaba el pelo rubio peinado hacia atrás con gomina, pero le daba un aspecto sofisticado, no vulgar. Vestía un traje rojo. La chaqueta tenía una profunda línea en V, y era evidente que no llevaba sujetador.

Salí a uno de los pasillos y marqué el número de Josie. Aquel día había estado muy estresada, y me sentía culpable por no haber podido pasarme y animarle un poco la tarde. Me llevé el teléfono a la oreja, esperando que esa vez contestara.

Contestó al cabo de unos timbres.

—Hermana, por aquí va todo bien. Céntrate en tu elegante fiesta —dijo.

—Hola a ti también. ¿Seguro que estás bien? Hoy parecías muy estresada.

—Lo sé, pero Tess y Skye me trajeron la cena y algunas ideas, y ahora ya estoy más tranquila. Gracias por el consejo.

—¡Qué guay! —Fue un alivio escucharla, a pesar de que todavía tenía un pequeño sentimiento de culpa. Al mismo tiempo, me sentía un poco celosa de que estuvieran celebrando una noche de chicas sin mí—. Dales un abrazo de mi parte.

—Lo haré. Ahora sigue con lo tuyo. No hace falta que me cuides.

Iba a hacerlo de todos modos. Pensaba planear otro desayuno de hermanos, u otra noche de chicas... o tal vez ambas cosas.

Después de colgar, volví a dirigirme al pasillo, donde me encontré con Lilian. *¿Me estaría esperando?*

—Ah, tú —dijo ella.

Sonreí, no veía ninguna razón para no ser cordial.

—Hola, Lilian.

—Bonito vestido.

—Vaya, gracias. —No me había esperado el cumplido.

—No es un vestido de diseño, ¿verdad? Tiene esa pinta, pero es *bonito*.

Vale, no había sido un cumplido.

—No es de diseñador, si a eso te refieres. Pero no importa, ¿verdad? Lo importante es cómo me queda.

Volvió a sonreír.

—Se nota que no es de diseñador, pero, como he dicho, es bonito. —Pasando sus manos por el traje, añadió—: Este es un Dior.

—Es precioso. —Sinceramente, no tenía tanta energía como para malgastarla con ella.

—Me sorprende que Brayden no haya querido pagar por algo más caro. Desde mi punto de vista, es una *red flag*.

Menuda esnob. Estuve a punto de reírme, pero mantuve la compostura.

—De hecho, Lilian, lo he comprado yo. Y me encanta.

Se le borró la sonrisa, pero se recuperó rápidamente.

—Bueno... tendrás que hacerlo mejor. Ahora estás compitiendo a otro nivel. Si no sigues las reglas, perderás.

Hice un movimiento circular con mis hombros y adopté una postura más erguida. ¿Qué quería decir con eso? ¿Creía que podía intimidarme? Pensé que ya le había quedado claro antes.

—Creo que lo estoy haciendo bastante bien. Al menos no tengo esa imperiosa necesidad de andar menospreciando a los demás para sentirme mejor.

Entrecerró los ojos:

—Llevo más tiempo que tú en esto. Sé esperar el momento oportuno.

—He oído que llevas años esperando que te dé la hora. En tu lugar, aceptaría la indirecta.

Acto seguido, pasé junto a ella y seguí mi camino, disfrutando de la ira que reflejaban sus ojos. Mientras recorría el perímetro en busca de caras conocidas, volví a meter el móvil en mi bolso. Brayden estaba hablando con Sasha en un rincón. Me saludó con la mano y luego movió el índice haciendo un gesto de “ven aquí”.

—¿Estás lista para irnos? Porque yo sí —susurró una vez estuve a su lado.

—¡Brayden! No podemos abandonar la fiesta cuando solo han pasado dos horas.

—¿Solo han pasado dos? Parecen un millón.

—No te gustan mucho las fiestas, ¿no? —El resto de los chicos se lo estaban tomando con mucha tranquilidad. Lars se había bebido media botella de champán y se estaba partiendo de risa con dos amigos. Thomas y Cami bailaban muy juntos entre dos sofás.

—¿Josie se encuentra bien? Pareces nerviosa.

Sin darme cuenta, estaba enredando un mechón de pelo entre mis dedos.

—Josie se encuentra genial. Está en su casa con Tess y Skye.

—¿Entonces por qué estás tan alterada?

Me mordí el labio inferior, sin querer hablar de ello, estaba muy molesta. Si Lilian iba a convertirse en un problema, Brayden debía saberlo, pero quería abordarlo más tarde.

—Isabelle. Dímelo. —Su tono era fuerte y dominante.

—Más tarde, ¿vale? Disfrutemos de la fiesta.

Me miró fijamente. Estaba decidido a no ceder.

—Isabelle, si algo te molesta, dímelo. Si *alguien* te molesta, también quiero saberlo. Eres mi chica, ¿lo entiendes? Estamos juntos en esto.

Le di pico y le acaricié la mejilla con el dorso de los dedos. Yo era dura de pelar, pero seguía enfadada. La gente como Lilian era insegura, y la única forma de sentirse mejor era

menospreciando a los demás.

Me agarró de la muñeca, clavándome la mirada. Sacudí la cabeza. Simplemente quería serenarme un poco. Decidí que se lo diría en otro momento; no iba a dejar que nos estropeará la noche.

Capítulo Veintiuno

Brayden

Estaba cabreado, pero también preocupado. ¿Por qué no decía nada? Quería saber qué pasaba por su cabeza, por qué estaba tan nerviosa. Pero se estaba cerrando en banda ante mí, y supe por instinto que, si la presionaba más, me dejaría fuera del todo.

Aquello era tan inusual en Isabelle que estaba completamente desconcertado. Siempre decía lo que pensaba. Tenía que encontrar la forma de llegar a ella, pero para eso debíamos estar a solas. En ese preciso instante, los chicos estaban acercándose hacia nosotros.

—¡Banda, vamos a hacer las fotos exclusivas antes de que esté demasiado borracho! —exclamó Lars. Siempre compartíamos las fotos de la fiesta en nuestras redes sociales al día siguiente.

—Definitivamente no parezco yo después de beber mucho, y la gente siempre quiere más del hombre vivo más sexy del mundo —añadió.

Isabelle me dedicó una pequeña sonrisa. Aunque intentaba actuar como si nada la preocupara, parecía vulnerable. *Joder. ¿Qué estaba pasando?*

—Lars, nunca has sido *el* más sexy —dijo Harvey.

Thomas asintió.

—Sí. ¿Has consultado últimamente la lista de los cien hombres más sexys del mundo? Harvey, Brayden y yo estamos delante de ti.

—¡Puras tonterías! —exclamó Lars. Sacó su teléfono y se hizo *selfies* mientras todos nos agrupábamos detrás de él frente a un sofá. Harvey estaba sosteniendo una botella de champán y Thomas tenía los dedos en V detrás de la cabeza de Harvey.

Mantuve a Isabelle firmemente junto a mí.

—Quédate. Te quiero aquí —susurré en su oído.

Sasha y Cami también aparecieron en las fotos. Normalmente esperaba con ganas esas ocasiones, porque las instantáneas permitían a los fans echar un vistazo a la fiesta y a nuestras vidas. Pero en ese momento, lo único que deseaba era llevarme a Isabelle a algún lugar privado. Estaba decidido a hacerlo en cuanto termináramos con las fotos, pero no tuve la oportunidad porque ella y Cami fueron al baño.

—¿Me parece a mí, o tu chica te está evitando? —preguntó Harvey.

¿Cómo coño lo había notado?

—Yo tengo la misma impresión —dijo Thomas—. Tío, sea lo que sea, no dejes que vaya a más.

—Dejad de vacilar al pobre hombre —intervino Sasha—. A lo mejor Isabelle se ha cansado de vosotros. ¿Habéis pensado en eso?

Lars echó los hombros hacia atrás, sacando pecho.

—Imposible.

Sasha se rió y pasó una mano por su pelo.

—No estoy de humor para esto —dije, alejándome de ellos. Fui a la barra y pedí un vaso de agua; solo habían puesto champán en toda la sala. El camarero me sirvió enseguida un vaso enorme y me lo bebí de un trago, pues necesitaba hidratarme.

Segundos después, Lilian se acercó a mí:

—Tu noviecita parece un poco alterada. ¿Acaso la he espantado?

La miré fijamente.

—¿De qué estás hablando?

—¡Venga ya, hombre! Seguro que ha venido corriendo a ti quejándose de nuestro encuentro.

—¿Qué le has dicho exactamente? —pregunté, luchando por mantener la calma.

—La verdad. Que ella no forma parte de este mundo. Que no sabe cómo manejarlo todo y que acabarás aburriéndote de ella. Necesitas a alguien que pueda ocuparse de cualquier cosa. De una mujer que sea mucho más guapa y sepa lo que le gusta a la cámara. Como yo. Ni siquiera sabe vestirse para un evento como este. ¿A quién se le ocurre venir con un vestido modesto a una fiesta llena de estrellas? Los periodistas me preguntaron por mi atuendo nada más llegar. — Estaba esbozando una sonrisa burlona. Lilian siempre me había parecido arrogante y demasiado creída. Nunca le había prestado mucha atención, porque no tenía ningún tipo de interés por ella a nivel personal, y Sasha siempre insistía en que era buena en su trabajo.

La miré directo a los ojos, decidido a mantener la voz baja, pero fuerte y clara:

—Estás despedida.

Ella parpadeó con rapidez.

—¿Qué? No puedes hacer eso. La gira está a punto de empezar.

—Nos las apañaremos sin ti.

—Tú no...

—Con efecto inmediato. Abandona las instalaciones ahora mismo. Si no te vas voluntariamente, pediré a seguridad que te escolte. No querrás que las cámaras del exterior lo capten, ¿verdad?

Su mirada era gélida.

—Te vas a arrepentir de esto.

Levanté la mano para pedirle a Sasha que viniera. Todavía estaba hablando con los chicos, pero se acercó a nosotros enseguida.

—Sasha, he despedido a Lilian, con efecto inmediato.

Los ojos de Sasha se abrieron de par en par, pero no me contradijo. Sabía muy bien cómo funcionaban las cosas.

—Por favor, asegúrate de que abandone las instalaciones ahora mismo.

Tras decir eso, me alejé de la zona del bar, explorando el lugar con la mirada en busca de Isabelle. Al recordar que había ido al baño, me dirigí hacia allí. La esperé fuera del pasillo que conducía a la parte trasera, donde estaban los servicios. Nadie me detuvo para charlar por el camino, lo cual fue un milagro. Aunque, por otra parte, la mayoría de los invitados ya estaban de fiesta.

Pasaron cinco minutos, luego diez. *¿Por qué coño estaban tardando tanto?*

Cuando Cami e Isabelle por fin salieron, me miraron sorprendidas.

—Alguien te ha echado de menos —dijo Cami—. Ya me contarás luego lo de la segunda técnica de meditación. ¡Ah! Y quiero comprar uno de esos diarios que haces.

—No, no. Tú eres mi amiga. Los amigos no pagan. Te haré uno.

Cami sonrió:

—Gracias. —Acariciándome el hombro, añadió—: Me encanta. Bueno, os dejo solos. No quiero ser una sujetavelas.

Cuando Cami se fue, Isabelle y yo nos alejamos unos metros para no estorbar a la gente.

—¿De qué iba eso? —pregunté.

—Cami me ha dicho que están intentando buscar un bebé y que la cosa no va tan bien como esperaban.

—Lo sé. Thomas lo mencionó varias veces.

—Está atravesando un cuadro de ansiedad, y le he enseñado una técnica de meditación simple. Voy a hacerle un diario. Aunque necesitaré hablar con ella con más detalle acerca de todo.

No podía creer que estuviera pensando en la mejor manera de ayudar a Cami después de haber sido atacada por Lilian un rato antes.

—He despedido a Lilian —dije sin más.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Me contó vuestra conversación, y no tolero ese tipo de comportamiento.

Sus ojos se abrieron de par en par y apretó más fuerte el bolso.

—Brayden... no tenías por qué despedirla. Está haciendo un buen trabajo.

—Me da igual. No permitiré que te traten así y queden impunes. —Me acerqué un paso más, hasta situarme justo dentro de su espacio personal—. Tenemos que aclarar algunas cosas.

—¿Cómo qué?

—Como el hecho de que eres mi chica, y todo lo que implica serlo. —Acaricié su mandíbula con los dedos, bajando hasta el cuello. Exhaló con fuerza y separó los labios—. Pero quiero que estemos solos para hablar de eso. Ya hemos pasado suficiente tiempo en este evento. Es hora de marcharnos.

Paul nos llevó directamente al Waldorf Astoria. No hablamos nada en el coche; no quería tener que filtrar lo que iba a decirle por el hecho de no estar solos.

Un botones nos abrió la puerta del coche y nos guió directamente a nuestra habitación, ubicada en la última planta. Dado que el ascensor requería una llave para permitir el acceso de una persona a la vez a la habitación, no necesitábamos seguridad adicional. La *suite* constaba de un dormitorio y una sala de estar equipada con un sofá, una mesa de comedor y un escritorio. Aunque el botones comenzó a señalarme las diversas comodidades, lo interrumpí, ansioso por estar con mi chica.

—Gracias, no hace falta. —Le di una propina generosa y, en cuanto se marchó, me centré en Isabelle. Estaba delante del escritorio, de espaldas a mí.

Me acerqué a ella, junté nuestras manos y besé su cuello y su hombro.

—Con respecto a esas cosas que tenemos que aclarar.... —Comencé a decir, con la intención de tener aquella conversación antes de perder la cabeza.

Giró la cabeza a medias, apretando la espalda contra mí.

—Tú y yo estamos juntos en todo, Isabelle, ¿comprendes? En todo. No me excluyas.

Se dio la vuelta despacio:

—No era lo que yo pretendía.

—Pero lo hiciste.

—No sé por qué no te lo conté. Quería hacerlo, pero tenía miedo de estropear la fiesta. Estabas tan contento... Quería protegerte. No tienes que despedirla. Puedo lidiar con Lilian.

—No tienes que lidiar con ella en absoluto. Si alguien te hace daño, lo despido. Así de sencillo. Solo tienes que decírmelo.

Las comisuras de sus labios se inclinaron hacia arriba:

—Parece bastante fácil.

—Lo es. Lo digo en serio, Isabelle. Estoy loco por ti. Quiero dártelo todo, y por suerte estoy en condiciones de hacerlo.

Capturé su boca, besándola hasta que se ablandó entre mis brazos. Bajé la mano hasta sus caderas, levantándole el vestido lentamente, disfrutando de observar cómo cambiaba el ritmo de su respiración.

Cuando llegué a la piel desnuda de sus muslos, gimió contra mi boca, entrelazando los dedos en mi nuca. Llevando una mano a su trasero, apreté sus nalgas. Joder, era demasiado apetecible, demasiado perfecta. Apenas la había tocado y ya estaba empalmado.

Recordé que la cremallera de su vestido estaba en el lado izquierdo y la bajé de un tirón. Tiré de su vestido y ella acompañó mi movimiento, hasta que cayó al suelo. La imagen de sus pechos desnudos me volvió loco. Se lo terminé de quitar, apartándolo con el pie. Aún llevaba esos tacones tan sexys.

—Eso es lo mejor de este bendito vestido —dije.

—¿Qué?

—Que no necesitas sujetador.

Eché la cabeza hacia atrás, riendo, pero los sonidos se convirtieron en gemidos cuando dibujé círculos con los dedos alrededor de su pezón. Bajé la cabeza y pasé la punta de la lengua por el otro. Jadeó y movió las caderas hacia delante, tirándome del pelo. Me encantaba lo rápido que podía llevarla al límite y que no se avergonzara de expresarse.

Descendí aún más, trazando una línea recta de besos hasta su vientre. Ella contrajo sus abdominales, expectante. Separé sus muslos con una mano, deslizándome el pulgar sobre sus bragas, justo sobre su coño. Se estremeció y se agarró con ambas manos al borde del escritorio. Continué provocándola de esa manera, bajando lentamente el pulgar por su abertura y volviéndolo a subir, rozándole el clítoris cada vez que pasaba por la zona. Se llevó las manos al elástico de las bragas, con una intención clara. Detuve su mano derecha.

—No. Quiero que te corras incluso antes de quitarte las bragas. Y luego haré que te corras de nuevo.

Jadeó. Sus piernas temblaron ligeramente mientras le acariciaba más el clítoris.

—¡Ooooh! —Su voz era temblorosa y suplicante.

Enganché una de sus piernas sobre mi hombro, buscando un mejor acceso. Se agarró con más fuerza al borde del escritorio, moviéndose hasta quedar medio sentada sobre él.

Levanté la vista hacia ella, alternando entre besarle el vientre y los muslos y observando cómo empezaba a correrse lentamente. Era una vista exquisita, que solo podía disfrutar a pleno gracias a no estar enterrado dentro de ella. Tenía una expresión de intensa concentración, casi como si el placer y la expectación fueran demasiado para ella.

No podía dejar de tocar su coño, aunque Isabelle era tan sensible que se estremecía con cada caricia. Pero quería mantenerla así, al límite, abrumada por mis caricias. Entonces, cambié de posición, ascendiendo lentamente por su cuerpo, hasta que llegué a su boca y la capturé con un lento y pausado beso, explorándola como había deseado hacerlo toda la noche. Mi mano seguía entre sus piernas, provocándola, hasta que jadeó.

Sus dedos palpaban los botones de mi camisa. Me miraba con una mezcla de lujuria y desesperación que me hacía enloquecer. Quería darle a aquella mujer absolutamente todo lo que tenía. Decidí ayudarla y, entre los dos, nos deshicimos de mi ropa en un tiempo récord. Antes de dejar los pantalones en la pila de ropa que había en el suelo, extraje un preservativo. Ella me lo arrebató, pero tenía las manos demasiado temblorosas para abrir el paquete. La provoqué, presionando la punta de mi polla contra su vientre, lo que claramente perturbaba su concentración. Se lo quité de las manos, lo abrí y me puse el condón. A continuación, le quité las bragas.

Volvió a sentarse contra el borde del escritorio, colocando las manos detrás de ella, mirándome de manera sensual, toda abierta para mí. Agarrándola por las caderas, le di la vuelta, besándole los hombros y la espalda. Mi pene estaba presionado contra su cuerpo, y esa sensación me volvía insaciable. Acercó una mano hacia mí, rozando la parte exterior de mi muslo con los dedos.

Entré y salí de ella despacio, primero la punta, luego unos centímetros más, pero no llegué hasta el fondo.

—¡Joooooder!

Estaba apretada y caliente, y era absolutamente perfecta. Aún parecía estar sensibilizada por el primer orgasmo, seguía al límite. Lo noté en la forma en que palpitaba alrededor de mi miembro, en el modo en que su cuerpo temblaba cada vez que me introducía más profundamente en ella.

Cuando la penetré por completo, se inclinó sobre el escritorio, golpeándose los antebrazos.

—Oh, joder... —murmuró.

Accedí y salí con lentitud, disfrutando de cada embestida. La imagen de mi polla desapareciendo en su interior me estaba volviendo loco. Mientras me enderezaba para poder seguir mirando, no dejaba de darle besos en su espalda y sus omóplatos. Cuando se levantó, llevándose una mano al clítoris, estuve a punto de explotar. Pero el escritorio no era demasiado cómodo, y tampoco lo era estar de pie, así que me aparté de ella y la conduje hasta la cama. Luego me senté sin preocuparme por quitar el edredón y coloqué a Isabelle encima de mí. De esa manera, podría besarla y verla mejor, y ella tendría mejor acceso para tocarse como quisiera. Con los ojos entrecerrados, bajó sobre mi polla, acogiéndome. No se movió, solo contrajo los músculos internos. Gemí, agarrándola por las caderas, instándola a moverse. Una pequeña sonrisa se dibujó en sus labios. Sí, le gustaba mandar. Empezó a balancearse lentamente hacia delante y hacia atrás. Sentí cómo mi orgasmo se iba formando en lo más profundo de mi cuerpo. Mi respiración se aceleraba y cada terminación nerviosa estaba a flor de piel. Mis entrañas se retorcían.

—Joder.

La mantuve alzada unos centímetros para poder moverme yo también, y nuestras embestidas combinadas me llevaron al límite. El placer era demasiado intenso, demasiado abrumador. Me precipitaba hacia el clímax, ya en caída libre. Bajó una mano hasta su clítoris, jadeando. Apenas se había tocado antes de explotar. Todo su cuerpo se estremeció. Se inclinó hacia mí, apoyando la frente en mi hombro, sin dejar de mover las caderas, deseosa de exprimir hasta la última gota de placer. Mi polla palpitaba, pero de algún modo conseguí contenerme.

Cuando su cuerpo se relajó y dejó de moverse, tomé el relevo. La tumbé de espaldas en la cama antes de retirarme, contemplándola durante unos segundos. Lucía preciosa así: saciada y agotada. La imagen era increíblemente sexy: su cabello pelirrojo adherido al cuello, sus hermosos y blancos pechos y el sudor salpicándole la piel.

Haciendo pucheros, llevó su mano desde mi esternón hasta mi pene. Le di un largo, profundo y apasionado beso antes de darle la vuelta.

—Oh —jadeó, girando la cabeza para mirar hacia atrás y mordiendo su labio inferior.

—Prepárate para el orgasmo número tres —susurré en su oído.

Se le puso la piel de gallina. Era tan insaciable como yo.

En lugar de separarle las piernas, se las junté y, al deslizarme dentro de ella, estaba aún más apretada. Tiró de las sábanas antes de estrujarlas con los puños, hundiendo su frente en el colchón.

—Oh, me encanta. Es tan intenso —murmuró—. Taaaaan intenso.

Todavía estaba excitadísima. Esa vez me deslicé dentro y fuera sin luchar contra el placer, y entonces el clímax me cogió por sorpresa. Creció despacio, pero me golpeó como un maremoto. Jadeé, gritando su nombre, embistiendo una y otra vez hasta que mi cuerpo ardió por completo. Sentí que mis músculos se acalambaban, pero no me importó, y cuando volvió a contraerse a mi alrededor, me invadió un placer tan intenso que casi no podía respirar. Ni siquiera estaba tocando su clítoris, pero tenía tanta sensibilidad que la fricción del colchón era suficiente.

En ese momento no pude verle la cara, pero sentí cómo su cuerpo sucumbía a su orgasmo, y a mí.

La acompañé en su clímax, respirando hondo. Mi vista era un poco borrosa. Pasé una mano a ciegas por su espalda, hasta llegar a su culo, tocándole una nalga. Al ver que no reaccionaba, le di un golpecito en el hombro.

—¿Isabelle? —pregunté en un susurro.

—Aún me estoy recuperando —susurró también, acercándose a mí hasta que apoyó la cabeza en mi hombro.

Comprendí perfectamente el sentimiento. Apenas tenía energía para moverme, pero de algún modo conseguí deshacerme del condón y acercarla más a mí.

Esa era la vida que yo quería.

Capítulo Veintidós

Brayden

A la mañana siguiente, me desperté con el sonido de la voz de Isabelle. Se encontraba en el salón y parecía estar pidiendo todo el menú del desayuno.

Tras terminar la conversación, se asomó a la habitación. Tenía la cara fresca y el pelo húmedo. ¿Se había duchado y no la había oído? Realmente había dormido como un tronco.

—Qué bien, ya estás despierto. Llevo toda la mañana deseando besarte y tocarte.

—¿Y por qué no lo hiciste?

—Humm... ¿Por el cargo de conciencia? A diferencia de usted, señor Clarke, a mí no me gusta interrumpir su descanso por aventuras eróticas.

Saltó sobre la cama con una sonrisa juguetona. El vestido rojo que llevaba se levantó, dejando al descubierto sus muslos.

—Que conste que no me importa. Y a ti tampoco. Solo te gusta fastidiar.

Su sonrisa se volvió más amplia.

—Puede ser... Pero parecías tan cansado que no me atreví a despertarte.

—Estás de buen humor.

—¿Qué quieres decir? Siempre soy como un rayito de sol.

—Sí, pero hoy estás más alegre. ¿Por qué?

—No lo sé. —Jugueteó con un mechón de pelo mojado entre los dedos, mirándose con picardía—. Puede que sea porque he descubierto que sirven quince tipos de desayuno.

Levanté una ceja y pasé mi pulgar por sus labios.

—Mentirosa. Creo que tiene que ver con los tres orgasmos que tuviste anoche.

Su sonrisa se hizo aún más amplia mientras se estiraba en la cama, jugando con los dedos de los pies.

—¿Sabes qué? Puede que tengas razón. ¿Quieres poner a prueba esa teoría? ¿Ver si tres más me hacen aún más feliz? Voy a suponer que la respuesta es afirmativa, pero ya me conoces, soy una mujer de ciencias, no me gustan las conjeturas. Prefiero los hechos y comprobar las teorías.

Me aproximé más a ella, apoyándome en un codo.

—¿Cómo narices se me habrá ocurrido insistir en que trajeras ropa al hotel? Es la peor idea que he tenido.

Batió las pestañas, desplazando sus manos desde la cintura hasta los muslos.

—¿No te gusta lo que llevo?

El vestido no tenía mangas y formaba una V en la parte delantera.

—Sí, pero preferiría una toalla, o nada.

—Solo es un vestido —dijo seriamente—. Ni siquiera llevo ropa interior. Quería ponértelo fácil.

Pasé mi mano por la cara interna de su muslo, acercándome más.

—¿No me crees? —preguntó.

—Me gusta comprobar las cosas por mí mismo. —Intenté mantener la voz seria, pero ambos estábamos intentando contener la risa.

—Sí, por favor, sé lo más meticuloso posible.

Le besé el cuello y, cuando mi mano llegó a la mitad del muslo, sonó el timbre.

Gruñí, apoyándome sobre un codo para incorporarme. Isabelle hizo pucheros, se levantó de la cama y se alisó el vestido.

Unos segundos después, se volvió hacia mí, señalándome con el dedo.

—Quédate ahí. Cúbrete hasta la barbilla.

Levanté una ceja:

—¿Por qué?

—Porque no quiero que nadie vea todos esos músculos tan sexys.

Me reí, sacudiendo la cabeza:

—Pero cariño, eso se puede solucionar cerrando la puerta.

—Ya lo sé, pero solo para asegurarme.

Guiñándome un ojo, salió del dormitorio y cerró la puerta tras de sí.

Me levanté y me dirigí al baño; cepillé mis dientes y tomé una ducha rápida. Al salir, me di cuenta de que el servicio de habitaciones aún no se había retirado. Me vestí con unos vaqueros y una camiseta blanca, y comprobé mi teléfono. Para mi sorpresa, no había ningún mensaje. Probablemente Sasha y el resto del equipo seguían durmiendo, pero no tardarían mucho en despertarse. Aún necesitábamos confirmar el itinerario y el cronograma del primer concierto. No podía creer que solo quedaran tres semanas para el inicio de la gira.

Isabelle abrió la puerta del dormitorio.

—El desayuno está listo. Y yo también. —Meneó las caderas y regresó al salón.

La alcancé a la altura de la mesa principal. Mientras servía café en dos tazas, hundí la cara en su pelo. Olía delicioso, a miel y flores.

—Me vuelves loco todo el tiempo. No sé cómo lo haces —confesé—. Antes de conocerte, la música era lo único que me cautivaba por completo.

Se contoneó un poco más, directo contra mi polla. Exhalé con fuerza.

—¿Qué haces?

—Un baile de la felicidad.

—¿Contra mi polla?

Se encogió de hombros.

—Es que está en mi camino. —Agarré con más fuerza sus caderas para mantenerla quieta—. ¿Qué ocurre, señor Clarke? ¿Acaso teme no poder resistirse a mis encantos?

—Sé que no podré hacerlo.

Dejó caer la cabeza sobre mi hombro y capté su sonrisa.

—Usted sí que sabe cómo elevar mi autoestima.

Su cuerpo se relajó, y lo interpreté como una señal de que ya no seguiría provocándome. Liberé mi agarre de sus caderas. Grave error. En ese momento, se dio la vuelta y apoyó los brazos en mi pecho, contoneándose de nuevo contra mí.

—¡Isabelle!

—¿Qué? Solo estoy continuando mi bailecito.

Volví a agarrarla por las caderas, mirándola fijamente a los ojos.

—Primero desayunemos. Luego te devoraré a ti.

Se estremeció entre mis brazos, pero asintió.

—Me encanta tu forma de pensar. Después de todo, necesitaremos energía.

Riéndome, le acerqué una silla. Tomó asiento y me acomodé a su lado.

Al parecer, Isabelle había pedido la mitad del menú, pero no tenía intención de quejarme. Yo también estaba muriéndome de hambre.

—Vaya, el hummus está buenísimo —comentó Isabelle, dándole un bocado a su pan.

—Todo está buenísimo. No puedo creer que tengan pan de pita.

Ella sonrió:

—No, no tienen. Les pedí que lo trajeran para ti. Sé que lo de anoche te pasó factura, y más teniendo en cuenta que odias las fiestas, así que hoy quería mimarte un poco.

Eso me pilló totalmente desprevenido. No podía creer que prestara atención a todos esos detalles.

Se levantó de la silla y se inclinó sobre la mesa hacia donde estaba la pasta de aceitunas. Esperé a que untara un poco en su pan antes de atraerla a mi regazo.

Soltó un chillido y dejó caer su rebanada de pan sobre el plato con queso.

—Te quiero muchísimo —dije con la cabeza hundida en cuello.

Soltó una risita y se volvió para mirarme.

—Yo también te quiero, pero ¿era necesario que me pusieras en tu regazo justo ahora?

—Sí. Era de suma importancia —dije con seriedad—. Y esto también. —Le acaricié las nalgas—. Quédate aquí mientras terminamos de desayunar.

—Humm... me parece que no vamos a poder comer mucho así.

—Sí que podremos —insistí.

No fue nada fácil, en especial porque Isabelle no dejaba de contonearse, lo cual estaba poniendo a prueba mis límites.

Mientras terminábamos, no paraba de recibir mensajes en el móvil. Sasha ya estaba despierta.

—¿Pasa algo? —preguntó Isabelle mientras yo consultaba el móvil por séptima vez en el transcurso de los últimos minutos. Ella iba por su segunda taza de café.

—No, Sasha está ultimando el itinerario. Conociéndola, nos bombardeará con información y preguntas a lo largo del día.

—¿Trabaja los sábados?

—Solo cuando estamos de gira. Siempre es una locura en este periodo.

—Ya veo, te noto tenso. —Señaló mis hombros—. ¿Quieres que te dé un masaje al estilo Isabelle para aliviarte? Me han comentado que funciona de maravilla.

—¿Quién te lo ha dicho? —Agarré su muslo derecho de manera posesiva.

—Perdona, no te he oído bien. ¿Acaso eso ha sido un gruñido? —Dejó su taza de café en la mesa y, con su pulgar, presionó suavemente mi barbilla. Sabía que me estaba tomando el pelo, pero la idea de que le diera un masaje a otra persona me revolvía las tripas.

—¿Quién te ha dicho que funciona de maravilla?

—Bueno, creo que Josie puede dar fe. Y Dylan también. A Ian no le gusta, dice que lo uso de excusa para torturarlo. Cosa que es verdad, pero shhh... no se lo digas. —Acercando su boca a mi oído, susurró—: En cambio, puedo hacer que sea muy especial para ti. Hacer que te olvides de la gira por ahora, mientras todavía te tenga aquí.

Joder. Ni siquiera había empezado la gira y ya echaba de menos a Isabelle.

Incliné su cabeza suavemente hacia atrás para que tuviéramos contacto visual. Tenía que preguntárselo.

—¿Te gustaría acompañarme en la gira?

Inclinó la cabeza más aún y parpadeó con rapidez.

—¡Vaya!

—No quiero que estemos separados tanto tiempo. ¿Podrías preguntarles a tus pacientes si pueden realizar las sesiones *online* durante un tiempo? ¿Digamos... tres semanas? Y más adelante, si te sientes cómoda, veremos cómo seguir.

La gira consistiría en tres semanas de conciertos, seguidas por dos semanas de descanso. Y ese esquema se extendería durante un año.

—Tengo que pensármelo. —Todo su cuerpo estaba en tensión. Sus ojos buscaban los míos —. No esperaba que me lo preguntaras.

—¿Por qué no? Te quiero. Eres importante para mí.

—Ya, pero siempre dices que las giras son cien por cien trabajo y que no quieres que nada distraiga tu atención.

Fruncí el ceño al recordar el día en que le dije eso, mientras estábamos jugando a los bolos.

—Eres parte de mi vida, Isabelle, no una distracción. —Sujeté su mejilla, acercándola a mí, queriendo estar lo más conectado posible a ella.

—¡Ja! ¿Crees que no seré una distracción? Piénsatelo muy bien, porque una vez que esté allí, no podrás librarte de mí.

—¿Eso es un sí?

—Tengo que consultarlo con mis pacientes... ¡Pero claro que es un sí! Creo que no les importará pasar a sesiones *online* durante tres semanas. —Se desplazó en mi regazo hasta quedar a horcajadas sobre mí, con las piernas colgando a ambos lados.

Levanté una ceja con curiosidad, y ella simplemente se encogió de hombros.

—Si vas a mimarme, será mejor que lo hagas bien.

Con una risa suave, deslicé mis manos por su trasero y me levanté de la silla. Isabelle soltó un chillido juguetón, aferrándose a mis hombros.

—¿Qué haces? —preguntó.

—Necesito una cama para el tipo de mimos que quiero.

—Aaah, entendido. Entonces, ¿puedo empezar también con el masaje? ¿Crees que encontraremos tiempo para este tipo de cosas durante la gira?

—Haré todo lo que esté en mi mano.

La conduje hasta la cama y la tumbé sobre el colchón antes de reclamar su boca. Sentí que todo mi cuerpo se relajaba. La tensión que me había invadido aquella mañana se desvaneció. Decidió acompañarme. No podía creer cuánto había cambiado mi vida desde que la había conocido, cuánto había cambiado yo.

Era cierto lo que decía sobre las giras, y en lo mucho que cuidaba mi tiempo durante esos meses, sin permitirme ninguna distracción o, siendo sincero, ni siquiera deseándolas. El período de inactividad entre actuaciones siempre había supuesto un simple y necesario descanso para recobrar fuerzas.

Sin embargo, la realidad era que las cosas ya no eran como antes, y empecé a anhelar cada momento de inactividad con entusiasmo. Sabía exactamente lo que iba a hacer durante esos intervalos. Llevar a Isabelle conmigo en la gira podría ser imprudente. La experiencia podría resultarle abrumadora, pero no quería ocultarle nada de mi vida. Si íbamos a estar juntos durante mucho tiempo, debía conocerlo todo, tanto lo bueno como lo malo.

En el pasado, la música era mi fuente principal de felicidad, pero eso había cambiado. Sentía que mi felicidad era aún mayor cuando estaba con Isabelle. Y no quería que le quedara ninguna duda al respecto.

Capítulo Veintitrés

Isabelle

Las tres semanas siguientes fueron muy intensas, casi comparables a las que pasé cuando me mudé a Nueva York. Comencé por ponerme en contacto con todos los pacientes a los que debía ver durante el tiempo que estaría fuera con Brayden. Quería hacerlo por teléfono, lo cual era mucho más lento que si lo hubiera hecho por *email*, pero era lo que correspondía. Les sugerí hacer sesiones *online*, pero también planteé la posibilidad de organizar sesiones presenciales con la ayuda de una amiga psicóloga en mi ausencia. Sabía que perdería dinero, pero lo más importante era que mis pacientes se sintieran cómodos y bien atendidos.

Pero el esfuerzo dio sus frutos. Solo un paciente canceló la sesión que habíamos programado durante ese periodo. Todos los demás aceptaron la propuesta de realizar las sesiones por videollamada.

Mi familia y los Winchester me llamaban casi a diario para ofrecer su ayuda en caso de que necesitara algo. Si bien todos se habían mostrado sorprendidos por la noticia, se alegraron mucho de que acompañara a Brayden en la gira.

Jana y Donna me enviaron mensajes a través de Instagram, comentando que Brayden les había contado la buena noticia y brindándome un montón de consejos. Les agradecí su apoyo.

Además, tuve una reunión con Cami, quien esencialmente me aconsejó tomármelo con calma y recordar que el efímero interés de la prensa y los fans siempre terminaba disipándose. Aunque, lamentablemente, ella no nos acompañaría en la gira.

Brayden tenía razón en que la prensa quedaría desconcertada al enterarse de que éramos oficialmente una pareja, sin embargo, a pesar de ello, algunos periodistas seguían apareciendo en el edificio de mi consulta. Siguiendo las instrucciones de Sasha, les indiqué que debían ponerse en contacto con mi equipo de relaciones públicas, que en aquel caso era la propia Sasha, por lo que repetí exactamente sus palabras.

El día de nuestro vuelo, invité a mis hermanos a mi apartamento para que me hicieran compañía mientras hacía las maletas. El avión salía a las cinco, y Brayden pasaría a recogerme a la una. Era un poco tonto decir que ya echaba de menos a mis hermanos, puesto que solo estaría fuera tres semanas, pero así era.

—¿Cómo es posible que necesites un día entero para hacer la maleta? —preguntó Ian, contemplando boquiabierto mi dormitorio. Había ropa por todas partes.

Al principio, Dylan parecía un poco desconcertado como para intervenir, pero se recuperó unos instantes después.

—¿Para qué necesitas tantas cosas? ¿Te vas tres semanas o tres meses?

—Semanas, tonto. Pero Sasha, la *mánager*, me envió una lista con la cantidad de conjuntos que necesito empacar, y por lo visto serán muchos.

—Por favor, dime que no nos vas a preguntar nuestra opinión sobre qué debes llevar o algo así —Dylan parecía tan desesperado que ni siquiera tuve valor para burlarme de él. Había torturado sin piedad a mis hermanos con ese tipo de decisiones en el instituto.

—No, simplemente quería veros. Y tal vez pedirte que prepares tu famoso *omelette*.

—Lo sabía. Quieres ponernos a trabajar —dijo Dylan con una sonrisa.

—Solo para que podamos almorzar —prometí—. ¡Ya sabes que tu *omelette* es el mejor del mundo para mí!

Ian señaló una bombilla fundida en el pasillo.

—¿Tienes alguna de repuesto?

—Creo que hay algunas en el armario.

Ian era encantador; siempre se aseguraba de que todo funcionara bien cuando estaba de visita. No me avergonzaba admitir que ambos me habían mimado mucho mientras crecía. Aunque Ian era más joven que yo, ambos habían cuidado de *mí*, quizás porque Ian admiraba a Dylan y siempre quería imitarlo.

Esa etapa duró hasta que Ian cumplió trece años, momento en el que se rebeló por completo y decidió que quería ser lo contrario de Dylan. Pero hubo una cosa que nunca cambió a lo largo de los años: siempre estuvimos muy unidos, y lo estuvimos aún más cuando Josie se marchó.

Sin embargo, ponerme al día con ellos no era la única razón por la que los había invitado. Quería hablarle a Dylan de una mujer estupenda que había conocido a través de uno de mis pacientes, segura de que congeniarían.

No obstante, tenía que ser prudente. La última vez que intenté presentarle una chica a Dylan, no le gustó mucho, pero yo era persistente. Solo tenía que esperar el momento oportuno para plantearse.

Mientras Dylan preparaba las *omelettes*, encendí la cafetera. Josie llegó justo cuando estábamos a punto de comer, trayendo consigo a Sophie. ¡Podía jurar que esa niña se había vuelto aún más achuchable! Al ver que ya no era tan pequeña, la sostuve en mis brazos durante un buen rato, sin el temor de que se me fuera a caer.

—Cuidado con su cabeza —insistía Josie de manera constante. Aunque, francamente, el recordatorio era necesario porque al no estar acostumbrada a ello era muy cuidadosa.

—¡Me encanta cómo huele! —comenté. La tenía en brazos para que Josie pudiera comer tranquila. La pequeña barra de la isla de la cocina no era lo bastante grande para los cuatro, así que nos sentamos alrededor de dos mesas de centro que habíamos juntado delante de mi sofá.

—Huele a bebé —dijo Josie con orgullo—. Creo que la Madre Naturaleza intenta que los bebés sean lo más monos posible para que los quieras, a pesar de que no te dejen dormir y básicamente dicten todo en tu vida.

Mi hermana bostezó. Había pedido café descafeinado. Me compadecí de ella.

Cuando finalizamos el almuerzo, Dylan estaba de muy buen humor. Era el momento perfecto para llevar a cabo mi jugada.

—Bueno, Dylan. No quiero que te alteres, pero tengo algo que preguntarte.

Riéndose, Ian palmeó el hombro de Dylan.

—Tío, si empieza con esa advertencia, no habrá quien te salve.

—He conocido a alguien hace poco y creo que te lo pasarías bien saliendo con ella —solté.

Ian sonrió ampliamente.

Josie se echó a reír, sacudiendo la cabeza.

—Ay, Isabelle.

Dylan levantó una ceja.

—No.

—Pero es una mujer realmente increíble...

—No. —Su tono era terminante. Maldita sea, ¿por qué lo solté así? Debí haber mencionado a la chica casualmente en alguna conversación, elogiarla un poco antes de revelar mis verdaderas intenciones. Tuve cero tacto.

—Saldré yo con ella. ¿Está buena? —preguntó Ian.

Le fulminé con la mirada:

—No es una buena idea.

—¿Por qué no? ¿Así que Dylan es bueno, pero yo no? Me siento menospreciado.

—Eso no es lo que quería decir —dije rápidamente, estrechando aún más a Sophie contra mí, como si pudiera protegerme de algún modo.

Josie hizo un gesto de duda.

—Pues eso es lo que ha parecido.

Apreté los labios, sopesando bien mis siguientes palabras.

—Bueno, sé que no te tomas muy en serio las relaciones, Ian.

—Es verdad, ¿pero crees que este de aquí sí? —Señaló a Dylan con el pulgar—. Las cosas cambian, hermanita. Oye, Dylan, quizá deberíamos contarles a nuestras hermanas que estás teniendo mucha acción. Incluso más que yo.

Josie y yo nos quejamos al mismo tiempo.

—Demasiada información para mi gusto —dije—. No necesitamos tantos detalles.

—No os contaré ningún detalle —dijo Ian—. Solo quería que quedara claro.

—Vale, no diré nada más sobre el tema —prometí. Sin embargo, había una diferencia crucial entre ellos. En el fondo, sabía que Dylan aún tenía un lado romántico. Por otro lado, no estaba segura de que Ian quisiera sentar la cabeza, pero ya me había equivocado antes.

Después de llevar los platos a la cocina, les dije a mis hermanos:

—Vale, charlemos un poco mientras hago las maletas. ¿Quién quiere empezar?

—¡Me ofrezco voluntaria! —exclamó Josie. Otra razón por la que los había invitado ese día era porque sabía que mi hermana necesitaba salir de casa, pero reunirse en la ciudad era más complicado porque Sophie había crecido un poco. Ya no dormía todo el tiempo, y no les daba tregua en los restaurantes. Josie se había estresado mucho, así que pensé que este plan era más conveniente. Al menos se la veía más a gusto.

Mientras mis hermanos me ponían al día de sus vidas, yo me esforzaba por mantener la calma. Hice la maleta siguiendo meticulosamente la lista de Sasha, tachando cada prenda una vez que la colocaba en la maleta. Aunque mi vestuario no se acercaba ni de lejos a la elegancia que exigía la lista, confiaba en que podría estar a la altura si elegía los accesorios adecuados. Tenía un par de maletas enormes, y estaba segura de que iba a necesitar ambas.

A eso de las doce, sonó el timbre de mi puerta.

—¿Alguno de vosotros ha pedido comida? —pregunté.

—No, me tienes a mí, ¿recuerdas? Tu chef personal —dijo Dylan—. Comeremos una segunda ronda de *omelettes*.

Me reí, ruborizándome un poco.

—Siento no tener nada más que huevos. Hacer la compra no es mi fuerte.

Me apresuré hacia la puerta principal. Tal vez fuera el cartero.

¡Para mi sorpresa, era Brayden!

—Has llegado con una hora de antelación —dije.

Levantó una bolsa de papel marrón que traía consigo.

—Pensé en sorprender a todos con el almuerzo.

Hubo un coro de “síes” en el salón.

—Gracias por salvarnos de una segunda ronda de *omelettes* —dijo Josie en voz alta.

—Oye, dijiste que te gustaba cómo cocinaba —protestó Dylan.

—Y es verdad, pero comer *omelettes* dos veces en el mismo día es demasiado.

—Pasa —dije.

Se dirigió directamente al salón. Yo permanecí detrás a propósito. Quería aprovechar la oportunidad para admirarlo sin reservas. Vestía una camiseta negra de manga corta sobre unos vaqueros desgastados. Madre mía, estaba para comérselo.

Cuando dejó la bolsa sobre la mesita de café, volteó la mirada en mi dirección, pillándome en el acto. Sonreí. Él me devolvió la sonrisa, entrecerrando un poco los ojos.

Aquellos ojos eran verdaderamente dignos de admiración. Al igual que sus abdominales, sus brazos y, para ser sincera, cada parte de él.

Me apresuré a ir a la cocina para sacar platos de la alacena, ¡y nada podía quitarme la inmensa sonrisa en la cara! Le había comentado que ese día vendrían mis hermanos, y a pesar de eso, él se presentó de todos modos. Sabía que, a menos que fueran con la banda, no le gustaban las reuniones, y sin embargo quería pasar tiempo con mi familia. Eso significaba mucho para mí.

—¡Brayden, eres la bomba! —exclamó Josie unos minutos después. Estábamos sentados de nuevo alrededor de la mesa de café, compartiendo media docena de manjares del restaurante chino favorito de mis hermanos. Había puesto de todo en mi plato, desde rollitos de huevo hasta verduras al vapor y pollo frito.

—Me alegro de que te guste —dijo, tan humilde como de costumbre. El restaurante estaba entre los diez más recomendados de Nueva York. Los turistas solían preguntarme por él. Tenía unos precios astronómicos, pero la comida era realmente deliciosa.

—¿Cómo son vuestros horarios? —preguntó Josie.

—Depende de si actuamos o no. Mañana tenemos gimnasio y ensayos durante la primera parte del día. A continuación, descanso total por la tarde. A las cuatro, nos llevan al recinto donde se celebrará el concierto. Actuaremos cada dos noches durante tres semanas, y después de eso tenemos un descanso de dos semanas. Luego estamos de gira otras tres semanas y así sucesivamente.

Yo ya conocía su rutina, pero no dejaba de asombrarme. ¿Realmente eran seres humanos?

—¿Hacéis esto para cada álbum? —preguntó Ian.

—Sí, pero solo publicamos un álbum cada tres años. Tras la publicación de los dos primeros discos, estuvimos de gira un año y medio por cada uno de ellos. Fue una locura, pero nos situamos las dos veces entre las diez giras que más recaudaron.

—¿Y por qué esta vez no es tan extensa? —preguntó Dylan.

—Es que aquello fue demasiado agotador. Elegimos los recintos y las ciudades en donde más éxito tuvimos, y los ingresos totales previstos solo han bajado un treinta y cinco por ciento a pesar de que solo realizamos el cuarenta por ciento de los espectáculos en comparación con la última vez.

—Vaya, qué bien —dije.

—Sí, es un buen punto de equilibrio. No queremos decepcionar a nuestros fans, por eso intentamos repartir la gira lo más equitativamente posible a nivel geográfico. Pero cuando terminó la última gira, todos sabíamos que no podíamos volver a hacerlo.

—Es comprensible. Incluso esta gira me parece una locura —dijo Josie.

—Entonces, ¿ya está listo el itinerario de viaje? ¿Tenéis la seguridad garantizada en todas partes? —preguntó Dylan.

—Sí. Sasha lo controla todo —respondió Brayden.

—¿Isabelle tendrá su propio guardaespaldas? —continuó Ian.

Me aclaré la garganta:

—Chicos, comportaos. No convirtamos esto en un interrogatorio.

Ian levantó las manos en señal de defensa:

—Oye, que yo no estoy interrogando a nadie.

—Yo sí —añadió Dylan. Gruñí.

—No pasa nada, Isabelle. Es normal que quieran saberlo. Y sí, lo tendrá —dijo Brayden.

Giré la cabeza hacia él.

—¿Ah, sí? No me lo habías dicho.

—Está en el documento de instrucciones que te envió Sasha. Lo he comprobado.

Las puntas de mis orejas estaban calientes.

—¿No has leído las instrucciones? —preguntó Brayden, frunciendo el ceño.

¡Mierda! Percibí unas vibraciones alfa sobreprotectoras a punto de ser liberadas. Necesitaba aliviar la tensión.

—Se me habrá pasado por alto esa parte. ¿Cómo se llama el de seguridad? ¿Está bueno? —Batí las pestañas con aire burlón. Pensé que eso iba a mejorar las cosas... pero resultó que estaba muy equivocada. La mirada de Brayden se volvió más seria. Había algo salvaje en él, y yo no podía apartar la mirada. Me había atrapado con aquella expresión intensa. Durante unos instantes, olvidé por completo que no estábamos solos en la habitación.

—No es gracioso —dijo al final.

Le dirigí una sonrisa de culpa:

—Bueno, un poquito sí.

Su mirada seguía siendo dura, y tuve la corazonada de que solo recuperaría su gracia con unos cuantos besos ardientes. Sin embargo, eso tendría que esperar.

Mientras terminábamos de comer, charlamos sobre el primer concierto y, una vez que mi plato estuvo limpio, Brayden preguntó:

—¿Ya están listas tus maletas?

Mis hermanos se echaron a reír y despertaron a Sophie, que estaba dormida en su cuna. Enseguida, Josie cogió a la niña en brazos.

—Hum... casi —dije de manera evasiva. El salón estaba ordenado, pero solo porque había llevado las maletas a mi dormitorio una vez que estuvieron semillenas.

—Traduciendo, eso es un rotundo no —contestó Dylan con tono jovial. Entrecerré los ojos—. Me parece que necesita algo de motivación, de lo contrario perderéis el vuelo.

—Tal cual —intervino Ian—. ¿Alguna vez te contó sobre aquella ocasión en que se perdió el día de orientación porque no llegó lo bastante temprano para...?

—Prefiero que vuelvas a interrogar a Brayden —intervine.

Brayden sonrió.

—¿Por qué? Mis primas te han contado todo tipo de cosas acerca de mí. Es justo que yo tenga algo de ti.

—Sí... Sugiero que lo hagamos en otro momento —dijo Josie—, o no vas a llegar a tiempo para coger el vuelo.

Me quedé boquiabierta:

—¿Tú también? Traidora.

—Es por tu propio bien.

Brayden se puso en pie.

—Vale, vamos a ver qué queda por empacar.

—Nosotros nos encargaremos de ordenar todo esto —aseguró Josie, mientras le daba palmaditas en la espalda a Sophie—. O, mejor dicho, estos dos limpiarán y yo les daré órdenes.

Me sentí un poco avergonzada mientras lo conducía a mi habitación, porque, bueno... mis hermanos tenían razón. Me quedaba mucho por empacar. No era mi fuerte.

Brayden se quedó mirando la habitación, parpadeando con rapidez.

—¿A esto lo llamas “casi listo”? —preguntó.

—No, pero las tendré listas en pocos minutos. Por cierto, ¿cómo es posible que podamos perder un vuelo privado?

—Tenemos una franja horaria designada para el despegue.

Vaya, era verdad, me había olvidado de ese detalle.

Se quedó en la puerta, observándome atentamente, casi como si pensara que me relajaría si me dejaba a mi aire. La verdad era que cabía esa posibilidad. Hacía las maletas mucho más rápido bajo estricta supervisión.

En quince minutos, conseguí meter el noventa por ciento de los zapatos en la segunda maleta. Mientras aplastaba el diez por ciento restante entre la ropa de la primera, oí cerrarse la puerta. Una sonrisa se dibujó en mi rostro. Fingí que no pasaba nada, hasta que noté que Brayden estaba a mi espalda.

—No ha sido tan difícil, ¿verdad? —susurró en mi oído, pasándome los dedos por los brazos antes de darme la vuelta.

Pasó su pulgar por el contorno de mi boca. El simple contacto me hizo arder.

—Ay, Isabelle, ¿qué voy a hacer contigo? Siempre poniéndomelo difícil... —murmuró.

Me incliné para darle un beso, pero se apartó.

—No hay besos para ti. No después de preguntarme si el guardaespaldas está bueno.

Hice pucheros antes de darle un rápido pico en la mandíbula.

—Solo intentaba distraerte, pero no me importa que te quejes —concluí con una sonrisa—. Eres un millón de veces más atractivo cuando intentas demostrar algo. ¿Sabes lo que te quiero decir? Cuando defiendes tu territorio, te pones en modo alfa.

Dejó escapar un gruñido bajo y salvaje.

—¿Ves? A eso me refiero exactamente —añadí.

Me besó al instante de manera tan apasionada que ambos tropezamos hacia atrás. Detuvo nuestra caída extendiendo una mano hacia la pared y sujetándome fuertemente con la otra. Pasé mis brazos alrededor de su cuello y le devolví el beso con todas mis fuerzas. Una descarga de energía recorrió todo mi cuerpo, concentrándose entre mis muslos. Cuando se apartó, lamió mi labio inferior antes de atraparlo con su boca, por lo que tuve que ponerme de puntillas. Me dejó sin aliento.

—Sabía que podía hacer que me besaras —dije.

Sus ojos despedían un destello de lujuria. Me agarró con firmeza por la cintura, pero enseguida me soltó.

—Venga. Vámonos antes de que perdamos el vuelo por hacer que pierda la cabeza.

—La comida estaba buenísima. Si aún ejerciera como guía turística, le sugeriría a mi próximo grupo que, si van allí, pidan absolutamente todo lo que has traído.

—Espera, ¿no harás más *tours*? Creía que solo te estabas tomando un descanso —dijo.

—Bueno, no he hecho ninguno desde aquel fin de semana en que mis padres estaban en Nueva York.

—¿Por qué no me lo dijiste?

Me encogí de hombros:

—Pensé que ya lo había hecho. No lo sé. No es tan importante.

—Pero si disfrutas muchísimo siendo guía turística.

—Lo sé, pero en realidad es una manera de desconectar después de pasar todo el día en la consulta. Sin embargo, desde que tú te ocupas tan bien de mí durante la mañana, tarde y noche, como que ya no las necesito —comenté con tono juguetón.

Abrió la boca, claramente en desacuerdo, pero no tuvo oportunidad de añadir nada porque Dylan asomó la cabeza en la habitación. Cada uno cogió una maleta. Aunque las maletas contaban con ruedas, Brayden tuvo que esforzarse un poco para hacerlas rodar por el pasillo, haciendo que sus bíceps se tensaran de una forma exquisita. Mientras tanto, no podía apartar los ojos de él.

Ya en la puerta, Ian y Dylan me besaron la mejilla antes de estrechar la mano de Brayden con firmeza. La fuerza de su apretón me hizo preguntar si estaban tratando de transmitirle algún mensaje. Conociendo a mis hermanos, probablemente sí.

—Cuida de ella —advirtió Dylan con seriedad.

Levanté una ceja hacia ellos.

—Sí, no es que te estemos amenazando ni nada por el estilo —añadió Ian, alternando la mirada entre Brayden y yo—, pero si llegamos a enterarnos de que tiene algún problema... tú también lo tendrás.

Josie y yo nos echamos a reír y, como resultado, me perdí por completo la respuesta de Brayden. Sin embargo, mis hermanos asentían en señal de aprobación, como si lo estuvieran viendo con otros ojos.

—Espera, ¿qué has dicho? No lo he oído —dije.

Brayden me guiñó un ojo.

—Ese era el plan.

¿Qué? ¿Estaba guardando secretos con mis hermanos? Eso sí que no me lo esperaba.

Josie y yo intercambiamos una mirada cómplice, y apretamos los labios con fuerza, tratando de contener la risa. Antes de irme, besé la parte superior de la cabeza de Sophie. Para mi asombro, Brayden extendió la mano hacia ella y le acarició la cabecita. *¡Qué tierno!*

Bueno, si antes me parecía atractivo, en ese momento ni siquiera tenía palabras para describirle, ni para expresar lo que me estaba pasando. Era una sensación completamente nueva. ¿Acaso mis hormonas se habían vuelto locas?

En tal caso... estaba metida en un serio problema.

Capítulo Veinticuatro

Isabelle

—¡No me puedo creer que haya volado en un avión privado! —exclamé al entrar en nuestra habitación del Ritz Carlton de Miami. Inmediatamente eché un vistazo a las instalaciones. Había visto la habitación en Internet y quería ver si tenía el mismo aspecto. La decoración era de estilo clásico, y el cuarto de baño era tan lujoso como parecía en la página web, todo estaba revestido en mármol de tono crema y lámparas doradas. Me gustó especialmente la enorme bañera con hidromasaje. Pensaba mimar muy bien a mi sexy estrella allí.

—¿Isabelle? ¿Puedes venir? —preguntó Brayden desde el interior de la habitación.

—¡Voy para allá! —respondí en voz alta, corriendo hacia la puerta principal.

Había un hombre enorme junto a Brayden. Era al menos dos cabezas más alto y bastante más robusto.

—Te presento a Rick. Será tu escolta de seguridad aquí en Miami.

—Encantada de conocerte, Rick.

—Estaré por el hotel, señorita, pero no la molestaré —explicó—. Le he dado mi número al señor Clarke. Llámeme siempre que me necesite.

—De acuerdo. Gracias.

—Que pasen una buena velada y bienvenidos a Miami —añadió antes de marcharse.

En cuanto nos quedamos solos, le hice una seña de “ven aquí” con el dedo a Brayden.

—Con todas tus actuaciones, creo que mereces un poco de mimo para que estés a tope. Empezaré ahora mismo. ¿Quieres probar la bañera conmigo? Es enorme y se me ocurren muchas cosas que hacer en ella.

—Adelante, ve primero. —Sus ojos se llenaron de lujuria.

—No, ve tú. Tengo que coger algunas cosas de mi maleta —respondí.

Me miró con desconfianza, pero se dirigió al cuarto de baño.

Mis dos maletas ya estaban colocadas en un rincón, listas para ser desempacadas. Saqué un neceser y me dirigí al baño.

Brayden estaba apoyado en el lavabo, observándome atentamente.

—¿Por qué sigues vestido? Confiaba en que me estuvieras esperando desnudo —dije con aire despreocupado mientras colocaba el neceser en el lavabo.

—Deberías haberlo especificado—bromeó.

—¿De verdad? ¿Así que decir que se me ocurren muchas cosas que hacer en la bañera no te dio ninguna pista?

En lugar de responder, se colocó detrás de mí, deslizó sus manos sobre mi trasero y me mordió suavemente el hombro.

Cómo me gustaban sus caricias.

Moví las caderas con un leve contoneo mientras sacaba las velas y los aceites de baño.

—¿Qué es eso?

—Lo llamo el kit de mimos. Como he dicho, quiero asegurarme de que te relajes entre actuación y actuación. Me dijiste que no eres fan de utilizar las instalaciones del hotel porque hay demasiada gente, así que he pensado en traerte el plan de *relax* aquí directamente.

Guardó silencio, así que dirigí mi mirada hacia él en el espejo. Sus cejas estaban ligeramente alzadas, y su expresión denotaba concentración.

—Nunca nadie ha hecho algo así por mí.

—¿Qué quieres decir? Todos siempre hacen lo imposible para que las cosas salgan bien.

—Sí, pero esa es la tarea del equipo. Trabajan para mí. Su trabajo es complacerme. En cambio, tú lo haces... porque te gusta verme feliz. —Parecía sorprendido, y sentí un poco de pena por él.

Sonreí:

—Claro que me gusta. ¿Lo estoy consiguiendo?

Él me devolvió la sonrisa.

—Con creces, Isabelle. Con creces. —Inclinó la cabeza y me besó el cuello, devolviéndome la mirada a través del espejo.

—¿Los momentos de placer se consideran un esfuerzo? —pregunté, luchando por parecer seria. Sasha había insistido en que los chicos no debían esforzarse horas antes de una actuación.

—No lo sé. ¿Quieres comprobarlo? —Pronunció cada palabra contra mi piel, haciéndome estremecer.

—No, no. No quiero arriesgarme a que Sasha responda que sí —bromeé—. Además... no dijo nada de que no pudieras esforzarte esta noche.

A la mañana siguiente, Brayden se despertó antes que yo. Toda la banda se dirigió al recinto para ensayar. Como me desperté demasiado tarde, pedí que me trajeran el desayuno a la habitación. La sesión *online* de mi paciente comenzaba a las nueve. Había programado cuatro citas, con la idea de terminar justo cuando volviera Brayden para que pudiéramos almorzar juntos. Quería dedicar la tarde a mimarle... una vez más.

Ni siquiera necesitaría a Rick hasta que llegara la hora de ir al concierto, porque no pensaba salir de la *suite* antes de ese momento. Brayden tenía previsto unirse a la banda por separado y con bastante antelación, por lo que planeaba atender a tres pacientes más antes de dirigirme al espectáculo.

La mañana pasó volando. Cada vez me gustaba más realizar sesiones *online*. Resultaba más cómodo estar sola en una habitación en lugar de estar sentada en mi silla durante ocho o nueve horas al día. Otra grata sorpresa fue que algunos pacientes parecían más dispuestos a abrirse sobre lo que les abrumaba desde la comodidad de su hogar. No me lo había esperado.

—¿Crees que podríamos alternar entre sesiones presenciales y *online* cuando regreses? —preguntó Freya. Era la última paciente que atendería antes de almorzar.

—Si lo prefieres, no hay problema.

—Me lo pensaré, pero me gusta mucho esta modalidad. Además, me ahorro el tiempo de viaje.

—Estoy abierta a realizar sesiones *online* permanentes, desde luego —aseguré. En mi mente, ya estaba que bailaba de contenta. Bajaría mi tarifa, por supuesto. Quizás así *podría* acompañar a Brayden durante toda la gira. Ya estaba maquinando planes en mi mente, pero sacudí la cabeza para evitar hacerlo. Era demasiado pronto para pensar en ello. Tal vez, pasadas las tres semanas, se diera cuenta de que no le apetecía pasar tanto tiempo juntos durante toda esa experiencia.

Detestaba ese pensamiento, pero no podía descartar la posibilidad. Siempre había dicho que las giras eran un período complicado para él. Tenía algunos ases en la manga y planeaba utilizarlos... pero solo si daba pie a ello.

Cuando oí abrirse la puerta de la *suite*, corrí a su encuentro y mis ojos se abrieron de par en par. ¡*Madre mía!* Lucía tal y como la estrella internacional que era. Llevaba unos vaqueros desgastados y una camiseta de tirantes negra, y emanaba *sex appeal*. Tenía una fina capa de sudor sobre la piel y el cabello bastante alborotado.

—Espera, deja que me abanique *antes* de que me des un beso —dije, haciendo un ademán de agitar las manos alrededor de mi cara—. Desprendes tanto fuego que puedo sentir el calor desde aquí.

Sonrió:

—Vaya, hoy te has levantado con un extra de descaro.

Se acercó y me apretó contra él.

—Y tú tienes una capa extra de sudor —murmuré.

—Solo quería estar contigo después del ensayo.

—Aaay, ¿así que todo este cuerpo sexy y sudoroso es para mí?

Al instante, me besó y le correspondí con un abrazo. Resultó excitante besarnos de esa manera. Su cuerpo aún vibraba con la energía del escenario, y yo absorbía cada pizca de ella. Me inmovilizó contra la pared y me besó con tanta urgencia que gemí contra su boca.

—Mmm... —Puse morritos cuando me soltó. Sus ojos estaban llenos de vivacidad y alegría. Me encantaba lo animado que estaba mientras tocaba música, e incluso después.

—Voy a ducharme —dijo—. ¿Quieres pedir algo al servicio de habitaciones mientras tanto? Me muero de hambre.

—Claro, pero solo si me dejas mirarte cuando te duches.

Me mordió ligeramente el labio inferior.

—Eres bienvenida a acompañarme.

Negué con la cabeza, intentando no mostrar lo mucho que deseaba hacer precisamente eso. Todo mi cuerpo le deseaba. Mis pezones estaban erizados, apretados contra las copas del sujetador.

—No debes realizar esfuerzos esta tarde, ¿recuerdas?

Me miró fijamente, con ojos ardientes y decididos.

—No estoy cansado en absoluto.

—Bueno, creo que es que aún tienes la adrenalina por las nubes. Pronto caerás rendido.

—Pero mientras tanto, puedes aprovecharte de mí.

—No digas eso dos veces o te tomaré la palabra. Venga, métete en la ducha.

Pedí la comida lo más rápido que pude, sin querer perderme ni un minuto de su paso por la ducha. Observar cómo el agua empapaba todos esos músculos estaba complicando aún más mantener mis manos quietas. Sin embargo, conseguí mantener la distancia, apoyándome en el lavabo. Así, podría evitar cualquier toqueo “accidental”.

—Vamos, sabes que quieres tocarme —dijo con tono burlón.

—¡Claro que quiero! Pero tocar ese increíble culo o esa polla sería mi perdición.

Sus ojos parpadearon y entreabrió sus labios al exhalar con fuerza. Definitivamente estaba comportándose con extra de descaro, pero no pensaba actuar en consecuencia porque esa noche necesitaba contar con todas sus energías. Sin embargo, sabía que si me quedaba allí, no habría forma de que pudiera resistirme a tocar a aquel hombre tan sexy, por lo que decidí salir del baño.

Durante la comida, me preguntó por mis sesiones y le puse al día. La adrenalina de su cuerpo pareció esfumarse ante mis ojos. Después de almorzar, cayó dormido de inmediato. Sasha no estaba bromeando cuando dijo que los chicos necesitaban tiempo para recuperarse. Para ser sincera, nunca antes lo había visto dormir tan profundamente.

Y, sin embargo, yo estaba superespabilada. No quería empezar a moverme por la *suite* porque corría el riesgo de despertarle, así que abrí la aplicación Kindle de mi teléfono y leí los

tres primeros capítulos de una novela de suspense hasta que llegó la hora de despertar a Brayden.

No se había movido ni un centímetro. Seguía durmiendo en la misma posición que cuando se acostó: boca abajo, abrazado a la almohada que tenía bajo la cabeza.

Humm... Me pregunté cuán creativa podía llegar a ser con mis técnicas de reactivación. Le di pequeños besos en el bíceps izquierdo, deslizando suavemente mi boca desde el codo hasta el hombro. Comenzó a moverse. Continué explorándolo, besando sus omóplatos y descendiendo por su espalda en línea recta a lo largo de la columna vertebral. Tenía la ligera sospecha de que ya estaba despierto y se estaba burlando de mí. Me detuve en la parte baja de su espalda antes de subir la boca y volver a besar lentamente su bíceps. En ese momento, percibí el leve movimiento de sus párpados. Sin duda estaba despierto, ¡pero mantenía los ojos cerrados!

Aparté la boca, para observar su reacción. Unos segundos después, abrió los ojos. Antes de que pudiera reaccionar, me atrajo hacia él. Riéndonos, me acurruqué contra su pecho.

—Sabía que estabas despierto. ¿Por qué no has dicho nada? —pregunté.

—Estaba disfrutando de ti.

—Es hora de levantarse.

Me rodeó la cintura con el brazo para que no pudiera apartarme. Claro, como si yo hubiera querido...

—Todavía no. He puesto la alarma —dijo.

—Vaya. Entonces, mi técnica para despertarte no era necesaria en absoluto.

—Siempre es bienvenida. ¡Si es que no hay mejor manera de despertarse que esa!

—Lo tendré en cuenta.

Disfruté del calor que emanaba y de la sensación de su firme cuerpo contra mí, hasta que sonó el despertador y saltó de la cama. Al ver que llevaba calzoncillos, puse morritos. Como la sábana le cubría hasta la cintura, pensé que estaría desnudo. Olvidé que se los puso y ya había planeado deleitarme con su perfecto trasero.

—¿Qué te parece si acordamos que dormir desnudos sea la nueva norma? —pregunté.

—Por supuesto. Puedes empezar ahora mismo.

Sonreí.

—Pero no estoy durmiendo.

—No importa. Ya sabes lo que dicen sobre predicar con el ejemplo y todo eso... —Me guiñó un ojo y desapareció en el cuarto de baño. La realidad era que, después de todas nuestras provocaciones, ya no había tiempo para más travesuras. Brayden tenía un horario muy estricto. Desde que sonó el despertador hasta que salió de la habitación del hotel, solo habían pasado veinte minutos.

Estaba tan emocionada por lo de aquella noche que no pude concentrarme al cien por cien durante mis tres sesiones de la tarde. No paraba de mirar la hora.

En cuanto desconecté la última videollamada, entré en frenesí. Llevaba un conjunto que Sasha había aprobado previamente. Había insistido en que me pusiera algo que quedara bien ante las cámaras, porque seguro que nos harían fotos.

Le había dicho que me parecía bien, siempre y cuando el atuendo fuera cómodo. Así que llegamos a un acuerdo. Llevaba unos vaqueros desgastados y un top rojo con tirantes finos. El conjunto se completaba con unas bailarinas negras.

Mientras Rick me llevaba al estadio de fútbol donde se celebraba el concierto, tenía la sensación de estar viéndome en una película. Cientos de fans hacían cola ante la entrada principal mientras la seguridad los dejaba pasar poco a poco. Rick condujo hasta un *parking* situado en la parte trasera, y cuando salí del coche, el bullicio de la multitud que había en los

alrededores llenó mis oídos. Se me aceleró el corazón. Una corriente de adrenalina fluyó por mis venas, y ni siquiera era yo quien iba a subir al escenario.

Seguí a Rick a ciegas, demasiado excitada para asimilar todo lo que acontecía a mi alrededor. De hecho, me sentía como si estuviera en una misión secreta, mientras me guiaba por estrechos pasillos y subía dos tramos de escaleras.

—Esta es la zona de bastidores —dijo, señalando una enorme habitación con varias sillas y mesas pequeñas, un perchero con ropa de hombre y tres juegos de guitarras que, o bien eran de repuesto, o bien Lars cambiaba de guitarra más a menudo de lo que yo pensaba. La sala no estaba en absoluto aislada del escenario en sí, ni de la arena que lo rodeaba, así que los sonidos de la multitud eran absolutamente demenciales. Me pareció que coreaban el nombre del grupo, pero no estaba del todo segura.

Un gran número de personas se movían de un lado a otro, era una mezcla de técnicos de sonido y estilistas. También noté la presencia de Sasha. Me saludó con la mano, dando unas palmaditas en la silla que tenía al lado. Miré hacia todas partes mientras me acercaba.

—¿Ya han salido los chicos? —pregunté.

—No, están en la pequeña zona que hay entre bastidores y el escenario propiamente dicho, esa que está tapada con el telón. —Señaló a mi derecha.

—Ahora vuelvo. —De inmediato, salí corriendo en esa dirección.

—¡Que no te vea el público! —gritó.

Le hice un gesto de negación con la mano.

—Fingiré que soy técnico de sonido o algo así.

Cuanto más me acercaba a la parte delantera del escenario, más fuerte se oía la multitud. Sin embargo, no podía ver nada, porque la luz proyectada sobre el propio escenario era tan potente que la arena estaba completamente a oscuras.

Los chicos se encontraban de pie detrás del telón. El espacio era más grande de lo que parecía por la descripción de Sasha, y estaba tapado por telones en los cuatro lados, como una especie de cubículo. Lars jugueteaba con su guitarra. Harvey estaba bebiendo agua, Thomas se presionaba la nuca con los dedos a modo de masaje y Brayden me estaba mirando atentamente.

—Hostia, tío, no —dijo Lars con una sonrisa afable—. Vamos a salir dentro de treinta segundos, tortolitos. No os paséis.

—Vosotros id primero. Yo saldré enseguida —dijo Brayden.

Harvey se rió entre dientes. Lars negó con la cabeza y Thomas levantó el pulgar. En cuanto abrieron el telón, la multitud enloqueció.

Brayden acercó su boca a mi oído:

—Gracias por estar aquí. Significa mucho para mí.

Entrecerré los ojos, pellizcándole el hombro de manera juguetona.

—¡Vaya! Estoy oyendo al público gritar tu nombre.

—Me gusta más cuando tú gritas mi nombre. Cuando estás debajo de mí y estoy enterrado tan dentro de ti que ni siquiera puedes respirar, pero aun así sigues gritando mi nombre. Como si no pudieras evitarlo.

—Joder... Yo solo vengo a darte un beso de buena suerte, ¿y tú te pones en plan cachondo conmigo?

Sonrió justo antes de fundir su boca con la mía. Me besó con urgencia y percibí su estado de exaltación. Tenía el pulso acelerado.

—Un beso de buena suerte tiene que ser ardiente, Isabelle —dijo cuando se apartó, guiñándome un ojo.

Necesitaba decir la última palabra, así que le apreté el culo descaradamente antes de besarle el bíceps y comentar:

—Bueno, ve y conquista a esa multitud y quizás te ganes otro beso de la buena suerte en algún intervalo. *Quién sabe*.

Sonrió de manera pícara. Su mirada era ardiente y decidida.

—Voy a conseguir ese beso, Isabelle. Te lo aseguro.

Desapareció al otro lado del telón y los fans silbaron y gritaron su nombre. Mi pulso aún seguía acelerado por el beso, y por estar en medio de todo aquello.

Regresé junto a Sasha y, aún cuando me sentaba, supe que la adrenalina no me abandonaría en toda la noche. Era una sensación nueva para mí.

—¿Sabes? He trabajado con unas cuantas bandas a lo largo de los años, y nunca he visto nada como lo tuyo con Brayden —dijo inesperadamente.

—¿Ah, no?

—No, la conexión que tenéis es especial. Le conozco desde hace mucho tiempo. Siempre es muy cuidadoso y reservado, pero cuando está contigo, cualquiera puede ver lo feliz que es. Me alegro de que lo vuestro vaya bien. Al principio mencionó que probablemente solo estaríais juntos hasta que empezara la gira.

—Sí, pensábamos que las cosas serían así. Desconfiaba un poco de todo... esto. Todavía sigo desconfiando. Es tan agobiante pensar constantemente en la seguridad y todas esas cosas, ¿no?

Sonrió con empatía:

—No es que yo lo disfrute, créeme. Nadie lo disfruta. Simplemente nos hemos acostumbrado, y tú también lo harás con el tiempo.

Sabía que lo haría. Siempre había sido adaptable. Aún me parecía surrealista ver a Rick en una esquina y saber que me seguiría a todas partes si me movía. Pero todo eso se me olvidó cuando Brayden empezó a hablar a la multitud.

—¡Buenas noches, Miami! Esta noche tengo una sorpresa especial para vosotros. Los chicos y yo hemos escrito una canción nueva, y es la primera vez que la interpretamos. Se llama “*Say You're Mine*”. Aplaudid mientras cantamos, ¿vale?

El público empezó a aplaudir enseguida, y lo mismo hice yo. Se me puso la piel de gallina. El escenario vibraba bajo nuestros pies. El aire también parecía vibrar. No podía permanecer sentada, así que me acerqué al escenario lo máximo posible para poder ver a la banda sin que nadie, ni siquiera Brayden, me viera. Lo último que quería era distraerle.

Brayden estaba sentado al piano, como de costumbre. Tenía un micrófono delante de él. Estaba colocado de tal forma que pudieran ver su perfil desde la arena, y él pudiera seguir observando a los fans mientras cantaba.

Presenciar su actuación en directo fue como volver a verle por primera vez. Todo su cuerpo se transformaba ante mis ojos. Me resultaba imposible explicar en qué se diferenciaba de verlo en la sala de ensayos, pero era fascinante. No podía apartar la mirada de él.

Perdí noción de cuánto tiempo me quedé clavada en el sitio, pero varias canciones después, los chicos se apresuraron a volver al escenario.

—¡Necesitamos más agua! —exclamó Lars. Había visto a varios ayudantes sustituir discretamente las botellas de agua vacías en el escenario, pero no me extrañaba que necesitaran más. La noche era calurosa y húmeda, y el calor era aún más intenso bajo las luces de neón. Para mi asombro, en cuanto les entregaron las botellas de agua, se la echaron *encima*.

Brayden se rió de mi expresión.

—Ayuda a refrescarse. Y se secará en cuanto salgamos. ¡Esta noche hace un calor tremendo!

Hice un gesto de “ven aquí” con el índice.

—Te contaré un secreto: Tú estás tremendo.

Se acercó a mí, inclinándose hacia delante hasta que sus labios quedaron a la altura de los míos.

—Escribí esa primera canción para ti, Isabelle.

—¿Para mí? —susurré, completamente aturdida.

—Después de ir a tu consulta, no podía dejar de pensar en ti, así que empecé a escribirla. Es tu canción.

—¡No me lo puedo creer!

—¿Crees que merezco otro beso de la buena suerte? —Me miró la boca como si pensara reclamarla, dijera lo que dijera.

Me aclaré la garganta y miré sin disimulo a sus compañeros de banda. Tenía un plan, y más me valía que funcionara.

—Le he prometido un beso si conquistaba a toda esa multitud. ¿Cuál es el veredicto? —Miré a Brayden y a los chicos con aire divertido—. ¿Se lo merece?

Lars soltó un silbido:

—Estoy tentado de ver qué hace si le digo que no.

Brayden gruñó.

Harvey dio una palmada, entre risitas:

—Ahora yo también.

Thomas se limitó a asentir.

—Banda, dispersaos por ahí. Nos reuniremos de nuevo en el escenario —dijo Brayden con su exquisito tono barítono.

No me sorprendió que la banda siguiera esa orden sin hacer ningún comentario. El encanto de su personalidad mandona funcionaba a las mil maravillas.

Cuando los chicos se marcharon, dirigió su mirada hacia mí. No estábamos solos ni mucho menos, pero al menos no había nadie a pocos metros de nosotros.

—Consigues que haga locuras, Isabelle.

—Bueno, en realidad, esto estaba planeado —susurré—. Sabía que los echarías si te provocaba un poco.

—¿Ah, sí?

—Dijiste que los besos de buena suerte tenían que ser ardientes —dije, jugueteando con mis dedos en su hombro—. Necesitaba algo de espacio para dártelos.

Besé su mandíbula antes de rozar mis labios contra los suyos. Le provoqué solo durante unos segundos antes de que él tomara el control del beso. *¡Qué hombre tan mandón!*

Más temprano, en el hotel, me pareció que había tenido un subidón de adrenalina, pero aquello no era nada comparado con lo que sentía en ese momento. Todo su cuerpo vibraba. La intensidad de sus besos hizo que mis piernas flaquearan y se me empaparan las bragas.

Tiré de su camiseta, exigiendo más, *necesitando* más. ¿De verdad tenía que volver al escenario? En cierto modo, no quería devolvérselo al público.

—¡Bueno, bueno! No os olvidéis de respirar —gritó Lars desde algún lugar cercano, rompiendo el hechizo.

Brayden gruñó, girando su cabeza para mirarle.

—Creía que te había dicho que te fueras.

Lars sonrió:

—Tus palabras exactas fueron “dispersaos por ahí”.

No pude evitar reírme. Harvey y Thomas no estaban con Lars, así que estaba claro que se había quedado para darle el coñazo a Brayden.

—Ya. La próxima vez seré más literal.

Brayden me besó la frente antes de volver al escenario.

Mientras lo miraba, hice todo tipo de planes para después del concierto. Mi pecho se inflaba de alegría. Era mi chico. *Todo mío*.

Continué observando el espectáculo desde mi escondite. La temperatura parecía aumentar a medida que avanzaba la velada, o tal vez se debía al fervor del público.

Antes de que pudiera darme cuenta, Rick se acercó a mí para hablar de mi plan de salida. No podía irme con la banda porque iban a ser asediados por la prensa y los fans.

—Ya hay un montón de fans agolpados en la puerta trasera, así que será mejor que nos vayamos ahora mismo —dijo Rick.

Quería quedarme hasta el final, porque el concierto era fenomenal, pero comprendí que no era posible.

—De acuerdo. Vámonos.

Volvimos a atravesar el laberinto de pasillos y escaleras. Incluso aquella sección del estadio vibraba por la música y los bajos. Rick abrió la puerta del *parking* y me pidió que me quedara detrás de él.

De repente, retrocedió y volvió a cerrar la puerta.

Hizo una llamada telefónica, hablando en voz baja, pero pude captar cada palabra.

—Enviad refuerzos. Ya tenemos una gran horda de fans en la parte de atrás. —Tras colgar, se centró en mí—. Tenemos que esperar unos minutos. Los refuerzos irán por delante y harán retroceder a la multitud para despejarnos el camino.

—Vale. —Mi corazón latía más deprisa. ¿Acaso aquello era normal?

Rick volvió a hablar por teléfono. Comencé a dar unos golpecitos con el pie, cruzando los brazos sobre el pecho para contener la tentación de morderme las uñas.

No tenía ni idea de cuánto tiempo transcurrió hasta que finalmente abrió la puerta, haciendo un gesto para que lo siguiera. Me pareció una eternidad, pero estaba segura de que solo habían pasado unos minutos.

El equipo de refuerzo de Rick había creado una especie de pasillo que conducía a nuestro coche. Había barandillas metálicas móviles flanqueando los lados. El pasillo era lo bastante ancho como para que pasaran dos personas, pero los fans ejercían presión desde ambos laterales. Sus manos se extendían hasta casi tocarme. No podía oír lo que decían. Cientos de voces resonaban a nuestro alrededor, mezcladas con la música que seguía saliendo del escenario. Me pareció oír que algunos gritaban mi nombre, mientras el pulso latía fuertemente en mis oídos. El coche parecía estar muy lejos, y Rick hacía todo lo posible por protegerme, pero aun así sentí que unos dedos me rozaban el brazo, tirando de mi camiseta de tirantes, arañándome a medida que me apresuraba a pasar.

Finalmente, llegamos a nuestro Mercedes azul oscuro. Me subí de inmediato y, en cuanto Rick cerró la puerta, eché el cerrojo, llevándome una mano al pecho. Rick se sentó en el asiento del conductor y, mientras se alejaba, sentí que mi pulso se calmaba un poco, aunque seguía latiendo en mis oídos.

—¿Se encuentra bien, señorita Gallagher?

—¡Sí! Ha sido una locura. —Miré a la multitud a través de la ventanilla trasera. Todo parecía tan surrealista. Cuanta más distancia poníamos entre ellos, más a gusto me sentía.

De vuelta al hotel, me di una ducha rápida y me puse el pijama, unos pantalones de algodón y una camiseta que ponía “El café es para los perdedores, las siestas para los ganadores”. En cuanto me tumbé en la cama, el cansancio se apoderó de mí. Quería esperar a que Brayden volviera, pero no creí que pudiera mantener los ojos abiertos por tanto tiempo.

Un pitido en la mesilla de noche me sobresaltó. Cogí el teléfono y descubrí un mensaje de Brayden.

Brayden: Rick me contó lo que pasó. ¿Estás bien? Acabamos de terminar.

Isabelle: Estoy bien. Me ha dado un poco de miedo.

Brayden: Voy a compensarte esta noche.

Isabelle: No encuentro el emoji de mover las cejas, pero las estoy moviendo de arriba abajo.

No contestó, así que me puse boca abajo y me abracé a la almohada, sonriendo. Sí, había tenido miedo, pero había merecido la pena. No podía creer que estuviera tan enamorada.

Me sentía tan emocionada que no podía quedarme quieta. Volví a ponerme boca arriba, mirando al techo. Entonces recordé la norma de dormir desnuda y tiré el pijama al suelo.

Capítulo Veinticinco

Brayden

Por lo general, el día posterior a un concierto era mi momento para recargar energías, y mi manera de hacerlo era estando solo. Me gustaba quedarme en la *suite* del hotel en el que me hospedara, repasando la rutina mentalmente para el siguiente concierto y haciendo el entrenamiento que mi preparador físico había elaborado especialmente para la gira: una mezcla de movimientos que favorecían la relajación muscular.

A veces, los chicos salían a explorar la ciudad, pero a mí lo único que me interesaba era prepararme para la siguiente actuación.

Sin embargo, en ese momento solo podía pensar en Isabelle. Cuando llegué la noche anterior, ya estaba dormida y no quise despertarla. Necesitaba descansar, al igual que yo. Por suerte, ya me sentía en plena forma. Solo teníamos unas horas para nosotros antes de viajar a Orlando, y quería aprovecharlas al máximo.

Estaba durmiendo de lado, apretando aquel perfecto culo contra mi polla. Ese bonito trasero que, además, estaba desnudo. Me había estado volviendo loco desde que me había acostado.

Apartando las mantas, acaricié la parte superior de su muslo con la mano y luego su cintura. Se estremeció contra mí y no pude evitar reírme.

—He descubierto una forma fácil de despertarte —dije.

Se volvió hacia mí mientras su gesto pasaba de un bostezo a una sonrisa. Era adorable.

—Anoche me quedé dormida, ¿verdad?

—Así es. Quería despertarte, pero solo de pensarlo me sentí culpable.

—Pero ahora no te sientes culpable, a juzgar por esto. —Me agarró la polla, apretándola. Una inesperada descarga de placer atravesó mi cuerpo. Incliné las caderas hacia su mano apretada.

—Me gusta tu norma de no llevar pijama —comenté. Le di la vuelta al segundo siguiente para que mi polla presionara su vientre.

—Espera un momento, quiero coger algo del cajón —dijo.

Me moví solo lo suficiente para permitirle coger lo que necesitaba, pensando que iba a sacar un condón.

En su lugar, sacó dos pastillas.

—Mentas —dijo ella.

Mi mente se quedó en blanco.

—¿Qué...?

—Ya sabes. Para el aliento matutino. Supuse que haríamos un montón de travesuras a la hora de levantarnos y durante la siesta así que lo planeé en consecuencia.

Solo Isabelle era capaz de algo así.

—Quiero despertarme de esta manera todas las mañanas —dije.

Acaricié mi erección, haciéndome perder el hilo de mis pensamientos por un segundo.

—¿Quieres decir, con una pastilla de menta?

—No, quiero decir a tu lado. Múdate conmigo cuando volvamos a Nueva York.

Parpadeó con rapidez, apoyándose en los codos.

—Vaya. ¿Te refieres al tiempo de descanso entre gira y gira?

Mis músculos se tensaron. ¿Era esa su forma de decirme que no quería que viviéramos juntos?

—No, me refería a que fuera de forma permanente.

Se quedó boquiabierta. Os puedo asegurar que los segundos siguientes duraron un siglo.

—Vale, pero con una condición.

—Lo que tú quieras. —Mi cuerpo casi se desploma por la sensación de alivio.

—También establecemos de forma permanente la norma de no llevar pijama.

—¡Claro! Te quiero, Isabelle.

—Yo también te quiero.

La besé tan fuerte que temí magullar sus labios. Deseaba a aquella mujer. La necesitaba, y eso me gustaba. Solía ver ese tipo de vulnerabilidad como una debilidad, pero mi óptica había cambiado. Me parecía increíble. Como si formáramos parte el uno del otro, y estar juntos solo nos hiciera más fuertes.

Volvió a acariciar mi miembro, pasando el pulgar por la punta. Gimiendo, empujé las caderas hacia delante y hacia atrás, ansiando la fricción. Pero quería complacerla más. Apoyé mi peso en un antebrazo, las rodillas y las pantorrillas. Volví a besarla, esta vez despacio, saboreándola. Separé sus muslos con las piernas y bajé una mano hacia su centro. Gimió cuando las puntas de mis dedos rozaron su clítoris, pero aún no tenía pensado darle lo que quería. Deslicé los dedos por la parte interior de su muslo derecho, luego por el izquierdo, y finalmente volví a tocar su vientre, sin dejar de besarla. Percibí cómo se intensificaba su deseo por el modo en que me devolvía el beso. La complacé un poco más, acariciando su clítoris con los dedos de nuevo, esta vez ejerciendo una presión mayor. Gimió contra mi boca. Pasé dos dedos por su abertura y casi pierdo el control al sentir lo mojada que estaba. Todo su cuerpo se estremeció y se le cortó la respiración. Al instante, rompió el beso.

—Por favor, tócame más. Necesito más —susurró, mirando hacia su centro.

Apreté ligeramente su clítoris con dos dedos e Isabelle intentó cerrar los muslos, pero los mantuve abiertos.

—No. Quiero que te abras así para mí —dije.

Volví a tocarla, pero esa vez con la polla, llevando la punta desde su abertura hasta su clítoris. Su pierna derecha sufrió un espasmo.

—Eso mismo —insistí—. A mi merced. Eres mi chica, Isabelle. Quiero tocarte, complacerte y no parar de besarte.

Se pasó una mano por su pelirrojo cabello, tirando suavemente de él. Verla tan necesitada de placer y liberación no hizo más que intensificar mi deseo.

Extendió la mano hacia la mesilla y rebuscó en el cajón hasta que sacó un preservativo y se lo colocó en el pecho. Tenía los pezones erectos y la piel enrojecida. Abrió el paquete y colocó el condón sobre mi erección.

Deseaba tanto a aquella mujer que la necesidad me estaba consumiendo. Tenía los músculos tensos y la respiración agitada. Capturé su boca y nos giramos hacia un lado. Deslicé el codo por debajo de su rodilla, levantándole la pierna, y la penetré despacio, disfrutando del modo en que su cuerpo se contraía a mi alrededor.

Ella jadeó, moviendo las caderas hacia delante.

—¡Joooder! Gemí contra sus labios antes de besarla de nuevo, introduciéndome de manera aún más profunda. Mis caderas empezaron a moverse más rápido por sí solas. Ya no podía pensar, estaba actuando por instinto. Le toqué el culo y la atraje más, cambiando el ángulo para que cada vez que la penetrara también ejerciera presión sobre su clítoris.

Isabelle se volvió salvaje. Entonces, se aferró a mi hombro con fuerza, apoyándose en un codo para poder moverse con más libertad. Empujó sus caderas contra mí con desesperación. Isabelle siempre me había parecido preciosa, pero nunca tanto como cuando se transformaba así, solo para mí. Estaba completamente abierta y desinhibida, y me encantaba darle lo que

necesitaba. La piel de su cuello adquirió un tono rojizo intenso. Sabía que estaba cerca, pero tenía que darle más para que llegara al límite. Le solté la rodilla, bajé la mano y empecé a acariciarle el clítoris. Se inclinó hacia delante de placer al instante, contrayéndose a mi alrededor.

—Joder. Joder. ¡Jooo-ooder! —Se me quebró la voz. Me corrí tan fuerte que me quedé sin aliento. La oí gritar a través de mi nube de placer mientras yo sucumbía a mi propio orgasmo. Estaba tan exhausto, que incluso se me nubló la visión.

La mantuve abrazada a mí durante un rato. Quería que nos quedáramos en la cama toda la mañana, aunque lamentablemente no fuera posible. También quería estar dentro de ella todo el día, pero no podía ser.

Era tan preciosa... Estaba tumbada de lado con los ojos cerrados con su pelirroja melena cubriendo la almohada.

Le di un golpecito en el hombro, besándole el brazo.

—Lo sé, lo sé, tenemos que irnos —murmuró ella, haciendo morritos.

Atrapé su labio inferior con mi boca, lo que hizo que se sobresaltara. Sus párpados se abrieron de golpe. Soltó una risita y me apartó de un empujón. Antes de que pudiera darme cuenta, se levantó de la cama y fue corriendo hacia el baño.

—¿Qué pasa, señor? —preguntó desde la puerta—. ¿Está demasiado agotado para perseguirme?

—Yo te enseñaré lo que es perseguir. —Salí de la cama y me dirigí directo al baño. Isabelle ya estaba en la ducha. Antes de unirme a ella, me quité el preservativo.

—Te has tomado tu tiempo —bromeó. El agua caía a chorros sobre su cuerpo mientras se enjabonaba—. ¿Muy cansado por el mañanero?

Me reí, sacudiendo la cabeza.

—¡Qué va!

—Humm... Me sorprende que te quedara energía después de lo de anoche.

La inmovilicé contra los azulejos, mirándola directamente a los ojos.

—Siempre tendré energía para ti.

—Vaya, sí que sabes hacerme sentir especial.

—Porque lo eres.

—Oye, ¿lo decías en serio? ¿Eso de mudarnos juntos?

—Claro. ¿Qué te hace pensar que no?

Se encogió de hombros, sonriendo tímidamente.

—No lo sé. Quizás solo querías tener un rato de sexo...

Me incliné más hacia ella, tragando un bocado de agua caliente cuando, a continuación, hablé.

—Estabas desnuda.

Ella sonrió.

—Bueno, eso es verdad. Por cierto, me siento obligada a decirte que soy bastante desordenada.

—Cariño, ¿crees que no me he dado cuenta? Las veces que he estado en tu apartamento, parecía como si alguien hubiera saqueado el lugar.

Isabelle abrió ampliamente la boca:

—Dime que *no* has dicho eso.

—Dicho está.

—Bueno, es verdad, así que no puedo contradecirte.

—Pero te gustaría.

—Sí. No sé por qué. Me siento muy peleona esta mañana.

Cerré el grifo y le besé la frente.

—Siempre lo eres. Me encanta eso de ti.

Cuando salimos de la ducha, caí en la realidad. La observé mientras secaba su pelirroja melena con una toalla y se envolvía en otra.

Me puse un albornoz y me apoyé en el lavabo.

—Isabelle, con respecto a lo de anoche, a la salida del concierto. ¿Te encuentras bien? Rick me contó que fue bastante intenso.

—Fue una locura, la verdad, pero mereció la pena. Verte actuar fue... increíble.

—Me alegro de que lo disfrutaras. ¿Alguien te dio algún problema? Rick dijo que no, pero sé que ni los mejores tipos de seguridad pueden abarcarlo todo.

Hizo un gesto de negación con la mano, pero desvió la mirada:

—Salió todo bien, de verdad. No fue para tanto.

Su lenguaje corporal decía exactamente lo contrario. Tenía los hombros encorvados y se estaba mordiendo el labio inferior. No me gustaba que no lo compartiera todo conmigo, ni eso ni el hecho de que hubiera renunciado a los *tours*. Pero respeté su voluntad y decidí no insistir de nuevo.

Pensaba volver a sacar el tema más tarde, pero no tuve ocasión.

Apenas tuvimos tiempo de respirar durante el resto de la mañana. Sasha llamó a la puerta mientras yo hacía mi rutina de ejercicios para los días libres y nos detalló a los dos el itinerario.

Un autobús nos recogería a las once. Como Orlando estaba a solo tres horas y media en autobús de Miami, no tenía sentido volar.

Sin embargo, a las once menos diez, Sasha apareció en mi *suite*, junto con los chicos.

—Tenemos un problema. Se ha filtrado el nombre del hotel de Orlando. Ya hay hordas de fans delante.

—¿Cómo es posible que haya ocurrido eso? —preguntó Lars.

Se pasó una mano por el pelo, encogiéndose de hombros:

—Lo ha filtrado Lilian. Está por todos lados en las cuentas de Facebook e Instagram de su mejor amiga.

Miré fijamente a Sasha.

—Esto es una locura. Lilian firmó un acuerdo de confidencialidad.

—Sí, pero ha sido su *amiga* quien lo ha filtrado, así que buena suerte demostrando que lo ha hecho Lilian.

Me importaba una mierda tener que demostrar nada. Ya me ocuparía de Lilian más tarde. Teníamos suficiente peso en la industria musical para asegurarnos de que no volviera a trabajar como promotora.

—Voy a buscar otro hotel —dijo Sasha—. Ahora, subamos al autobús, yo me encargaré de resolverlo todo por el camino.

Capítulo Veintiséis

Isabelle

En mi humilde opinión, Sasha era merecedora de un gran aumento. No solo encontró un nuevo hotel en Orlando, sino que manejó la primera etapa de la gira de manera excepcional. El problema de Orlando no fue algo puntual. Se filtraron varias ubicaciones de otros hoteles, pero ella lo gestionó con mucha solvencia.

Decir que las giras eran una locura era quedarse corta. Fue mucho más que eso. Sus fans eran apasionados, lo que resultaba estupendo para sus ventas. Los ejecutivos de la discográfica llamaron tras la primera semana de gira, para comunicarles que el álbum había alcanzado el disco de platino.

La única pega respecto a la pasión de sus fans era que, lógicamente, teníamos que estar confinados en el hotel, sin importar la ciudad en la que estuviéramos.

—Creo que mi kit de mimos me ha salvado la vida —bromeé al aterrizar en el aeropuerto de La Guardia, una vez terminada la primera etapa de la gira. Bueno, casi, solo quedaba un *show* más. Esa noche darían un concierto en Nueva York, en el Hammerstein Ballroom de la calle treinta y cuatro—. Imagínate lo que sería estar atrapados en la habitación del hotel sin mi kit. ¿Qué habríamos hecho?

Brayden movió las cejas.

—Bueno, tengo un repertorio de ideas geniales ya lo sabes. ¿Estás contenta de haber regresado a Nueva York?

—Me gusta estar en casa. Echaba de menos a mis hermanos y, ya sabes... disfrutar de mi propio espacio. ¿Cuántos días crees que tendremos que pasar en el hotel? —Me quedé un tanto perpleja cuando Sasha propuso la idea de hospedarnos en un hotel al llegar a Nueva York, ya que las inmediaciones de los apartamentos de los chicos y la casa de campo estarían abarrotadas de fans antes del concierto. Le sugerí a Brayden que también podíamos quedarnos en mi casa, o incluso en la de Josie, pero dijo que los *paparazzi* eran persistentes y no quería poner en riesgo a mi familia.

—Creo que solo será por esta noche y mañana. Estás harta de los hoteles, ¿no?

—No, me gusta la comodidad de tener servicio de habitaciones y equipos de limpieza durante las veinticuatro horas del día, pero evitar a los fans es un poco agobiante.

Brayden me miraba atentamente, como si estuviera intentando descifrar si había algo más en mis palabras. Vale, le estaba restando un poco de importancia a todo. Era agotador y, a veces, francamente aterrador, pero podía soportarlo si eso significaba que iba a estar con Brayden. Tampoco era para tanto. Solía ser partidaria de poner las cosas sobre la mesa y discutirlo todo hasta que no quedara nada por decir, pero Brayden ya tenía bastante con los conciertos.

Nos sentamos en el asiento trasero del BMW. Paul conducía. Los de seguridad iban en otro coche detrás de nosotros; Lars, Harvey y Thomas iban en un tercer coche. No esperábamos toparnos con ningún problema en el hotel de Nueva York, ya que la prensa y los fans probablemente acamparían frente a los apartamentos de los chicos, pero no estaba de más estar preparados.

—¿Qué tal ha ido? —preguntó Paul. A continuación, Brayden le contó un poco sobre la gira.

Llegamos al hotel casi una hora más tarde. Dejé escapar un gruñido de frustración mientras observaba por la ventanilla.

—¿Esos son fans? —pregunté. Tenían que serlo. Había un centenar de personas agolpadas frente a la entrada.

—Joder —dijo Brayden—. Da la vuelta.

—Ya no se puede —respondió Paul. Parecía desesperado. Los fans ya habían visto el coche y lo estaban rodeando. Mi corazón latía con fuerza. Brayden envió inmediatamente un mensaje a los chicos para informarles de lo que estaba pasando.

—¿Por qué no están los de seguridad detrás de nosotros?! —exclamó.

—Están a unos metros —respondió Paul—. Los vi antes de que la gente se nos echara encima.

—Entonces nos quedamos en el coche, ¿no? ¿Hasta que se despeje la multitud? —pregunté.

Brayden asintió, entrelazando sus dedos con los míos.

—Sí. Sasha ya está hablando con la seguridad del hotel.

No pareció ocurrir nada durante unos minutos, pero afortunadamente, la multitud se dispersó y los empleados del hotel se abrieron paso hasta nosotros. Crearon una especie de pasillo desde el coche hasta la entrada principal, pero lo único que nos separaba de los enfervorizados fans era una cuerda negra. Por fortuna, habían dispuesto personal de seguridad cada pocos metros a lo largo del pasillo, así que eso era de agradecer.

—Vale, no creo que el hotel pueda hacer mucho más que esto —dijo Paul.

—¿Lista para salir? —preguntó Brayden.

—Sí, vamos.

El hotel se erigía en un enorme edificio. Frente a la entrada, destacaba un gran arco de madera que se extendía varios metros por delante de las puertas. Sostenido por postes de madera, una cuerda negra se interponía, hábilmente dispuesta para frenar el acceso de los seguidores. La propia seguridad del hotel estaba apostada a lo largo de la cuerda; conté seis hombres a cada lado. Los gritos de la gente eran ensordecedores.

—Sigue avanzando —susurró Brayden en mi oído.

—¡Solo un autógrafo, por favor...!

—¡Y una foto...!

—¿Puedes firmar aquí, en mi brazo? ¿Aquí mismo?

Las voces llegaban de todas partes. La multitud empujaba al equipo de seguridad hacia nosotros, presionando contra los postes de madera y la cuerda. Mantuve la vista fija en la entrada. Solo nos quedaban unos metros. Íbamos a...

Se oyó un fuerte crujido. Eché un vistazo a mi alrededor en busca del origen del ruido. Varios fans habían traspasado la cuerda. ¿Acaso la habían cortado?

Pero pensé que una cuerda no hacía ese sonido al cortarse. Más bien había sido como un chasquido.

Un segundo chasquido cortó el aire, y uno de los postes de madera se desprendió de la estructura superior. Le siguió otro detrás de él.

—¡Alejaos! —gritó uno de los guardias—. ¡El arco está inestable!

Por un instante, la multitud quedó inmovilizada, pero un tercer y cuarto crujido desencadenaron un movimiento frenético. No me detuve a comprobar si más postes se desprendían. Brayden me rodeó la cintura con firmeza y avanzó velozmente.

Brayden

Quería protegerla a toda costa. Era más pequeña que yo, debía encargarme de que todo saliera bien. Solo tenía que asegurarme de que no nos quedáramos atrás; el arco se nos estaba cayendo encima. Agaché la cabeza, pero me golpeó en el hombro derecho. Isabelle gritó. Su hombro también se llevó la peor parte.

—¡Lo tengo! ¡Ayudadme a mantenerlo así hasta que todos estén dentro! —gritó alguien. Noté que el arco parecía suspendido momentáneamente, pero se encontraba en un ángulo peligroso. Era cuestión de minutos que otro poste de madera cediera.

—¡Vamos! ¡Vamos! —dije en voz alta.

Chas. Chas. Chas. Estábamos a escasos metros de la entrada, y no podía ver lo que ocurría detrás de nosotros. Varias personas gritaron. Empujé a Isabelle con todas mis fuerzas, lanzándola hacia el interior del hotel. Acto seguido, entré yo también, corriendo a toda velocidad.

—Joder. ¿Estáis todos bien? —pregunté. Mis ojos se clavaron en Isabelle. Había caído al suelo, pero parecía ilesa, o casi: estaba agarrándose el hombro derecho y el tobillo. Mientras la miraba, me percaté del dolor que sentía en el hombro. La ayudé a ponerse en pie, e hizo un gesto de dolor al pisar.

Entonces, observé la escena. Fuera del hotel, el equipo de seguridad había bajado el arco completamente hasta el suelo. Por fortuna, ninguno de ellos parecía herido. Al volver a mirar a Isabelle, advertí por primera vez que tenía un corte en el omóplato. Estaba sangrando.

—Hostia, estás herida, cariño —dije.

Ella asintió, acercándose para revisar mi propio hombro.

—Tienes un rasguño. No creo que sea profundo. —Su voz era temblorosa. Continuó tocándome el brazo y la espalda, como si quisiera volver a comprobar que estaba entero. Joder, me entraron ganas de abrazarla con todas mis fuerzas, pero antes quería que la examinara un médico. Su coleta estaba deshecha, colgando a la altura de su cuello.

Un empleado de recepción se acercó a nosotros, disculpándose por el problema con la seguridad del lugar y conduciéndonos al ascensor.

—Necesitamos un médico —dije.

—Ya hay uno en camino.

No dejaba de revisar el corte del hombro de Isabelle en el ascensor. Estaba en carne viva y aún rezumaba sangre.

Al llegar a la última planta, las puertas se abrieron y, otro empleado del hotel, Fred, nos condujo a una *suite*, disculpándose unas cuantas veces más. Nos sentamos en el sofá de cuero que había en el salón.

—¿Cómo están los chicos? ¿Y Sasha? —preguntó Isabelle.

—Están esperando a que se disipe la multitud.

—¿Entonces, están todos bien?

No podía creer que se preocupara por los demás cuando ella misma estaba herida.

—Sí, están bien. ¿Cómo está tu tobillo?

—Me duele. No puedo pisar del todo bien.

Fred parecía cada vez más nervioso. Cuando sonó el timbre, una expresión de alivio se dibujó en su rostro.

Antes de retirarse, invitó a pasar a aquel hombre de mayor edad.

—Soy el Doctor Stanhill. ¿A quién debería ver primero?

—¿Isabelle? —pregunté.

Ella asintió.

—¿Hay un dormitorio aquí? Será más cómodo —preguntó el médico. Era la primera vez que veía a uno sin bata blanca y, por alguna razón, me desconcertó. Llevaba un enorme maletín de cuero negro. Me agradó su actitud seria.

Isabelle estaba callada. Mantuve su mano derecha en mi regazo, acariciándola. Ella asintió, haciendo una mueca de dolor cuando se levantó. El pelo le había rozado la herida del hombro y caminaba cojeando. Me sentía totalmente culpable por haberla llevado a la gira. Había sido un maldito egoísta, deseaba tanto que me acompañara que no me detuve a pensar en todo a lo que la estaba exponiendo.

—Espera —murmuré, apartándole la coleta a un lado para que no volviera a tocar el corte como antes. Quería palpar cada centímetro de ella para asegurarme de que no se había hecho daño en ningún lugar que no fuera visible.

Coloqué una mano en la parte baja de su espalda y la conduje al dormitorio. Se sentó al borde de la cama de matrimonio. Yo permanecí de pie a su lado, con los pies bien separados, observándola.

—Vamos a echarle un vistazo al omóplato —dijo de repente el médico cuando se acercó—. Muy bien. Hay que desinfectar la herida y darle unos puntos de sutura. ¿Siente dolor en algún otro lugar?

—Sí, en mi tobillo.

Lo inspeccionó cuidadosamente, flexionándolo varias veces.

—Es un esguince, nada grave.

—Vale —dijo Isabelle.

—Hay algunos arañazos en sus brazos, pero no parecen recientes.

—Ah sí, creo que me los hice la otra noche —dijo despreocupada, evitando mi mirada.

¿Qué coño...?

—¿De qué? —pregunté.

—Anoche, cuando salí del recinto después del concierto, los fans no paraban de extender sus manos para saludarme. No es para tanto. Ni siquiera se ven —dijo.

Eso no era un detalle menor. En absoluto.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—No lo sé, sucedió un par de veces, incluso en Miami.

—Son muy leves, pero mi trabajo es comprobarlo todo —dijo el Dr. Stanhill—. Voy a aplicarle un gel anestésico en la herida del omóplato. Luego la limpiaré con agua estéril antes de suturar. Sentirá una ligera molestia cuando le aplique el gel, pero después no sentirá dolor alguno.

Isabelle empuñó la cubierta de color verde oscuro en cuanto el Dr. Stanhill le untó el gel. Me senté a su lado, cubriendo su mano con la mía. Nunca la había visto tan frágil y vulnerable. Mi fuerte y luchadora mujer. Ni siquiera se inmutó mientras el médico la cosía, así que el gel estaba surtiendo efecto.

—Bien, ya está —le dijo el Dr. Stanhill a Isabelle. Centrándose en mí, añadió—: Vamos a revisar tus heridas.

—Claro —respondí—. Cariño, puedes salir si quieres.

—Me gustaría quedarme aquí.

—De acuerdo.

Me quité la camisa y el Dr. Stanhill inspeccionó mis omóplatos, presionando sobre ciertas zonas. Algunas estaban doloridas, pero otras no.

—No hay heridas abiertas, eso es positivo, ya que no hay que suturar.

—Esta noche tengo un concierto. Tocaré el piano. ¿Puede darme algo para el dolor?

—Con ibuprofeno estará bien, aunque, mi opinión profesional es que hoy no debería actuar.

—Descansaré mañana —aseguré.

Apretó los labios, pero no insistió, se limitó a darme un ibuprofeno de su maletín.

De repente, el sonido de una puerta que se abría resonó en el salón, y en ese instante, Lars preguntó:

—¿Hay alguien aquí?

—¡Sí! —dije en voz alta. Isabelle y yo volvimos al salón, acompañando al médico a la puerta.

—¿Cómo estáis? —preguntó Lars.

—Estamos bien —dijo Isabelle.

Le miró el hombro a ella y luego dirigió su mirada hacia mí.

—Vale, entonces todos tenemos que descansar un poco. Creo que han mezclado las habitaciones. Han traído mi equipaje aquí. Esperad un momento.

Volvió a salir al pasillo y regresó unos minutos después.

—El botones me ha dicho que han llevado vuestro equipaje a la habitación dos mil doscientos uno.

—Gracias —dijo Isabelle.

Necesitaba estar a solas con ella. Quería saber por qué no me había contado todo lo de la noche anterior, o todas las otras veces que los fans la habían acosado. También quería que, de una vez por todas, me dijera cómo se sentía realmente. No iba a permitir que se librara de nuevo. Se quitó la goma del pelo y lo apartó hacia un lado.

Lars extrajo su teléfono, se aproximó a Isabelle y alzó el dispositivo para capturar un *selfie*.

—Vamos, Isabelle. Ahora tienes tu propio club de gente guay. Eres la única a la que le han dado puntos.

—No es gracioso —dije, y empecé a deambular por la habitación—. Me lo temía. No debería haberte pedido que vinieras a la gira —dije casi como un reproche hacia mí mismo.

—¿Por qué no? —preguntó Isabelle.

—Venga, tío, no seas aguafiestas —dijo Lars.

—¡Lars! —bramé—. No intentes hacerte el gracioso.

—No es que lo intente. Para mí es natural, pero ¿sabes qué? Me iré a mi dormitorio. Vosotros, tortolitos, arreglad lo que tengáis que arreglar. —Levantando las manos en señal de rendición, retrocedió en dirección al dormitorio y cerró la puerta.

—¿Lista para ir a nuestra habitación? —pregunté, mientras miraba a Isabelle.

Ella no se movió del sofá.

—No. ¿Qué has querido decir con que no deberías haberme pedido que viniera a la gira?

Fruncí el ceño, mirándola a los ojos:

—Fue egoísta. Tenía demasiadas ganas de estar contigo. No pensé en todos los riesgos que implicaba.

—Sí, lo hiciste. Por eso me conseguiste un guardaespaldas y todo lo demás.

—No fue suficiente, esto no debería haber ocurrido. Los puntos, tu tobillo, el acoso de los fans. Y todo lo de las otras noches no me habías contado.

Ella agitó la mano en un intento por tranquilizarme.

—No te preocupes por eso.

—No hagas esto. No intentes calmarme. Llevas semanas haciéndolo y es desesperante.

Sus ojos se abrieron de par en par y soltó mi mano.

—No he estado tratando de calmarte.

Me senté a su lado en el sofá. Ella no paraba de jugar con sus pulgares sobre su regazo.

—Es que no me gusta hacer de todo un problema.

—No es que estoy haciendo un problema de todo, son cosas importantes. Cuando empezamos a salir... en realidad antes incluso de empezar, me dijiste que te encantaba tener libertad absoluta, que no podías imaginar vivir con las restricciones que yo vivo. Así que no me digas que estas son cuestiones menores para ti.

Dejó de jugar con sus pulgares y me dedicó una pequeña sonrisa.

—Soy una persona adaptable. Sé que no es un mundo ideal, pero estoy aprendiendo a desenvolverme él. Sí, admito que los fans dan un poco de miedo. Hoy me han dado mucho miedo, pero tú ya me has explicado que a veces los fans son demasiado efusivos. Me acostumbraré.

—Tengo miedo de que no lo hagas —solté, sorprendiéndome a mí mismo. Ni siquiera era consciente de que tuviera ese temor, pero una vez pronunciadas esas palabras, supe que eran ciertas. Y no podía parar—. Tengo miedo de que te sientas frustrada con todo, incluso conmigo. Que te sientas enjaulada y que al final acabes marchándote.

Isabelle se quedó helada.

—Eso no va a ocurrir.

—¿Cómo puedes saberlo?

—Porque sé lo que siento por ti. Y esos sentimientos no van a desaparecer solo porque las cosas no vayan bien. —Se alejó un poco más—. Hace no mucho me pediste que me fuera a vivir contigo. —Su voz se entrecortó al pronunciar las últimas palabras.

—Quiero que lo hagas. Te quiero.

—Y yo también. Con toda mi alma. Entonces, ¿por qué cuestionas mis sentimientos?

—No es lo que pretendía.

Ella se puso en pie y se cruzó de brazos:

—Dices que no estás seguro de si te seguiré queriendo más adelante. O que me voy a hartar porque tengo que cambiar algunas cosas en mi vida.

Tragué saliva. ¿Era así como habían salido mis palabras?

—Maldita sea. Sí. Supongo que eso es lo que estoy diciendo.

Se transformó delante de mí. Sus ojos echaron fuego. Se enderezó y pasó una mano por su cabello de manera tal que quedó con un aspecto salvaje. Mi leona.

—Creo... Creo que te he demostrado de todas las formas posibles lo mucho que me importas. Si eso no basta para convencerte, no sé qué más decir. O hacer. —Fruunció el ceño y giró la cabeza para mirar hacia la puerta—. En realidad, ya sé lo que voy a hacer. Voy a echarme una larga siesta en nuestra habitación. Sola. Ya sabes dónde encontrarme cuando estés dispuesto a hablar. Pero si vuelves a cuestionar mis sentimientos, *entonces* vamos a tener un gran problema.

—Isabelle...

—Nada de Isabelle. Ha sido un día largo y no quiero discutir.

Estaba en modo pelea. Joder, yo también había estado en modo pelea todo el día, pero no con ella, sino conmigo mismo, y no tenía ni idea de cómo resolverlo.

—Me voy a nuestra *suite*. —Cogió una tarjeta llave del recibidor antes de salir de la habitación.

Volví a sentarme en el sofá, sorprendido por su sentido de la lealtad y su respuesta.
Lars salió del dormitorio.

—Tío, ¿qué coño ha sido eso?

Capítulo Veintisiete

Isabelle

Mis hermanos siempre decían que era un poco impulsiva cuando recibía un golpe inesperado. Normalmente me calmaba después de tener tiempo para procesarlo, pero luego de entrar la *suite*, empecé a crisparme cada vez más.

Ya no me sentía cansada y, de todos modos, no creía que pudiera dormir. Me gustaba dar largos paseos para despejarme, pero no quería arriesgarme a salir del hotel. Además, aún me dolía el tobillo, así que hubiera tenido que cojear.

Mis ojos ardían a causa de las lágrimas. Las sequé con el dorso de la mano mientras me arrojaba sobre la cama con las piernas bien extendidas y completamente vestida.

“Que al final acabes marchándote”.

Sus palabras resonaban en mi mente, provocando más lágrimas.

No, no iba a centrarme en lo que había dicho.

Recordé que Jana y Donna comentaron que se había alejado de su familia tras el incidente con los fans en Blue Falls. En el fondo, sabía que solo estaba reaccionando por miedo. Combinado con la forma en que había terminado su última relación, la creencia de que las cosas no podían durar seguía presente, atormentándole. Como psicóloga, ya había visto eso en otras personas. Pero Brayden no era un paciente, era el hombre al que amaba, y no podía juzgar las cosas de manera racional como hacía con ellos.

Eché un vistazo a la habitación, buscando algo con lo que distraerme. La *suite* era elegante, con suelos enmoquetados y gruesas cortinas de un sofisticado tono rojo oscuro. La enorme cama tenía cuatro postes de madera negra, como el resto del mobiliario.

Necesitaba *hacer* algo. No podía quedarme allí sentada.

Luego, inspeccioné el minibar. Estaba escasamente surtido para un hotel tan lujoso: básicamente había M&M's y golosinas similares, un paquete de almendras y algunos frutos secos.

Cerré la puerta del minibar, suspirando. Al lado, había un armario con albornoces y una bolsa de color crema con rayas burdeos para el *spa*. ¡Esa era una zona del hotel que podía explorar! Recordé que el empleado del hotel había comentado que tenían una sección especial del *spa* en la planta para huéspedes VIP, y que nadie tendría acceso a ella durante nuestra estancia. Solo la banda y quienes trabajaban para ellos podían acceder.

Me puse rápidamente unos cómodos pantalones cortos y una camiseta de tirantes, y me eché el albornoz por encima. Equipada con el bolso del hotel y mi teléfono, me dirigí al *spa*. Sentía un gran pesar en mi corazón. Estuve a punto de ir a la *suite* de Lars, pero ¿de qué serviría?

Me angustiaba hablar del tema. Todavía no estaba lista para hacerlo.

La zona del *spa* estaba completamente vacía, tal y como esperaba. Tenía varias saunas e incluso una pequeña piscina, pero no tenía bikini y, de todos modos, no podía nadar con el omóplato lesionado y los puntos. Tampoco podía ir a las saunas.

Sin embargo, el mero hecho de estar allí me ayudó a relajarme. La combinación de colores —tonos beige y marrón, imitando la piedra natural— tuvo un efecto tranquilizador en mí. Había helechos y ficus en todos los rincones.

Descubrí un espacio con tumbonas rodeadas de grandes ventanales. Dada nuestra elevada ubicación sobre la ciudad, la vista a través de la ventana se limitaba al extenso y despejado cielo azul. En uno de los rincones, había una mesa con fruta y un surtido de té.

Me recosté en una de las tumbonas, disfrutando del agradable contacto del precioso cojín de cuero contra mi piel.

Sin embargo, el silencio me resultaba angustiante. Para alguien que había crecido con tres hermanos, los momentos de silencio eran inusuales. Incluso en la universidad, me había encantado vivir en un piso compartido porque siempre pasaba algo.

Saqué el móvil y envié un mensaje a cada uno de mis hermanos por separado, y también a Josie, preguntándoles si tenían tiempo para hablar; no envié el mensaje al grupo directamente porque no quería alarmarles. Era sábado por la tarde, así que mis hermanos probablemente estarían de paseo por la ciudad, y era de suponer que Josie se reuniría con Tess, pero a lo mejor alguno de ellos podría disponer de unos minutos.

No respondió nadie. Hice pucheros y me quedé mirando la pantalla.

Tres minutos después, llamó Dylan. *¡Bieven!*

Estaba usando la cámara, así que contesté también con la opción de vídeo. Para mi sorpresa, Josie e Ian ya se encontraban en la llamada, todos con sus cámaras.

—¿Qué hacéis todos en la llamada? —pregunté.

—Es que cuando recibí tu mensaje, contacté a los demás para ver si también habían recibido noticias tuyas. Había algo raro en el mensaje: no incluías ningún emoji, pero utilizaste tres signos de exclamación —dijo Josie.

Ian asintió.

—Así que, obviamente, al percatarnos de que nos habías enviado mensajes a los tres, asumimos que algo serio había pasado.

—Más que nada porque no enviaste ningún mensaje al grupo. Normalmente, solo envías mensajes individuales cuando prefieres que no nos preocupemos —añadió Dylan.

Me quedé boquiabierta.

—¡Vaya!

—Puede que tú seas la psicóloga de la familia, pero nosotros somos tus hermanos —dijo Josie. Estaba sola en una habitación que reconocí como el dormitorio de Tess. Ian parecía estar en un rincón oscuro de un restaurante o una cafetería. Había un coro de voces de fondo. Dylan estaba en su despacho. Aun así, todos me habían llamado.

Aaay, mis hermanos me querían tanto... Aquello fue muy bonito, y exactamente lo que necesitaba.

—Has estado llorando —dijo Josie con voz consternada.

Ian hizo un gesto de preocupación.

—Jo, pues yo no sé cómo lidiar con las lágrimas.

—¿Quién es el responsable? Solo necesito un nombre —dijo Dylan, haciéndome reír. Aunque sabía que, en realidad, no estaba bromeando.

—Ha sido un día largo. Tuvimos un incidente con unos fans en el hotel —comencé, preguntándome si debía contarles toda la historia. Estaba cien por cien segura de que se preocuparían mucho, pero no podía ocultárselo, no estaba en mi naturaleza. Me gustaba contarles todo y dejar que se inmiscuyeran en mis asuntos para que me dieran su opinión. Traté de restarle importancia al asunto, haciéndolo parecer un incidente menor. Sin embargo, en el momento en que mencioné las suturas y el esguince de tobillo, se percataron de mi intento de minimizar la situación.

—¿Te has hecho mucho daño? —preguntó Dylan.

—No es nada grave. Mirad, os lo enseñaré. —Me quité el albornoz, acomodé el tirante de mi top para que no me tapara el omóplato y sostuve la cámara para que pudieran ver la herida.

—Vale, no está tan mal —aceptó Josie.

Mis hermanos no dijeron nada, evidenciando el gen sobreprotector en los miembros masculinos de mi familia.

—¿Quieres que vayamos al hotel? —preguntó Dylan.

—No, ni se os ocurra venir —afirmé con fiereza. No sería prudente, considerando la presencia de los fans reunidos en los alrededores del hotel. Volví a enfocar la cámara hacia mi cara, mordiéndome el labio inferior, sintiéndome insegura sobre cómo relatar lo que había sucedido después.

—Pero hay algo más que eso —mencionó Dylan, inclinándose en la silla del despacho mientras fruncía el ceño.

—Últimamente, tus habilidades deductivas me están asustando —dijo Ian.

Josie no pronunció palabra, se limitó a observarme con atención.

—En fin... después de que el médico se marchara, Brayden empezó a decir cosas como que no debería haberme traído con él a la gira y que todo esto iba a ser demasiado para mí en algún momento. Insinuó que me sentiría atrapada y que querría escapar, y que con el tiempo lo dejaría. Lo cual es absolutamente falso. Yo lo quiero.

—Pero en un momento dado, le dijiste que no creías que vuestros estilos de vida fueran compatibles —comentó Josie con serenidad—. No me parece tan descabellado que se preocupe por eso.

Dylan guardó silencio por un momento, pero noté que era simplemente porque estaba buscando las palabras adecuadas.

—Bueno, yo, que fui rechazado por mi novia porque sus sentimientos hacia mí habían cambiado, no puedo decir que no entienda su perspectiva.

No podía creer que se hubiera puesto a sí mismo como ejemplo. Sabía lo difícil que era para él hablar de ese tema. Se me encogió el corazón por mi hermano.

Ian levantó una ceja:

—No soy un experto, pero lo vuestro no tiene sentido. Dylan, ésta no es la misma situación. Isabelle se mostraba reacia al principio, pero ya nos ha dicho que las cosas no son tan difíciles como pensaba. Entonces, ¿cuál es el problema?

Dylan se rió:

—Desearía que el mundo fuera tan claro como lo ves, hermano. Lina...

—Ella no rompió contigo simplemente porque sus sentimientos cambiaron, ¿vale? Ni por nada que tú hicieras. Se estaba acostando con un compañero de trabajo —dijo Ian, levantando una mano en señal de disgusto.

Jadeé, deslizándome hacia abajo en la tumbona. Josie se tapó la boca, perpleja. Estaba segura de que Ian se había guardado algo cuando Dylan se había abierto durante aquel desayuno, pero nunca imaginó que fuera algo tan fuerte.

Ian cerró los ojos por un instante:

—Lo siento. No quería soltar eso —dijo.

Dylan permaneció en silencio durante un lapso tan prolongado que prácticamente podía sentir cómo se encerraba de manera más profunda en su coraza emocional.

—¿Cómo lo sabes? —acabó preguntando Dylan.

—No importa —respondió Ian, mirándome a la cámara. Bajó ligeramente la vista, probablemente para dirigirla hacia Josie en su pantalla. Eso, entre nosotros, era señal de “Ayúdame”. Ian se caracterizaba por su nulo tacto, pero esa vez no sabía cómo ayudarlo.

—¡Sí, claro que importa! —exclamó Dylan.

—Su hermana se lo mencionó a un amigo en común y... —Ian se encogió de hombros.

La expresión de Dylan se volvió más sombría.

—Centrémonos en Isabelle. La llamada es por ella.

Quería alcanzarlo a través del teléfono y abrazarlo con todas mis fuerzas.

—Isabelle, éste es un periodo duro para vosotros. La atención de la prensa y de los fans es abrumadora, y creo que, a fin de cuentas, él solo está intentando protegeros —dijo Josie, y luego añadió—: No has cambiado de opinión sobre él... ¿verdad?

—No, para nada. Le quiero aún más. —El grito de júbilo colectivo de mis hermanos casi me hace reír. *Bueno, el pastel ya se había descubierto.*

—Entonces, sé valiente, hermanita. Ponte las pilas y haz feliz a Brayden —dijo Josie. Eso sí que nos hizo reír a todos.

Charlamos un poco más sobre Sophie y nos pusimos al día de todo lo ocurrido desde que me había ido. No obstante, noté que Dylan no aportó nada, mientras que Ian no dijo palabra alguna desde su disculpa, lo cual probablemente era lo más acertado.

—Gracias por la llamada, chicos. No quiero entreteneros más —dije.

—¿Estás segura? —preguntó Dylan.

Asentí y, tras despedirse, se desconectó enseguida. Josie e Ian se quedaron. Siempre había agradecido que se nos diera muy bien la comunicación no verbal, pero nunca tanto como en ese momento.

Me levanté de la tumbona porque no podía seguir echada; solía razonar mejor cuando estaba en movimiento. Me dirigí hasta la mesa de aperitivos, con la esperanza de que algo delicioso hubiera aparecido por arte de magia. Pero no, solo encontré manzanas y nueces, igual que antes.

—¡Ian, por el amor de Dios! —exclamó Josie.

—Bueno... ¿Cuánto tiempo creéis que va a estar enfadado conmigo? —preguntó Ian.

—Por un tiempo... —respondí—. Un buen tiempo. Humm... Josie, creo que Dylan necesita un poco de amor fraternal.

—Totalmente. Iré a visitarle con Sophie. Parece que ella tiene el don de animarle.

—Bueno, es pequeñita y rosadita, y cuando sonríe, todo el mundo se derrite. Incluido Dylan. —Me apoyé en una ventana, disfrutando de la sensación de frescor en la nuca.

—Supongo que hoy debería dejarle tranquilo —dijo Ian, frunciendo el ceño. Los sonidos de fondo eran cada vez más fuertes. Yo también quería consolarle, pero antes de que pudiera decir nada, añadió—: Voy a colgar. Ha entrado un grupo grande y apenas os oigo.

Se desconectó enseguida. Solo quedábamos mi hermana y yo.

—Isabelle, me ocuparé de nuestros hermanos, no te agobies por ello, ¿vale? Ya tienes bastante de qué preocuparte.

—Lo sé, pero no me gusta verlos así.

—Te prometo que, de alguna manera, lo resolveré. ¿Cómo lo llevas? ¿Qué vas a hacer?

—Quiero hablar con él. Tú ocúpate de nuestros hermanos —dije.

—Lo haré. Buena suerte.

—Gracias, realmente la necesito.

—Hermana, puedes resolver cualquier cosa. Eres la hostia. Y eres la única persona que conozco que no recurre a la comida para animarse cuando se siente mal.

¿Debía confesar que me estaba comiendo una manzana solo porque no había otra alternativa más sabrosa? Quizá debería haberlo hecho... pero no lo hice.

—Me gusta ver que confíes tanto en mí.

Josie sonrió.

—Siempre.

Cuando terminó la llamada, caí en la cuenta de que la pelota estaba en mi tejado. Mi héroe estaba sufriendo, y era mi trabajo remediarlo.

Capítulo Veintiocho

Brayden

—¡Lars, no me estás ayudando, tío! —exclamé. Había estado hablando sin parar desde que Isabelle se había ido a nuestra *suite*.

Chasqueó los dedos, como si se le hubiera ocurrido una idea.

—Ya, sé que soy malísimo dando consejos sobre relaciones. ¿Pero sabes a quién se le da bien eso? A Thomas. Llamaré a los chicos.

Levanté una ceja.

—¿Pero en qué podría ayudar Harvey?

—En nada. Es que no le gusta que le dejen de lado.

Abrí la boca y la volví a cerrar. Cuando estábamos de gira, solíamos resolver todo juntos. Bueno, casi todo. Siempre había preferido ocuparme de mis asuntos personales por mi cuenta, pero en ese momento no me importaba que los chicos me brindaran su apoyo. Todo eso se debía a la influencia de Isabelle sobre mí. Algo fundamental había cambiado dentro de mí desde que ella se había convertido en parte de mi vida.

Deambulaba por la habitación, girando el hombro lesionado. El ibuprofeno aún no había hecho efecto. Thomas y Harvey irrumpieron unos minutos después.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Thomas—. Sasha no dijo nada de ninguna emergencia.

Miré fijamente a Lars:

—¿Les has dicho que se trataba de una emergencia?

Se encogió de hombros:

—Pensé que era la forma más rápida de traerlos aquí. Y no ha salido nada mal.

Harvey se sentó en uno de los sofás. Thomas estaba de pie cerca del minibar, alternando la mirada entre Lars y yo.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

Antes de que pudiera articular palabra, Lars comenzó a contarle todo. Se prolongó durante un par de minutos, y escuchar cada detalle de su boca resultó angustiante.

—Y al final, yo no sé quién la ha cagado ni qué hacer al respecto —terminó—. ¿Tenéis alguna idea?

Harvey se enderezó, dirigiendo su atención hacia mí.

—Tengo una pregunta. ¿En qué momento has empezado a exponer tus trapos sucios?

—¿Y eso qué tiene que ver? —pregunté.

—Nada, solo era curiosidad.

Thomas se quedó callado. Eso no me gustaba.

—Cami y tú pasasteis por momentos difíciles... —Comenté, esperando que pudiera aportarme un poco de claridad.

—Sí, y duró unos seis meses. Ni siquiera nos hablábamos durante ese tiempo.

Eso ni pensarlo. No me gustaba el rumbo que estaba tomando la cosa. No quería que la situación durara ni seis días.

—Tuvimos una gran discusión por aquellas fotos que me hizo la prensa con esas fans y que parecían comprometedoras. No lo eran, como ya sabéis, pero convencer a Cami era otra cosa.

—¡Venga, tío! Se suponía que tenías que ayudarlo. ¡Mírale, ha pasado de estar confundido a parecer desesperado! —exclamó Lars.

—Esta situación es completamente diferente. —Si bien no estaba tranquilo, hablé con calma.

Harvey se levantó del sofá:

—Tío, Lars tiene razón. Estás echando leña al fuego.

Thomas levantó las manos en señal de defensa:

—Solo quiero que esté preparado para cualquier escenario.

—¡Joder, que aquí no hay ningún escenario! —Definitivamente, mi voz ya no era calmada.

Acercándose a mí, Harvey me dio una palmada en el hombro:

—Haz lo que te dé la gana. Al menos, yo es lo que siempre hago.

—Pero tú estás soltero. No creo que ese sea el objetivo de Brayden —dijo Thomas.

Harvey sonrió con suficiencia.

—Colega, si yo hubiera estado en tus zapatos, no habría tardado seis meses en recuperar a mi chica.

Lars se apoyó en una pared y dio una palmada.

—Vale. Centraos. Esta conversación no está llevándonos a ninguna parte, y Brayden apenas tiene un par de horas para reponerse antes de que tengamos que irnos. Tic tac.

—Me voy a mi *suite*. Nos vemos más tarde —dije, saliendo.

De ninguna manera. Aquella era una situación muy diferente. Nada de seis meses o seis días; ni siquiera quería que la situación durara seis horas.

Cuando me quedé solo en el pasillo, logré calmarme un poco. Fui directamente a nuestra *suite*, pero Isabelle no estaba allí. ¿Acaso había salido del hotel? Era imposible. El personal de seguridad me habría informado. Observé que una de las puertas del vestidor estaba abierta y eché un vistazo adentro. Faltaban uno de los albornoces y un bolso, así que, probablemente habría ido al *spa*. Quería coger el móvil, pero maldije al recordar que lo había dejado en la *suite* de Lars.

Decidí no llamarla. Iría directamente al *spa*.

Al regresar al pasillo, busqué alguna señal que me indicara la dirección correcta. No encontré ninguna hasta llegar a la maldita zona de los ascensores. Al final, resultó que tenía que volver por donde había venido. En mi prisa, había pasado por alto algunas señales.

Oí el pitido del ascensor a lo lejos, pero lo ignoré. Los chicos podrían ocuparse de quienquiera que se acercara a nosotros. En aquel momento, solo pensaba en una cosa: encontrar a Isabelle.

—¡Brayden! —gritó Sasha unos segundos después.

Aminoré la marcha cuando ella trotó hacia mí, con el ceño fruncido.

—Tenemos que irnos ahora mismo. Los fans se están reagrupando delante del hotel. Va a ser mucho más difícil irnos dentro de dos horas, como estaba previsto.

—Ve a buscar a los chicos. Primero tengo que hablar con Isabelle.

—Es que no hay tiempo.

—Diez minutos. —No quería irme así.

—Cinco.

—Diez, Sasha. Hemos discutido y quiero hablar con ella. No es negociable. —Mi tono no admitía discusión.

Apreté los labios, pero no insistió.

Me apresuré hacia el *spa*, con la esperanza de que Isabelle estuviera allí. Izquierda, derecha, izquierda otra vez. Seguí las flechas hasta que llegué a una puerta de cristal. Al entrar, eché un vistazo al lugar, pero no vi a nadie. *Joder. ¿Dónde estaba?*

Retrocedí hasta la entrada y estaba a punto de abandonar la zona cuando oí una tenue melodía. Alguien estaba escuchando “Last Night”, una de nuestras canciones. Estaba claro que había pasado por alto una sección. «Tiene que ser ella. Tiene que ser ella», me lo repetía mentalmente mientras seguía el sonido.

Sonreí cuando entré en el lugar. Había diez tumbonas, pero solo una persona dentro: Isabelle. Estaba allí de pie, sosteniendo una bebida caliente mientras se balanceaba lentamente al ritmo de la música. Su teléfono estaba en una de las tumbonas.

—Mira quién resulta ser fan después de todo —dije con una sonrisa.

Se sobresaltó e inmediatamente bajó la taza, pausando la música.

—¡Brayden!

Me acerqué a ella y puse mi mano sobre su cara.

—Oye, solo tengo unos minutos. Sasha ha dicho que los fans se están reagrupando frente al hotel, así que tenemos que irnos ahora mismo.

—Vaya...

—Pero no quería irme sin hablar contigo.

Sus ojos se abrieron de par en par. Sentí que su pulso se aceleraba bajo mis dedos.

—Te quiero, Isabelle. Lo eres todo para mí. No dudo de tus sentimientos, ¿vale? Entiendo lo que ha parecido. —Hice una pausa, buscando las palabras adecuadas—. Tengo el profundo temor de hacerte infeliz y que eso te aleje, pero al final todo eso dependerá de mí, ¿entiendes?

—No, dependerá de nosotros. Sé que te alejaste de tu familia después de que los fans vandalizaran su casa. Es lo que haces para proteger a los que te importan, pero no voy a dejar que lo hagas, ¿vale? Me encanta nuestra vida. Es una locura, pero me encanta, y siempre he aceptado todo lo que forma parte de ella, tanto lo bueno como lo malo. Lo malo: que los desconocidos estén excesivamente interesados en nuestras vidas. Lo bueno: todo lo demás. Y la lista es superlarga, e incluye esto... —Su agarre sobre mis brazos se convirtió en una caricia juguetona.

—Oye, ten cuidado, o pensaré que estás diciendo todo esto para poder manosear tu parte favorita de mí.

—No digas eso. Se sentirán excluidos. —Bajó la mano y me acarició el estómago.

—No es por nada, pero ahora hay otras partes que también están empezando a sentirse excluidas.

Ella entrecerró los ojos en respuesta, apoyando ambas manos firmemente sobre mis hombros.

—Te prometo que lo resolveremos todo juntos, Isabelle. Eres mi chica y no tengo intención de dejarte marchar.

—Vaya —susurró—. Tenías diez minutos para hablar, y has necesitado muchos menos para hacer que me derrita.

Besé su frente y la abracé.

—Sí, ya me quedan pocos minutos, pero nos veremos esta noche, ¿vale?

Se apartó, haciendo pucheros.

—La espera se hará eterna.

—Sí, pero...

De repente, se abrió la puerta y entró Harvey.

—Tío, ¿en serio? Tenemos que irnos. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Estoy hablando con Isabelle. Le he dicho a Sasha que necesitaba diez minutos. Aún me quedan cinco. Lárgate.

—Sí, ella sabía que reaccionarías así. Por eso me envió a mí —dijo Harvey—. Cada vez hay más gente fuera. Isabelle, ¿quieres echarme una mano?

Isabelle quitó las manos de mis hombros, dio un paso atrás y suspiró.

—Es todo tuyo.

Isabelle

Después de que los chicos se fueran, no conseguía quedarme quieta. Esperar no era mi fuerte. ¡Aún faltaban seis horas para el concierto! Actuarían durante otras dos, y luego quién sabía cuánto tardarían en volver.

Intenté matar el tiempo viendo Netflix en mi teléfono y pidiendo media docena de aperitivos del menú. El bocadillo de ternera con pastrami fue lo mejor.

Pero, tras hacer un maratón de cuatro episodios de mi serie favorita —una policíaca que transcurría en Escocia—, se me ocurrió una idea. Tal vez no tendría que esperar tanto para verlo.

Llamé enseguida a recepción.

—¿En qué podemos ayudarla, señorita?

—¡Hola! Me preguntaba si todavía hay gente fuera del hotel.

—No. Se retiraron hace media hora. —Era lógico, ya que el concierto estaba a punto de empezar. Todos los fans estarían en el recinto, no montando guardia en el hotel.

—Gracias. —Una sonrisa se dibujó en mi rostro. Por supuesto, tenía un plan. Aunque tenía seguridad asignada a mi cuidado, necesitaba algunos detalles de Sasha.

Isabelle: Quiero sorprender a Brayden apareciendo allí en el intermedio. ¿Cómo podríamos hacerlo?

Sasha: Vais a acabar MATÁNDOME.

Isabelle: ¡Por favor!

Sasha: Voy a mandarle un mensaje con las instrucciones a tu guardaespaldas y alertaré al personal de seguridad de aquí. Este es un buen momento para venir. Todos los fans ya están dentro del recinto. Estate lista en diez minutos.

En el trayecto hasta el Hammerstein Ballroom, no dejaba de jugar con mis pulgares en mi regazo y no podía contener la sonrisa. Imaginarme su reacción me hizo soltar una risita. Quería demostrarle que realmente podía adaptarme a todo aquello, que solo necesitaba tiempo para aprender a desenvolverse de manera adecuada. Estaba convencida de que cada vez lo estaba haciendo mejor. Si no, miradme, ¡arreglándomelas para sorprender al pibón de mi chico en pleno concierto!

Como no se trataba de un estadio, sino de una sala de conciertos, no había tantas entradas. Flynn, el guardaespaldas que me habían asignado, me condujo hasta la parte trasera del edificio. Pero en cuanto abrió una estrecha puerta, la música se filtró desde el interior. Al principio se oía lejana, pero fue subiendo de volumen a medida que nos adentrábamos en el edificio. Los bastidores eran más pequeños que los del estadio, pero lo bastante grandes como para que todo el equipo corriera de un lado a otro sin chocarse.

La música retumbaba, electrizándome. Una veintena de sillas se alineaban a lo largo de una pared, junto a una mesa de aperitivos. Había cables y cajas por todas partes. Me dirigí directamente a Sasha, que estaba sentada junto a la mesa de aperitivos con su iPad. No pudo evitar poner los ojos en blanco, pero acto seguido me dedicó una sonrisa.

—Vale, definitivamente estáis locos. Pero sé que se alegrará de verte.

—Eso espero. —No era gran cosa, pero quería demostrarle que hablaba en serio cuando decía que me encantaba aquella vida.

—¿Cuánto falta para el descanso? —pregunté.

Sasha revisó la *tablet*:

—Doce minutos.

Mi corazón latía con fuerza en mi pecho. El suelo vibraba aún más que en el estadio y el bajo retumbaba en mis oídos, acompañado por los latidos de mi corazón. Desafortunadamente, me resultaba imposible bailar debido al esguince en el tobillo. Aunque el dolor era mucho menor, aún cojeaba un poco. Ya habría tiempo para el baile.

—¿Cómo es que no bailas? —pregunté.

Sasha se rió y, por primera vez, despegó la vista de su iPad durante más de unos segundos.

—He estado en tantos *shows*, que ya me he acostumbrado.

Estaba impaciente, contando los minutos, y decidí que era más fácil hacerlo si me dejaba llevar por la música.

Oí a Lars dirigirse a los fans:

—Bueno, Nueva York, ¡nos tomaremos un breve descanso y enseguida nos vemos!

El público estalló en gritos, y su euforia era tan pegadiza que me sentí aún más emocionada que antes.

Por el rabillo del ojo, conté aproximadamente cuánta gente había en la sala. En conclusión... demasiadas como para que nadie notara si le daba un apasionado beso.

No podía parar de sonreír y notaba cómo mis palmas se humedecían ligeramente mientras me posicionaba en el centro exacto de la sala, ansiosa de que me viera nada más entrar.

Lars fue el primero en llegar y, sorprendido, tuvo que comprobar dos veces que yo realmente estaba allí.

A continuación, se apartó un lado. Brayden estaba hablando con Thomas, hasta que Lars le dio un toque en el hombro.

Su expresión cambió de sorpresa a una sonrisa de oreja a oreja en una fracción de segundo. Se acercó a mí y, tomando mi mano, me condujo a un rincón apartado de la sala. La música seguía sonando durante el intermedio, por lo que no se escuchaba nada, pero en las esquinas, la acústica era un poco mejor.

—¿Qué... Cómo has llegado hasta aquí? —preguntó.

—Coordinamos todo con Flynn y Sasha. Dado que todos los fans ya estaban aquí, el hotel estaba desierto. Fue pan comido. Además, quería verte antes de las incontables horas que tardarías en regresar.

Su sonrisa se amplió aún más.

—Eres consciente de que solo faltaban tres horas para vernos, ¿no?

Asentí, apoyando ambas manos en su pecho.

—Sí y, justamente eso equivale a un millón de horas. Quería verte antes.

—¿Ah, sí? ¿Por qué?

—Para que no tengas dudas de lo mucho que me gusta *nuestra* alocada vida. —Hice un gesto de sorpresa—. ¿Cómo es que ni siquiera estás sudando? En cierto modo me parece sexy.

Soltó una carcajada:

—No es un lugar al aire libre, y cuenta con aire acondicionado. Además, paso la mayor parte del tiempo sentado al piano. Pero lo tendré en cuenta.

Besé su mandíbula y, de repente, mi corazón estalló de felicidad solo por estar allí con él. Me rodeó con sus fuertes brazos, manteniéndome pegada a su cuerpo.

—Salimos en tres minutos. Ya sabes, por si os queréis liar —dijo Lars en voz alta.

—Hay demasiada gente como para un beso de los nuestros. —Mi voz apenas era un susurro, pero Brayden me entendió perfectamente.

—¿Has contado a los presentes?

—Claro que sí.

Brayden se rió y echó un vistazo alrededor de la habitación, llegando a la misma conclusión que yo.

—Daos todos la vuelta y haced como si no estuvierais aquí. Hablo en serio. —Su voz irradiaba autoridad, pero estaba segura de que nadie le haría caso.

Para mi asombro, todo el equipo se dio la vuelta. Todos, desde los técnicos de sonido hasta la banda, ¡e incluso Sasha!

—¿Ves? Problema resuelto —susurró de forma seductora antes de apoderarse de mi boca en un beso tan profundo y apasionado que me hizo estremecer.

¡Ya te digo! Sin duda, fue un beso tan ardiente como el mismísimo infierno.

Capítulo Veintinueve

Cinco semanas después

Isabelle

—No puedo creer que estemos de vuelta en Nueva York. No tengo nada en contra de los chicos, pero no quiero saber nada de ellos en las próximas dos semanas —comentó Brayden cuando el coche redujo la velocidad frente a la casa de Josie. Había decidido acompañarle también en el segundo tramo de la gira. Disfruté de cada minuto de locura. Después de tres semanas fuera, lo primero que hice fue organizar una reunión con mis hermanos. Estábamos yendo a su encuentro directamente desde el aeropuerto de La Guardia.

Solté una risita.

—Querrás decir los próximos tres días, porque después volverás a amenazarlos para que vuelvan a ensayar.

Me pellizcó la nalga izquierda, haciéndome reír aún más fuerte.

—Listilla.

—¿Qué? Aprendo rápido, y es verdad, eres un poco duro con ellos.

Miró a Paul y luego volvió a mirarme a mí. Si hubiéramos estado solos, seguramente ese comentario me habría valido mucho más que un pellizco en el culo.

—¿Seguro que no quieres venir? —pregunté.

—Tú diviértete con tu familia. Yo me relajaré en el ático y te esperaré.

—Vale. —Le di un pico antes de salir del coche.

Humm... Se había puesto sospechosamente contento cuando le dije que ese día quería ver a mis hermanos. Tal vez necesitaba un poco de tiempo a solas después de estar rodeado por la banda o de pasar tanto tiempo conmigo.

Hice una nota mental para recordar aquello cuando me mudara. No sabía cuándo iba a ocurrir, porque no había vuelto a sacar el tema, y tampoco quería insistir en la segunda etapa de la gira. Durante las dos semanas de descanso, había estado demasiado ocupada con mis pacientes como para pensar detenidamente en el asunto. Muchos de ellos se alegraron de volver a verme finalmente en persona, y por suerte no pusieron objeciones cuando les dije que volvería a marcharme durante tres semanas. Deduje que también se debía a que bajé mis honorarios durante el tiempo que hicimos las sesiones solo por Internet.

No podía creer que hubiéramos estado fuera tres semanas. Parecían más bien tres días, porque cada momento del día estaba planeado al detalle. No habíamos tenido más incidentes con filtraciones de información sobre los hoteles donde nos alojábamos. Lilian recibió su merecido. Sasha me explicó que, si bien no podían demandarla, se aseguró de mencionar la indiscreción de Lilian a todos sus conocidos del sector. Como resultado, no solo seguía sin conseguir trabajo, sino que era poco probable que volviera a conseguir un empleo relacionado con la música en el futuro.

Llamé a la puerta con entusiasmo. Me moría de ganas de volver a ver a mis hermanos. Menos mal que era domingo y todos disponíamos de tiempo libre.

Unos segundos después, Josie abrió la puerta. Sostenía a Sophie en brazos.

—¡Dios mío, cómo ha crecido! —exclamé—. ¡Y ha cambiado un montón!

—Los bebés cambian mucho en los primeros meses.

—Ya, pero solo he estado fuera unas semanas.

Sophie extendió inmediatamente sus manitas hacia mí, y yo la cogí en brazos. Una de las veces que hablamos por videollamada, Josie la había puesto frente a la cámara. Al principio

parecía contenta, pero luego intentó alcanzarme y, cuando tocó el teléfono, se echó a llorar. Decidimos no volver a hacerlo porque era evidente que la confundía.

Se acurrucó con su cabecita contra mi pecho. ¡Era tan adorable!

—¿Cómo están nuestros hermanos? —pregunté a Josie antes de entrar en el salón. Pese a que había hablado mucho con ellos mientras estuve fuera, había ciertas cosas que podía comprobar mejor en persona. Especialmente a través del lenguaje corporal.

—Bien, dentro de todo. No bromean entre ellos tanto como antes, así que creo que están evitando tocar el tema otra vez.

Dylan e Ian esperaban en el precioso salón de Josie. Mi lugar favorito era, sin duda, la chimenea. En invierno la encendían a menudo y tenía un aspecto realmente mágico.

Les planté un beso en cada mejilla, observando su postura. No mostraban ningún signo de confrontación, lo cual era positivo. No solo eran hermanos, sino también mejores amigos, y no me gustaba verlos enfrentados.

—¿Cómo te trata la vida del *jet set*, hermanita? —preguntó Ian.

Me acomodé en el suelo y coloqué a Sophie boca abajo sobre su alfombra de colores.

—Debo admitir que vivir en hoteles, donde el servicio de habitaciones está disponible las veinticuatro horas del día y la habitación se limpia todos los días es increíble.

Ian lanzó una mirada cómplice a Dylan.

—¿Ha dicho que nos echaba de menos? Es que no oigo bien.

Dylan negó con la cabeza.

—Ni una palabra sobre nosotros.

—¿Acaso mis llamadas telefónicas diarias no cuentan? —Batí las pestañas—. ¿O a veces incluso dos veces al día, Ian?

—Espera un momento. ¿Hablaste con él más que conmigo? —preguntó Dylan, agarrándose el corazón de manera teatral.

Ian gruñó:

—Hermana, esas cosas no se revelan. Apenas acabo de recuperar su amistad.

—Ups. —La verdad era que Ian había necesitado un poco más de apoyo del que yo pensaba. Dylan también lo necesitaba, pero en su caso mi táctica era más eficaz en persona. Esperaba poder pasar un rato a solas con él aquel día.

—¿Qué os parece si vamos arriba y empecemos a montar la nueva cuna de Sophie? —pregunté. Esa era otra de las razones por las que habíamos quedado: Josie había encargado una cuna nueva de unas cien piezas. Hunter estaba inmerso en una licitación que intentaba ganar en Londres, así que pasaba mucho tiempo extra en la oficina. Josie no podía montarla sola. Pero, ¿de qué servía tener tres hermanos si uno no podía llamarlos para que le ayudaran con ese tipo de cosas?

—Josie, dijiste que también necesitabas ayuda con algo en el sótano, ¿verdad? Ian puede encargarse de eso mientras Dylan y yo revisamos las instrucciones. —Miré fijamente a Ian y a Josie.

Mi hermana se dio cuenta enseguida, pero Ian dijo:

—¿Por qué? Será más fácil si...

Josie le dio un pequeño codazo y él carraspeó.

—Quiero decir, sí, vale.

—Bueno, soldados, separémonos —indiqué, poniéndome en pie y esperando que Dylan no se diera cuenta. La habitación de Sophie estaba arriba y, al entrar, suspiré. Las paredes eran rosas y había purpurina por todas partes.

Cada vez que veía su habitación, era más consciente de que mi niña interior seguía formando parte de mí.

—Eso no ha sido para nada obvio ni mucho menos... —dijo Dylan con una media sonrisa mientras agarraba las instrucciones de la mesilla de noche. La cuna aún se encontraba embalada en una caja gigante.

—¿Qué? —pregunté inocentemente.

—Eres tan listilla como Ian, lo juro.

—¡Qué va! No me llega ni a la suela del zapato.

—Estoy bien, Isabelle.

—¿Bien en el sentido de “ya no estoy enfadado con mi hermano”, o en el sentido de “no voy a ser tan *Grinch* en lo que se refiere a las relaciones”?

Dylan se rió, y me sentí aliviada de que esa risa también se le notara en los ojos.

—Que te pongan los cuernos no cambia nada con respecto a que te dejen por otros motivos. Y no estaba exactamente enfadado con Ian, solo que no entendía por qué no me lo había dicho antes.

—Tal vez porque sabía que no cambiaría nada, ¿no? Al menos, no de manera positiva...

—No necesito que nadie me mime, Isabelle.

—Aaay, pero somos tus hermanos. Te guste o no, los mimos vienen con el paquete. —Para demostrar mi punto de vista, y tal vez para molestarle un poco, me abracé a su brazo, mientras echaba un vistazo a las instrucciones.

—Madre mía, estas instrucciones hacen que incluso eche de menos las de IKEA. —Tenían siete páginas, y cada paso era una locura.

Se rió entre dientes antes de contestar:

—Apuesto a que desearías no haberte ofrecido para leer las instrucciones.

—¡Y que lo digas!

Pasé la mitad del día con mis Gallagher, e incluso pese a aquellas espantosas instrucciones, ¡me lo pasé en grande! Antes de mudarnos todos a Nueva York, apenas organizábamos reuniones así.

Por supuesto, después de la reunión, Paul me recogió. Dylan venía con nosotros, ya que dejarlo en su casa solo requería unos minutos más.

—Me alegro de que hayas disfrutado de la gira, hermanita —comentó Dylan—. Brayden dijo que te lo estabas pasando bien.

—¿Cuándo has hablado con él?

Mi hermano esbozó una discreta sonrisa.

—En los últimos días.

—¿Y de qué hablasteis?

—Un poco sobre ti y la gira.

—Creo que no me estás dando muchos detalles a propósito.

—Es que no hay detalles que contar.

—¡Dylan, no puedes tomarme el pelo de esta manera!

—Te estoy mimando. Un privilegio de hermanos que viene con el paquete, ¿recuerdas?

—Como la venganza —añadí, justo cuando estábamos llegando a su casa.

Paul nos miró por el retrovisor con los ojos muy abiertos. Sí, la locura de los Gallagher no era para cualquiera.

Dylan me dio un beso en la frente antes de bajarse.

—¿En qué clase de venganza está pensando, señorita? —preguntó Paul, dispuesto a conversar.

—Nada muy serio. No te preocupes.

—No estaba preocupado, es que se me ocurren algunas ideas.

Le sonreí. Paul y yo íbamos a ser buenos amigos.

Detuvo el coche delante del edificio de Brayden. No había *paparazzi* ni fans, aunque en realidad, ya no esperábamos que hubiera nadie allí, puesto que había pasado mucho tiempo desde el concierto y, a esas alturas, ya no eran noticia.

El conserje me dejó entrar y llamó al ascensor sin antes alertar a Brayden.

Al entrar en el apartamento, tenía la sensación de tener mariposas en el estómago, lo cual resultaba absurdo, ya que hacía tan solo siete horas que no le veía; pero así era.

—¡Hola, guapísimo novio! —dije en voz alta incluso antes de cerrar por completo la puerta.

Brayden

—¡Estoy en el salón! —contesté.

No solía *ponerme* nervioso. No era mi manera de ser, pero aquella no se trataba de una noche cualquiera. El equipo lo había preparado todo como yo quería, pero mis nervios seguían a flor de piel.

Me contuve de ir a saludarla a la puerta porque no quería arruinar el efecto sorpresa.

Cuando entró al salón, se detuvo en seco.

—¡Guaaaau! Has preparado una cena romántica —susurró. La mesa estaba cubierta con un mantel blanco, y a un lado había varias fuentes de comida que aún tenían las tapas puestas—. Esto es lo que yo llamo una cena de bienvenida. —Eché un vistazo al interior de una sartén—. Vaya, esto es solomillo Wellington de Tony's. Y puré de patatas con verduras mixtas. Mis favoritas.

—Exacto.

—No sabía que tenían *catering*.

—No lo tienen. He movido algunos hilos.

—¿En serio? ¿Por qué?

—Sabía que te haría feliz.

Suspiró, levantando la vista del plato.

—No puedes hacerme esto con el estómago vacío. Soy aún más susceptible.

Genial. Quería tener todas las cartas a mi favor.

Le acerqué la silla. Tomó asiento y yo la aproximé a la mesa, dándole un beso en el cuello.

Soltó una risita y giró la cabeza.

—Ah, ya veo. ¿Es una cena romántica con una guarnición extra de besos? Pues lo acepto también.

Volví a besarla, esa vez incluso mordiéndole ligeramente el cuello, antes de tomar asiento. Los calientaplatos tenían un plato extra donde poníamos las tapas mientras nos servíamos la comida.

—¿Cómo están tus hermanos? —pregunté, pero solo registré parte de la respuesta. Sinceramente, a lo largo de toda la comida, la escuché a medias, ya que estaba ocupado planeando mentalmente cada segundo del momento estelar.

Joder, ¿cómo podía estar tan nervioso?

Me percaté de que me había despistado por completo cuando Isabelle me dio un golpecito con la pierna por debajo de la mesa.

—¿Cariño? ¿Postre?

—Está en la nevera. Lo traeré.

—¿Te ayudo?

—No, tranquila. No es necesario. —Me levanté, cubrí de nuevo los calientaplatos y llevé nuestros platos vacíos a la cocina. A continuación, saqué el postre de la nevera. La disposición parecía bastante inocente: tres tarritos blancos con sus respectivas tapas. El equipo incluso me había proporcionado un plato especial para servirlos.

Coloqué todo en la mesa, justo frente a Isabelle.

—¿Quieres hacer los honores? —pregunté, colocándome a su lado.

—Uuuuh, estoy intentando adivinar cuáles de los postres de Tony's podrían venir en tarros. ¿La tarta de queso, el arroz con leche... y tal vez el helado? Aunque lo tenías en la nevera, no en

el congelador. Humm...

Sonreí.

—Has acertado dos de tres.

Frotándose las palmas de las manos, quitó la tapa del primer tarro.

—Tarta de queso. ¡Sí! —Pasó al siguiente, que efectivamente era arroz con leche. Aproveché la oportunidad para comerse una cucharadita y no pude evitar partirme de risa al ver que no había podido esperar a destaparlos todos.

Mirándome de reojo, volvió a frotarse las palmas de las manos.

—A veeer... —Quitó la tapa y jadeó—. Es un anillo...

Lo saqué del tarro antes de arrodillarme y tendérselo. Ella se dio la vuelta para mirarme. Su sonrisa era pura felicidad.

Respiré hondo, repasando mentalmente las anotaciones que había hecho... y no pude recordar ni una maldita palabra.

Yo, el compositor. Me sabía un millón de canciones, ¡y no recordé ni una sola palabra!

—Isabelle, te quiero. Había preparado un discurso increíble, pero tengo la mente completamente en blanco.

—No importa —susurró ella.

—Eres la mujer de mis sueños. Sabía que cambiarías mi vida desde el día en que nos conocimos.

Ella levantó una ceja:

—Tampoco exageres.

Se mostraba peleona incluso durante mi proposición. ¡Dios, quería tanto a aquella mujer!

—Vale, tal vez desde el primer día no, pero al poco tiempo, supe que tú eras lo único que quería. Eres todo lo que necesito. Estar contigo me brinda una felicidad que ni siquiera pensaba que pudiera existir. Y tenerte como esposa, bueno... no puedo expresar con palabras lo que significaría para mí.

La sonrisa de Isabelle se amplió aún más. Acarició la mano con la que yo sostenía el anillo y tragó saliva.

—Para mí, significaría todo. —Su voz era apenas un susurro.

Entrelacé mis dedos en su pelo y la atraje hacia mí, necesitando besarla en ese preciso instante. Sabía a arroz con leche y no podía saciarme de ella. Con la otra mano, le puse el anillo y luego sumergí las dos manos en su pelo. Me levanté con cuidado, ayudándola a incorporarse conmigo. Una vez ambos estuvimos de pie, sentí el firme agarre de sus manos en mis hombros antes de que saltara a mis brazos.

Eché la cabeza hacia atrás, sorprendido.

Ella no dejaba de sonreír.

—Apuesto a que no te lo esperabas.

—No, pero me gusta. —La acomodé de manera tal que su trasero quedara en el borde de la mesa. Isabelle aún mantenía las piernas alrededor de la parte superior de mis muslos.

—Perfecto, porque no pensaba soltarte. —No dejaba de mirar su anillo—. Así que por eso te alegraste tanto de llevarme a casa de Josie.

—Bueno, podría haber organizado todo esto y hacerlo pasar como un plan para cenar, pero quería sorprenderte.

—¡Y tanto!

—He tenido esto en mente desde antes de salir para la primera etapa de la gira. —Continué acariciando su cabello mientras hablaba—. Después solté lo de mudarnos juntos sin querer, y

decidí no tocar el tema de nuevo para evitar que se me escapara todo esto también.

Me agarró de la camisa y dejó colgar sus piernas en el aire:

—¡No me lo puedo creer! Espera... ¿Se lo has contado a mis hermanos? Dylan me contó que hablaste con él durante la gira, pero no me dio detalles, fue bastante discreto.

—Por supuesto que no.

—¿Y de qué hablasteis?

—Cosas de tíos.

Sujetó mi camisa con más fuerza.

—No creerás que te saldrás con la tuya, ¿verdad?

—Dijiste que estaba pasando por un mal momento; quería ver cómo estaba.

Parpadeó con rapidez y me atrajo hacia ella.

—Eres increíble. Estoy muy feliz de que vayas a ser mi marido.

Deslizó suavemente sus manos por mis hombros antes de apoyarlas en el pliegue de mi cuello.

Le di un beso bajo el ojo derecho, luego bajo el izquierdo, para finalmente descender hacia su mejilla y detenerme justo en la comisura de sus labios.

En lugar de besarme, se apartó un poco, señalando el plato con postres.

—Oye, ¿no deberíamos comérmolos mientras aún estén fríos?

Solté una carcajada.

—Claro. Ya me había extrañado que esperaras a que te propusiera matrimonio para zampártelos.

—Oye, ya sabes que soy una *foodie*. No puedo evitarlo. —Cogió una cucharilla y me dio otra.

—¿Por qué crees que organicé todo para que los trajeran aquí? Sabía que habías echado de menos tus restaurantes favoritos de la ciudad.

Me miró con una inmensa alegría. Pensaba brindarle esa felicidad todos los días de su vida.

Podía y quería hacerlo.

Apenas terminamos de vaciar los platos, puse nuestras cucharas sobre la mesa.

—Uuuh... parece que mi chico tiene prisa. Me pregunto qué otros planes tendrá para esta noche. —Levantó la mirada con aire seductor, balanceando los pies.

Sostuve su mejilla con una mano y su cadera con la otra.

—Quiero besar a mi *foodie*.

—Y ella está totalmente de acuerdo... Siempre y cuando haya un poquitito más que besos de por medio.

Inspiró con fuerza cuando la levanté de la mesa, susurrando contra sus labios.

—Hay mucho más que eso. Te lo aseguro.

Epílogo

Isabelle

Seis semanas después

—Este me parece bien —dijo Brayden.

—A mí también.

Tess suspiró.

—Dijiste lo mismo de los últimos cinco lugares que te he enseñado.

Estábamos en el restaurante Dumont's, en el barrio de Tribeca, celebrando una pequeña fiesta de compromiso. Rob lo había cerrado exclusivamente para esa noche, así que teníamos total intimidad. Me encantaba cada detalle de ese lugar, desde los arcos de las ventanas construidos en ladrillo rojo hasta las lámparas de estilo industrial y las elegantes mesas de cristal.

Tess —que se encargaría, por supuesto, de planificar nuestra boda extraoficialmente—, nos estaba enseñando fotos de posibles lugares para la boda. Lo cierto era que me gustaban todos.

Habíamos decidido organizar una fiesta de compromiso, ya que transcurriría mucho tiempo hasta que pudiéramos celebrar la boda. Teníamos que esperar a que terminara la gira para disponer de tiempo suficiente para los preparativos, que incluían la búsqueda de fincas. Tess insistió en que visitarlos en persona era la mejor manera de decidir. Tenía la sensación de que nos iban a gustar todos.

—Ahora centrémonos en la fiesta de compromiso —dije.

Hizo pucheros y guardó el iPad. Tess era majísima, se emocionaba tanto cuando hablábamos de la boda...

Todos ya estaban presentes; algunos ocupaban sus asientos, mientras otros se congregaban frente a la cocina abierta, observando atentamente el trabajo de los *chefs*. Me fascinaba ese concepto que permitía a la gente ver lo que sucedía dentro de la cocina, al menos en la primera línea. En la parte trasera, había puestos de cocción ocultos, donde se llevaba a cabo todo el proceso de preparación.

Pensamos que sería divertido que todos se acercaran a la barra para hacer sus pedidos y observar cómo se preparaban por lo que solo había dos camareros circulando entre nosotros, encargándose exclusivamente de las bebidas.

Si bien solo habíamos invitado a familiares y amigos íntimos, éramos muchos. Decidimos no unir las mesas para formar una larga porque, sinceramente, éramos tantos que no tenía ningún sentido. Mantuvimos la disposición habitual de las mesas, pero no había asientos asignados ni nada por el estilo, así que todo el mundo podía cambiarse de sitio con total libertad. La banda y Sasha aún no habían llegado, pero lo harían en cualquier momento. Por otro lado, mi familia ya estaba presente.

Josie, Hunter y Sophie estaban sentados en una de las mesas, acompañados por Ryker y Heather, quien sostenía en brazos a Ray mientras le acariciaba la espalda.

Skye y Rob asistieron sin su hijo, quien estaba al cuidado de la madre de Skye. Ella y su marido se quedaron en casa porque él se encontraba en plena etapa de recuperación de una rotura de ligamentos que había sufrido mientras hacía *footing*.

Cole y Laney estaban delante, esperando nuestra comida. Ambas habíamos optado por la ensalada César. No me gustaban mucho las ensaladas, pero la receta secreta o lo que fuera que tuviera Dumont's hacía que fuera deliciosa. Rob aseguraba firmemente que el secreto radicaba en el parmesano.

Mis padres habían viajado el día anterior y se hospedaban en el mismo hotel que los padres de Brayden, quienes habían llegado dos días antes. Por desgracia, Jana y Donna no podían ausentarse del trabajo, pero prometieron que asistirían a la boda.

En ese momento, nuestros padres se encontraban frente a la barra con mis hermanos, observando cómo los cocineros hacían su magia.

—Nuestros padres parecen llevarse bien, ¿verdad? —preguntó Brayden.

—Sí. La verdad es que da un poco de miedo.

Se rió entre dientes.

—Creo que mis padres se habían resignado a que nunca me casaría y están siendo más amables que de costumbre solo para causar buena impresión.

—¡Qué monada!

Al vernos, nuestros padres interrumpieron abruptamente la conversación.

—¿A qué viene este silencio repentino? —pregunté.

Brayden miró fijamente a sus padres, pero ambos se limitaron a negar con la cabeza.

Mamá sonrió.

—Siempre tan curiosa. No tienes por qué saberlo todo.

Miré a mi padre, que señaló a mi madre.

—Estoy de acuerdo con ella.

Dylan e Ian, que estaban a unos metros, se acercaron a nosotros.

—Ten cuidado, papá. Mi hermanita ha prometido vengarse de mí por ocultarle información —dijo Dylan.

—De hecho, estábamos hablando de vosotros dos —aclaró mi madre.

Ian levantó una ceja y Dylan frunció el ceño.

—¿Por qué? —preguntó Dylan.

—Esther nos estaba contando que nunca pensó que Brayden encontraría una chica, y yo le dije que eso me daba esperanzas para los dos. Quién sabe, quizás el año que viene podríamos acabar cogiendo un vuelo a Nueva York no solo para una boda, sino para más. O al menos para otra fiesta de compromiso.

Las caras de mis hermanos fueron épicas. Me partí de risa.

—¿Sabes qué? Descarto cualquier plan de venganza. Esto es oro puro —informé a Dylan.

—¡Qué generosa eres! —contestó.

—Mi oferta sigue en pie. Podría presentaros a algunas de mis amigas.

—¿Ahora resulta que tu oferta es también para mí? Esto se ha vuelto muy sospechoso.

—Bueno, se lo diré directamente. Les contaré que tengo dos hermanos. Que uno es un poco gruñón, pero en realidad es un gran hombre, y que el otro puede hacerte reír, pero no puedes confiarle tu corazón.

—¿Esa es tu manera de apoyarnos? —preguntó Ian.

Sonreí.

—Es que soy muy sincera.

—Entonces no tengo ningún problema en que nos vendas. Mientras que nadie espere que yo sea su príncipe azul...

—No me gusta mucho esa idea. —Se quejó Dylan.

Suspiré, acariciando el hombro de Dylan.

—Vale, entendido. Te dejaré al margen.

—Dos ensaladas César listas —anunció uno de los cocineros.

Unos segundos después, Laney y Cole llegaron con las ensaladas. Le relevé de la mía. Se me hacía la boca agua.

—No es por nada, pero conocer a la persona adecuada puede hacerte cambiar de opinión. Y muy rápido. No te resistas —oí decir a Brayden. ¿Estaba tratando de ser un cuñado comprensivo de nuevo? No tenía ni idea de por qué ese gesto me conmovía tanto, pero le quería aún más por ello.

El personal de cocina sacó dos platos más, y Hunter y Tess se unieron a nosotros.

—Respaldamos esa idea —dijo Cole, ganando puntos por captar tan rápido de qué iba la conversación.

—¿De qué estáis hablando? —preguntó Hunter.

—De la felicidad conyugal —dijo Cole con una expresión firme. Estaba hablando muy en serio.

Ian gruñó.

—Parece como si estuvierais promocionando una web de citas.

Hunter sonrió, mirando los demás.

—Bueno, no es que quiera añadir...

—Pues no lo hagas —dijo Ian—. Empiezo a sentirme un poco acorralado.

¡Ja! Cole y Ryker tampoco habían estado abiertos a una relación seria antes de conocer a sus chicas, y miradlos ahora.

—Muy acorralado —recalcó Dylan.

—Chicos, casi hacéis que me arrepienta de volver a irme —dije.

Había tomado la decisión de unirme a la banda durante la próxima etapa de su gira. Cogería un vuelo de vuelta a Nueva York cada semana para pasar un día en la ciudad, que era cuando programaba las citas de todos los pacientes que no querían hacer sesiones *online*. Me estaba acostumbrando a aquella nueva forma de trabajar y de vivir, aunque sabía que todo era temporal, sería así mientras ellos siguieran dando conciertos. Aún no había retomado los *tours*. Tal vez en el futuro, pero en ese momento ni siquiera lo echaba de menos.

Brayden rodeó mi cintura con un brazo y me besó la mejilla.

—No te preocupes, también se te da muy bien fastidiar por teléfono.

—Totalmente —añadió Ian.

—Sí, pero algunas cosas son mejores en persona —dije.

Ian suspiró y le acarició la espalda a Dylan.

—Creo que necesitamos más amigos solteros. Esta gente está empezando a asustarme.

Los cocineros sacaron varios platos al mismo tiempo, y el grupo se dispersó mientras cada uno recogía el suyo. La sopa de almejas que Brayden había pedido hizo que se me hiciera agua la boca.

Me sorprendió mirando su plato mientras nos sentábamos en una de las mesas.

—Sí, podemos compartirlo —dijo, riendo entre dientes.

Sonreí con timidez.

—Gracias.

—Esposa feliz, vida feliz.

Estaba sentada en su regazo simplemente porque me gustaba. Aunque había varias sillas disponibles, prefería estar allí, y a él no parecía importarle en absoluto.

—Me gusta que hayas adoptado ese lema, incluso antes de que nos casemos.

Tess se unió a nosotros con un plato de hamburguesa y ensalada. Llevaba el pelo muy bien trenzado a un lado, pero lo apartó hacia atrás y se acercó a la mesa.

—¡Salud! —exclamó, y brindamos con nuestras copas de champán. Siempre había sido una persona jovial y alegre, pero desde que había empezado a salir con su prometido, quien la adoraba, brillaba aún más.

—Estoy muy contenta de que vuestros padres hayan podido venir —comentó.

—Sí, se llevan bastante bien. —Se habían sentado todos juntos en una mesa—. ¿Creéis que todavía siguen hablando de Ian y Dylan?

—Es posible —coincidió Tess—. Estoy empezando a pensar que les está dando un poco de miedo acercarse a nosotros, pobres...

Observé a mis hermanos, que compartían mesa con Cole y Laney.

—¡Aaay! Dejad que os haga una foto —sugirió Tess—. ¡Estáis monísimos!

—Sí, por favor. Mis primas me han pedido que hagamos todas las fotos que podamos —añadió Brayden.

Consideré la idea de levantarme de su regazo, pero al final decidí no hacerlo y, en cambio, rodeé su cuello con mis brazos.

Presionó la pantalla de su teléfono varias veces y luego levantó la vista por encima del dispositivo:

—¡Ian! —Tess reprendió a mi hermano mientras soltaba una carcajada.

Miré hacia arriba y lo descubrí poniendo caras graciosas detrás de nosotros.

—¿Qué? Yo también quiero salir —dijo con aire de inocencia—. Me comportaré. Lo prometo.

Vaya, cómo había echado de menos esos pequeños momentos durante los años en que anduvimos desperdigados por todo el país. Estaba tan contenta de que viviéramos todos en Nueva York. Me mudé a la gran ciudad porque siempre fue un sueño para mí y, naturalmente, llegué con la esperanza de encontrar el amor, pero nunca imaginé que pudiera sentirme así. Esperaba que mis hermanos también encontraran la misma felicidad. Tenía la corazonada de que pronto Dylan estaría listo para volver a abrir su corazón. Mi hermano era tenaz y leal con las personas que le importaban. Sabía que se enamoraría perdidamente cuando conociera a la mujer adecuada, y estaba segura de que no pasaría mucho tiempo antes de que eso sucediera.

Este es el final de la historia. La serie continúa. [Suscríbete a mi boletín para recibir un libro mío gratis y para recibir noticias sobre nuevos libros y ventas.](#)

Lista de Libros:

[La Familia Bennett](#)

[La Familia Connor](#)

Contacto de la Autora

Laylahagen.com

Únete al [Grupo de Lectores](#) de Layla